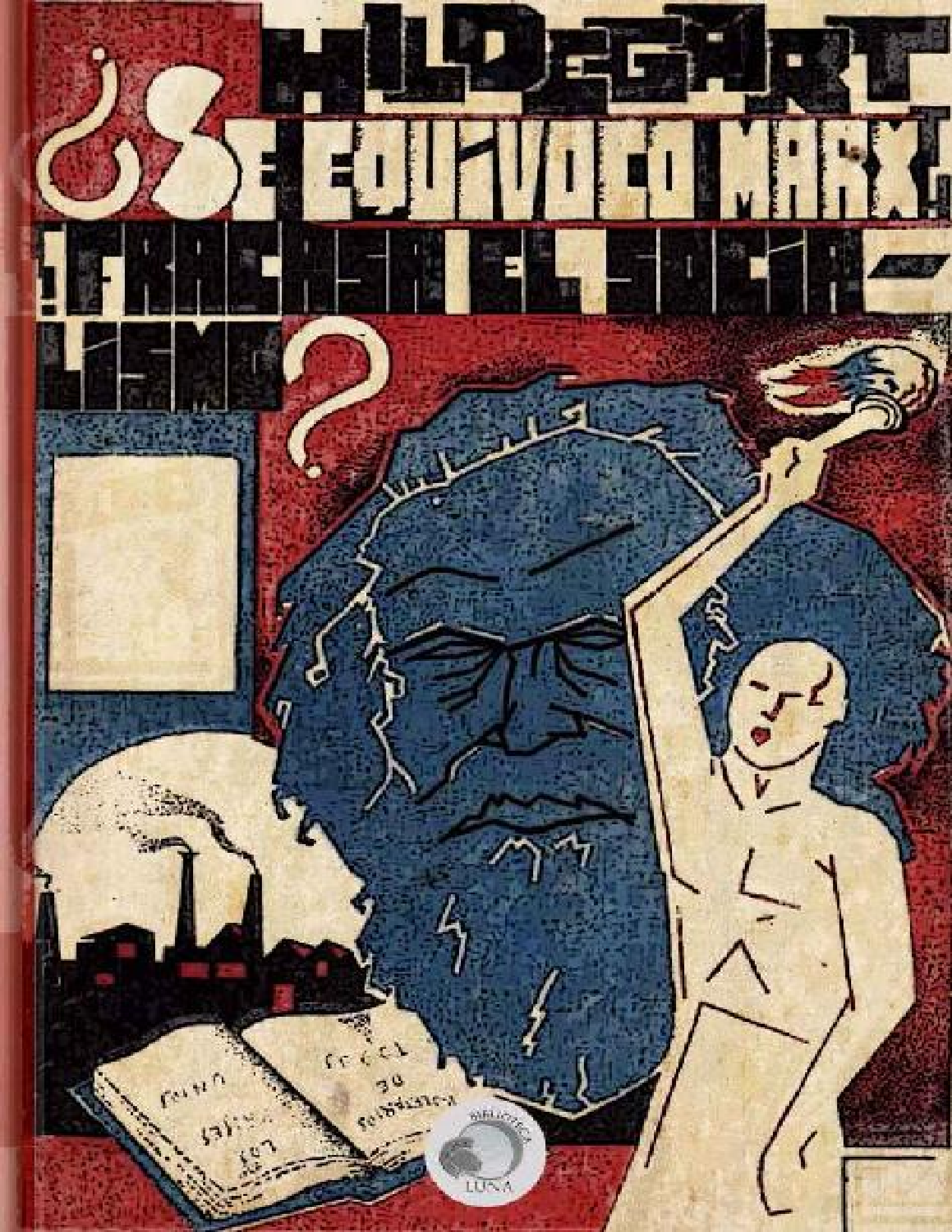
¿Se equivocó Marx?

¡Fracasa el socialismo?



BIBLIOTECA LUNA

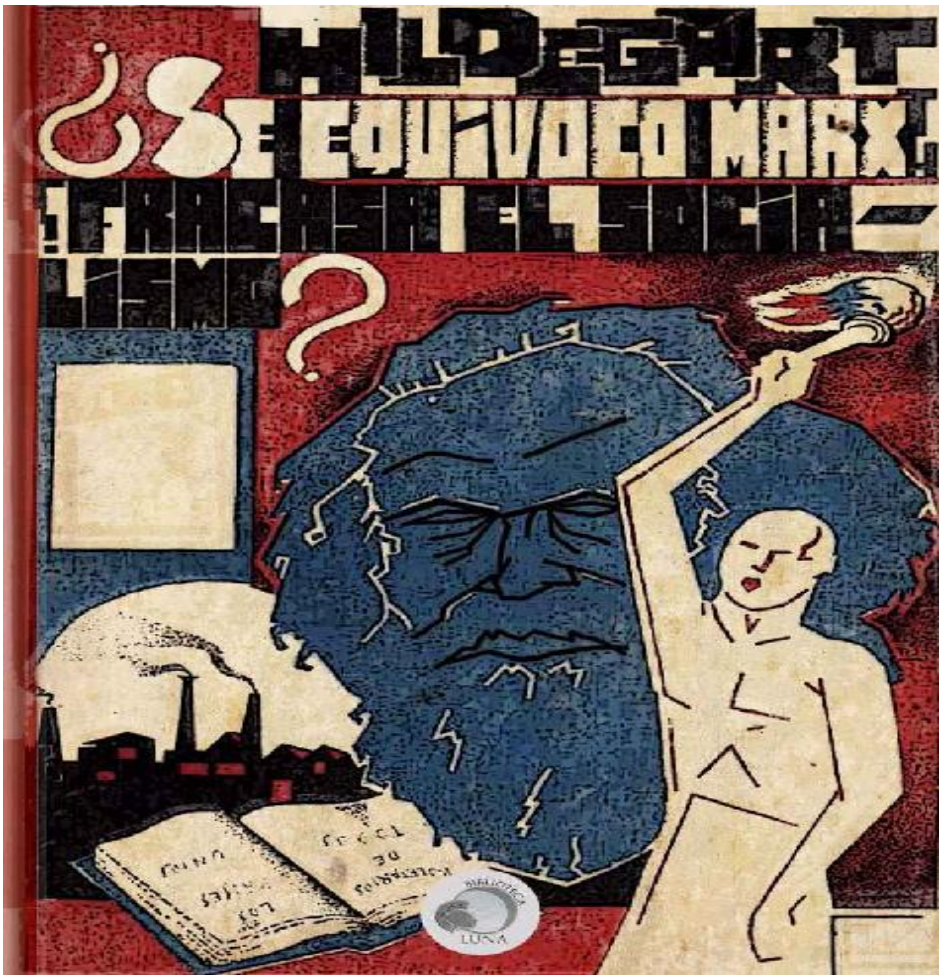

¿SE EQUIVOCO MARX?
¿FRACASO EL SOCIALISMO?

Table of Contents

Nota del editor
¿Se equivocó Marx…?
Dedicatoria
Introducción
Depuración del Marxismo
Los errores de Marx
Las adulteraciones del Marxismo
La descomposición del Marxismo
El Neo-Marxismo
¿Fracasa el Socialismo?
El alhiguí de las soluciones reformistas
Proa al frente único
Las traiciones del socialismo
La decapitación del socialismo
A guisa de epílogo
Sobre el editor

¿Se equivocó Marx?

Hildegart Rodríguez Carballeira

BIBLIOTECA LUNA

MADRID

MMXVIII

Biblioteca Luna
www.bibliotecaluna.com
Madrid 2018

Título: ¿Se equivocó Marx?
Autor: Hildegart Rodríguez Carballeira

Edición e ilustración: Biblioteca Luna
Maquetación: Ignacio Carracedo Justo
Colaboradores: Lucía Avial-Chicharro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Nota del editor
¿Se equivocó Marx…?
Dedicatoria
Introducción
Depuración del Marxismo
Los errores de Marx
Las adulteraciones del Marxismo
La descomposición del Marxismo
El Neo-Marxismo
¿Fracasa el Socialismo?
El alhiguí de las soluciones reformistas
Proa al frente único
Las traiciones del socialismo
La decapitación del socialismo
A guisa de epílogo
Sobre el editor

Nota del editor

Biblioteca Luna se complace en presentar una de las obras más interesantes de la conocida como "la virgen roja", la autora Hildegart Rodríguez Carballeira.

Hildegart nació en Madrid el 9 de diciembre de 1914, fruto del sueño revolucionario de Aurora Rodríguez Carballeira, quien la concibió con ayuda de un "colaborador fisiológico" para poder diseñar a la mujer libre del futuro. Sin duda, este hecho condicionó toda la vida de la joven Hildegart, hasta el extremo de ser asesinada por su propia madre el 9 de junio de 1933 al considerar que su "obra" había empezado a desvincularse de la misión para la que había sido concebida.

Fue toda una niña prodigio, que a los dos años sabía leer y a los tres dominaba con soltura la escritura. A los diecisiete se había licenciado con honores en Derecho y en el momento de su muerte, estudiaba Filosofía y Letras y Medicina, además de dominar seis idiomas y haber escrito diversos libros y artículos. Se definía a sí misma como "moderna, republicana, laica y rebelde", lo que nos da una idea de todos los proyectos que Hildegart dominaba y en los que deseaba participar. Desde muy joven, además, comenzó a militar y a trabajar de forma muy activa en el PSOE y en la UGT, siendo muy querida y apoyada por las bases, aunque no por los líderes de ambas organizaciones, que recelaban de Hildegart y trataban de minimizar su presencia. El recelo llegó hasta tal punto que, en 1932, cuando Hildegart publicó una carta en el periódico La Libertad en la que criticaba las alianzas de su partido, la cúpula del mismo decidió su expulsión inmediata. Tras esto, la muchacha se convirtió en miembro del Partido Republicano Democrático Federal y en una de las más duras críticas del socialismo español.

Además de su faceta política, destacó ampliamente su activismo por la reforma sexual en España, convirtiéndose en una de las pioneras en tratar estos asuntos. Fue la secretaria de la Liga Española para la Reforma Sexual, presidida por el ilustre doctor Gregorio Marañón, lo que nos habla de la importancia que Hildegart tuvo en este movimiento. La liga proclamaba la búsqueda de iguales privilegios y deberes para hombres y mujeres dentro de su vida sexual, la liberación de las relaciones sexuales en el matrimonio de

la iglesia o la comprensión científica y racional hacia la homosexualidad, convirtiéndose, sin duda, en una agrupación muy avanzada para la España de comienzos del siglo XX. Dentro de esta liga publicó dieciséis monografías sobre estos asuntos, entre ellas "Profilaxis Anticoncepcional", de la que vendió 8000 ejemplares en la primera semana de su publicación, solo en Madrid. Hildegart defendía ampliamente el divorcio, el uso de métodos anticonceptivos y la liberación sexual femenina, considerando esta lucha como una de las más importantes que debía sostener la humanidad.

Sin embargo, todo este talento quedó frustrado de forma prematura. Su madre, Aurora Rodríguez, quien sufría una fuerte paranoia (hasta el extremo de ser encerrada en el manicomio de Ciempozuelos), decidió asesinar a la joven Hildegart disparándola tres tiros en la cabeza y uno en el corazón. Aurora consideraba que su hija había nacido para liberar a la mujer de las condiciones en las que vivía, convirtiéndola en un ser moderno, libre y revolucionario, y que no debía perder su valioso tiempo en asuntos relacionados con la política. Por ello, al considerar que su hija, a la que tenía por su obra, se desvinculaba de ella y su misión, acabó con su vida, frustrando la carrera de una de las más prometedoras mujeres de principios del siglo XX.

En la obra que hoy nos ocupa, Hildegart realiza una lectura feminista y muy próxima al anarquismo de la obra del ilustre Karl Marx, además de mostrarse sumamente crítica con el Partido en el que había militado hasta su expulsión. La joven se había afiliado a las Juventudes Socialistas siendo muy joven y, con tan solo 14 años, publicó su primer artículo en El Socialista, donde colaboraría desde entonces con cierta frecuencia. Su militancia le permitió conocer a las grandes figuras del socialismo del momento, como Julián Besteiro, convirtiéndose ella misma en un personaje relevante dentro del partido. Con la llegada de la República, Hildegart ya era considerada como una destacada dirigente de las Juventudes Socialistas, recibiendo con gran alegría este nuevo cambio político.

Sin embargo, toda esa ilusión hacia el nuevo régimen político quedo convertido en desilusión para Hildegart y gran parte de la izquierda española. Denunció activamente a su propio partido, mayoritario en el parlamento republicano, que permanecía inerme sin evitar las masacres

hechas contras los campesinos que defendían sus tierras o bien permitía la deportación de militantes obreras por los sucesos de Alto Llobregat (enero de 1932), convirtiéndose en cómplice del gobierno represor. Estas duras críticas determinaron la expulsión de la joven, dando de baja su afiliación en un momento en el que había conseguido ser la más votada dentro de los vocales de la ejecutiva del partido. A partir de ese momento, militó en el Partido Republicano Democrático Federal, convirtiéndose en una de las más acérrimas enemigas del gobierno republicano-socialista. Fruto de todo este desencanto, nace en 1932 nuestra obra "¿Se equivocó Marx? ¿Fracasa el socialismo?", un interesante escrito en el que repasa toda la teoría marxista poniendo en evidencia todos los puntos flacos de esta doctrina, además de acercarse de forma evidente al feminismo más revolucionario.

Sin embargo, a pesar de sus constantes críticas hacia Marx y el marxismo, fundamentadas en la actuación del PSOE, Hildegart se consideraba a sí misma como una marxista sin partido. Criticaba las teorías económicas del marxismo y se vinculaba de forma clara con los antecedentes del Marx, los pensadores relacionados con el socialismo utópico. Ello lleva a que se consideré el pensamiento de la muchacha como un espacio intermedio minoritario entre el socialismo revolucionario, el anarquismo y las ideas del Partido Republicano Democrático Federal. Compartía el núcleo central del pensamiento anarquista, sobre todo en sus estrategias de acción y su estrategia política, aunque asimismo defendía ampliamente el comunismo libertario. Toda esta enorme complejidad política queda plasmada en su obra, en la que, sin tapujos, condena todos aquellos aspectos del marxismo que considera erróneos. Sin duda, una de las obras más interesantes de uno de los periodos más apasionantes de la historia española.

¿Se equivocó Marx?

Hildegart Rodríguez Carballeira

¿Se equivocó Marx…?

Dedicatoria

Este libro es para todos los trabajadores. Sin distinción alguna. Puesta a pensar en un hombre representativo de cada fracción, divergente en el seno del proletariado, a quien dedicárselo, la desolación ha sido grande. Está tan escindida la pobre masa trabajadora española...

A la memoria de Pablo Iglesias y Francisco Ferrer; para los comunistas Andrés Nin y Joaquín Marín; para el sindicalista Ángel Pestaña; para el anarquista hermano Vallina; para el socialista ¿…?

(Perdonad el interrogante y poned el nombre de quien creáis sea capaz de comprender la recta intención que inspira este libro.)

Para todos con igual afecto y simpatía. Unidos en el culto de una misma bandera roja, símbolo de emancipación humana, unidos van también en la cordial adhesión de

LA AUTORA

De cada hora de trabajo, el capitalista se apropia la mitad sin pagarla. He aquí el hecho que deben tener presente los trabajadores todos para evitar toda colaboración política con las clases dirigentes en la actualidad. Toda lucha de clase es una lucha política. No son las reformas las que minan el capitalismo, sino las que le alargan la vida.

CARLOS MARX

Mi parecer es que ni ¡os socialistas pueden aceptar bajo su responsabilidad cargo alguno de ningún Gobierno burgués, ni el Partido Socialista autorizar la presencia de uno o varios de sus miembros en Gobiernos que tienen por misión defender el régimen del salario. Los socialistas no deben ir al Poder a hacer cumplir las leyes hechas por la clase explotadora para mantener en la esclavitud, en la miseria y en la ignorancia a los productores; deben ir tan solo a anular todos, absolutamente todos los privilegios capitalistas.

PABLO IGLESIAS

Vano será que el trabajador espere el menor alivio de su Suerte merced a un cambio de personas o regímenes; mas si tienen el derecho de esperarlo todo de su constitución en partido político diferente, persiguiendo su ideal en contra de todos, absolutamente de todos los partidos burgueses, de entrar en posesión del suelo y de los demás capitales monopolizados hoy por la burguesía, como antes lo fueron par la nobleza y el clero.

JULIO GUBSDE

En la historia de la gran aristocracia se encuentran numerosos ejemplos de señores que voluntariamente dieron libertad a sus siervos y concedieron cartas de franquicias o fueros a las ciudades; hace cerca de cien años que la burguesía derribó a la aristocracia, y apenas se pueden citar los nombres de diez industriales que hayan disminuido voluntariamente el trabajo de sus obreros. Solo cuando la clase trabajadora, poderosamente organizada y separada *EN ABSOLUTO* de los partidos burgueses, llegue a producir una gran agitación obrera, empezarán los Parlamentos burgueses a dar algunas concesiones a los trabajadores.

PABLO LAFARGUE

Sabemos que las bellas palabras de libertad y de humanidad han cubierto con frecuencia, desde hace un siglo, un régimen de explotación y de opresión. La. Revolución Francesa ha proclamado los derechos del hombre; mas las clases poseedoras han comprendido bajo esta palabra únicamente los derechos de la burguesía y del capital.

JUAN JAURÉS

Hoy, que tantos esfuerzos se hacen por oponer al socialismo la paz social, la inteligencia y concordia de las clases sociales, es más importante que lo ha sido nunca, mantener la lucha cotí una energía uniforme.

JULIÁN SOREL

Introducción

¿Socialismo?

¿Es socialista quien esto escribe...? Si por socialismo se entiende una profunda y honda repercusión humanitaria que alcance por igual a toda la Humanidad proletaria que sufre y es explotada; si como socialismo se define no ya un partido organizado, sino todo un sistema ideológico, toda una civilización nueva, todo un régimen del porvenir, todo un Estado nuevo en una total subversión de valores con el presente, sí SOY SOCIALISTA.

Cuando Espartaco, como Platón, como el Abate Mably, como Marx, se dirigían a los proletarios, lo hacían sin establecer diferencias entre ellos. El grito de Marx fue único y sensacional: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Yo tengo la evidencia de que en el proletariado no hay hoy más que una profunda escisión que cada día agranda más un campo y restringe el otro. No hay más que proletarios rebeldes, ansiosos de un régimen más justo, y proletarios empequeñecidos, sumisos a las exigencias patronales. Entre los proletarios rebeldes, yo no establezco diferencias. Lanzar blusa contra blusa es un profundo error táctico. La blusa, que es símbolo de obrerismo, contra el frac, que lo es del capitalismo y de sus servidores.

En el transcurso de este libro, muy pensado, muy meditado, fruto de una honda inquietud espiritual, veréis que de Marx derivan por igual los sindicalistas, los comunistas, ¡os cooperadores y los socialistas. En sus doctrinas, como en las de sus predecesores, hallan justificación estos que hasta aquí se han estimado injustamente como contrapuestos sistemas. Ríos que proceden de un común manantial, esas son todas las direcciones del proletariado rebelde. Hay que buscar entre todas ellas sus puntos de contacto, rectificar sus errores, afirmar sus posibilidades y realizar una obra sintética.

Sabéis que el análisis es la disgregación de elementos para analizarlos uno a uno y separadamente. La síntesis es la reconstrucción hasta constituir un todo armónico. La labor de buen número de propagandistas de unos y otros idearios ha sido analítica en cuanto han tendido a hacer resallar las diferencias. Hoy vamos a hacer labor sintética

para hacer ver las coincidencias, seguros de que hacemos una obra más provechosa y útil. Y todo ello bajo el denominador común de las equivocaciones de Marx, que en un camino de transacción y de reconocimiento de errores por parte de todos reconstruya un sistema económico y lo adopte como amplio programa oficial para las luchas del presente y del mañana.

Nosotros comulgamos en un socialismo, definido como Sombart lo hace, afirmando:

«Socialismo, puede definirse como un precipitado mental del movimiento social moderno. Pero este movimiento representa la suma de todos los esfuerzos que el proletariado, o sea una de las clases sociales de nuestro tiempo, realiza para lograr su emancipación.»

No importa que fundemos nuestra doctrina positiva sobre los errores ajenos. Porque, como dice Herbert Spencer, transcribiendo una sentencia de Shakespeare:

No hay error por grande que sea que no contenga siquiera una pequeña brizna de verdad.»

Depuración del Marxismo

La depuración iniciada por Bernstein; la patrocinada por Henri de Man, ¿obedecían simple y exclusivamente a anhelos individuales? Creemos que no. Obedecen a un estado de conciencia, a un criterio recogido del fervoroso hálito popular de ese proletariado que, agarrado al marxismo como la hiedra a las piedras de las tumbas, ve que la piedra que estimaba firme es, por el contrario, movediza y frágil, y en un anhelo de salvación desea la superación de sí misma y de sus propias doctrinas, asentando sobre firmes bases los sillares, que son ya hoy base indestructible de la nueva economía social.

Es menester llegar a una depuración. ¿Tendría acaso razón Sorel, cuando en sus «Reflexiones sobre la violencia» dice?:

«No sabría cómo recomendar estos estudios a la nueva escuela que, inspirándose en los principios de Marx, más que fórmulas enseñadas por los propietarios oficiales del marxismo, está en camino de proporcionar a las doctrinas socialistas un sentimiento de realidad y una seriedad que le hacía mucha falta desde hace algunos años. Abajo las construcciones intelectuales. Seamos resueltamente más marxistas que Marx.»

La vida de nuestros días es una vida de lucha perenne, de actividad constante e incansable. Quien se para un momento a descansar es inmediatamente superado y dejado atrás. Las frases de Sorel podrán estar o no equivocadas, pero responden a un anhelo colectivo de la masa que no cree en el fracaso del marxismo como doctrina económica, pero que ve inútiles, retrasados o ineficaces algunos de los más caros postulados marxistas, defendidos y expuestos por discípulos y continuadores. Y puesto que la vida es lucha y si queremos conservar el marxismo hemos de hacerle lo bastante eficaz para que sea nuestra coraza protectora, y hemos de reparar sus daños y enjuiciar sus defectos, aunque no obedezcamos a otro fin que el egoísmo de nuestra supervivencia.

Porque no en balde decía Boutroux:

«Entre dos seres vivos, la victoria no es pana aquel que sepa alinear mejores silogismos, sino para el que tenga la más fuerte vitalidad.»

¿Hay algún programa completo?

La inminencia de la lucha nos presenta la urgencia de meditar bien los programas de realizaciones inmediatas que podemos ofrecer a la masa con garantías de cumplimiento. Tenemos el recelo de que de no hacerlo así suceda lo que con la República española: que antes de su advenimiento se hayan hecho promesas que más tarde, con la responsabilidad de gobernantes, han creído irrealizables, Y en esto, en cuanto a programa para el porvenir se refiere, es en lo que nosotros nos preguntamos:

«El Capital», de Marx, con toda su magnitud, con toda su comprensión, ¿puede ser aún hoy la base única con que contemos para una transformación económica...?

El hecho de que posteriormente a él, las obras doctrinales de Kautsky, Jaurés y Labriola — pongo por ejemplo — no hayan añadido nada nuevo a la doctrina marxista, ¿presupone que ésta es completa y que no necesita rectificaciones?

El hecho de que las críticas de Bernstein y posteriormente la de Sorel y Henri de Man hayan intentado ahogarse y sumirse en el olvido, ¿es que realmente no hallaron eco en la opinión por no responder a la realidad?

Creemos que no.

¿No ha probado, por el contrario, la historia que alguno de los postulados de Marx han fracasado, que algunas de sus soluciones no son justas, que otras han sucedido antes de lo que él juzgaba, adelantando con ello los acontecimientos, y otras a su vez se retrasan, produciendo una falta de equilibrio total en el sistema?

En lugar de censurar y eliminar de nuestro lado a los «socialistas anteriores a Marx» (les llamamos así por darles un nombre genérico, no porque fueran ni se llaman socialistas) y a quienes él incluye bajo la denominación común de utopistas, bajo el mismo desprecio colectivo, ¿no tendremos que volver a recurrir a ellos en cuanto hayan acertado, y no necesitaremos ahora más urgentemente que antes una depuración del marxismo que amplíe y haga más elástico el programa de este, hasta aquí excesivamente rígido?

Justificación.

Sé por anticipado que el tema del libro habrá producido extrañeza e inquietud. No es, sin embargo, motivo de temor su enunciado. El verdadero socialista discrepa ante todo de los eclesiásticos en que no admite dogmas indiscutibles, ni papas infalibles. Y Marx empezaba a ser para nosotros un papa intangible. Solamente los anarco-sindicalistas, los comunistas libertarios, se habían lanzado a la por muchos calificada de herejía de conciliar a Marx ideológicamente con sus dos tradicionales enemigos: Proudhon y Bakunine. Hemos de apartamos de la contraproducente táctica de la infalibilidad, y señalar los errores y desaciertos de Marx que la realidad, con el transcurso del tiempo, ha venido a señalar. Ello nos habrá valido, al menos, para desaquilosar un poco nuestro programa, que avanzadísimo y revolucionario en su inicial gestación, amenaza hoy ser superado por doctrinas que señalen a plazo más largo la realización de su ideal. Llegamos, por otra parte, a un momento de realidades. El régimen capitalista fracasa, pero tiene aún un fondo incalculable de reservas morales, y sobre todo una fuerte dosis de instinto de conservación que provoca en la burguesía, sobre todo en los momentos fatales de su hundimiento, una reacción animal que le hace salir desesperadamente a la superficie.

Karl Steuerman recuerda la reacción del capitalismo alemán por cuatro veces frente a su bancarrota. Se ha rechazado siempre a los portadores de la derrota cantando: «Deutschland, Deutschland über alles» (¡Alemania, Alemania sobre todo...!). El grito de Reconstrucción ha salvado el capitalismo alemán, y ello es una advertencia para lo que puede hacer el capitalismo universal. Porque es cierto, indudable, que el capitalismo llega a su fin. ¿Pero es que, por ventura, existe un fin sin un nuevo principio? ¿Es que hay un ocaso sin aurora? El capitalismo, como nueva ave Fénix, renace de sus propias cenizas. Podrá tener un período de decadencia, que es menester aprovechar para garantizar el triunfo de la revolución iniciada. No hacerlo equivale a plantear para el mundo la perspectiva de Alemania; un período más o menos largo de régimen republicano, democrático y antiimperialista, para acercarse al triunfo más grande y rotundo de un nuevo movimiento imperialista y monarquizante. La crisis del capitalismo antes que crisis absoluta es un ocaso, un viraje, si no se asienta rápidamente el nuevo orden sobre las cenizas caóticas del pasado.

Aprovechar las equivocaciones de los hombres geniales es hacer una rectificación útil para no incurrir en ellas cuando no se trate de meras disquisiciones teóricas, sino de llevar a la práctica en momentos difíciles de hondo fermento revolucionario.

Es una vez más cierta la profunda observación de Condillac, diciendo:

«Es muy esencial, para todo aquel que quiera hacer por sí mismo progresos en la investigación de la verdad, conocer las equivocaciones de los que han creído irle abriendo el camino de ella.»

Los errores de Marx

Marx, inconsecuente.

Marx no era un hombre cuyas ideas se mantuvieran firmes en su dilatada existencia.

De ahí se deriva el que los comunistas que predican la dictadura del proletariado y la acción revolucionaria permanente, tengan tanta razón haciéndose derivar del tronco marxista; como los socialistas que predican la lucha política parlamentaria y la evolución progresiva sin mengua de un período revolucionario intensivo; como los sindicalistas que hablan de la acción directa tan mal interpretada y, sin embargo, tan elogiada por el mismo Marx; como los cooperadores que creen bastante ir adentrándose poco a poco en el régimen capitalista y sustituyendo dentro de él las instituciones por él creadas, esto es, como en el proceso biológico de la formación de algunas células uninucleares y su reproducción, creando un nuevo organismo, un nuevo Estado dentro del Estado capitalista, que al irse extendiendo absorba y domine a este último.

Vais a ver, en breve y esquemático resumen, cómo esa triple derivación del marxismo es posible.

En el periodo de 1848-52, Marx defendió la tesis de la revolución permanente y de la dictadura del proletariado. (*PERÍODO COMUNISTA*.)

Razones psicológicas: acababa de tener lugar la *Commune*, con su estrepitoso fracaso, y era necesaria una fuerte inyección de optimismo; mejor aún, un estímulo al anhelo vengativo del hombre, que solo podía hallar eco en un estado de protesta perenne contra el régimen constituido; en una dictadura que permitiese plenamente vengarse de sus anteriores opresores.

Esta tesis es la que aceptó Lenin, y que ha venido a ser la doctrina oficial del bolchevismo ruso.

El segundo periodo es el de la Internacional, eminentemente SINDICALISTA.

En el Manifiesto inaugural de la Internacional, en las escisiones que en ésta se provocaron y en el escrito sobre la *Commune* de París, el nombre comunismo, antaño tan empleado, desaparece. No se habla para nada de partidos políticos.

Marx dice que la Internacional, como sus estatutos determinan, no es más que la fusión de simples Sociedades obreras, pero siguiendo todas el mismo programa, trazado a grandes rasgos, de la lucha contra el capitalismo, conquistando las posibles mejoras que su situación y su número permitieran.

¿No se ve en esto un fuerte contenido sindicalista?

Las coincidencias son tales, que vemos que en España, los propagandistas iniciales de la Internacional, Mora y Lorenzo, anarquistas de convicción, hicieron que el movimiento español, en particular el catalán, donde el espíritu proletario estaba más rebelde y levantado, naciera ya orientado por el cauce al que más tarde había de dar el nombre de anarco-sindicalista.

La Segunda Internacional, creación posterior de Marx, por sus concomitancias con la Internacional Socialista, de creación mucho más posterior, recogía a las organizaciones obreras que asimilaron un nuevo modo de pensar de Marx, partidario ya de la acción política reformista, dentro de los viejos cauces apolíticos de antaño.

¿NO SERÁN PUES, LOS TAN CALUMNIADOS ANARCOSINDICALISTAS LOS VERDADEROS HEREDEROS DE LOS POSTULADOS MARXISTAS Y LOS QUE HAYAN LLEVADO A EFECTO SUS PRÍSTINOS DESEOS?

Marx inicia entonces una tercera etapa. Favorece el movimiento cooperativo, que se consideraba entonces como una de las grandes victorias de la economía de las clases obreras sobre la economía capitalista. De aquí derivan su fuerza y su vitalidad los COOPERADORES.

El cuarto sistema político, del último período de la vida de Marx, esto es, el sedimento de sus doctrinas, arrepentido tal vez de las lanzadas en su juventud, y pesando ya los posibles fracasos de las iniciadas en su

madurez, corresponde a las sugestiones que dio en la carta sobre el programa del Gotha.

Allí se ve mezclado el sufragio universal, como medio de liberación del proletariado, con una ligera alusión a la teoría de la dictadura, pero de un modo breve y circunstancial.

Marx aceptaba la doctrina parlamentaria y el partido político electoral, pero solo como medios de penetración en la clase burguesa para favorecer a los que estaban fuera de la fortaleza, ya entregándoles las llaves de aquélla, ya abriéndoles paso en las murallas, ya pasándose a su lado apenas ellos intentaran el asalto, va valiéndose de algún ardid famoso, como el del caballo de Troya, que dio por fin el triunfo a los helenos, tan largamente esperado en años de cruenta y dura lucha.

Lo tristemente lamentable es que los seleccionados para esa penetración en los organismos burgueses suelen olvidarse de su misión de entregar la plaza a los compañeros que quedan fuera, y, atraídos, sin duda, por las comodidades del interior, dejan a aquéllos entregados a su desesperación y a su soledad.

Pero, en suma, de esta posición ideológica de Marx se ha derivado la doctrina SOCIALISTA.

¿Y no habrá sido ella, como todas las doctrinas nacidas en la vejez del cuerpo y en la decrepitud del espíritu, acaso inferior en su concepción a las doctrinas que anteriormente patrocinó la fértil inteligencia de Karl Marx?

Dicen los psicólogos que el cerebro deja de crecer y progresar a los cuarenta años, y que después se produce un estado de anquilosis que, o mantiene los primitivos valores, o, si intenta transformarlos, da lugar a creaciones deficientes y defectuosas.

Lo mismo que puede juzgarse el socialismo fruto de una larga y madurada experiencia y por consiguiente, la más sensata y justa doctrina que jamás produjo la inteligencia del eminente judío, puede juzgársele el sedimento de las doctrinas anteriores, producto de desengaños y desprovisto de idealismos iniciales.

Nosotros nos limitamos a enunciar el hecho y sus posibilidades, sin afirmar ni un pro ni un contra, pero creemos que es digno de sincera meditación y estudio.

Marx, plagiario.

Vamos a empezar por sentar una afirmación un poco dura, tal vez excesivamente enérgica, pero lo mismo que De Man, al trazar su libro, «Más allá del marxismo», en lugar de revisión, adaptación o reinterpretación de esta teoría económica, lo hacemos porque coincidimos con su criterio de que la nueva generación, separada de la otra por un abismo de experiencias, al analizar el marxismo en su sentido relativo ha elegido una fórmula que acentúa, en lo que cabe, el valor negativo.

Marx, el hombre a quien estimamos como el verdadero propulsor de la doctrina económica comunista, no fue más que un divulgador, un adaptador de las fórmulas fisiológicas económicas de su tiempo, de doctrinas ya existentes.

Esto, que parecería una herejía, es una realidad. Acaso el afán de Marx de borrar de la historia y de la mente de los proletarios los nombres de los antecesores en la etapa pre-marxista, no es más que el miedo que tenía de que conocieran la verdadera procedencia de sus doctrinas.

Vosotros habéis oído hablar, aunque con recelo, de los sucesores de Marx, desviados más o menos de la ruta marxista (Bernstein, Kautsky, Lenin, Bakunin, Kropotkine). Pero de los hombres anteriores a Marx, solo Proudhon — su contemporáneo — se salva, y precisamente porque Marx tuvo interés en que se salvara en la parte más discutible y utópica de sus doctrinas.

Ni Owen, ni Fourier, ni Morus, ni Campanella, ni Bastiat, ni Saint Simon, ni Louis Blanc, ni Cabet, ni Ricardo, son conocidos, porque la escuela marxista ha cuidado siempre de apartarlos del conocimiento de la masa.

Por eso no os extrañe mi afirmación. Marx adoptó, pero no inventó nada:

Ni el poder de la cooperación, cuyo propulsor es Owen;

ni la teoría de la plusvalía, que procede de Thompson y del genial economista Ricardo;

ni la doctrina de la lucha de clases, que va se conocía en la antigüedad, y en torno a la cual han hecho sus más brillantes apóstrofes lo mismo Catilina, que Dolabella, que los hermanos Graco;

ni el materialismo histórico, que tiene precedentes en Mignet, Thierri, Guizot y Louis Blanc;

ni la doctrina sindicalista, iniciada ya por Blanqui y Babeuf y por Lassalle, con la Unión General de Obreros Alemanes;

ni la dictadura del proletariado, desenvuelta ya por Morus, Owen y Campanella;

ni la lucha política parlamentaria, desarrollada por Lassalle.

Aunque esto parezca un balance aterrador, no amengua en nada la privilegiada inteligencia de Carlos Marx. La obra de Marx es el resultado de una larga experiencia histórica. Pero es evidente que el complejo vital socialista, al fundirse en el crisol de su potente espíritu, bajo su pluma acerada, adquirió un esplendor y una claridad que nunca había tenido y que probablemente no hubiera tenido jamás.

De aquí que la labor de Marx háyase reducido, única y exclusivamente, con el genio teutón de acumulación de datos y estadísticas, a forjar el Capital, sobre los «rapports» de la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra, en Francia y en Alemania; a dar forma concreta y definida a la hasta entonces amorfa doctrina socialista.

Y precisamente su acierto estuvo en eso. Recogió y asimiló. Tenía elocuencia e ingenio. Supo aprovechar el momento crítico anterior a la revolución de 1848 y la *Commune* y el posterior decaimiento, para extraer, como enseñanza del fracaso, la necesidad de la unión, y de ahí salió la creación de la Internacional, que es realmente lo único que ha merecido el haber inmortalizado el nombre de Carlos Marx.

Marx, orgulloso.

Karl Marx era orgulloso. Con ello no enunciamos nada nuevo ni que mereciera salir de los linderos de la vida privada, si ésta no fuera tantas veces trasunto de la vida pública, y si no halláramos explicado el carácter, en los más nimios gestos o detalles, la clave de muchos enigmas de las más

aventuradas situaciones políticas. Marx era orgulloso. Y juzgándose un ser superior a la Humanidad, no quiso reconocer las cualidades buenas o aceptables de sus predecesores en la lucha por conquistar las conciencias del proletariado. Y este orgullo ha restado al conocimiento de la masa proletaria buen número de las soluciones prácticas ofrecidas por los antecesores de Marx (talleres nacionales, bonos de trabajo, Bancos de cambio, etcétera), que podían haber sido y que pueden ser aún hoy de positiva utilidad para el instante en que un nuevo régimen económico sustituya al actual.

Hemos de tener en cuenta la realidad que encierran las frases de Azaña — prescindiendo de la situación política actual de España — «El que hace oposición a un Gobierno, no debe olvidar que, inmediatamente que logre su propósito de derribarlo, no puede eludir la responsabilidad de coger el Poder y gobernar a su antojo, sustituyéndolo por el que más le agrade.» En cuanto el socialismo vuelva a su verdadera y legítima posición oposicionista, si ésta se conduce de un modo viril y enérgico, como corresponde a un partido de clase que anhela la sustitución de un régimen económico por otro, debe pensar que, antes o después, ese régimen habrá de entregarse o conquistarse, y que lo peor que podría sucederle es que, con los medios de poder realizar una revolución justa y equitativa, dejara escapar ese Poder nuevamente a manos de la burguesía, que no se habría extinguido, sino agotado temporalmente en la lucha, y que, dejando pasar en la inactividad o en las vacaciones los primeros instantes, dejaran tiempo a la clase burguesa y capitalista para reaccionar y se encontraran, no con el éxito soñado, sino con el más rotundo fracaso que cortara, si no para siempre — que en la Humanidad nada puede garantirse a tan largo plazo —, pero sí para un larguísima período, toda potestad de redención de la clase trabajadora.

Yo creo que no basta con decir: De acuerdo con los postulados marxistas, somos partidarios de la socialización de los medios de producción y de cambio ¿Porque es que, por ventura, podríamos resolverlo diciendo un día desde la «Gaceta»: «De acuerdo con los postulados marxistas, ¿quedarán automáticamente socializados esos medios de producción y de cambio en toda España? ¿Es que, aun con otra preparación los gobernantes, y con otro conocimiento las masas de los principios que iban a imponerse en la distribución de las tierras, no tuvo

inconscientemente la culpa el primer Decreto del Gobierno soviético que declaró propiedad colectiva las tierras para legalizar la apropiación, va realizada por los campesinos, de todo el desorden caótico y anárquico subsiguiente que ha mantenido a Rusia alejada, hasta hace unos años, de su verdadera finalidad económica constructiva, creando en el pecho del trabajador sentimientos cada vez más arraigados de propiedad individual, en vez de arrancárselos y forzándole a defender la tierra que le había tocado en suerte con más energía que los primitivos propietarios? ¿Es que no fue esto la causa de que, en 1925, un socialista a quien por aquellos años no podía tachársele de parcialidad en favor del reformismo, Álvarez del Vayo, escribiera en su libro «La Nueva Rusia»:

«Teniendo en cuenta que la propiedad colectiva de Rusia asciende al 7 por 100 del área cultivable, no podremos dar idea de lo lejos que está aún el comunismo de adueñarse del alma rusa»

¿Es que no vale bien meditar la experiencia del régimen soviético que necesitó empezar a concretar sus aspiraciones con organizaciones de Artels o Cooperativas, con grandes Sofkhoz o centros de propiedad nacional en extensiones tan grandes de terreno que se necesita un aeroplano para recorrer las haciendas? ¿Es que la mayor enseñanza del régimen soviético, para el que yo, como joven, tengo toda mi simpatía, han de reconocer que es la primera revolución proletaria de verdad, merece que nos preocupemos de ella con toda cordialidad, no está precisamente en eso, en que hubo de purgar y pasar todos los errores después de haber realizado su revolución, paralizándola, evitando obtener los resultados que ahora se anuncian con el magnífico plan quinquenal de organización del trabajo?

¿No es preferible que meditemos antes de evitar que estos mismos enojosos resultados puedan imponerse a nosotros como trabas en nuestro desarrollo, y nos obliguen como en Rusia, para impedir el triunfo de la reacción, a mantener la Chega — luego transformada en la G. P. U. — como régimen de terror para evitar, entretanto no se resolvía el conflicto interno, toda posible reacción de la clase burguesa que pusiera en peligro el régimen imperante?

Y no se crea que esta negación de Marx es una idea personal o atribuible a quien con más acierto ha hecho la crítica del marxismo, a Sorel. No. También un socialista y aun oportunista como Jaurés proponía en la

Jeunesse Socialiste» de enero de 1895, con el título idealismo de la historia», que para conciliar la tesis materialista y la espiritualista de la historia la única postura aceptable era condenar todas las ideas de Marx, que era, decía con su sutil ironía francesa, el medio de proclamarle un gran hombre, tanto como pueden desear sus discípulos.

Marx prescindió del obrero.

Creo que bien vale la pena de que meditemos en estos extremos por el interés que ello habrá de tener para todos. Cada vez la masa es más culta, más inteligente, más comprensiva. Si al empezar la propaganda socialista se hubiera hablado de estos difíciles y sutiles problemas de teoría marxista, la unión no se hubiera consolidado. Pero hoy no puede venirse a los libros que se lanzan al mercado a repetir los viejos tópicos de la explotación del hombre por el hombre, la unión es la fuerza y otros postulados similares. Vale la pena de hacer pensar, de hacer vibrar al compás de una inquietud, y necesitamos, sobre todo, ofrecer programas concretos, hechos de realización inmediata. Y hemos de tener en cuenta sobre todo que los encargados de llevar a la práctica ese programa han de ser seres humanos y, por consiguiente, imperfectos, y que el «nosce te ipsum» (conócete a ti mismo) de Sócrates es hoy más que nunca una acuciante realidad. Parece nuevamente cierta la frase de Agustín de Hipona: «Los hombres van a admirar las altas montañas, las olas del mar profundo, los grandes altos de agua, el movimiento de los planetas. Solo se olvidan de ellos mismos.» No olvidaros de vosotros mismos es, a mi modo de ver, la más urgente preocupación de todos nosotros.

En esto radica la nueva orientación que se inicia en el marxismo por Henri de Man, que nos interesa no solo por lo que este nombre en sí representa, sino porque tras él está una de las más altas personalidades de la Internacional Socialista, que no teme ya la mala acogida que habría de hallar — teniendo en cuenta la polémica famosa Bernstein Kautskv —, sino el daño que esta actitud traería al socialismo, si en vez de ser como en la actualidad un joven socialista quien la planteara, fuera todo un papa del marxismo el que la ofreciera al examen de las masas proletarias. Henri de Man ha planteado su tesis en su libro «Au delá de marxisme» (Más allá del marxismo), que él mismo hubiera querido titular «El fracaso del marxismo». Henri de Man plantea el más interesante de sus problemas.

Marx aprecia demasiado el problema económico, reconociendo que es la cumbre de la sociedad. Menester es que se acabe la rutina de que el centro de la doctrina marxista sean los medios de la producción y que en «El Capital» se hable del obrero como factor productor de fuerza, de trabajo y no como hombre. Y a continuación dice: El obrero reacciona violentamente ante hi clase burguesa, no va por la oposición económica de clase opuesta a clase, sino porque la clase burguesa detenta en la actualidad el Poder y coacciona todos los intentos de rebeldía del trabajador. Así el obrero, en lucha con el patrono, podría haberle vencido fácilmente con las armas de la sindicación que ésta pone hoy en sus manos si no dispusiera de los guardias, de la policía, de la protección oficial para despejar sin posibilidad de reclamación, de poder cerrar la fábrica o dejar sin cultivar la tierna y poner su capital a renta en acciones o valores del Estado. Luego si el obrero odia a la clase burguesa es porque ésta detenta el poder y la enseñanza, forjando a su gusto la inteligencia de sus hijos, y el ejército, donde se les obliga a todos, sin distinción de ideas, a servir programas que no estén en consonancia con su criterio, y la Iglesia, convertida en un arma más servil y oprobiosa para la humillación del trabajador, predicándole doctrinas de resignación y de calma. Por todas estas razones justas, y no porque el patrono tenga el monopolio de los medios económicos de producción, es por lo que hoy el obrero odia al patrono y odia a la burguesía. Claro es que esta oración puede volverse por pasiva y afirmar que nada de esta hegemonía patronal sucedería si el patrono no tuviera a su alcance los medios económicos. Pero, en fin, no contradigamos la tesis de De Man. Es indudable que si el patrono, la burguesía o el capitalismo no contara con otros medios de defender sus intereses que los propios y no con el poder coactivo del Estado, los obreros, que están en mayoría, no hallarían gran obstáculo en terminar con la clase patronal o en apoderarse de sus fábricas. Por esto, Henri de Man dice que hay que despertar cada vez más en el obrero la conciencia de su dignidad pana que aprenda a su vez a reaccionar ante las demasías de la clase contraria. La masa es ante todo una gran idealista. Nunca, dice uno de los precursores de esta tendencia espiritualista: Benoit Malón, ha arrastrado a la multitud el único interés material. Toda pasión revolucionaria, toda actividad generosa, está fundada sobre un idealismo cualquiera. Y si en la lucha, mejor en la escaramuza diaria, si se habla de subida de jornal o de rebaja en las horas de jornada, en la lucha definitiva, en la tantas veces cantada revolución social, solo se

habla de una sociedad más justa e igualitaria, se persigue la justicia antes que la mejora material.

Yo creo que Marx se equivocó en no tener en cuenta en su obra las reacciones todas del individuo, no ha pensado en cómo este individuo puede pensar y sentir; ha juzgado al obrero como una máquina, como una pieza del engranaje social, sin tener en cuenta sus anhelos de liberación y de emancipación filosófica e intelectual, sin pensar, en suma, como dice Ch. Andler en su tesis sobre «Los orígenes del socialismo del Estado en Alemania», que el socialismo, comprendiendo siempre bajo esta denominación no a un partido determinado, sino a una doctrina ideológica, implica el nacimiento en cada uno de nosotros de una vida más rica que se expande sobre los otros. El socialismo es reconstrucción y aporta al mundo una civilización nueva, y al decirlo prescindimos de definir como socialismo a los partidos socialistas y lo tomamos en un amplio sentido generoso y comprensivo.

El despotismo ilustrado de Marx.

La reforma que le incumbe al marxismo es casi la misma que necesita todo el movimiento liberador del proletariado. Todos han partido de un error inicial de perspectiva. Los proletarios han creído que su redención estaba lograda por poseer un sistema económico forjado por unas cuantas privilegiadas inteligencias. Pero ésta no es más que la táctica del «despotismo ilustrado», todo para el pueblo, pero nada por el pueblo. Los redentores han pensado por él, han sentido por él, han reaccionado por él y han escrito por él. Pero él no ha hecho aún nada. Y esto, que no es en modo alguno rebajar los méritos de estos liberadores, no es más que el primer paso en el camino revolucionario. A la masa sumida en la apatía o en la inercia se la despierta y se la señala una ruta. Pero la masa no debe seguirla aborregada y sin ulterior inquietud. Una vez puesta en pie de otear el horizonte y buscar el camino de máxima perfección.

EL SOCIALISMO ESTÁ AÚN POR NACER como reacción de la masa, como programa de las grandes colectividades, prescindiendo del marxismo como del sansimonismo, como del fourierismo. Marx, Saint Simon, Owen, Fourier, hombres de la clase burguesa que si aceptamos la propuesta de Marx de que responden al dictado de su clase, nos llevarían a la consecuencia de que el socialismo, y dentro de él el marxismo, es de

origen burgués. Falta, pues, para completar el ciclo, la reacción del proletariado. Las doctrinas han ido hasta ahora de arriba abajo, han de resurgir ahora de abajo arriba. Se acabó la labor del sembrador y han de surgir las espigas granadas de frutos. Y dándose cuenta de la inminencia de esta reacción colectiva, algunos hombres que tienen hoy en sus manos los destinos del proletariado en todos los países, se obstinan en mantener a este ligado única y exclusivamente a los partidos políticos, a las organizaciones obreras previamente creadas: hacen de Marx, divinidad intangible de «El Capital», evangelio sin discusión posible, de los organismos por él creados, fórmulas únicas de salvación universal, creyendo que con ello consiguen su objeto de aletargar de nuevo las conciencias y permitirles acaudillar las masas sin que éstas tengan conciencia de su responsabilidad.

Este movimiento, que yo patrocino de una reforma del marxismo, es ante todo un latigazo que sacuda las conciencias y que obligue a los hombres a ponerse en pie. Es algo similar a la Reforma religiosa que, patrocinada por Lutero, haciendo bandera del libre examen, autorizó a todos para entrar en el terreno de la discusión de lo hasta entonces aceptado como dogma inatacable. No creemos que las discusiones de alta política, ni de alta economía, estén reservadas sola y exclusivamente a un núcleo de selección, porque ello contribuiría a anquilosar y paralizar las posibilidades de reacción de la conciencia colectiva. Todos a discutir, todos a aportar su parecer a la discusión. He ahí el problema, he aquí la solución, una operación quirúrgica que corte y separe los miembros putrefactos e inservibles. Una poda beneficiosa para el árbol que le preste nueva vitalidad. Sabido es que cuando una persona por un accidente cualquiera sufre una amputación de un miembro, de una extremidad, su vida se prolonga como si el organismo la recogiera toda en sí y se expandiera vitalmente con la máxima energía. Pues bien; esta operación quirúrgica, esta poda beneficiosa, dará una vida íntima, profunda, al cuerpo aletargado del socialismo. La realidad de hoy es aquella que Sam y Beracha exponía con tan indiscutible acierto:

«El marxismo está vivo, pero está enfermo. Necesita una seria operación quirúrgica.»

Primer gran error de Marx: La concentración de capitales.

Marx afirmó que la burguesía estaba representada cada vez por un número cada vez menor de capitalistas, que usurpan y monopolizan las fases del proceso de transformación, en tanto el proletariado lo representa una masa cada vez mayor de desheredados, que de día en día se hunden en la miseria.

Así dice en «Til Capital»:

«Con el número cada vez menor de los magnates del capital crece la masa de los miserables, de los oprimidos, de los siervos, de los depauperados y de los explotados.»

En el Manifiesto Comunista añade:

El obrero moderno, en vez de irse elevando con los progresos de la industria, va estando cada día en un nivel más bajo, por efecto de las condiciones de su propia clase. El trabajador llega a degenerar en mendigo, y el pauperismo se desarrolla más rápidamente que la repoblación y la riqueza.»

«La hora final de la propiedad capitalista está sonando. Los expropiadores van a ser expropiados a su vez.» («El Capital»).

«Actualmente la transformación de los grandes establecimientos mercantiles e industriales, las compañías por acciones y la propiedad del Estado, demuestran que la burguesía no es indispensable para la administración de las modernas fuerzas productoras.» («El Anti-Duhring»).

Esto no es más que el enunciado de la teoría de la concentración, de que ya hablamos en otro lugar de este libro para resaltar su procedencia, que no es marxista, sino de Louis Blanc, y por ende muy anterior a Marx. Ahora bien; esta teoría, justificada en su enunciación, ha sido, sin embargo, un grave error en la realidad.

Es indudable que las Empresas capitalistas se han concentrado con la presencia de los «kartell» y «trusts», fórmulas que aún Marx no llegó a soñar, y que superan el propio programa marxista. Cierto es que los Estados Unidos pueden presentar un cuadro que confirma la teoría marxista, ya que en unos cuantos Sindicatos, solamente siete grandes Sindicatos industriales, hay englosados 1.521 establecimientos que antes eran independientes y

9.017 millones de dólares corresponden únicamente a seis grandes Empresas ferroviarias. Y, sin embargo — primera gran contradicción histórica —, los Estados Unidos forman el pueblo más auténticamente capitalista y más alejado de la posibilidad de una realización socialista. Movimiento político escasísimo; movimiento sindical muy restringido; predominio de un proletariado aburguesado, de obreros con «auto» y con comodidades, de oficinistas, de grandes obreros industriales de los rascacielos fantásticos. Pero no es esto solo, ya que una contradicción histórica, con ser muy interesante, no basta por sí sola para acabar con una teoría, aunque la quebrante.

En Alemania, solo en 1919, y esta progresión ha continuado en aumento, la absorción de las formas industriales pequeñas y restringidas no se ha manifestado de modo tan equívoco. En esa fecha había en Alemania 5.353 576 personas ocupadas en pequeñas industrias, excluyendo a los obreros del campo. Mientras la industria total solo ocupa unos 14.000.000 de hombres, de ellos cinco millones y medio pertenecen a la pequeña industria, representando casi la mitad de toda la población industrial, y más de dos terceras partes en el comercio.

Es cierto que las grandes empresas capitalistas adquieren cada día un mayor desarrollo, pero no a costa de la muerte o sacrificio de las pequeñas Empresas, que según las predicciones marxistas habrían de ser absorbidas por aquéllas. En 1907 daban ocupación en Alemania a casi tantas personas como las grandes Empresas. Y desde 1882 a 1907, si bien la gran industria aumentó en un 230 por 100, lo cierto es que la Empresa pequeña, en lugar de disminuir ni aun de mantenerse, aumentó en un 160 por 100.

Tercera contradicción: En el campo, por lo que se refiere a la propiedad de la tierra, los resultados han sido completamente opuestos. Lo ejemplar del hecho, habida cuenta que es la tierra como la que proporciona las materias primas, la base de toda la distribución de la propiedad y aun de la industria y comercio posterior, nos ha hecho dedicarle a este tema un estudio más amplio que permitirá apreciar cómo en lugar de ampliar los latifundios y concentrar la gran propiedad como anunciaba Marx, se ha tendido de un modo uniforme y automático a la división o fraccionamiento de la propiedad. Y hasta en los Estados Unidos, el país tipo del capitalismo,

donde la racionalización se ha impuesto hasta en el régimen agronómico, la situación es casi la misma, con idéntica tendencia hacia el fraccionamiento de las tierras.

Cierto es que no se ha realizado una expropiación violenta y repentina que trastrocara en unas horas la faz de un Estado. Pero la disminución, no por ser lenta ha dejado de existir. Desde 1850 a 1900, por ejemplo, el terreno ocupado por una granja americana en explotación era por término medio de 61 acres, descendiendo a 57,4, 53,7, 53,1, 51,9 y 49,4 acres» respectivamente.

Kropotkine, en «La Conquista del Pan», al comentar el fracaso de este aspecto de la doctrina marxista afirma que al revés de lo que en otro tiempo se aseguraba entre socialistas de que el capital llegarla a reconcentrarse bien pronto en tan pequeño número de manos que solo sería menester expropiar a unos cuantos millonarios pana poder poseer la riqueza común, cada día es más considerable el número de los que viven a costa del trabajo ajeno. En Francia no hay lo productores directos por 30 habitantes. Toda la riqueza agrícola del país es obra de menos de 7.000.000 de hombres, y en las dos grandes industrias, minera y textil, cuéntense menos de 2.500.000 obreros. ¿Cuál es, en cambio, la cifra de los explotadores del trabajo? En Inglaterra, sin contar a Escocia e Irlanda, 1.030.000 obreros, hombres, mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; poco más de medio millón explotan las minas, menos de medio millón labran la tierra y las estadísticas tienen que exagerar las cifras para obtener un máximum de 8.000.000 de productores para 27.000.000 de habitantes. En realidad, seis o siete millones de trabajadores son los que crean las riquezas enviadas después a las cuatro partes del mundo. ¿Cuántos son, en cambio, los capitalistas e intermediarios que añaden las rentas cobradas al universo entero a las que se adjudican haciendo pagar al consumidor de cinco a veinte veces más de lo que han pagado al productor?»

Las cifras de Kropotkine no están fundadas sobre ninguna estadística oficial, sino a grandes trazos, aunque no se alejaban de la realidad y eran la revelación de un estado indiscutible, pero Bernstein, después de exponer la teoría marxista, según la cual el número de capitalistas disminuye constantemente, dice:

«Es absolutamente errónea la afirmación de que la evolución económica tienda a una disminución relativa ni absoluta del número de poseedores. Absoluta y relativamente, porque el número de poseedores aumenta.»

En primer lugar es una ilusión creer que la concentración de las Empresas industriales lleva aparejada una concentración de las fortunas. Esto se ha derivado de una mala interpretación del verdadero contenido económico de la sociedad anónima. Esta permite un fraccionamiento considerable de los capitales ya concentrados y hace superflua la apropiación de capitales por algunos «magnates» aislados en vista de la concentración de las Empresas industriales. Cuando se habla de «trusts» se piensa ante todo en las proporciones gigantescas de esas Sociedades hoy tan en boga y se cree, desde luego, en la presencia de un fenómeno de concentración. Mas es preciso considerar que tales Sociedades se hallan formadas por un gran número de personas, y es en ellas precisamente donde el capital está muy repartido, donde se verifica la incorporación de los pequeños burgueses poseedores de siete u ocho acciones a la Sociedad capitalista. Así el viejo «trust» inglés del hilo de coser no cuenta menos de 12.300 accionistas. El «trust» del algodón tiene aproximadamente unos 13.000 accionistas. La Empresa Spiers y Pond, de Londres, tiene un capital de 31.200.000 francos, con 4.650 accionistas, de los cuales solo 550 poseen acciones por valor de más de 12.000 francos.

Es, pues, una realidad que el número de capitalistas aumenta en vez de disminuir. Para ello Bernstein suministra unas curiosas cifras. Así, según la «British Review» de uno de los últimos años del siglo pasado, cuando aún no se había iniciado el gran movimiento de forja de capitalistas del siglo XX, la del 22 de mayo de 1897 afirmaba que el número de familias en posesión de una renta de 150 a 1.000 libras esterlinas era en Inglaterra en 1851 de 300.000; en 1891, de 999.000. Mientras que la población, durante esos cuarenta años, aumentó un 30 por 100, el número de contribuyentes de la expresada categoría aumentó un 233 por 100. Cosa análoga se observó en Prusia y la trayectoria iniciada a finales del pasado siglo es la misma que se observa en la actualidad, si bien en progresión creciente. En 1854 había solo 44.407 individuos que disfrutasen de una renta superior a 1.000 thalers (3.600 francos); en 1892-95, 321.296; en 1897-98, 347.328. Mientras que la población se limitó a doblar, el número de personas en posición de una

renta superior a 3.600 francos se elevó al séxtuplo. El mismo fenómeno se manifiesta en los demás Estados de la Confederación germánica. En Sajorna, por ejemplo, el número de personas en posesión de une renta superior a 1.920 francos e inferior a 3.960, era en 1879 de 62.440, y en 1890 de 91.124.

Y Bernstein, al contemplar el resultado aparentemente desolador de sus cifras, lo justifica diciendo que no podía suceder de otro modo, porque dado el considerable aumento de la fuerza productiva del trabajo que caracteriza a la producción moderna, la consecuencia inevitable tiene que ser un aumento de la producción, y por consiguiente un aumento de los artículos de consumo. Se producen, pues, riquezas con exceso. Los magnates del capital no pueden consumirlas; si las exportan, el consumidor de fuera no paga, en último término, sino en mercancías, y en uno u otro caso habrá de producirse la misma desviación de lo que juzgaba Marx como postulado irrebatible. O una disminución constante del número de capitalistas al mismo tiempo que el aumento constante del bienestar del proletariado (falso), o una numerosa clase media. He aquí la alternativa resuelta por la Humanidad a favor del último término del dilema.

En resumen; el único punto en que tienen justificación las teorías marxistas es en Norteamérica, donde no hay amenaza probable ni aun remota del triunfo de un régimen socialista como natural efecto de la concentración, y donde, por el contrario, el proletario vive bien y no entregado a la miseria ni a la depauperación, salvo la crisis de trabajo inherente hoy a un régimen capitalista y que harán posiblemente, sí es muy fuerte, una revolución social, sin partidos socialistas ni comunistas, organizados para encauzarla. Y que en los otros países la tendencia de la concentración, desde luego verídica, es contrapesada por otra tendencia al aumento de la pequeña propiedad, que es la que inutiliza y destruye el efecto anterior.

Otro error de Marx. Las pequeñas industrias no disminuyen. Aumentan.

¿Es ello cierto? Las frases que Marx y sus discípulos enuncian son muy concretas. Pero la realidad es otra. Y es que no en balde dice Gabriel Deville en sus «Principios socialistas)):

«Cualquiera que sea el valor subjetivo de la moral, del progreso y de otros grandes principios de relumbrón, esta bella fraseología no influye para nada en las fluctuaciones de las sociedades humanas.»

Kropotkine, al analizar la tesis marxista de la desaparición de la pequeña propiedad industrial, dice así en su obra «Campos, fábricas y talleres»: «No hay en Inglaterra estadística alguna respecto al número exacto de trabajadores ocupados en las industrias domésticas, rurales y pequeñas en general. El asunto, en todas sus partes, no ha merecido nunca la atención que se le presta en Alemania, y especialmente en Rusia. Sin embargo, bien pudiera saberse que, aun en este país de las grandes industrias, el número de aquellos que se ganan la vida en la pequeña es más que probable que iguale, cuando no aventaje, al de los empleados en las fábricas. Los suburbios de Londres, Glasgow y otras grandes ciudades están cubiertos de pequeñas industrias, y hay regiones en que la pequeña industria está tan desarrollada como en Suiza y Alemania, de lo cual es Sheffield un buen ejemplo, la magnífica cuchillería, una de las glorias de Inglaterra donde el trabajo no se hace a máquina, sino principalmente a mano. Y lo mismo sucede en Francia, donde una cuarta parte de la población total vive de la industria, donde la pequeña ocupa 1.500.000 trabajadores y sostiene de cuatro a cinco millones de personas, sin contar los campesinos, que suden apelar a industrias pequeña» sin abandonar por eso la agricultura. Igual en Bélgica, uno de los países en que la industria se halla más centralizada, y donde, sin embargo, podemos decir que sin contar las minas, más de la cuarta parte de los obreros industriales están distribuidos en pequeños talleres que tienen por término medio menos de tres operarios cada uno, aparte el maestro.»

El testimonio de Kropotkine podrá parecer apasionado dada la tradicional oposición entre socialistas y anarquistas. Pero Bernstein cifró su crítica al marxismo en hechos estadísticos que, a pesar de las objeciones hechas y de la crítica hecha por Kautsky han quedado en pie. En su Socialisme theorique» dice que existe desde luego la tendencia a la concentración de las Empresas industriales, pero hay factores que atenúan dicha tendencia y cambian la línea que Marx trazara en su trayectoria inicial. Así en Alemania, el número de pequeñas Empresas (de uno a cinco obreros) era en 1882 de 2.459.950, en 1895 de 3.057.398. Hubo, pues, un aumento del 24,3 por 100. El número de Empresas medias (de seis a diez

obreros), era en 1882 de 500.097, en 1895 de 883.049. Aumentó 66,6 por 100. Durante el mismo período la población solo aumentó en 13,5 por 100. Lo mismo ocurre en el comercio. A despecho de los grandes almacenes al por mayor, los pequeños comerciantes viven y aumentan. En Inglaterra, desde 1875 a 1886, el número de detallistas se elevó de 295.000 a 360.000. En Prusia, el número de personas dedicadas al pequeño comercio era en 1885 411.569, en 1895 de 467.656. Resulta, por tanto, un aumento de 13 por 100. El número de Empresas mercantiles de proporciones medias (de tres a cinco empleados) era en 1885 de 176.867, en 1895 de 342.112. Aumentó 83,4 por 100.

La prueba de la exactitud de la crítica de Bernstein es que Kautsky, en su libro «Le marxisme et son critique, Bernstein», reconoce que el número de pequeñas Empresas, lejos de disminuir en absoluto, aumenta. Y Rignano, refiriéndose en su libro «Un socialisme en harmonie avec la doctrine economique libérale» a la polémica Bernstein Kautsky, dice:

«Está fuera de duda que la concentración industrial no se verifica hoy con el vigor y la generalidad necesarios para la actualización futura de un régimen colectivista propiamente dicho. No obstante su disminución relativa, hay aumento absoluto del número de explotaciones pequeñas y medias, aumento que se observa también en el número de obreros por ellas empleados, y es innegable que este hecho, sin justificar enteramente la apreciación de Bernstein sobre la incontestable vitalidad de las explotaciones pequeñas y medias, denota, sin embargo, una vitalidad demasiado grande para el triunfo del colectivismo.»

Y por su parte el leader de la Internacional Socialista Emilio Vandervelde, en su libro «Le coollectivisne et l'evolution industrielle», reconoce la verdad de las afirmaciones de Bernstein, su razón en oponerse a las ilusiones, un poco cándidas, de ciertos socialistas sobre la rapidez de la concentración industrial, y así afirma:

«No cabe duda que el desenvolvimiento de capitalismo produce el efecto de aumentar el número de pequeñas explotaciones industriales. En el campo, a medida que la producción de valores de uso para las necesidades domésticas es sustituido por la producción de valores de cambio, aumenta el número de pequeños productores que trabajan para el mercado local. Por otra parte, mientras que las grandes industrias se concentran, la

especialización del trabajo crea constantemente industrias nuevas, ramas desprendidas del tronco de la producción. Y el enriquecimiento de la clase capitalista, que gasta improductivamente una gran parte de sus beneficios, favorece el desenvolvimiento de las industrias de lujo. De que la gran producción mecánica gana incontestablemente terreno, a pesar de todas las resistencias que a su extensión se oponen, no se sigue necesariamente que, consideradas en conjunto las industrias de un país, los obreros que trabajan a domicilio y los pequeños productores autónomos disminuyan.»

Con respecto a las Empresas comerciales, dice también Vandervelde que en la mayor parte de las ramas del comercio, a pesar de los grandes almacenes, el número de pequeños establecimientos aumenta constantemente. En la sesión que se celebró en el «Verein fur Socialpolitik», en Breslau en 1899, W. Sombart probaba con estadísticas que el número de pequeños comerciantes aumenta más rápidamente que la población. Y así dice:

«Por cada uno que desaparece arruinado por la competencia de los grandes almacenes, surgen diez en otras ramas, en otras localidades, en las aldeas y en los suburbios de las grandes ciudades.»

La teoría del salariado fue un error en su enunciación marxista.

¿Cuál es el punto capital de la doctrina marxista y el de más difícil comprensión?

Es el del salariado, eje en torno al cual gira todo el edificio económico, elevado por Marx.

El salariado no es otra cosa — he ahí la consecuencia a que han llegado todos los economistas disidentes con la tradicional doctrina de la propiedad privada — que la compra de la fuerza de trabajo del obrero («Arbeitskraft») para disponer de ella a su antojo.

¿Cuál es la tarifa, cuál el valor de esa fuerza de trabajo y cómo se determina?

Marx dice:

«La época capitalista ha cometido el error de identificar la fuerza de trabajo con una mercancía. Dicha mercancía, como otra cualquiera, posee un valor. ¿Cómo se determina este? Por el tiempo necesario para su reproducción. El tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia de aquel que la ejercite.» (Véase «El Capital», página 73, primer tomo.)

Esto es; se enuncia un postulado difícil de analizar «la cantidad de trabajo necesaria para producir la fuerza de trabajo».

Explicación a este misterio la hallamos fácilmente. SÍ a un ingeniero se le pregunta, analizando el trabajo de una máquina, cuánto cuesta un caballo de vapor, contestará que uno o dos kilos de carbón por hora, o nueve o diez kilos de carbón por día, y determinada cantidad de trabajo de minero, evaluando en trabajo el coste que se le pide.

El obrero sometido al régimen del salario es equiparado a una máquina y su trabajo se gradúa como el de ésta. Cuesta la cantidad de subsistencias necesarias para sostener en estado de producción al trabajador durante una jornada o durante una hora.

En los patronos que emplean obreros a los que retribuyen en especies, como aún se practica en muchos casos en las faenas agrícolas, estos cálculos son muy fáciles de hacer.

El salario percibido por el obrero es necesariamente igual al valor de las subsistencias necesarias para su mantenimiento. De suerte que aumenta el precio del trigo y subsistencias, aumentará el jornal; disminuye aquél, disminuirá este, porque se le pone siempre al obrero en la necesidad de no poder comprar, por muy elevado que sea su salario, más que la misma cantidad de trigo y de las demás subsistencias.

Hasta aquí el enunciado de Marx y hasta aquí el punto básico de su teoría, en que, precisamente por no comprenderlo, debido a su difícil y abstruso enunciado, han insistido más sus continuadores.

Este punto, que señala todo él una escuela económica, ¿es original de Marx? En modo alguno. Vamos a ver a Turgot y a Ricardo enunciar esta ley como una de las pilastras básicas de la economía. Lo que los marxistas

han aceptado como postulado de una doctrina económica disidente es un simple postulado de la fisiocracia, esto es, la más vieja escuela económica del mundo.

Tugot en 1769, en su obra «Valores y Monedas» y en sus «Reflexiones», discípulo de los fisiócratas, pero fisiócrata a medias por sus ideas científicas acerca del valor que le hacían definir a este como la «expresión del grado de estimación que cada hombre atribuye a los diferentes objetos cuya posesión desea», enunció mucho antes que Marx la ley de la retribución del trabajo o salariado diciendo claramente:

«En toda clase de trabajo tiene que suceder, y de hecho sucede, que el salario del obrero se limita a lo estrictamente necesario para procurarle su subsistencia.»

Otro de los más eminentes fisiócratas, Necker, el financiero que publicó en el año 1775 el extenso libro «La Legislación y el Comercio de los Cereales», y que una vez elevado al cargo de ministro de 1776 a 1781, y luego por segunda vez de 1788 a 1790, prohibió el libre comercio de los granos, había dicho ya en términos aún más dolorosos:

«Si fuera posible que se llegara a descubrir un alimento menos agradable que el pan, pero que pudiera sostener el cuerpo del hombre durante cuarenta y ocho horas, bien pronto el pueblo se vería reducido por la presión del salario a no comer más que un día sí y otro no.»

Pero si estos nombres tienen para nosotros interés, más lo tiene el de David Ricardo, con el que habremos de encontrarnos repetidas vetes al analizar la economía marxista.

David Ricardo, judío también, oriundo de Holanda, pero nacido en Londres, iniciado en los negocios, y por consiguiente en la ciencia económica, escribió una compilación de sus escritos en sus «Principios de economía política», que fueron publicados en 1817, donde se quebrantaba, pese a sus propósitos, los cimientos del edificio capitalista. Ricardo, el hombre de más autoridad y prestigio en el campo de la economía política, el hombre más discutido, más combatido, más censurado, tiene sobre sus hombros el peso de haber engendrado el marxismo, y de que TODAS LAS TEORÍAS DE MARX, Y POR CONSIGUIENTE LAS DEL

SOCIALISMO CONTEMPORÁNEO, PROCEDAN DE SU TEORÍA DEL VALOR.

En la página 67 de su obra, Ricardo enuncia así sus pensamientos:

«El precio natural del trabajo es el que suministra a los obreros en general los medios de subsistir y de perpetuar su especie sin aumentos ni disminuciones»;

pero como en la página 73 afirma que:

«En la marcha natural de las sociedades, los salarios tienden siempre a ir en disminución, en tanto cuando están regulados por la oferta y la demanda, puesto que el número de obreros continuará aumentando, y con mayor rapidez de lo que aumente la demanda».

y en la página 77 determina que:

«Es muy posible que el alza nominal de los salarios hará parecer que los salarios suben, pero la suerte del obrero será, en cambio, mucho menos feliz; recibirá, en verdad, mayor cantidad de dinero como salario, pero este salario, sin embargo, valdrá menos cantidad de trigo», vemos que estos hechos son luego enunciados por Marx, y casi con las mismas palabras.

¿Qué de extraño, pues, que un hombre como Lassalle, contemporáneo y rival de Marx, llegara a las mismas consecuencias que Marx, pese a la separación de sus estudios?

Ambos habían bebido en la misma fuente, pero Lassalle reconocía la procedencia y Marx la ocultaba. La «ley de bronce» de Lassalle es la ley del salariado de Marx. Lassalle, el verdadero promotor de las ideas de intervención del Estado, va en el año 1848, cuando solo contaba veintitrés años de edad, había tomado parte con Carlos Marx en la agitación revolucionaria, y a partir de entonces se consagró a sus trabajos filosóficos, cuyos resultados inició en 1862. Por espacio de dos años, de 1862 a 1864, toda Alemania se estremeció al conjuro de sus libros, folletos, alegatos, discursos a favor de la Asociación General de los Trabajadores alemanes («Allgemeiner deut cher Arbeiterverein», que funda en Leipzig en 1867.

¿La máquina está en pro o en contra del obrero?

Recientemente se ha dado el caso, en España, de que los campesinos andaluces y extremeños, impulsados desde luego por su hambre y su miseria, y de un modo directo por su falta de cultura, quemaran las máquinas o impidieran su actuación en el campo, fundándose, desde luego, en que evitaban unos días de trabajo y, por ende, de jornal que aliviar su situación. Sin embargo, como ello no puede adoptarse como regla, y sí como situación excepcional, nos interesa hacer ver que la máquina, en la agricultura, no puede perjudicar al obrero, porque si bien en la industria posibilita el reemplazo de obreros calificado por obreros sin preparación, hombres por mujeres y niños, y reduce el número de obreros, en la agricultura, la máquina rinde más, mas no reduce el esfuerzo humano. En la industria, la máquina está fija en un sitio, y el mismo obrero tiene que proveer a la misma máquina. Los obreros están concentrados, lo que hace más fácil su vigilancia. Pero en la agricultura, cambiando constantemente de lugar, realizando su trabajo dispersos en vastas planicies, su vigilancia es difícil, y se necesitan obreros expertos y hábiles en su manejo, y el mayor empleo de las máquinas en la agricultura, como dice Kautsky en su obra «La socialización de la agricultura», pág. 80, no lleva consigo el desplazamiento de obreros expertos y hábiles por obreros sin experiencia, sino que, al contrario, obliga a los agricultores a preocuparse del desarrollo de la inteligencia y de la habilidad manual de sus obreros; esto es, en lugar de oprimirlos, a elevarlos espiritualmente.

En las investigaciones de un inspector de trabajo americano (Comission of Labour) sobre trabajo manual y mecánico, se comprobó que en la labranza de un acre de trigal (arar, sembrar, rastrillar), en el año fueron empleados tres jornaleros, de los cuales cada uno recibió un jornal de 50 cents, equivalente a unas dos pesetas. En el año 1899 emplearon el arado a vapor, y trabajaron en la misma superficie otros tres obreros, un maquinista, un fogonero y un conductor. El salario de un jornalero era de un dólar, cincuenta cents, esto es, aproximadamente unas seis pesetas, por aquel entonces; pero el del maquinista ascendía a cuatro dólares, esto es, unas veinte pesetas, y el del fogonero a 2,50 dólares, esto es, unas 11 pesetas, y el del cochero a dos dólares, o unas 10 pesetas. La máquina, que reduce el trabajo del hombre, que ahorra material por la cantidad de semilla que se pierde al sembrar con la mano, comprueba un hecho al que nos interesa

hacer referencia para destruir los prejuicios del obrero frente a la máquina. Esta no es una fuerza destructora o aniquiladora suya, sino, por el contrario, un eficaz auxiliar. La agricultura necesita de la máquina, y a ella habrá de recurrir en breve y de modo absoluto.

Siempre quedaron grabadas en nuestra mente, y queremos por ello difundirlas entre los proletarios, las máximas de Juan Grave, en su «Educación burguesa y educación libertaria», al decir, con el más generoso impulso de su corazón:

«No son las máquinas las causas de vuestra miseria, sino aquellos a quienes sirven como medios de explotación. No confundáis el efecto con la causa. Compañeros de miseria: cuando, enervados por un largo descanso; cuando desesperados por privaciones de todo género, lleguéis a maldecir vuestra situación y a pensar en los medios de aseguraros una mejora, fijaos, para atacarlas en las verdaderas causas de vuestra miseria, en la organización capitalista, que hace de vosotros las máquinas de las máquinas; pero no maldigáis esta clase de útiles, que os libertaran de las fuerzas naturales si os sabéis liberar de los que os explotan. Ellas os darán el bienestar, si de ellas os sabéis hacer los amos.»

La teoría do la depauperación del proletariado os un fracaso de Marx.

Marx expuso, en su obra «Das Kapital», la teoría de que la situación del proletariado empeora en vez de mejorar. Esta teoría ha dejado de ser confirmada por la realidad, siendo completamente opuesta y contradictoria. Hay un famoso pasaje de «El Capital», y que se repite varias veces en el texto, habiendo sido comentado por Kautsky, donde se hace ver que la masa de la miseria y la degeneración va en aumento, y en el «Manifiesto Comunista», donde se repite la idea de que la miseria se extiende. La situación de la masa obrera no ha descendido; por el contrario, ha mejorado con el transcurso de la evolución capitalista. Una información realizada en Francia por la Oficina del Trabajo, puso de manifiesto que, desde 1850 Solo hasta 1910, los salarios se han duplicado. Sidney Webb, socialista, resume en estos términos su juicio sobre la evolución de los trabajadores ingleses, y eso durante el período comprendido de 1837 a 1897. Los jornales se han

duplicado. Los precios de los artículos de primera necesidad (exceptuando la carne y la leche) eran un poco más bajos en 1897 que en 1837, menos el alquiler de las viviendas: «Pero este encarecimiento de alquiler no iguala, ni con mucho, al aumento de jornal del trabajador instruido, y su salario semanal le permite vivir a él y a su familia con mayor «confort» del que podían disfrutar sus abuelos.» Y el juicio de Webb está fundado, aparte sus observaciones personales, en las apreciaciones de Carlos Booth. El pauperismo, que, según Marx, aumenta más rápidamente que la población y la riqueza, es algo no confirmado por la realidad. En Inglaterra, el país tipo del capitalismo, los pobres disminuyeron, de 918.966 que era en los años de 1870 a 1875, a 797.144 en 1895, y a 617.128 en 1911.

El hecho de que el «standard» de vida de la sociedad proletaria es hoy mucho más elevado que hace unos cincuenta años, no hace más que comprobar que cuando vemos que los casos de miseria o de tipo más bajo de lo corriente, como algo excepcional y único o que al menos nos llama la atención, es porque la teoría de la depauperación se ha confirmado, y se habla, por el contrario, con una elevación de tipo, ello destruye la afirmación marxista.

La teoría de la socialización.

Marx supone, con esta teoría, que el progreso del capitalismo ha de dar como consecuencia unas condiciones favorables para una organización comunista de la vida industrial. En el «Manifiesto Comunista», en «El Capital», 386-592 de la edición alemana del primer tomo, 325-331, 354-420 del tercer tomo, «Miseria de la Filosofía», pág. 144. En la obra de Engels «Anti'Ouhring» (segunda edición), según la cual la industria capitalista hace aumentar cada día, gracias a la racionalización del proceso productor, la cantidad de abundancia social, desarrollando las fuerzas productoras sociales. Sin embargo, no es cierto, y en ello fracasa Engels, en decir que se haya centuplicado la fuerza productora social; sino que a lo menos se habrá quintuplicado en el último siglo, gracias a unas circunstancias excepcionales. Por lo que hace a Alemania, se ha limitado a aumentar en la proporción de uno a tres.

La teoría de la socialización es un fracaso, en cuanto que el mismo Marx reconoce que no es precisa una capacitación previa del capitalismo para el advenimiento del régimen socialista, y en cuanto se amplió y se hizo

incurrir en error al pretender aplicarla; es que, como dice Sombart, habían descubierto teóricamente un nuevo astro, pero este no era el que ellos creían.

La teoría de la acumulación.

La teoría de la acumulación tiene su fundamento en la afirmación de que los magnates del capitalismo disminuyen. Esto es completamente falso, y la historia lo ha comprobado repetidas veces. Escogiendo únicamente como tipo las cifras de los millonarios berlineses, en todo Berlín solo había seis millonarios en 1854, y en 1900 había ya 639. Ninguna de estas estadísticas, y no incluidos las originalísimas y bien realizadas de Sombart en Alemania, aunque recomendamos su estudio a los lectores interesados en profundizar en estos temas, acusa una «continua disminución del número de magnates del capital». Y, por el contrario, se ve que cuanto más próximo aparece el instante de la quiebra del capitalismo, tanto más aumenta el número de los expropiadores. La tarea de la expropiación va a resultar, pues en cada caso, más difícil. El fracaso de Marx es indudable, y sus doctrinas, aun las que parecían tener mayor fundamentación económica, se vienen al suelo, en este aspecto, estrepitosamente.

La teoría de la quiebra.

La teoría de la quiebra afirmaba que la industria capitalista está labrándose su propia sepultura; las crisis mercantiles, cada vez más violentas, demuestran que el actual sistema industrial es incapaz de mantener la hegemonía de que hasta aquí ha venido disfrutando. Pero estas crisis mercantiles, que de hecho se agudizan de día en día, no conocen el fracaso del capitalismo, a meno que previéramos este fracaso para una fecha muy larga sin la actuación revolucionaria, disolvente y destructora del comunismo, o del proletariado puesto en plan de combate. De todas ellas el capitalismo tiene reservas mentales para poder salir, más o menos mutilado de la experiencia, y así como ha sucedido en Alemania, por la carencia de esta acción destructora del proletariado, que evitó la social democracia, el capitalismo ha pasado por encima de las crisis hondas que siguieron a la guerra, y pasa ahora por esta de 1930 en adelante, con la tentativa de un

fascismo hitleriano que se aprovecha de la división que existe entre el proletariado afiliado a la bandería socialdemócrata y a la comunista. Las calamidades que Marx y Engels se complacían en augurar al capitalismo, no aparecen en toda su gravedad, ya que este tiene aún fuerzas para resistir. Los trastornos industriales de los últimos años; el avance del formidable ejército de parados, se estrellan ante la muralla invencible de un capitalismo atrincherado detrás de sus millones y de su poder político, en el que encuentra auxiliares en los mismos que dicen defender a las masas trabajadoras. Falta el fermento revolucionario de las masas que logre realizar revoluciones como en Rusia, aun cuando el capitalismo estaba a una de las primeras etapas de su desarrollo. Fiar a la acción reformista el triunfo, permitiendo entre tanto el tránsito de diversas etapas del régimen capitalista, es permitir a este un enraizamiento en la voluntad popular, y en las instituciones políticas y sociales, de dificilísima destrucción. Principalmente, la perfecta organización de la alta Banca, qué, con una solidaridad verdaderamente internacional y ejemplar, mantienen el frente único en contra de los tímidos avances proletarios, aleja hoy de la vida industrial los males tremebundos que antes formaban la obligada continuación de cada crisis. Para atacar a las instituciones, cada vez más amplias del capitalismo, hace falta cada vez una acción más enérgica. Un solo minuto de tiempo que se desperdicie, es una pérdida en el momento del triunfo, es un alejamiento de este, y una gota más de sangre proletaria que verter para conseguirlo.

Los socialistas discrepan en torno a la fórmula de distribución

Los socialistas, que son los primeros en firmar como dogmas buen número de los postulados marxistas, se oponen a su vez a éstos, cuando ellos no les convienen o cuando estiman que algunas de las fórmulas de más sólida fundamentación, incluso en la teoría marxista, no son atemperadas a la realidad o no producirían, de llevarse a efecto, los resultados apetecidos. Así, por ejemplo, la forma de la distribución económica ha sido objeto de las más apasionadas controversias, y mientras en pro de la igual distribución de los medios de consumo entre todos los individuos que componen la comunidad se manifiestan Morelly, Rousseau, Mably, Condorcet, Babeuf, Byonarotti, Godwin, Owen, Thompson, Cabet, Desamy, Blanqui, Duhring, Bebel y Beliamy, no son menos numerosos los que se manifiestan en otra, o sea a favor de la desigualdad económica, y que son

Meslier, Saint Simón, Fourier, Louis Blanc, Pecquer, Rodbertus, Marx, Engels, Lassalle, Kautsky y Vandervelde.

Menger da a su vez su opinión favorable a la última tesis, o definición negativa tal vez, pero que permite prever el caso de que la cantidad de los medios de consumo disponibles no sea suficiente en ninguna organización social para satisfacer todas las necesidades de los ciudadanos.

Aquiles Loria, en la «Economía scientifica ed economía utopistíca», en la «Nuova Filosofía», de Nápoles, número de agosto de 1890, escribe así, comentando la teoría del valor de Marx:

«La ciencia imparcial demuestra, en antítesis a Marx, que la teoría según la cual el valor está determinado por el trabajo es errónea y sofística, puesto que los productos en los cuales el capital técnico interviene en una proporción diferente de la cantidad de trabajo, no pueden cambiarse entre sí en razón de la cantidad de trabajo en ellas conglutinado, sin dar lugar a una disparidad en la tasa del provecho percibido por cada capitalista. Ahora bien, esta disparidad es incompatible con la libre concurrencia que media entre los capitalistas y ha de ser corregida por lo incontinente, merced a una modificación del valor, que por lo mismo viene a fijarse, en su determinación definitiva, en una tasa distinta de la que defiende la escuela socialista.»

Ahora bien, esta fórmula de distribución económica de Marx nos hace recordar aquel capítulo Vil, párrafo noveno, del libro de Spedalieri titulado «Dirit ti dell'uomo», donde dice:

«La desigualdad de las facultades, ¿que ha de traer consigo? Ha de traer una desigualdad en la materia de los derechos, es decir, que uno que posea mayor copia de bienes, goce más amplia esfera de libertad, sea más poderoso y otro menos.»

¿Necesita el socialismo una capacitación previa del capitalismo?

Son muchos los socialistas que han mantenido esta absurda teoría. El socialismo necesita para triunfar la presencia de un capitalismo llegado al último grado de su evolución, ya que es la coronación del régimen

capitalista. Ello es, naturalmente, un pretexto muy explicable. Ello proporciona tiempo por delante a los socialistas para su acción pacífica y reformista. Sin embargo, el hecho a que aludimos en otro lugar de la eternidad del capitalismo, y de la estabilización subsiguiente de este a raíz de las crisis que sufra, destruyendo la hipótesis de una crisis definitiva que permita el triunfo de la reacción socialista, ha venido a desanimar a los propios partidarios de la doctrina marxista, si ellas no ofrecieran una garantía en las propias frases de Marx, y en los hechos más tarde revelados de la presencia de una revolución socialista sin llegar a ser coronación del capitalismo.

Por ejemplo, Rusia no tenía creado su régimen capitalista cuando el movimiento bolchevique intervino. Sin embargo, fue Marx el mismo que declaró que:

««Si Rusia continuaba destruyendo sus instituciones de comunismo rural para pasar a un régimen capitalista que le pareciese permitía mejor el tránsito al socialismo, perdería la más bella ocasión que la historia haya ofrecido jamás a un pueblo.»

El pensamiento de Marx sobre la cuestión a que hacemos referencia especial no está expresado en «Das Kapital», ni en ninguna de sus obras más conocidas. Bien es cierto que en todas ellas hace referencia a que el momento de la evolución podrá acercarse o alejarse por la acción revolucionaria de un proletariado resuelto.

El pensamiento de Marx se encuentra en una «Carta sobre el desarrollo económico de Rusia», reproducida, el 24 de mayo de 1902, por el «Mouvement socialiste». Las ideas expuestas por Marx en el primer volumen de «Das Kapital» habían dado ya lugar a las más vivas polémicas. Había varios comentadores, entre ellos el escritor ruso Michailowsky, que creía poder considerar el esquema histórico del proceso del modo capitalista de producción como una teoría histórico-filosófica de aplicación general. De aquí que se creyera que todas las naciones, Rusia en primer término, habrían de pasar para triunfar por una fase capitalista. Pero Marx protesta en esta carta contra esta falsa interpretación dada a su pensamiento. No admite que se pueda metamorfosear su esquema de la génesis del capitalismo en una Europa Occidental, en una teoría histórico-filosófica de condición general, fatalmente impuesta a todos los pueblos. Muy al

contrario, él está seguro de que acontecimientos de analogía patente, pero sucedidos en medios históricos diferentes, traen resultados enteramente dispares.

Y, por ejemplo, recuerda a los campesinos libres de la antigua Roma que, habiendo sido expropiados, se convirtieron, no en trabajadores asalariados, sino en parásitos holgazanes, y que a su vera se desarrolló un modo de producción no capitalista, sino esclavista.

Marx dice, pues:

«Hemos de encontrar la llave de los fenómenos evolutivos si nos habituamos a estudiar de un modo aparte y objetivo la evolución de cada pueblo y la comparamos después con las otras. Pero no llegará nunca a ello con la ganzúa de una teoría histórico-filosófica cuya suprema virtud consiste en ser pura historia.»

Esto es que, como dice Luciano Deslinieres en su obra «Cómo se realizará el socialismo»:

«No solo el advenimiento del socialismo no exige que la evolución capitalista haya alcanzado su término final o se halle sensiblemente próximo, sino que el socialismo puede perfectamente nacer y afirmarse sin haber sido precedido ya de un período capitalista o aun de un período de propiedad individual no capitalista.»

Quienes oigáis hablar del socialismo como de un régimen que vendrá después de una capacitación previa del capitalismo y tras un estadio de preparación y superación de este, juzgadlo como lo de los hombres antes de la revolución; una tregua. El capitalismo no caerá nunca por sí, porque cuenta con medios para sostenerse. La revolución no la harán los hombres, sino las masas, y de ellas mismas surgirán los hombres que la encaucen. Esperar una cosa u otra podrá ser muy cómodo para los que aspiran a vivir del ideal y a prolongar esta vida en el mayor número de años posibles. Pero no sirven a la causa revolucionaria, que exige una inmediata reparación de la latente injusticia social.

Es Rosa Luxemburgo una de las primeras en afirmar que acaso las crisis del capitalismo no produzcan por sí y automáticamente el triunfo del socialismo o las condiciones que producirán el triunfo inevitable del

socialismo. La tesis de Norman Angell de la «Gran ilusión», uno de los libros pacifistas más populares del período de anteguerra, habla también claro que, sin la debida fundamentación teórica de estos hechos, que recogen más tarde los socialdemócratas como Hilferding, en «Los problemas de la época», diciendo:

«Asistimos a la transición del capitalismo de la libre concurrencia al capitalismo organizado. Paralelamente se aumenta el orden y la dirección consciente de la economía, con miras a superar sobre una base capitalista la anarquía inmanente del capitalismo de la libre concurrencia. Si esta tendencia pudiera realizarse completamente y sin obstáculos, la inseguridad actual de las condiciones de la producción capitalista disminuiría las crisis, y al menos sus repercusiones sobre los obreros serian atenuadas, las condiciones de trabajo tendrán un carácter más firme, el paro disminuiría y sus consecuencias serán atenuadas por medio de seguros.»

Podremos concretar esto diciendo que la constitución de monopolios internacionales es un modo para el capital financiero de reforzar la explotación de la clase obrera, de los capitalistas no organizados y de los productores independientes.

La racionalización es un nuevo factor en la vieja economía. El destruye los cálculos marxistas.

La racionalización, este nuevo término que agrava las contradicciones del marxismo con su imponente realidad, hoy abrumadora por su influencia en el régimen económico actual, ha dejado ejercer un influjo excepcional, basta el punto de que puede muy bien justificarse el editorial del «Times» londinense publicado en 17 de marzo de 1928, diciendo:

«A excepción de la época que vio la introducción de la máquina de vapor, probablemente ninguna otra ha conocido una revolución industrial como la que vivimos actualmente. Se han producido modificaciones en todos los dominios, y actualmente no existe ya un gran número de las condiciones en las que han sido edificadas buenas industrias básicas. La energía eléctrica, creada en gran número de países con la energía hidráulica que hasta ahora se venía despilfarrando, ha ensanchado considerablemente el dominio de la industria. Esta no se halla aliada a las reservas de carbón.

Las invenciones químicas han modificado el valor relativo de las primeras materias. La formación de un gran número de nuevos Estados, debido al desarrollo de los medios modernos de comunicación, ha traído consigo grandes transformaciones en la importancia relativa de los mercados. En este mundo modificado, nuevas industrias se han constituido en todos los países para satisfacer necesidades nuevas.»

En suma, la nueva técnica racionalizadora ha dado corno resultado el que la supremacía económica militar y política de los grandes países industriales, imperialistas, se refuerce y que la resistencia opuesta por los pequeños países con la ayuda de barreras aduaneras lleve a una dispersión del mercado mundial, sin que les sea posible a estos países oponerse a esta supremacía de las grandes potencias industriales. Las contradicciones marxistas, siempre grandes, se agravan por el desenvolvimiento de este nuevo factor de la racionalización que, al intervenir en la producción mundial, cambia en absoluto los términos del dilema, primer binomio de la serie, anulando con ella todas las complicadas operaciones algebraicas con que Marx había llenado la pizarra al estudiar la crisis económica del universo.

El socialismo acepta la propiedad privada.

He aquí uno de los hechos que nos inclinan a pensar en la indudable superación del socialismo y en sus muestras de decrepitud que permiten el triunfo a ideologías más radicales, herederas legítimas del pensamiento marxista. Karl Kautsky, en su libro «Socialización de la agricultura», dice así: «Hemos indicado que resultaría de la victoria del proletariado la supresión de la propiedad privada del suelo.

«Pero ello es una cuestión de la interpretación. Nosotros esperamos que esta anulación de la propiedad privada sobrevenga finalmente en el curso de desarrollo que tiene su punto de partida en la victoria del proletariado. De ninguna manera se quiere decir con ello que se quiere del proletariado que tan pronto obtenga el Poder se aproveche de ello para expropiar a todos los labradores o confiscar sus tierras. Nadie piensa en ello en la socialdemocracia.»

En efecto, el proletariado se desengaña de cuáles son los intentos del socialismo revolucionario y triunfante, la no expropiación, el respeto a la propiedad privada. ¿Hay alguien que pueda hallar una conformidad entre las frases del inteligente teorizante del marxismo y el patriarca Carlos Marx? ¿Podrá ahora reclamarse y protestar contra quienes decimos que el socialismo ha perdido con estas cesiones a la burguesía los últimos vínculos que le unían al tronco marxista?

Las desventajas de la propiedad privada.

Se habla, y aun los que pretenden plantear un revisionismo de la doctrina marxista, de las grandes ventajas, de los atractivos de sirena de la propiedad privada. Pero es que, no en balde, Karl Steuerman, al estudiar la crisis económica mundial, pág. 314 y siguientes, reconoce que no es solamente una desgracia para los desposeídos. Se venga también en los poseedores, ya que, si éstos pensaran en cubrir con la producción las necesidades de sus semejantes, tendrían que renunciar al beneficio. Pero eso no lo quieren. Producen mercancías para alcanzar su beneficio por el camino que va entre la compra y la venta. Es entonces cuando surge la crisis y la venta cesa. Los géneros quedan sin vender y el beneficio no puede realizarse. Inútilmente queda el capitalista en espera de este beneficio. Ahora ninguno de los dos tiene nada: ni el consumidor mercancía, ni el capitalista beneficio. Y dentro de las dos categorías económicas, el número de los perjudicados se hace cada vez mayor. El ejército de millones de seres a los que les es imposible comprar, aumenta. Pero también crece el de los millones de hombres que no pueden vender, y así, mientras unos sufren por escasez, los otros sufren por exceso; los unos necesitan mercancías, los otros quienes se las compren. Los unos quisieran atender a sus necesidades; los otros precisan del beneficio. Ni uno ni otro llegan a un arreglo. La economía mercantilista se burla de ellos. Y es así cómo nos damos cuenta de que el capitalismo fracasa, porque los proletarios lo sienten en su carne, en tanto los capitalistas lo notan en su bolsa, y que no cabe retroceso ni zigzag posible, solo cabe un hacia delante que exige un cambio fundamental de la estructura económica. Un simple cambio, el de la economía del dinero por la economía de la necesidad, puede salvar la producción, imponiendo que los medias pasen a poder de

los productores, con la absoluta destrucción de la propiedad privada, cizaña temible y envenenadora de conciencias, haciendo así del comunismo la última «ratio» vital definitiva.

Contra el reparto, la socialización.

Hace mucho tiempo que a los socialistas se les tachaba de preconizar el reparto. Muchas veces los socialistas, de un lado; los comunistas, de otro, se han opuesto a esta creencia equivocada entre las masas obreras. Y es que, en efecto, los socialistas han hablado siempre de la socialización de capitales, que es, exactamente, lo contrario del reparto; es la propiedad que deja de ser explotada individualmente y se devuelve a la sociedad con el fin de que todos puedan poseerla. En esto, el nuevo sentido, amplio, generoso y comprensivo de la propiedad no restringida mezquinamente a ser propiedad de unos cuantos, sino ampliada generosamente a serlo de todos, y en esto coinciden por igual los partidarios de una doctrina como los de la opuesta, ya que los anarquistas han sido más censurados por sus ataques a la propiedad, como dice Carlos Malato:

«Lo único que solicitan es que los medios de producción sean de todos y que los productos no sean arrebatados del poder de sus acreedores. Y por ello, ¿dejamos de vivir en la lógica o de pedir algo que no sea de justicia?»

Los religiosos son contrarios a la propiedad individual.

Los primitivos discípulos de Cristo, aun aquellos que empezaron ya a mistificar sus doctrinas, pero antes de que los Papas se convirtieran en servidores del capitalismo y de que el «Syllabus» del siglo XIX condenara enérgicamente el comunismo, han intervenido en discusiones de matiz eminentemente comunista y en todo caso defendiendo los intereses de la colectividad. Así, el Papa Clemente I decía:

«El uso de todas las cosas sobre la tierra debe ser común a todos. Es una injusticia decir esta es mi propiedad, esto me pertenece, esto es de otro. De aquí vienen las discordancias entre los hombres.»

«La Naturaleza da a los hombres todos los bienes en común, porque Dios ha creado todas las cosas para que su disfrute sea común a todos y para que la tierra fuese propiedad común. La Naturaleza ha creado, pues, el derecho de la comunidad, y la usurpación es quien ha creado el derecho de la propiedad.»

El Papa Gregorio el Grande decía hacia el año 600:

«Debéis saber que la tierra de la cual vivís y de la cual estáis formados, pertenece en común a todos los hombres y, por consecuencia, los frutos que producen deben pertenecer indistintamente a todos.»

Y un Zacarías, el que escribió los cuarenta libros sobre el Estado, dice:

«Todos los males contra los cuales los pueblos civilizados tienen que luchar se pueden quedar reducidos a una causa: la propiedad individual de la tierra.»

A partir de este instante, no se oye la voz del Papado, como no sea para estimular el aspecto reformista, afán fielmente seguido por el socialismo posibilista hasta León XIII, del cual hablamos ya en otro lugar de este libro.

La propiedad individual no tiene razón de ser.

El proletariado será el mismo que reclamará, en su día, la completa y total abolición de la propiedad individual, porque el proletariado es toda la Humanidad excluida de la propiedad y de la libertad por la violencia y la astucia que empican, sin la menor vacilación, las clases privilegiadas.

Richard, como verdad suprema, enuncia la que, apoyándose en las enseñanzas positivas e irrefutables de la historia y de la sociología que el socialismo revolucionario afirma, demuestra que la marcha de la Humanidad, la supresión de los dioses, de los reyes, de los sacerdotes, de los ejércitos, de las clases privilegiadas, dará como consecuencia el advenimiento positivo del proletariado a la vida del derecho, el rescate de los explotados, la cultura de los ignorantes, el alivio de los desgraciados y el bienestar para todos. Así dice:

«Así, cuando un sentimiento de solidaridad une a todos los hombres; cuando saben éstos que ninguna clase privilegiada tiene otras costumbres; cuando cada uno logra de todos el respeto seguro de sus derechos, en cambio del cumplimiento de sus deberes, la propiedad individual no tiene razón de ser.»

El socialismo, en su contenido marxista, ha llegado a ser la voz de la Humanidad. Ha nacido de la irresistible lógica de los hechos y de la invariable reivindicación de las conciencias. Y el socialismo no puede, por su esencia, aceptar, en modo alguno, ni como principio ideológico ni como transigencia táctica, la propiedad individual.

El obispo Ambrosio de Milán decía en 334:

«La Naturaleza da a los hombres todos los bienes en común, porque Dios ha creado todas las cosas para que su disfrute sea común a todos y para que la tierra fuese propiedad común, La Naturaleza ha creado, pues, el derecho de la comunidad, y la usurpación es quien ha creado el derecho de la propiedad.»

El Papa Gregorio el Grande decía hacia el año 600:

«Debéis saber que la tierra de la cual vivís y de la cual estáis formados, pertenece en común a todos los hombres y, por consecuencia, los frutos que producen deben pertenecer indistintamente a todos.»

Y un Zacarías, el que escribió los cuarenta libros sobre el Estado, dice:

«Todos los males contra los cuales los pueblos civilizados tienen que luchar se pueden quedar reducidos a una causa: la propiedad individual de la tierra.»

A partir de este instante, no se oye la voz del Papado, como no sea para estimular el aspecto reformista, afán fielmente seguido por el socialismo posibilista hasta León XIII, del cual hablamos ya en otro lugar de este libro.

La propiedad individual no tiene razón de ser.

El proletariado será el mismo que reclamará, en su día, la completa y total abolición de la propiedad individual, porque el proletariado es toda la Humanidad excluida de la propiedad y de la libertad por la violencia y la astucia que emplean, sin la menor vacilación, las clases privilegiadas.

Richard, como verdad suprema, enuncia la que, apoyándose en las enseñanzas positivas o irrefutables de la historia y de la sociología que el socialismo revolucionario afirma, demuestra que la marcha de la Humanidad, la supresión de los dioses, de los reyes, de los sacerdotes, de los ejércitos, de las clases privilegiadas, dará como consecuencia el advenimiento positivo del proletariado a la vida del derecho, el rescate de los explotados, la cultura de los ignorantes, el alivio de los desgraciados y el bienestar para todos. Así dice:

«Así, cuando un sentimiento de solidaridad une a todos los hombres; cuando saben éstos que ninguna clase privilegiada tiene otras costumbres; cuando cada uno logra de todos el respeto seguro de sus derechos, en cambio del cumplimiento de sus deberes, la propiedad individual no tiene razón de ser.»

El socialismo, en su contenido marxista, ha llegado a ser la voz de la Humanidad. Ha nacido de la irresistible lógica de los hechos y de la invariable reivindicación de las conciencias. Y el socialismo no puede, por su esencia, aceptar, en modo alguno, ni como principio ideológico ni como transigencia táctica, la propiedad individual.

Anécdota sobre el valor negativo y destructor de la propiedad.

Hay momentos en que los simples hechos históricos, las anécdotas que se narran con el sano propósito de distraer, encierran en sí mismas tan honda moraleja, que presentarlas o comentarlas resta méritos al sentido que encierran. Nos reducimos aquí a ofrecer la curiosa anécdota sobre el valor negativo o destructor de la propiedad, que cuenta ya dos mil años de existencia:

«Cuando Epaminondas había contraído el compromiso de edificar la ciudad de Megalópolis, en el centro del Peloponeso, sus futuros habitantes

pidieron a Platón que les dotara de leyes modelo.

— Con mucho gusto — les dijo el filósofo — Mas ¿habrá propietarios entre vosotros?

— Claro que sí — se le contestó.

— Entonces, inútil es que os dé leyes. Edificad vuestra población. Otros se cuidarán de arrasarla sin que vosotros sepáis defenderos.»

Los remiendos de la reforma agraria española.

No es misión nuestra discutir ahora más hondos aspectos del problema agrario. Nos interesa recordar la trascendencia que para la causa de la pequeña propiedad, y por ende para dar el golpe de remate a la propia economía en su concepción marxista, tiene esta subsistencia de la pequeña propiedad en Rusia. Es inútil negarnos a la realidad. A no ser que queramos que se cumplan las irónicas frases de ese gran escritor y sociólogo, que es Cristóbal de Castro, cuando escribe:

«Así, nuestra mezquina, torpe, ignara reforma agraria, remendada por todos los viejos tópicos, pespunteada de arrendamientos colectivos, recosida por censos enfitéuticos, a cargo de un Estado sátrapa, pierde con el viraje ruso su último y ruinoso baluarte: Rusia. En Rusia, como en todo el mundo, rige ya la pequeña propiedad. Solo en España un grupo de socialistas del partido obrero niegan a los obreros el derecho de ser propietarios...»

Ahora bien; a los que afirman que la pequeña propiedad es respetable y la grande no, hemos de recordarles las frases de Julio Senador Gómez, cuando dice en el prólogo de «La reforma agraria» (voto particular de don Diego Hidalgo a las Cortes Constituyentes):

«que si se acepta el supuesto de que la propiedad es justa no se concibe la adopción de medidas contra el propietario por serlo en grande, puesto que es imposible señalar desde qué punto comienza a dejar de ser justo lo que hasta aquel momento lo era; y si se combate a la propiedad injusta, es también inconcebible que en nombre de la justicia se dicten disposiciones encaminadas a aumentar el número de los interesados en sostener la injusticia.»

La parcelación o reparto de la pequeña propiedad es algo tan inútil y tan injustificable, política y jurídicamente, aunque la necesidad fuerce la adopción de medidas que no vayan en su contra de un modo directo, que tiene razón un hombre de espíritu tan conservador como Henry George, cuando dice que:

«pretender asegurar a los hombres la participación en los provechos de la tierra parchando el suelo, era como pretender asegurar su dividendo a los accionistas de un ferrocarril parcelando las vías,»

Y la única medida radical que Senador acepta y que hace compatible el régimen comunista, que acepta la hegemonía del Estado y por ende de los Municipios, con el régimen sindicalista, que acepta en el aspecto político la existencia de las Comunas como libre asociación de individuos, era la solución propuesta por J. Gómez de la Serna cuando fue director general de Obras públicas: «Que no hubiera en la nación más que 10.000 propietarios, los 10.000 Ayuntamientos españoles.»

Los pequeños propietarios no disminuyen según la teoría marxista, sino que van en progresión creciente.

Marx creía que los propietarios habían de ser «ida vez un número más restringido; que cada vez habría de haber una acumulación mayor de fuerzas en manos de unos cuantos hombres, en tanto se llegaba a una depauperación mayor que facilita la crisis.

Esta situación fue en un principio confirmada por las circunstancias. El eminente profesor belga Arthur Wauters, en su obra «La Reforma agraria en Europa» recuerda que había países como Checoeslovaquia donde existían propietarios de 200.000 hectáreas, concentración que originaba una monstruosa depauperación campesina.

Sin embargo, los países se dieron cuenta por instinto de conservación que continuar un régimen inspirado en este criterio sería llegar, como en efecto había predicho Marx, a la definitiva ruina del capitalismo, y obedeciendo ese afán de mantenerse en sus posiciones, dieron un cambio de frente tan brusco, que asestaron un rudo golpe al edificio de la economía marxista.

Veamos un somero resumen, por lo que hace únicamente referencia a la distribución de la tierra.

ALEMANIA. — En 16 de agosto de 1919 se dictó la ley de colonización del Imperio «Reichssiedlungsgesetz», y por efecto de ella, según datos oficiales de «Wirtschaft und Stadistik» en mayo de 1927, existían 5.096.534 pequeños propietarios dueños de 42.000.000 de hectáreas. Solo en Prusia en seis años, de 1919 a 1925, se habían creado 16.728 nuevos propietarios, con una extensión de 146.470 hectáreas.

AUSTRIA. — Por ley de 5 de agosto de 1918 y 13 de diciembre de 1919, se declaró intangible la pequeña propiedad y se creó el «bien de familia» por otra de 23 de noviembre de 1920, hasta que en 26 de abril de 1925 la República austríaca dicta otra ley más radical, ordenando que las fincas sean cedidas en propiedad al colono que hubiere realizado mejoras, bien construyendo en ellas edificios, bien mejorando los cultivos, plantando árboles, *etc.* En suma: después de la actuación de Bela-Kun, el promotor y presidente de la República, la gran propiedad, que ocupaba el 70 por 100 del territorio, quedaba reducida a una extensión del 20 por 100, destinándose el 80 por 100 restante a la pequeña y mediana propiedad.

BULGARIA. — Ha favorecido la pequeña propiedad, tanto por la creación del «bien de familia» en parcelas de 30 hectáreas como máximum, por ley de 9 de mayo de 1921, como por poner en ejecución la fórmula de «la tierra para el labrador», ya que cuando el propietario no cultive las fincas por sí mismo, solo podrá disponer de cuatro hectáreas.

CHECOESLOVAQUIA. — A partir de 30 de enero de 1920 se votó el Estatuto agrario o ley fundamental de las tierras, por virtud de la cual se divide el suelo en parcelas de seis a diez hectáreas, y hasta de 15, según la calidad. De las 900.000 hectáreas expropiadas, seguí datos de la Oficina Agraria en 5 de octubre de 1925, quedaron 820.000 para lotes entre campesinos.

ESTONIA. — Una ley radicalísima, la de 19 de noviembre de 1919, expropia todas las propiedades que excedan de 300 deciatinas en beneficio del Estado. Los efectos radicalísimos de esta reforma dieron por resultado inmediato la expropiación de 2.350.000 hectáreas, o sea un 96 por 100 de las grandes propiedades. Así hoy las propiedades de 30 a 60 hectáreas

ocupan un 40 por 100 de superficie total. Y las de 10 a 20 hectáreas un 25 por 100. En cambio, los grandes dominios, cotos de caza, dehesas incultas, etc., han desaparecido casi por completo. La reforma que se inició, participando del radical espíritu soviético, acepta y fomenta la propiedad individual.

FINLANDIA. — Los efectos de la reforma se consiguieron muy posteriormente, debido a la no independencia de Finlandia. Por leyes de 1918, 1921 y 1922 se percibieron los siguientes resultados: Antes de la reforma, había medio millón de familias campesinas, de las que 110.000 eran pequeños propietarios y 160.000 colonos con tierras; el resto, o sea poco menos de la mitad, 230.000, eran familias sin tierras, o sea jornaleros. Al día siguiente de la reforma, 100.000 predios habían sido rescatados por sus legítimos colonos. Y según datos del Instituto Internacional de Agricultura de Roma, el número de expropiaciones menores de una hectárea aumentó en un 34 por 100, y el de cinco a 51» hectáreas, en un 60 por 100. De suerte que se logró el objeto de acabar con los latifundios y de crear, en cambio, miles y miles de pequeños propietarios.

GRECIA. — Las vicisitudes políticas de Grecia, circunstancias que unas veces han impulsado y otras han retrasado toda reforma en el tránsito de Cafandaris a Pángalos, y de Pángalos a Venizelos, permite aun con la intranquilidad reinante saber que el número de labradores que se han convertido en propietarios, asciende en Tesalia a 5.000; el de colonos de Macedonia, a 18.000, y el de refugiados en Asia Menor, cuya instalación agraria ha sido preparada por la Sociedad de Naciones, a más de un millón de campesinos.

HUNGRÍA. — Desde que en 7 de marzo de 1919, el Presidente provisional de la República, conde Karoly, asistido de ministros y diputados, efectuó personalmente el reparto de lotes de su gran feudo de Debreczin, hasta que el Parlamento aprobó la ley por la que era expropiada por el Estado toda finca mayor de 70 hectáreas, hasta que se dictaron leyes más moderadas ante el temor a la implantación del comunismo, la reforma agraria en Hungría ha pasado por muchas y muy hondas vicisitudes, de las que ha salido triunfante el espíritu fomentador de la pequeña propiedad, ya que el número de pequeños propietarios representaba en 1926 nada menos que el 98 por 100 del número total del país.

LETONIA. — El número de latifundistas antes de la reforma que se ha completado por varias leyes, desde la primera de 16 de octubre de 1920 hasta la reciente de 14 de abril de 1925 que, radicalísima, suprime ya la obligación de indemnizar a los propietarios expropiados, era de 2.800. Antes de la reforma, las fincas pequeñas de dos a 12 hectáreas representaban el 52 por 100 de la superficie total, y las medias y grandes, superiores a 25 hectáreas, el 87 por 100. Después de la reforma, por cada 100 propiedades hay 40 menos de 10 hectáreas y 38 de 10 a 30. Las de 30 a 50 hectáreas ocupaban cerca del 52 por 100 de la superficie total. En cambio, las mayores de 100 hectáreas han desaparecido enteramente.

LITUANIA. — No hay resultados estadísticos completos. Sin embargo, es digno de recordar que se atendió a estimular la cooperación, singularmente en la ganad ría, hasta el punto de que existen ya unas 25.000 familias dedicadas a las industrias privadas del cuero y la leche, siendo una fuente de riqueza del país.

RUMANIA. — La ley de expropiación de Rumania es a base de una escala. Así, por cada 100 hectáreas se expropia una; por cada 500, 26; por cada 1.000, 260; todo ello desde 1918. La situación antes de la reforma era ésta: 63 propietarios poseían el 30 por 100 del suelo cultivado, 942 el 50, 3.000 el 10 y un millón de labriegos, el otro 10. Al día siguiente de la reforma, los latifundistas solo poseían el 8 por 100 de las tierras y los campesinos labradores el 92 por 100.

YUGOESLAVIA. — En virtud de las leyes de 25 de febrero de 1925, que procedió a la expropiación de latifundios y su reparto entre los campesinos, Yugoeslavia ha expropiado 15.000 latifundios, cuya extensión se ha repartido en lotes entre 210.000 familias, lo que supone medio millón de campesinos aproximadamente.

RUSIA. — El caso de Rusia va a servirnos para un estudio sobre el instinto de propiedad que publicamos en este mismo libro.

El hecho de que las indecisiones de Kerenskv hicieran que los campesinos se apoderaran de las tierras y el Gobierno hubiera de rendirse a los hechos por no comprometer la producción; el de que cuando llegó el decreto-ley de socialización de la tierra en 19 de febrero de 1918, se afirme que el derecho de propiedad no podrá existir en ningún caso ni por

transmisión, compra, arrendamiento, donación u otra forma jurídica, siendo el único dueño el Estado, que pretendía sortear las tierras, repartirlas en colectividades, entregarlas a los Sindicatos, y que frente a esto reaccionaran violentamente los campesinos recién elegidos para propietarios, nos parece de por sí lo suficiente ejemplar para hablar del veneno enervante que la propiedad representa, y si no será menester contemporizar con ello como sentimiento y aun como instinto para hacer una obra productiva y beneficiosa, el reparto de las tierras posteriores a los «kartels» o Asociaciones cooperativas, instrumentos de posterior creación; el hecho de que la presencia del «kulak», como la del «schieber» y «junker» en Alemania amenazara con el retorno al régimen de gran propiedad, la creación posterior de las grandes explotaciones colectivizadas como los gigantes de la estepa. Los Sofkohz, o grandes haciendas de 200.000 hectáreas por término medio, son de por sí lo bastante elocuentes para comprender la lucha que ha tenido que mantener Rusia, estado comunista, para evitar idéntica avalancha de la pequeña propiedad.

La orientación que Rusia inició para salvar de su catástrofe con la X. E. P. o nueva política económica aun en tiempo de Lenin, ha sido continuada últimamente con Stalin en su artículo «A propósito de la liquidación de los «kulaks» como clase», publicado en la «Pravda» de 21 de enero de 1930. Creía aún entonces Stalin en el triunfo de la propiedad colectiva, para la que se conquistaría de un modo automático a las grandes masas obreras. Era entonces cuando aún exclamaba:

«A medida que la colectivización de los «kulaks» avance, los campesinos pobres y medios de los «kolkoes» se fusionarán en un grupo uniforme de obreros del pueblo colectivo, mecanizados y tractorizados por los «kolkoes».

Pero el desengaño ha llegado muy pronto. Poco después del año, el 16 de noviembre de 1931, Stalin publica, en la «Pravda», un nuevo artículo, titulado esta vez «Los éxitos nos hacen perder la cabeza», y donde ya escribe y preferimos transcribir los párrafos más salientes del artículo por su excepcional importancia para probar cómo Rusia tampoco ha podido librarse de la invasión del régimen de pequeña propiedad:

«Y ahora vamos a referir algunos hechos. Los éxitos de nuestra política económica se explican, entre otras razones, por el hecho de que esta

política se basa sobre el ingreso espontáneo en las economías colectivas y por la apreciación de la diversidad de condiciones de los diversos territorios de la Unión Soviética.

No es posible edificar por la fuerza economías colectivas. Pretenderlo sería estúpido y reaccionario. El movimiento de las economías colectivas tiene que ser apoyado activamente por las masas resueltas de los campesinos.

No es posible trasladar mecánicamente las formas de las economías colectivas, desde las regiones adelantadas a las atrasadas. Pretenderlo «sería estúpido y reaccionario». Semejante política comprometería para siempre las ideas de economías colectivas. En la determinación del ritmo y de los métodos de esa reconstrucción hay que tener en cuenta: Primero, la adhesión espontánea y voluntaria de los campesinos, y después, la diversidad agraria en las varias regiones de la Unión Soviética.»

Estas frases no son más que un cambio de frente, y su explicación consiguiente, que se ha operado en el régimen económico ruso, aceptando el régimen de pequeña propiedad ante la negativa al cultivo espontáneo y voluntario de una tierra que hace el cultivador al saber que aquella tierra no le pertenece. ¿Podrán vencer este arraigado instinto de la propiedad los hijos de estos hombres por la educación que reciban? Únicamente un cierto número de ellos, aquellos a quienes el Soviet tiene buen cuidado de aislar de la vicia familiar para educarlos colectivamente en una revisión de lo que habrá de ser el régimen futuro. Y aun así, ¿habrá fuerza bastante para arrancar en el hombre el atávico impulso que desde los primeros, meses de la vida señalan el primer rozamiento imperioso del niño convertido en dictador del hogar «MÍO»?

Lo cierto es que el hecho ruso se presta a deducir de él las más varias e interesantes enseñanzas. Dumahamel, en sus impresiones de un viaje a Rusia, publicadas en «Les Nouvelles Litteraires», primero, y en volumen aparte, después, hacía observar que no creía que se pudiera sofocar en los hombres la antigua y potente aspiración de poseer algo en propiedad. Y según recorría fábricas y oficinas organizadas bajo el nuevo régimen moscovita de nacionalización, consignaba estar persuadido de que el Estado ruso iría cada día haciendo más concesiones a la propiedad particular o privada, que no es abolible, sino modificable.

El vaticinio se ha cumplido, sobre todo después que Stalin ha sustituido a Lenin. Es muy difícil desafiar las iras de individuos desposeídos de su propiedad particular se pretexto de nacionalización.

Dejemos, pues, al lector que haga un balance. ¿Era esto lo previsto por Marx? ¿No es asombroso que en lugar de la concentración de propietarios en unos centenares se cuenten hoy por millones los que tienen una propiedad por defender?

¿No alterará esto y mucho las previsiones de la economía marxista y los plazos en que las evoluciones señaladas en principio por ésta habían de temer lugar?

Las adulteraciones del Marxismo

Los partidos socialistas.

El socialismo de Estado, posteriormente llamado socialdemocracia, tiene su origen en Alemania, y se formó en un breve período de años, en los que transcurren de 1864, en que muere Lassalle, hasta el Congreso de Eisenach, en 1872. Un doble proceso, primero intelectual, luego social, se había efectuado en Alemania, poniendo en primer plano estos problemas económicos desde una nueva orientación o perspectiva. En 1863, empezó a publicarse una revista titulada «Jahrbücher für Nationalökonomie», que fue el verdadero órgano de los economistas universitarios, habituando a los espíritus a la idea de la relatividad de los principios en la política económica, con lo que le preparó para admitir la posibilidad de una orientación nueva.

De otra parte, las cuestiones obreras adquirieron una importancia excepcional por entonces. Es cierto que la revolución de 1848 en Alemania había tenido solamente un carácter político, debido tal vez a que la gran industria capitalista estaba entonces en Alemania muy lejos del desenvolvimiento que ya por entonces había adquirido en Francia como en Inglaterra, razones en las que se fundaron tanto Rodbertus como Marx para poner sus ejemplos y deducir sus consecuencias a base de aquellas otras nacionales. Ahora bien; a partir de 1848, la industria dio un gran paso de avance, surge una verdadera clase obrera, y Lassalle, reconociendo este cambio, se aprovecha de él para contar con una masa adepta a su partido, con reivindicaciones puramente económicas. La Asociación que él crea subsiste después de su muerte, y mantiene la fe en los principios que le enseñó su maestro. Lassalle ha creado el «socialismo de Estado», del mismo modo que Rodbertus había echado sus cimientos. En suma, el proceso ha sido el siguiente. Rodbertus crea el estado de opinión. Lassalle lo aprovecha, favorece la organización de las clases obreras y las recoge con los principios acumulados por Rodbertus bajo un programa personal y simplista. Marx no podía resignarse a aquella pérdida de hegemonía en su propio país. E inspirados por el Liebknecht y Bebel, diputados electos en 1867 en el nuevo Reichstag de la Alemania del Norte, fundan, en 1869, el

partido socialdemócrata de los trabajadores («Socialdemokratische Arbeiterpartei»), llamado a desempeñar papel tan considerable. Pero los iniciadores no debieron sentir el fervor revolucionario de Karl Marx, cuando en el Congreso de Gotha, que tuvo lugar del 22 al 27 de mayo de 1874, ambos partidos, el de Lassalle y el socialdemócrata, se fundieron en uno solo, con esta última denominación, habiendo sido, pues, desde entonces, adulterado el sentido marxista de aquel partido, cuya denominación de demócrata eludía ya de hecho la tesis genuinamente marxista de la dictadura del proletariado, y cuya mutilación inicial — social por socialista — presuponía su contenido ideológico adverso a la lucha de clases y a las posturas violentas y revolucionarias.

Nada tiene de extraño que, como vemos en otro lugar de este libro, este partido socialdemócrata haya cometido no solo graves errores tácticos que lo han alejado cada vez más del marxismo, y no solo no ha cumplido el compromiso que Engels les encargó aún años antes de su muerte, sino que falsificó textos del propio Engels, falsificación a la que aludimos también, y sin otro propósito que el de presentarle como partidario de un régimen evolucionista, de transacción, que tanto Marx como Engels estuvieron muy lejos de patrocinar, en ningún instante.

Es entonces cuando por parte del Gobierno se inicia una política de atracción hacia las nuevas masas organizadas, política que habrá de decidir del carácter gubernamental del partido puesto en movimiento, carácter gubernamental que habría de culminar a partir del momento en que, abdicado el Kaiser, las masas en la calle, desaprovechando intencionadamente el momento para un cambio de frente que orientara a Alemania por el ejemplo de Rusia, favorecen el tránsito a una República democrática en cuyo Gobierno y dirección colaboran, y tienen sobre sí la responsabilidad de la muerte de esos pensadores de izquierdas que fueron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

En Alemania, puede decirse que el socialismo de Estado, al que Charles Gide definía así en su «Historia de las Ciencias Económicas», pág. 659, como «la encrucijada en donde se cruzaban los caminos del cristianismo social, del conservadurismo avisado, de la democracia progresiva y del socialismo oportunista, halló su mejor propagandista en el príncipe de Bismarck». Un sistema de seguros obreros previamente

sostenido y financiado por el Estado fue el medio hábil de que se valió Bismarck, cuyo ejemplo han seguido después absolutamente todos los Gobiernos de todos los pueblos, en particular cuando estaban apoyados por la colaboración interna de elementos socialistas, para alejar a los obreros del campo del socialismo marxista o revolucionario, atrayéndoles hacia la República democrática. Así, Bismarck, en su discurso del 18 de marzo de 1889, citado por Bordnitz en su obra «Bismarks Nationalökonomísche Ansichtcn», Jena, 1902, pág. 141, dice:

«Estimo yo que es para nosotros una ventaja extraordinaria poder contar con 700.000 pequeños rentistas — se refiere solamente al seguro de invalidez — precisamente en las clases que sin esto no tendrían gran cosa que perder, y que en cambio creen, equivocadamente, que tendrían mucho que ganar con una transformación. Esos individuos no tendrían que perder más que 115 o 120 marcos; no importa. El metal los mantiene a flote y adictos. Es poca cosa, concedido; pero ello los contiene.»

De este punto de vista han surgido las grandes leyes de seguros obreros contra las enfermedades, los accidentes, la invalidez y la vejez, votadas desde 1881 a 1889.

He aquí por qué aconsejamos a los obreros que se prevengan contra una campaña extremada en pro de los seguros oficiales, de los que se habla como conquistas máximas de la sociedad burguesa. Son el medio de que se vale el Estado y el socialismo conformista para crear cadenas que impidan el libre movimiento rebelde del trabajador, y con ello su inquietud creciente por la amplitud de nuevos cauces revolucionarios.

No debe extrañarnos, pues, que, debido a este inteligente conservadurismo del Gobierno, apoyado incluso por los dos célebres rescriptos de Guillermo II, del 4 de febrero de 1890, para que se diera nuevo impulso a esta legislación, el socialismo de Estado se engrandeciera e hiciera fácilmente dueño de la opinión. Únicamente el neo-marxismo de Sorel, iniciador de un sindicalismo puro fundado en la tesis marxista y el anarquismo unido en frente único contra el creciente intervencionismo de las masas obreras, han luchado para desviar a la clase obrera francesa del socialismo de Estado. Las adulteraciones subsiguientes di socialismo han podido observarse. En otro lugar hacemos referencia, por lo que atañe a Francia, al grito final de un Manifiesto firmado por la Confederación

General del Trabajo, equivalente a nuestra Unión General de Trabajadores, pidiendo, no la lucha, sino la concordia de las clases sociales.

En efecto, en Francia esta Confederación, con su Consejo Económico, aceptan en su programa el principio de «nacionalización industrializada» u organización de la producción en beneficio de La nación, correspondiendo al Estado la propiedad, mas no la gestión de dichas Empresas. El término de socialización, la entrega a las colectividades obreras, defendidas por el marxismo, ha tenido que ser acogida por Pierre Bersnard, habiendo dado lugar con ello al movimiento sindicalista, que no es, en definitiva, sino la vuelta al marxismo, adulterado hasta el punto de ser desconocido por el investigador imparcial.

En Inglaterra, EL SOCIALISMO DE GUILDAS es la fórmula que tiende a sustituir el régimen ya desacreditado del socialismo de Estado, acercándose ya, de un modo subrepticio, hacia el marxismo, aunque sin reconocer su derrota, ni su vuelta a las tiendas abandonadas, cuando proponen que cada rama de la industria sea dirigida por el conjunto de obreros y técnicos de dicha industria que constituyen la «guilda», hasta el punto de que el Estado, aun sin dejar de pasar a ser propietario, quedara también alejado de su administración. La idea de que la nacionalización es solo el tránsito durante el régimen burgués, y en modo alguno la aspiración socialista, que no se puede conformar con menos que la socialización, no llega aún al socialismo guildista, socialismo de puente para volver a los viejos postulados del marxismo, si hay alguien que, como Lutero, se atreva a desenterrar los olvidados textos de Marx, las verdades inconcusas de sus leyes económicas, y, en nombre del libre examen, exija una revisión de principio y una vuelta a la clásica escuela socialista.

La crisis por la que pasan los Estados ha conducido a éstos a evitar continuar en su política extremadamente favorable al socialismo de Estado y, por ende, a los postulados de la socialdemocracia, socialismo guildista, etc., que no son sino las adulteraciones de un marxismo forjador de partidos de clase, y en modo alguno de sectores intervencionistas. Y sin embargo, para conjurar la crisis, precisamente en los momentos difíciles en que el paro se agrava y la situación se hace cada día más aguda e insostenible, son los Gobiernos, en nombre de los principios de conservación, estimulados por el propio socialismo reformista, que no se aprovecha de la situación

para destruir en este momento de debilidad al capitalismo vacilante, sino que procura darle vida a costa de una transacción, los que exigen la cesión de parte de los altos y de parte de los de abajo, con la solución que proponía Wagner, el eminente teórico del socialismo de Estado, en su «Finanzwissenschaft und Sttaatsozialismus», pág. 718:

«El socialismo de Estado, lógicamente, debe emprender dos tareas, íntimamente enlazadas por los demás, la una a la otra: levantar la condición de las laboriosas clases inferiores a expensas de las clases superiores rica y contener voluntariamente la acumulación inmoderada de las riquezas en determinadas capas sociales y en determinados miembros de la clase poseedora.»

Un ejemplo, y español. Pendiente desde hace años el pleito de aumento de sueldos a los ferroviarios, comprometido el propio ministro socialista a hacerlo, de su buena voluntad, antes de llegara tan alto puesto, se hallan dificultades insuperables para realizarlo en la voluntad de la Compañía, poderosa, y sin embargo incapaz de un desembolso semejante. Medio de conjurar el conflicto. Cesión por una parte y otra. Crédito de 20 millones, cuando se requerían 37 para el aumento de jornales. Y aun así, estos 20 millones, conseguidos a cosía de un aumento de tarifas ferroviarias, aumento que se negó a aceptar en principio el Sindicato, por no querer el bien suyo a costa de los intereses de la colectividad nacional. He aquí un ejemplo típico de la adulteración de la lucha de clases a que conduce este socialismo de Estado con su falsa concepción. Prescindimos aquí de las personas. Ni atacamos al ministro ni a los directivos del Sindicato ferroviario. El hecho es, por lo demás, inevitable; es una consecuencia de una táctica que ha dejado la lucha de clases reducida a un pobre guiñapo cuya primitiva naturaleza no lograríamos, sin previo conocimiento de causa, averiguar.

Esta adulteración de los partidos socialistas es tan indudable, que caben perfectamente las frases que, dirigiéndose a ellos e interesando de ellos su descubrimiento como partidos anti-obreristas y enemigos de la lucha de clases les dirigía Fernando de los Ríos en «El sentido humanista del socialismo», diciendo:

«La saña contra Fernando Lassalle y las Asociaciones que seguían la dirección ideológica de este, podrá explicar las frases de sarcasmo y

menosprecio de Marx contra el espíritu del programa de Gotha; pero lo que no puede explicarse es que hoy, al cabo de medio siglo y en virtud de una experiencia tan rica como la contenida en ese período, si actúa el movimiento moderno socialista como no puede menos de hacerlo, con espíritu lassalliano, esto es, en socialismo jurídico y reformista, siga girando sobre las tesis políticas de Marx como el ortodoxo sobre la Vulgata; lo que carece de sentido es que, al renacer con vigor sumo, aun en las filas de las masas sindicales — aludo a la Confederación General del Trabajo francesa — la doctrina, de estirpe socialista, del interés general como norma de actuación, los partidos socialistas, que son los directamente representantes de esa teoría, invoquen como lemas fórmulas impracticables, cual la de la «lucha de clases» o no socialistas, como la del «obrerismo».»

Los socialistas se entregan al imperialismo y traicionan a los revolucionarios.

Un ejemplo más entre tantos, pero tal vez uno de los más ignorados, en los que, siguiendo la táctica tradicional, pero no por ello menos lamentable, los socialistas se entregan en manos del imperialismo y la burguesía de su propio país para evitar el triunfo de los proletarios que han empeñado su lucha trágica en contra de los prejuicios capitalistas. En el año 19.24 regía los destinos de Inglaterra un Gobierno laborista, bajo la presidencia de Mac Donald. En Cantón (China) regía el Gobierno revolucionario de Sun-Yat-Sen. La burguesía preparaba en China un golpe contrarrevolucionario, en el que se hallaba, a su vez, comprometida indirectamente la burguesía inglesa. Se sublevó la guardia burguesa china, y Sun-Yat-Sen se dispuso a reprimir el levantamiento. Pero entonces intervino, por presión de la burguesía inglesa, el Gobierno británico, y Mac Donald amenazó con una acción de la flota inglesa en el caso que Sun-Yat-Sen intentase emplear las armas contra las tropas contrarrevolucionarias. Sun-Yat-Sen envió a Mac Donald un telegrama de protesta, que quedó sin respuesta. En vista de ello envió uno segundo a Mofta, por entonces presidente de la Sociedad de Naciones. Pero lo extraño y peculiar del caso no es solo esta conducta, por demás reprobable, sino el que Mac Donald, que no tuviera tiempo para contestar a Sun-Yat-Sen o para retirar la orden de intervención dada a la Marina inglesa, acudía a la Sociedad de Naciones

a defender, a su vez, los intereses de los contrarrevolucionarios rusos, en contra de aquel otro país que se debatía a su vez contra los últimos restos del imperialismo tradicional. Veamos, si no, lo que dice el «Imprekorr» del 4 de octubre de 1924 (edición semanal):

«Interpreto su silencio (el de Mac Donald) en el sentido de que ha de continuar la política inglesa seguida hasta hoy en China de intervenciones imperialistas de apoyo a las actividades contrarrevolucionarias contra el movimiento nacional que se esfuerza en crear una China fuerte e independiente. Es muy comprensible que Mac Donald, después de apoyar en su lucha a los rebeldes reaccionarios de China, se traslade a Ginebra para presentarse como protector de la contrarrevolución en la República soviética de Georgia para defender la independencia de la Compañía de Nafta en la República de los Soviets, en calidad del honorable corredor que hubiera olfateado el petróleo caucasiano.»

En uno y otro caso se hallaban en peligro fuerzas proletarias genuinamente revolucionarias. En uno y otro caso Mac Donald y su Gobierno socialista se entregaron en las garras de la burguesía imperialista y traicionaron a sus compañeros de clase.

Un curioso sofisma socialista.

Esto, que en otras circunstancias y para personas no habituadas a estos tradicionales sofismas podría parecer una paradoja, el que los socialistas sean amigos de la emancipación proletaria, pero enemigos de su triunfo, es, sin embargo, comprobado y comprobable en la realidad. El 4 de julio de 1925, la II Internacional acordó socorrer a China en su lucha contra el imperialismo. El acuerdo incluía: «socorro obrero a las masas trabajadoras chinas, abolición de los derechos de extraterritorialidad de los extranjeros, el derecho de China a disponer, sin restricciones, de sí misma, y, en suma, toda clase de «apoyo de la lucha por su libertad». Pero esto no es más que la primera parte del acuerdo. Veamos la segunda. El Comité de la Internacional, que se declaraba en general partidario del cese de la opresión de China, advertía en el peligro de que los chinos emprendieran contra el imperialismo una «lucha efectiva», que solo podría desarrollarse

en los cauces de un movimiento nacional revolucionario bajo la dirección del proletariado consciente. Esto es que, al igual que los socialdemócratas apoyan el socialismo, pero se manifiestan en contra de los medios necesarios para su institución, asimismo se mostraban partidarios de la emancipación de China, pero en contra de una revolución que la impusiera.

Aburguesamiento de los partidos socialistas.

Los que censuran la organización de los partidos socialistas afirman que estos organismos, por su aburguesamiento, están traicionando los intereses de la clase trabajadora, a que dicen defender. Es lo cierto, prescindiendo en esto de toda consideración política, que hay algo peor que el burgués de pura cepa, y es el proletario aburguesado. Los obreros prefieren luchar con un patrono a luchar con un obrero ascendido a la categoría de patrono. Para las organizaciones sindicales de todos los países ha sido en todo instante más beneficioso el tránsito de ministros burgueses que de ministros proletarios, cuando su presencia no iba acompañada de una transformación económica del régimen social. ¿Es cierto que se aburguesan los partidos socialistas? Veamos un problema cumbre de nuestros días, la crisis de trabajo, y veamos la reacción de los organismos socialistas. La II Internacional y la Internacional de Ámsterdam han nombrado una Comisión mixta para estudiar la crisis económica y el paro forzoso, Comisión que se ha reunido el 21 y 22 de enero de 1932, en Zurich, y ha publicado un Manifiesto subrayando la necesidad de instaurar la semana de cinco días sin reducción de salarios, aceptando la función esta del seguro de paro en estos términos:

«La clase obrera tiene que exigir a los Gobiernos la adopción de medidas inmediatas y reales para la implantación o ampliación de un sistema He seguros obligatorios contra el paro. La acción de estos seguros debe extenderse también a los trabajadores cuya ocupación es de duración reducida.»

Veamos, sin embargo, la actuación de los partidos socialistas, laboristas o socialdemócratas del mundo. En Inglaterra, la campaña electoral de 1929 se hizo a base de un manifiesto del partido laborista donde figuran estampadas las siguientes frases:

«El partido laborista se compromete, sin reservas a tomar urgentemente medidas prácticas de lucha contra el paro. Su pasado, referente a esta cuestión, garantiza que esta promesa se cumplirá. Los gastos suplementarios que el pago haga preciso realizar, se cubrirán con subvenciones del Estado al objeto de que dichos gastos no recaigan sobre los obreros y no produzcan un encarecimiento de la producción. El partido laborista hará las enmiendas que necesite la ley de Seguros del paro, al objeto de que los parados obtengan satisfacción; generalizará el principio del seguro del paro para las categorías de trabajadores que actualmente están excluidas de él, como los obreros agrícolas y servidumbre doméstica.»

¿Cuál ha sido la actitud adoptada por el Gobierno laborista? Mantener el párrafo de la vieja ley, empeorada por los conservadores, sobre el retiro del socorro al parado por esfuerzo insuficiente para encontrar trabajo, cláusula de la que se ha valido el Gobierno para negarse a socorrer, de noviembre de 1929 a abril de a 630.522 sin trabajo; ha reducido el tiempo durante el que se pagaban los socorros; ha introducido una enmienda en la ley, en virtud de la cual los parados, después de disfrutar el socorro durante dos años, no pueden percibir otros sin previamente haber cotizado durante treinta semanas, y, por último, ante la actuación aún insatisfecha de la burguesía, manifiesta por la Federación de Grupos patronales, que solicita reducir el importe de los socorros, así como el número de los que puedan tener derecho a ellos, ha constituido una Comisión compuesta de representantes de tres partidos — conservadores, liberales y laboristas — para estudiar los medios de cubrir el déficit producido por el aumento de parados, y los acuerdos de esta Comisión han completado la obra del Gobierno laborista. En lugar de extender los seguros al obrero agrícola y servidumbre doméstica, los reduce, no concediendo el socorro más que durante veintiséis semanas, y en vez de cumplir la promesa de no gravar a los obreros que trabajan para atender al déficit, propone elevar de siete a nueve peniques las cuotas que pagan los obreros, disminuyendo así en libras 31.800.000 los gastos del capítulo de seguros de paro, mediante la reducción del importe total de los seguros y aumentando las cotizaciones de los obreros para la Caja de Seguros. El aburguesamiento de los Mac Donald y Snowden es algo visible y demostrable. Esto no equivale a censura. No es más que decirle al proletario, con claridad, de qué

modo defienden las organizaciones socialistas o sus similares los intereses de la clase proletaria y si, pese a sus buenos deseos, no abandonan demasiado la defensa de estos intereses. Hablar del caso alemán, en que el partido socialdemócrata y la Confederación General de Sindicatos Alemanes, gloria y orgullo de la II Internacional, han reaccionado de idéntico modo ante la crisis de trabajo reciente, de tal modo que el ministro socialdemócrata de Trabajo, Wissell, despojó a los camareros de restaurantes, cafés, músicos, mozos, servidumbre que trabaja a jornal, a las mujeres de los parados, de su derecho al seguro del paro en 1º de octubre de 1929, hasta llegar al caso pintoresco de que la enmienda presentada por la socialdemocracia, en 5 de febrero de 1929, fuera rechazada por los votos en contra de los socialdemócratas en la sesión de febrero de 1930, no es necesario. Esto no es más que un breve botón de muestra, que no alcanza a más la extensión del libro, como algunos otros que aparecen en el transcurso de este aburguesamiento de los partidos socialistas, que destruye la convicción de que sean éstos hoy fuerzas revolucionarias y de choque del proletariado en pie de guerra.

El engaño de la capacitación intelectual realizado por el socialismo.

Decíamos anteriormente que hace falta una preparación enérgica de las colectividades obreras para que los Sindicatos sean capaces por sus solas fuerzas de realizar la transformación anhelada.

En este sentido, la práctica misma enseñará que no es tan útil la explosión constante de un estado de protesta como la preparación sorda y callada para el día en que ese estado de protesta acabe por el ímpetu revolucionario. Por eso, los que acusan a los sindicalistas de mantener huelgas sin justificación alguna, deben tener en cuenta que el sindicalismo español no ha tenido hasta ahora un desenvolvimiento pacífico, y en los cauces de la legalidad, y ha tenido que luchar en el régimen capitalista con la opresión del Poder político tirano de generales sin conciencia, y después, en régimen democrático, con el afán de ser anulado, absorbido y destruido, desarrollado de un modo enérgico, aunque inútil, por la Unión General de Trabajadores. El sindicalismo español no ha tenido, por consiguiente, otra táctica que la revolucionaria, y está plenamente justificada. Rodeado de

enemigos, desde el Poder como entre la misma clase obrera, no ha tenido aún paz para empezar su labor educadora. Y aun así, ¡cuán diferente su obra cultural, pequeña, escasa, pero no por falta de interés ni ambición, sino de medios económicos! El día en que el sindicalismo español encauce sus aspiraciones, destruya el cisma político que pretende agitarse en su seno, en nombre del sagrado apoliticismo de la lucha sindical y económica que le espera, comprenderá la realidad de las frases de Delaville:

«El proletariado debe organizarse para reemplazar al capitalismo en bancarrota. La clase trabajadora, fuerza inédita en el sentido de organizar la economía mundial, debe estar preparada para la revolución social. Es su deber. Cuantas menos algaradas callejeras y más labor constructiva realice, más cerca estaremos del triunfo de la revolución. Menos hablar de rebeldías; menos explosiones de indignación y más organización y método en los medios obreros, a la vez que serenidad entre los militantes destacados de las organizaciones obreras. Solo así se conseguirá el respeto de los adversarios y el trabajador podrá tener a raya al capitalismo, entretanto no sea vencido definitivamente.»

¿No hubiera firmado ese párrafo el más conformista reformista de la U. G. T.? Pues idéntica misión la llenará el sindicalismo, el día en que no se empeñen en perturbarle y en impedirle su propaganda y sus esfuerzos y no se haga cuestión de honor o de gabinete el aprovecharse de una hegemonía política circunstancial para destruirle y aniquilarle.

No vamos a hacer con lo que afirmamos más que rendir un tributo a la justicia. Los socialistas han censurado siempre a anarquistas, sindicalistas y comunistas, que buscaban el triunfo de sus ideas por medios violentos, y sin esperar a la previa capacitación de la masa, en tanto que el socialismo representa el triunfo por la evolución, por la capacitación previa del proletariado. Sin embargo, justo es reconocer un hecho. No creo yo que los socialistas juzguen como única posibilidad redentora y educativa la de haber reducido oficialmente la jornada del obrero y puesto en condiciones de que pudiera leer, o la de haber dado «meetings» que no conferencias, en especial en las proximidades de las campañas electorales. Esto no sería más que un resto de hipocresía, de esa hipocresía que, con acierto sin igual, definía Nietzsche diciendo que «cada pueblo, cada colectividad, tiene su propia hipocresía que llama solemnemente virtud».

Al obrero no hace falta solo decirle: «Puedes hacer esto», sino indicarle: «Debes hacer esto», y para hacerlo tienes dónde poder hacerlo. Y esta misión la han cumplido de un modo entusiasta y continuado los elementos anarquistas, y sus continuadores los libertarios de hoy. ¿Que han cumplido con parcialidad, educando en anarquista? ¿Pero es que, por ventura, si los socialistas hubieran cumplido idéntica misión, hubieran dado a los proletarios una educación que no fuera la suya? No. Cada uno educa según su voluntad y sus inclinaciones, y ello es natural consecuencia del espíritu humano. Pero lo cierto es lo siguiente. No hay obrero más despierto, más ávido de leer, más ansioso de instruirse que el obrero catalán. Pero este ha sido el triunfo constante de muchos años de esfuerzo. El obrero anarquista, el obrero sindicalista de la «élite», no el recién ingresado cumpliendo su anhelo de justa reivindicación, puede hablar de los más arduos problemas de economía, y ha leído obras y juicios que no han llegado, por ser «tabú», por ser prohibidos, a manos de los obreros socialistas. Los periódicos mantenidos en tiempos bien difíciles por los anarquistas han sido siempre numerosos. Francisco Mora, en la «Historia del Socialismo Obrero Español», hace la siguiente lista:

MADRID: «La Revista Social», «La Bandera Social», «La Bandera Roja», «La Anarquía», «La Idea Libre», «la Revista Blanca». — BARCELONA: «La Revolución Social», «El Productor», «Acracia», «El Condenado», «La Tramontana». — CORUÑA: «La Bandera Roja», «El Corsario», «La Lucha Obrera», «La Emancipación». — SEVILLA: «La Solidaridad», «La Alarma». — VALENCIA: «El Chornalier» (en valenciano). — MÁLAGA: «El Trabajo». — CÁDIZ: «El Socialismo». — GRACIA: «Tierra y Libertad». — SABADELL: «Los Desheredados». — REUS: «La Revancha». — ORENSE: «El Cuarto Estado». — IGUALADA: «La Federación Igualadina». — Vico: «La Propaganda». — ZARAGOZA: «El Rebelde». — VALLADOLID: «La Protesta». — GIJÓN: «Fraternidad». — MADRID: «La Crónica de los Trabajadores», órgano de la Federación de Trabajadores, redactado por la Comisión federal.

«La Revista Blanca», auténtica revista anarquista, era una manifestación más. Las publicaciones de esta revista y las colecciones catalanas famosas de los «Pequeños grandes libros», que punían al alcance del trabajador por treinta y cinco céntimos las obras de los grandes autores a quienes admiraban; obras de un hondo sentido económico; la cláusula

inicial de los Estatutos de todo Sindicato Único de organizar, en cuanto se cuenten con medios económicos, una escuela para los trabajadoras; el mantenimiento de las escuelas laicas racionalistas a costa de centros anarquistas Y republicanos, y muy rara vez en los primeros años y aun ahora de centros socialistas, todo ello no son más que síntomas del profundo anhelo cultural que ha movido siempre a los anarquistas en su afán de formación del proletariado, de despertar la inteligencia de este.

Muchas veces, yendo de propaganda por las grandes localidades de España, donde suele haber magníficas Casas del Pueblo socialistas, me asombraba la idea de no ver en ellas ni una simple escuela laica, ni menos una escuela proletaria que supliera con ventaja la distracción de la taberna, una escuela con «radio» y con «cine» para atraer a tila a los obreros fatigados del trabado y ansiosos de distracción. Tan solo en Madrid, y desde hace dos o tres años, funciona una, pobre, pequeña y restringida Escuda Obrera Socialista, incapaz, pese a los buenos propósitos, de dar el resultado apetecido. Pero es que esta Escuela Obrera, que vive como de prestado en una Casa del Pueblo, donde los Sindicatos se agrupan por docenas, ¿es la que debía tener el proletariado madrileño?

¿Es que se hace en la Casa del Pueblo madrileña alguna labor cultural organizada de conferencias en ciclos, cursillos abreviados, que eduquen y preparen a las masas obreras para el conocimiento de un tema cualquiera de actualidad sobre el que puedan extraerse provechosas enseñanzas? ¿Es que no podría aprovecharse, por ejemplo, tema tan candente como fue el del Estatuto para dar un ciclo de conferencias sobre Autonomía y Federalismo, que permitiera a los obreros el saber por qué la minoría vota hoy de acuerdo en el problema del Estatuto, ya que no entrara a explicarle la incomprensible paradoja de hacerlo así en pro después de haberse manifestado casi resueltamente en contra? ¿Es que, por ventura, mantiene la Casa del Pueblo madrileña alguna escuela laica potente, modelo de organización, de temple y de fe, como aquella Escuela Moderna que le valió la muerte a Francisco Ferrer, o es que puede compararse siquiera con el propósito noble y entusiasta y fructífero de Ferrer esta fundación socialista «Cesáreo del Cerro», que, recogiendo veinte niños, desde los tres a los seis años, se limita a cumplir la misión de una de esas benéficas y laicas «Casas-Cuna», sin la menor educación renovadora, y sin acompañar

al niño, como es su deber, hasta entregarlo a la sociedad formado y templado en un yunque de educación genuinamente clasista?

¿Es que, por ventura, hay alguna revista doctrinal de documentación social que no sea la Prensa socialista, entregada, en su mayor parte, a cantar las excelencias de los directivos de las organizaciones obreras, en vez de exponerles problemas y puntos de vista que despierten y agucen la inteligencia de esas colectividades?

Pues si todo eso no se ha lucho, ¿a qué hablar de evolución y de educación previa y a qué censurar a los anarquistas, cuando éstos han sido los únicos que, dentro de sus medios, han cumplido su propósito de despertar las conciencias de los trabajadores para la luz del saber y de la ciencia?

Las contradicciones de los partidos socialistas.

La tendencia de la Internacional Socialista a dejar en absoluta libertad, según las necesidades nacionales, a todos los partidos socialistas, ha contribuido a la desorientación máxima, que debilita todos los esfuerzos de fusión internacional para una acción conjunta. Porque, ¿cómo podrán estar de acuerdo socialistas que han de ayudar a mantener el régimen monárquico con socialistas que lo han destruido o ansían destruirlo, socialistas de los que apoyan a Hindenburg, con socialistas de los que hacen frente anti-burgués y de no oposición al comunismo, como los franceses? Pero no son solo éstas las únicas contradicciones. Constituida la Sociedad de Naciones para defender los intereses de las diferentes burguesías nacionales, reforzada la influencia por la participación de los partidos socialdemócratas en sus debates para que éstos se encarguen del mantenimiento y defensa de la idea de paz en su respectivo país, parece que ello implicaría a lo menos una acción conjunta en pro del desarrollo general y del libre cambio. Pero los partidos socialistas o socialdemócratas, que no son más que instrumentos de la burguesía de sus respectivos países, tienen los mismos comunes intereses que ésta, se oponen a sus nuevos camaradas de otros países por servir a estos intereses, y son ellos los que cooperan a la guerra económica de naciones, que es el preludio de lo que pudiéramos

llamar guerra militar o material, En la cuestión militar, la socialdemocracia alemana es opuesta a las milicias, pero partidaria de la Reichswehr. Hilferding, en su «Informe al Congreso de Kiel», dice:

«Nuestra actitud respecto a la Reichswehr no puede ser una actitud de oposición de principio. La Reichswehr es un sistema de defensa al que debemos resignarnos, en determinadas circunstancias, a condición de que el desarme, que es hoy unilateral, llegue a ser un desarme general. No se trata, por consiguiente, de luchar contra la Reichswehr, sino de hacer de ella un instrumento cada vez más seguro al servicio de la República.»

Poco más o menos lo que sucede en España. El partido socialista, antimilitarista por esencia, por programa, por convicción, no puede luchar contra el Ejército, sino hacer de él un instrumento cada vez más seguro al servicio de la República.

En cambio, la socialdemocracia francesa, de la que era miembro Paul Boncour hasta bien recientemente, y que era partidario del nuevo sistema militar de Francia, decía por boca de este, la necesidad del servicio militar general, extendiéndolo a las mujeres, y la subordinación de todas las fuerzas económicas del país a la defensa nacional.

Los partidos socialdemócratas suizo, noruego, holandés, sueco, danés, cuyos países tienen una Burguesía incapaz de mantener por sí sola guerras, son partidarios ya de un desarme concreto o muy amplio. De aquí se deduce que están en pro del desarme, cuando la burguesía es débil (Stauning); por el militarismo, cuando la burguesía es fuerte (Paul Boncour); por el mantenimiento del poder imperialista, cuando la burguesía se beneficia de él (Mac Donald), y en pro de un nuevo reparto del mundo, cuando la burguesía de su país se siente en situación desfavorable (Labriola), están ya en la oposición, ya en el Gobierno, actúan en contra de la Unión de Repúblicas Soviéticas y contraen compromisos y alianzas con los fascistas. Los socialistas o socialdemócratas son partidarios, en todo instante, del triunfo de la democracia. El Estado es así — aunque con ello van en contra de la teoría marxista — el medio de mantener la democracia política y la democracia económica con la ayuda de la papeleta del voto; el Estado ofrece, pues, las posibilidades de tránsito del capitalismo al socialismo sin estridencias y de una manera pacífica. ¿Confirma la realidad esta peregrina teoría, a la que no habría medio, pese a nuestros buenos

deseos, de encontrar un entronque marxista? Todo lo contrario. La burguesía defiende al Estado burgués, al que pertenece, y lo defiende comprobando que el Estado actual es aquel en el que puede mantener su hegemonía y donde no se resigna a perderla. La burguesía admite la democracia, pero en tanto no es un peligro para su dominación de clase. En el momento en que una posibilidad de inquietud aparece en el horizonte, la democracia es reemplazada por una dictadura tipo fascista. La teoría socialdemócrata fracasa, pues, rotundamente. Pero es lástima ver a las masas obreras, a lo menos una parte de ellas, que siguen los defensores de estas curiosas teorías y creen en su triunfo, a pesar de que el transcurso de los días les demuestra constantemente su fracaso.

Los partidos socialdemócratas no son socialistas, y su procedencia no es marxista, sino lassalliana.

Hay partidos socialistas que se ocultan bajo el nombre de socialdemócratas, y cuya procedencia aseguran, a su vez, que es marxista. Tal el caso de la socialdemocracia alemana, donde han surgido teorizantes del marxismo tan inteligentes como Karl Kautsky, el hombre a quien Lenin admiraba profundamente, y cuya disconformidad con la tesis revolucionaria del «leader» ruso fue para este un grave disgusto; pero donde se ha adolecido siempre, en particular en los años que han seguido a la guerra, de un espíritu profundamente conservador.

Pues bien; estos partidos socialdemócratas no son socialistas. Su procedencia es, indirectamente de Rodbertus, y directamente de Lassalle.

Lassalle fue amigo, y queremos creer que discípulo de Marx. En el año 1848, cuando solamente contaba veintitrés años de edad, ya había tomado parte, con Carlos Marx, en la agitación revolucionaria, y a partir de entonces, se había consagrado, casi exclusivamente, a trabajos filosóficos, jurídicos, literarios, hasta el año 1803, en que reapareció. Era este el momento en que en Alemania se había emprendido una lucha entre el partido liberal prusiano (Fortschritt spartëi) contra el canciller Bismarck sobre la cuestión constitucional.

Lassalle se vuelve, aprovechando las circunstancias, hacia los obreros, incitándolos a crear un partido nuevo, que, sin ocuparse de los temas políticos, se preocupe de lograr su absoluta independencia económica. Este principio parecía augurar un partido del tipo del sindicalista o neo-marxista, de muy posterior creación. Por espacio de dos años, de 1862 a 1864, toda Alemania se vio inundada con sus discursos, sus folletos, sus alegatos y su propaganda en pro de una organización que era a un tiempo sindical y política, tomando ambos términos en su punto de contacto de conseguir la liberación económica: la «Allgemeiner deutscher Arbeiterverein» (Unión General de los Obreros Alemanes, que él fundó, en Leipzig, en 1863). La trayectoria de Lassalle es la de un triunfador, hasta que, el 31 de agosto de 1864, muere herido en un duelo, y de su acción queda únicamente esa Asociación de los Trabajadores, que es el embrión del partido socialdemócrata alemán.

Lassalle, como socialista teorizante, no difiere de Marx en su concepción de las relaciones económicas. Pero para hablar a los obreros se necesita, según su expresión, «una cosa precisa, clara, que se pueda ver y tocar», y Lassalle, en plan de hacer un programa mínimo, lo restringe tanto, tanto, que concentra sus esfuerzos en dos reivindicaciones inmediatas: una, política: el sufragio universal; otra, económica: creación de Asociaciones de producción subvencionadas por el Estado.

Lassalle no es enemigo de la propiedad privada, y fa juzga inatacable; tanto es así, que, en su discurso del 12 de abril de 1862 a los obreros de Berlín, oración que se conoce con el nombre de «Arbeiter-program», edición Pfau, tomo I, pág. 197, dice que:

«Ningún obrero olvidará jamás que toda propiedad legalmente adquirida es absolutamente intangible y justa.»

Añade aún, en otro lugar, tomo II, pág. 141, que:

«Nunca excitaré a los no poseedores contra los que poseen, a los pobres contra los ricos, pretendiendo, por el contrario, hacer una agitación puramente democrática, y facilitar la unión de las clases.»

¿No vemos con esto ya el preludio de la posición ideológica de la socialdemocracia, respetuosa con los derechos adquiridos de la propiedad privada para no crearse enemigos ni adversarios políticos, partidaria de

llegar, en cuanto sea posible, a una concordia o unión de clases que facilite la labor de armonía?

Lassalle es también partidario de la intervención del Estado, y de un modo rotundo y definitivo. Aquí está lo nuevo de su doctrina para los trabajadores alemanes, este llamamiento a la intervención del Estado, que era, él mismo lo reconocía, la base de su campaña, como lo prueba que, en cierta ocasión, hablando a los obreros de Francfort, el 19 de mayo de 1863 (Véanse sus obras, tomo II, edición Pfau). Discurso publicado con el título de «Arbeiterlesebuch», exclamaba:

«Aquí está, os lo vuelvo a repetir, la cuestión de principio; la de la intervención del Estado, base y fondo de toda esta campaña, y por la cual me he decidido a ella. Es aquí, en esta cuestión, en donde está contenida toda la batalla que me dispongo a librar.»

Esta es la postura ideológica de Lassalle y, con él, la de los grupos socialdemócratas que le han seguido. Y es, precisamente, la postura que le censuraba Marx, quien, en una carta a Schweitzer del 13 de octubre de 1868 (citada por Mehring en sus «Aus dem litterarischen Nachlass», tomo IV, pág. 362), dice:

«Se ha dejado influir demasiado por las circunstancias del momento, habiendo hecho de su pequeño punto de partida — su disputa con un pigmeo como Schultz-Delitzch — el punto central de su agitación: la intervención gubernamental o del Estado en frente de la iniciativa privada.»

Lassalle diviniza al Estado, diviniza la posibilidad de que, haciendo del Estado este factor decisivo del destino humano, capaz de realizar toda la cultura de que es capaz la Humanidad, la educación y el desenvolvimiento de los hombres hacia la libertad, las clases sociales, no en un plan de lucha, sino de concordia y de armonía, acerquen a la Humanidad a esa edad de oro, sin diferencias, sin escisiones, sin luchas, donde todos, pobres y ricos, trabajen unidos por el bien común.

¡Pobre utopista Lassalle! Y, sin embargo, tuvo discípulos. Lástima que los socialdemócratas se hayan obstinado en el mantenimiento de estos absurdos principios, en contra de las propias censuras de Marx y Engels, a que en otro lugar de este libro hacemos referencia, y se hayan opuesto a los

defensores del marxismo — socialistas de izquierda, comunistas —, frente a los cuales han sido y son los reconocidos adversarios.

La evolución de la socialdemocracia alemana fue prevista por Veblen, al hablar de «El economista socialista Marx y sus seguidores», diciendo en 1906:

«Una infección ha atacado el cuerpo de la socialdemocracia. Tienen interés en señalar que les interesa el engrandecimiento nacional en primer término y el internacional en segundo. Los socialdemócratas son patriotas alemanes antes que socialistas. Están mucho más en relación con las ideas del liberalismo inglés que con las del marxismo revolucionario.»

El Socialismo de Estado no es heredero de Marx, sino de Rodbertus.

Desde que los partidos socialistas han abandonado su verdadera filiación económica marxista para convertirse en auxiliares más o menos directos de la democracia burguesa, se ha desarrollado un nuevo tipo de socialismo, al que se da el nombre, de socialismo de Estado. Este socialismo pretende hacer del Estado la divinidad suprema ante la que se rindan todos los proletarios, el poder directivo superior, que tiene el derecho y aun la obligación de someter a fiscalización la actitud económica de las clases sociales. Este socialismo, que todo lo supedita a esta hegemonía estatal; que prescinde del término socialización por innecesario para, exaltando el Estado, hablar únicamente de nacionalización y aun de estatización, como entrega al Gobierno de las funciones económicas hoy ejercidas por los particulares, es el espíritu que inspira hoy a buen número de partidos socialistas, y que se ha estimado, injustamente, como genuinamente marxista. En otro lugar de este libro vemos cómo Marx niega el Estado y había de él como un parásito, que desaparecerá por el influjo revolucionario del socialismo, igual que las clases sociales, por cuanto no es más que el instrumento de dominación de una clase sobre la contraria. Ahora bien; ese socialismo que, por el contrario, exalta el Estado, ¿tiene su origen en los «leaders» y «leaderillos» de estos partidos socialistas de reciente creación? Todo lo contrario. Su procedencia es aún anterior a Marx. El verdadero y genuino fundador de este socialismo de Estado fue

Rodbertus, un gran propietario territorial, liberal, que en la Asamblea nacional prusiana de 1848 toma asiento en el centro izquierda, y cuyo programa político se resume en estos dos términos: régimen constitucional y unidad nacional. Diputado en la Asamblea, Rodbertus fue, durante algunos días, ministro de Cultos, dimitiéndolo al cabo de quince días, precisamente porque sus colegas se negaron a reconocer, tan claramente como él lo hubiese deseado, los derechos del Parlamento de Fráncfort.

La oposición de las doctrinas de Rodbertus y las marxistas se explica teniendo en cuenta que Marx tiene una profunda influencia inglesa, en tanto el origen francés de las ideas de Rodbertus no es ya discutido desde que A. Menger lo puso en evidencia, pudiendo afirmarse que es Sismondi su inspirador. La postura ideológica de Rodbertus, en estrecha relación con la política del canciller Bismarck, le acercaron a la Monarquía conservadora; era personalmente partidario del sufragio universal, de la democracia, y define el partido del porvenir como «monárquico, nacional, social, o social y conservador», llegando a afirmar, en la Cana al mismo Meyer, en 30 de noviembre de 1871, que:

«en la medida en que el partido socialista demócrata es puramente económico, yo pertenezco a él con todas mis fuerzas».

Tanto es así que, en 1874, ya pensó Rodbertus en presentarse al Reichstag como candidato socialista.

Rodbertus cree muy posible, como todos los partidos socialistas que han seguido directa o indirectamente su tesis, que puede muy bien conciliarse la Monarquía con el socialismo, y que la actuación política no es indispensable, ni obstáculo, ni traba, para el desarrollo de una ordenada y metódica investigación económica.

Es Rodbertus el decidido partidario del evolucionismo, del reformismo, del tránsito, no por la violencia, sino por natural sucesión de hechos y de ideas; tanto que, en una carta del 18 de septiembre de 1873, a R. Meyer, declara Rodbertus que:

«El gran problema está en hacernos pasar por una evolución pacífica desde nuestro sistema viejo y caduco, que reposa sobre la propiedad privada del suelo y del capital, hasta ese otro orden social superior que debe sucederle en la Historia; y que se asentará sobre el mérito y sobre la

propiedad de la riqueza adquirida, y que comienza ya a manifestarse en la mayor parte de las relaciones sociales, como si estuviera en vísperas de nacer.»

La doctrina de Rodbertus ha entusiasmado a los modernos socialistas de Estado, que son espíritus esencialmente conservadores, burgueses, anti-revolucionarios por esencia y por instinto de conservación, sin embargo, deseosos de mejorar el injusto régimen económico. La aversión por toda revolución, que Rodbertus predicó, es tal vez el postulado que ha llegado más a lo vivo y se ha enraizado más profundamente en los espíritus de estos socialistas de Estado, que deseaban tener algún pretexto para eludir una transformación violenta. La acción centralizada de un control de la riqueza y de la producción como función social, corresponde cada día más al Estado. No hay por qué condenar radicalmente la propiedad privada. Los socialistas de Estado son, sin embargo, tan egocéntricos, esto es, tan pretenciosos e insoportablemente egoístas, que, creyéndose más marxistas que Marx, afirman que el socialismo puro, el que toca las lindes del comunismo hasta coincidir con este, siguiendo las doctrinas del maestro, no es sino una exageración de su programa, en lugar de reconocer que han sido ellos los que han adulterado y restringido la teoría o los que han pretendido ponerla bajo la advocación de Marx para despistar a los genuinamente revolucionarios y atraer a los núcleos conservadores, eludiendo así su verdadera paternidad.

Es Wagner el que, en su «Grundlegungi», tercera edición, pág. 765, dice:

«El socialismo extremo no es más que una exageración de un socialismo parcial que existe desde hace mucho tiempo en la evolución histórica de la vida económica y social de todos los pueblos, y, sobre todo, de los más civilizados.»

Sépanlo, pues, todos, para su mejor gobierno. El socialismo de Estado, socialismo en que se inspiran bien número de partidos socialistas organizados, no procede de Marx, ni puede llevar con legítimo orgullo el subtítulo del marxismo; su procedencia es más humilde, lo cual no quiere

decir que sea menos digna. Proceden del mayor espíritu conservador de su época, do un representante de la clase capitalista: de Rodbertus.

Reformismo y Revolución. — Alerta a la II Internacional.

Desde muy antiguo están en pugna, en el seno de las organizaciones socialistas, la tendencia reformista y la genuinamente revolucionaria.

Desde los tiempos en que Rosa Luxemburgo y Karl Liebnechkt, por defender la tesitura de la revolución inmediata, que hubiera hecho de Alemania una segunda República Soviética, fueron perseguidos y asesinados con el inicuo procedimiento de la ley de fugas, con La tolerancia, ya que no la orden de los socialdemócratas, antaño camaradas suyos; desde que la tendencia reaccionaria de Kerensky facultó en Rusia el triunfo de Lenin y su causa profunda e intensamente progresiva; desde que el partido laborista inglés se escinde, siguiendo a los partidarios de una acción independiente y enérgica frente a las transacciones habituales de los Gobiernos; desde que, en Francia, Guesde, Lafargue, y hoy Longuet y León Blum, preconizan la no colaboración, La lucha de clases frente al acomodatismo de Renaudel y sus amigos, la lucha de las dos tendencias — ola izquierda, ala derecha del socialismo militante — es algo tradicional en toda la organización socialista. Es natural, es más, es necesario que en todo organismo, preferentemente si este es político, haya un constante contrapeso de opiniones, un balance o equilibrio de fuerzas y actitudes; pero en organizaciones como las socialistas, solo cabe un denominador común: LA LUCHA DE CLASES.

Se puede ser socialista DE IZQUIERDA Y DE MÁS IZQUIERDA, pero en todo caso el principio de la lucha de clases debe estar por encima de los demás principios y por encima de los hombres. Socialismo que no admite la lucha de clases, ya porque la niegue como ley económica de la historia, ya porque la traicione predicando la concordia y la colaboración con las clases adversarias, será socialdemocracia o social-fascismo, como lo llaman los que, justa o injustamente, lo censuran. No aceptamos como buenas las denominaciones. Podrán ser o no equivocadas. Lo único que afirmamos es que ese modo de pensar no es socialista. Y eso lo decimos con

plena, con absoluta convicción. Porque recordamos que desde que las clases sociales existen en el mundo como hecho biológico indiscutible, hay una lucha, una oposición entre ellas; que, aprovechándose de esta lucha y de esa oposición, se han forjado las doctrinas socialistas, y que quienes nieguen la realidad de estos hechos, o tienen una visión turbia de los problemas vitales del instante, o tienen interés en enturbiar la visión ajena sobre estos mismos problemas. No se puede ser reformista, en plan de legítimo socialista. Porque se puede discrepar en cuanto a la táctica que cabe adoptar. Se puede posponer una huelga revolucionaria, o emplear el voto antes que la pistola para conquistar el Poder. Se puede juzgar conveniente adelantar o retrasar el momento, emplear la violencia en un golpe de mano o conquistar puestos con la ayuda de la democracia. Pero cuando una organización socialista haya conquistado número de puestos bastante para mandar, el Poder le corresponderá sin colaboración, y si no los ha conquistado, su papel estará siempre en la oposición, que impulse y aliente el régimen democrático en que vivan y mantenga siempre el fuego sagrado del hogar, tan venerado por nuestros mayores. Se puede no ser siempre revolucionario en la táctica;

por egoísmo;

por comodidad;

por sacrificio.

Lo que no se puede, es prescindir de este principio de la lucha de clases, para, sin negarlo, torciéndolo y adaptándolo a deseos individuales, crear un tipo de socialismo reformista, colaboracionista, incrustado en la vida burguesa. La lucha de reformismo y revolución debe llevarse a otros terrenos. Y, entretanto, a la Internacional Socialista correspondería, si tuviera clara conciencia del fracaso a que está llevando al socialismo en todos los países esta perniciosa táctica, señalar unas cuantas barreras que marcaran los límites que no pudiera transgredir ningún partido socialista organizado como tal. Dejar a cada uno, según su nación y necesidades, en libertad de actuar en todos los problemas de táctica, no me parece beneficioso en quienes necesitan realizar una acción conjunta de tipo internacional.

Socialismos defensores de Monarquías o Repúblicas, podrán aún coexistir en esta labor armónica, aun con cierto esfuerzo. Pero socialistas

defensores de un Hindenburg, en definitiva representante de un tradicional imperialismo, luchando frente a Thaelmann, el candidato comunista, con la misma saña que luchan contra Hitler y sus milicias, se encontrarán siempre en un estado de incomprensión y de perplejidad, con socialistas como los franceses, que ceden puestos parlamentarios a los comunistas declarados en «ballotage», y que lanzan la idea del frente único, con tal de no favorecer a los partidos burgueses.

Nuestro alerta a la II Internacional se dirigía precisamente por esto, porque la costumbre de eludir el primitivo internacionalismo de la Primera Internacional, hacía que fuera realmente imposible conciliar los esfuerzos de los proletarios para una acción internacional conjunta. Proletarios encargados en cada país de defender lo que en otros atacan no podrán hallar, pese a su esfuerzo generoso, puntos de comprensión. Hay tres tipos que han impulsado hasta aquí el movimiento sindical internacional, y que es menester apreciar y extraer de ellos cuánto valen y cuantas provechosas experiencias de ellos se han deducido para poder adoptar una táctica favorable al movimiento del futuro. Creyendo firmemente que se llegará a la formación de un frente único sindical internacional, y que una sola Internacional, como lo es la cuarta en la actualidad, podrá, llevando incluso el mismo nombre que la primera o marxista, realizar esa fusión, creemos que la experiencia de esta triple orientación del movimiento a la que hacemos referencia en otro lugar de este libro, pueden muy bien aprovecharse y deben ser recogidas como aportaciones y resultados para el porvenir.

La descomposición del Marxismo

El marxismo está, en la actualidad, en un lamentable estado de descomposición, al que le han llevado las desviaciones de los partidos socialistas. No podemos olvidar que este estado de descomposición, al que hace referencia Sorel, no es más que un resultado del determinismo histórico que lo prevé y define. El verdadero marxismo no podría convivir con los partidos políticos por muy revolucionarios que fuesen, porque éstos han de actuar como los partidos burgueses, aun teniendo en cuenta las necesidades que imponen las circunstancias electorales y comprometiéndose en pactos con otros grupos que tienen electores análogos, en tanto piensa como en una posibilidad remota en la revolución absoluta. Hace falta que el proletariado se organice con fines eminentemente revolucionarios; esto es, completamente aparte de la burguesía. Los esfuerzos que el Gobierno francés ha hecho para atraerse los hombres más señalados del mundo obrero, han contribuido, en buena parte, a aclarar la naturaleza de las relaciones que existen entre el socialismo y la democracia. Sabiendo que hoy la moda es la evolución, parece inútil que no se vea en ella un medio de hacer más fácil la etapa entre la sociedad aristocrática del antiguo régimen y el socialismo en el tránsito siguiente (nobles, burgueses, pequeño burgueses y obreros). La estela descendente de las fortunas debe corresponderse con movimiento hacia el gobierno de los más pobres. Pero esta fórmula guesdista, en la cual se resumiría el marxismo de Francia, es inútil, falsa, y, lo que es peor, susceptible de embrollar las ideas. Desde que nosotros tenemos a la vista dos formas opuestas de organización sindical, el peligro de la democracia aparece claramente. Ese ha llevado a mirar con desprecio las revoluciones políticas. Ellas no son posibles si el partido que triunfa no tiene tras sí las masas obreras organizadas. Una campaña hecha en común contra el Poder, puede significar el paso evolutivo del sindicalismo al tradeunionismo protegido. Los católicos han hecho los máximos esfuerzos para agrupar a los obreros en los Sindicatos, a los que prometen mil venturas, en la esperanza de imponer temor a los políticos radicales y salvar a la Iglesia.

El marxismo sufre esta misma descomposición, por obra y gracia de la democracia. El marxismo se ha esforzado en favorecer la legislación

social o de protección a la clase obrera, tarea a la que han cooperado todos los librepensadores burgueses, porque sabían era el medio de salvar a la burguesía. En Francia, a raíz de resolver el asunto Dreyfus, se creó, por los partidarios del capitán judío, mucha jurisprudencia obrera para poner en relaciones al Gobierno con las clases desheredadas y míseras. Tal fue la que se llamó filosofía de la solidaridad, y que Sorel denomina con acierto, y yo estoy plenamente de acuerdo con él, «da filosofía de la hipocresía y de la cobardía».

Hasta qué punto fue Marx comunista.

Son muchos los que han citado y comentado la famosa frase de Marx: «Yo soy antimarxista.» Es un hecho indudable que la mayoría de los autores son arrastrados por sus obras más allá de donde su propósito inicial quería llevarles. Ocurrió esto con Marx. ¿Era Engels el temperamento genuinamente comunista, y Marx se vio lanzado a una aproximación al comunismo por las consecuencias irrebatibles de sus postulados económicos? Esta es una duda que aún no se ha resuelto, y que no tenemos lugar, en este libro, para desarrollar ampliamente. Nos limitamos a hacer el interrogante y a recordar estas afirmaciones de Arturo Labriola en su libro «Reforma y revolución social», al hablar del carácter del socialismo inglés:

«El socialismo inglés no es, en realidad, más que cooperativismo. Godwin rechaza la organización comunista, la dirección de la producción y del consumo por medio del Estado, el trabajo en común, los pastos en común, los almacenes en común. Godwin quiere conservar la economía individual y la propiedad privada, que quisiera dividir igualitariamente entre los miembros de la sociedad. La idea anticomunista se encuentra en casi todos los socialistas ingleses. Es de notar cuán poco comunistas eran las ideas de Bray y de Cray, otros precursores ingleses de Marx, de quienes, evidentemente, él importó una parte notable de sus ideas, reuniéndolas en el crisol purificador de la filosofía alemana. Lo notable de todos estos escritores es la violencia de los ataques que dirigen al Estado. Parece que puede deducirse de sus escritos que ellos veían el remedio de los males menos en la organización comunista de la producción que en la desaparición del Estado.»

Sorel, que es el único que ha afrontado científicamente la crítica de marxismo, escribe muy cautelosamente:

«Me pregunto hasta qué medida Marx fue seriamente comunista, y hasta qué punto estuvo de acuerdo con Engels.»

Es el mismo Sorel quien recuerda que el pensamiento de Marx y el de Pecqueur, que afirmaba la posibilidad de una coexistencia entre la propiedad privada y la propiedad social se complementan. Por otra parte, el «Manifiesto Comunista» es una vibrante proclama revolucionaria, pero no es una exposición clara, ordenada y metódica de los ideales positivos de los comunistas, que debieron ser allí enunciados de un modo concreto.

Todo ello nos lleva a creer que Marx no debía estar muy de acuerdo con Engels acerca de las concepciones del comunismo como una gigantesca «factory» administrada por algunos «business men» y con plenos poderes, amos de la producción.

Y Labriola, al recoger estas citas y comentarios, añade valientemente:

«Concuerdo plenamente con Sorel, y aun creo que se puede ir mucho más allá.»

La renovación de los postulados marxistas os inaplazable.

La renovación es algo tan inaplazable, el cambio de los postulados marxistas y su adaptación tan indispensable, que no es extraño que hayan sido los mismos marxistas los interesados en presentar la nueva orientación y la negación de los postulados de la economía socialista.

No olvidemos, en primer término, lo que dice el profesor Labriola, de que:

«El marxismo es y sigue siendo una doctrina, y los partidos no pueden sacar su nombre y su razón de ser de una doctrina.»

En Alemania misma, desde el Congreso de Erfuhrt en 1892, el socialismo INSCRIBÍA en su programa disposiciones cuyo error había

señalado ya Marx. No hay, pues, que creer que todos los frutos de Marx se puedan resumir en unas cuantas frases recogidas aquí; y allá de sus libros, desplazadas de su punto y marco, y, por consiguiente, descabezadas y falsas, y por añadidura comentadas como los textos evangélicos lo son por los teólogos.

Los socialistas italianos están, hace algún tiempo, exentos ya de toda superstición literal, y los redactores de la «Critica Soziale» dicen, corrientemente, que la obra de Marx tiene necesidad de completarse, y que las leyes históricas de «Das Kapital» no pueden aplicarse actualmente.

«Ha llegado el momento — escribe últimamente uno de los redactores habituales de este órgano del socialismo científico — de someter a un examen los principios fundamentales del socialismo.»

El hecho de que De Man hable así en su «Au delá de marxisme», justifica repetidamente en la historia su afirmación de que el conflicto entre la clase proletaria y la burguesía es antes un conflicto de sentimiento que de intereses. Es esto a lo que von Thunen alud» en su «Der isolirte staat», diciendo:

«En el antagonismo de intereses hay que buscar la razón por la cual proletarios y propietarios son hostiles los unos para los otros, y seguirán siendo irreconciliables por cuanto tiempo el antagonismo no haya desaparecido. No es solo el bienestar del patrono, sino también gradualmente la riqueza nacional lo que aumenta, en razón de los descubrimientos en el dominio industrial, de la construcción de ferrocarriles, de la conclusión de nuevos Tratados de comercio; pero con nuestra organización social presente, nada de esto llega al obrero: su situación sigue siendo la que era, y todo aumento de renta recae en los empresarios, en los capitalistas, en los grandes propietarios.»

Párrafo es, en particular este último, que no es más que una reproducción del discurso de Gladstone en el Parlamento inglés en 1864, donde declaraba:

«El aumento vertiginoso de riquezas y de posesión conseguido por Inglaterra en los últimos veinticinco años, queda circunscrito a la clase poseyente.»

Y el mismo von Thünen remarca aún:

«Se arranca al obrero el fruto de su trabajo. Ahí está el mal.»

Es Platón quien reconoce la oposición de estos dos estados que, viviendo el uno en el seno del otro, son opuestos, cuando en su «República» dice:

«Un Estado en el cual existen clases, no es un Estado; son dos. Los peores constituyen el primero; los ricos, el segundo; los dos conviven, pero despojándose recíprocamente y sin cesar. Las clases directoras, en fin de cuenta, no se hallan en situación de hacer guerras, porque les es preciso, en este caso, utilizar a la multitud, que una vez armada, les inspira más temores que el mismo enemigo.»

Y Morelly mismo lo confirma en sus «Principios de legislación», diciendo:

«La propiedad nos divide en dos clases: ricos y pobres. Los primeros aman su fortuna y no tienen que defender al Estado. Los otros no pueden amar a su patria, porque ésta les recompensa con la miseria. En un orden social basado en la comunidad de bienes, cada uno sentiría cariño hacia su patria, porque cada uno recibiría de ella la vida y el bienestar.»

Las rectificaciones del marxismo.

El capítulo de rectificaciones del marxismo es aparentemente muy amplio, y, a pesar de todo, más restringido de lo que en principio aparece, porque buen número de faltas no son debidas al marxismo, sino a la torcida interpretación de sus continuadores, y hoy, al predicar la vuelta al marxismo, acabamos muchas de las contradicciones. Tal el sentimiento de patria, del que Marx habla como negativo y que, sin embargo, ha reaparecido aparentemente en los momentos de conflictos internacionales, si bien ello ha sido debido únicamente a la traición del socialismo a sus principios doctrinales. Otro de ellos, el principio de propiedad, ese olor de sangre que convierte en tigres a los hombres pacíficos, y que anula, por la desviación del socialismo, reconociendo la propiedad privada, la tendencia colectivista del marxismo. Cuando De Man habló del fracaso de los conceptos de patria y de propiedad, y señaló la necesidad de una

rectificación del marxismo, en estos aspectos provocó en los círculos políticos de Europa un movimiento de curiosidad. Pero la vuelta al marxismo, no a sus desviaciones o adulteraciones posteriores, resuelve este problema satisfactoriamente. Veamos cómo.

¿De abajo arriba

Los que hemos experimentado la impregnación del espíritu marxista, somos los primeros que, continuando la trayectoria del neo-marxismo, de esa nueva teoría de la que esperamos ver elevarse una nueva aurora, no vamos en contra de Marx, pero decimos con Sombart: «Amicus Marx, sed magis amicus socialismus.» Así lo ha dicho Jorge Herrón, uno de los socialistas americanos que encauza esta nueva tendencia:

«La revolución socialista no vendrá mientras no hagamos más que repetir las doctrinas marxistas. La clase obrera no debe su existencia a una teoría socialista determinada, sino que es ésta quien la recibe de la clase obrera. Nadie se ha preocupado con más empeño que Engels de acomodar a las circunstancias la fraseología socialista, y esta adaptación debemos aprenderla. El socialismo no ha venido a este mundo para convertirse en una ortodoxia, en una secta, sino para fluir como un raudal de vida.»

Ellos, los socialistas, se agitan en la actualidad en las tinieblas, por no haber entre ellos quien trace al proletariado una senda de acción y le ilustre con nuevos y vivificantes ideales. Si pudiéramos ser a lo menos el hacha que abriera el camino y señalar a la ruta, nos daríamos por satisfechos. Hay que evitar que la obra por Marx edificada perezca bajo su peso.

Digamos como Proudhon:

«Abajo el despotismo. No pertenecemos a ninguna escuela, a ninguna secta, no creemos en ningún dogma, no juramos bandera alguna. Estamos siempre dispuestos a evolucionar y a volver a creer. Somos del pueblo, de ese pueblo al que, como decía Platón, es al único que le cabe el derecho de crear la palabra y la fórmula, porque toda expresión, toda concepción individual, es una prisión del pensamiento del pueblo.

Interrogar al pueblo representa, para nosotros, toda la filosofía, toda la política.»

La superación del proletariado.

Hay que llegar a la Superación del proletariado militante, mediante la superación individual de su propia conciencia, realizada de un modo automático, pero eficaz. La educación del neo-marxismo está en orientar a los Sindicatos y a los sindicados en este nuevo margen de elevación del nivel medio intelectual. Marx no tuvo en cuenta al obrero individualmente en su estudio. El neo-marxismo reivindica al trabajador. Hay que repetirles a los hombres, frente a las frases hipócritas de resignación y modestia de la religión, las frases veraces y llenas de exaltación, que no es orgullo de la ciencia, y decirles con Maeterlinch:

«Ya no creemos que el mundo sea la pupila de un dios único y atento a nuestros más mínimos pensamientos; sabemos que obedece a fuerzas todopoderosas y a leyes y deberes que nos conviene penetrar. Cuando nuestra actitud cambió frente al misterio, las fuerzas cambiaron también. La audacia ha sustituido al miedo. Nada de arrodillarse como el esclavo ante su señor. Mirad al Creador como a un igual, ya que lo lleváis en el fondo del espíritu como el equivalente de los más profundos y formidables misterios.»

No más humillaciones. ¡Rebeldía!...

La lucha contra los prejuicios burgueses.

La obligación de los socialistas revolucionarios que comprenden cuál es el papel que les corresponde en la lucha sostenida hace largo tiempo por los Sindicatos de obreros en contra de los prejuicios que sobre ellos obran, es, como reconoce Lafargue, la de:

...«empezar la lucha sostenida en un tiempo por los filósofos y los satíricos de la burguesía, dar el asalto a la moral y a las teorías sociales del capitalismo y extirpar de la mente de la clase explotada los prejuicios impuestos por la clase dominante, y proclamando a la faz de todos los

hipócritas de la moral, que la tierra dejará de ser el valle de lágrimas para los trabajadores que en la sociedad comunista que fundásemos, las pasiones humanas tendrán un libre juego, desde que, como dice Descartes en «Les passions de l'ame», son buenas por naturaleza; solo hemos de evitar su mal uso y su exceso.»

Hay una norma de moral utilitaria que es, a pesar de ello, la misma que aplicarán los trabajadores guiados por el sentimiento de su propio egoísmo triunfante. Es aquella que exponía San Pablo con la siguiente frase: «OMNIA LICET, SED NON OMNIA DECET» (Todo nos es permitido, pero no todo nos conviene). No olvidemos que la libertad es la mejor cadena.

La injusticia en la distribución de la instrucción.

Cuando De Man habla de que una de las reacciones fundamentales del hombre debe ser, en primer término, la de su dignidad, recordábamos nuestra arraigada idea de que la más dura de las injusticias, con ser de momento la menos sensible, físicamente es la injusticia en la distribución de la cultura. Fue Condorcet el que, al hablar de su plan de educación, decía:

«La educación debe ser gratuita, igual, general, física, intelectual, industrial y política y proceder realmente a la verdadera igualdad.»

Rousseau, en su «Economía política», afirmaba:

«Sobre todo, la educación debe ser pública, igual y común; debe formar hombres y ciudadanos.»

Y Aristóteles había escrito a su vez:

«Desde el momento en que el Estado no tiene más que un objeto, debe dar a todos sus miembros una sola y única educación, y el cuidado de extenderla debe ser no incumbencia particular, sino del mismo Estado.»

Forjar, pues, ciudadanos que puedan decir, parodiando a Terencio: «Homo sum, nihil humanum a me alienum puto» (Hombre soy, nada

humano me es ajeno); he aquí la finalidad de la sociedad socialista del mañana, que tenga en cuenta, ante todo, el derecho igual de todas las inteligencias, y que haga compatibles las cualidades individuales con las condiciones de la sociedad en la cual los nuevos ciudadanos, han de convivir.

Individualismo y socialismo pueden marchar de acuerdo.

La coordinación de esfuerzos; el respeto a la competencia individual, que es la emulación de las cualidades más nobles del individuo, todo ello contribuye a aumentar las posibilidades de una acción conjunta que, como el comunismo libertario, predica lo que los demás partidos no deben negar; permite la acción individual aun en el seno de la colectividad, porque no sin razón dice el Conde de Haussonville, en «Le socialisme d'etat et le socialisme chretien», publicado en la «Revue des Deux Mondes», de 15 de junio de 1890:

«Digamos mal si se quiere del individualismo; pero guardémonos de desanimar al individuo repitiéndole que nada puede por el mismo y para el mismo, porque con ello se correría el peligro de destruir el sentimiento de lo que los ingleses llaman el «self help» (ayúdate, y el cielo te ayudará). La Asociación puede muy bien desempeñar el papel de cielo, pero es preciso que el mismo individuo se ayude. No reduzcamos al individuo a cero, porque dos ceros unidos a nada dan por producto nada.»

Es, además, preciso que el socialismo se concilie con el individualismo y que ambas tesis, en vez de oponerse, puedan constituir un todo armónico como corresponde a la nueva sociedad del porvenir. Y es muy posible que en la orientación futura se tengan en cuenta las indicaciones de Fouquier:

«¿Quién tiene razón y es más favorable al progreso de la Humanidad, el individualismo liberal, o la solidaridad socialista? ¿Quién vale más aun prácticamente considerado, un Moliere, o doscientos buenos maestros? ¿Quién ha prestado mayores servicios, Watt y Fulton, o cien Sociedades de seguros mutuos?»

No es menester decidir el dilema en pro o en contra de cualquiera de los términos que se nos ofrecen. El individualismo puede conciliarse con el socialismo, siempre que se procure no atomizar la personalidad individual, sino exaltarla desarrollando las iniciativas en la colectividad o masa para que los genios hallen, por el contrario, no la aparición hasta aquí restringida a los de determinada clase social, que contaban con medios para destacarse fácilmente, sino a cuantos hasta aquí han estado privados por esta injusticia económica de sobresalir o por la injusticia de la distribución de la cultura — la más grave, a mi entender, de todas las injusticias — de hallar el abono adecuado que fertilice sus hasta entonces agrestes inteligencias y que les permitiera redimirse de su posición de verdadera esclavitud.

El socialismo no niega la competencia ni la emulación individual.

Hay un aspecto de la producción, que los socialistas no rechazan, y es el de la competencia, el de la emulación, que obliga a desarrollar la iniciativa individual, aun estando sometida al empuje de la colectividad, si bien obedeciendo a un interés más abnegado, generoso y altruista que en la sociedad capitalista, en que la competencia tiende a vivir a costa de la destrucción de otros seres más débiles o incapaces de mantener la lucha en el terreno a que la han llevado sus oponentes, sin ir en beneficio y para servir el interés de la mejora de la colectividad, que no será solo individual, sino de todos, por una elevación del tipo de producción. Es, pues, la competencia un medio de conciliar los principios socialistas con lo bueno que se deduce del individualismo, es esa potencia a que aludía Stuart Mili en su «Economía Política», diciendo que es la:

«potencia de la emulación que suscita los más grandes esfuerzos para despertar la admiración y el elogio de los demás, y se muestra por experiencia útil, allí donde los hombres rivalizan públicamente, aun tratándose de cosas frívolas, de las que el público no saca ya utilidad alguna. Una lucha de rivalidades por quién podrá hacer más bien en general, es un género de competencia que no rechazan los socialistas.»

Y es el mismo Stuart Mili el que, al hablar del despliegue de facultades que hoy se hace en provecho personal y que mañana se hará en

beneficio de la colectividad, al hacer ver que en la sociedad de nuestros días hay términos contradictorios y que se excluyen, como el egoísmo personal y el bien general; así como en la nueva sociedad esta contradicción desaparece por la identidad y armonía de los fines, remata su idea diciendo:

«No puede encontrarse terreno más propicio que una Asociación comunista para el desarrollo de esta idea del interés público y el interés particular. Toda la emulación, toda la actividad física e intelectual, que se agotan hoy en la persecución de intereses personales y egoístas, buscarán otro campo de acción, y lo encontrarán en los esfuerzos para el bien general de la colectividad.»

El ciclo vital do la evolución
no se cierra jamás.

Es muy difícil y aun atrevido el pronunciar la palabra nunca, jamás, eternidad, en boca de los hombres, que son seres finitos; ¿porque hay alguna prueba de que el mundo no será finito a su vez? En el presente están, sin embargo, los gérmenes del porvenir, porque el ciclo vital no se ha cerrado desde que los hombres recuerdan su existencia. Desde el «baty-bius», que se considera como la forma primitiva rudimentaria de la materia animada, que es una masa gelatinosa de dimensiones extremadamente variables, que se ha extraído en el Norte del Atlántico en profundidades de cuatro a ocho mil metros (se ha encontrado en las costas de Outbadhe, Norte de Nueva Caledonia), un organismo protoplásmico enteramente análogo al «bathybius», hasta las sucesivas combinaciones de la materia increada, como vegetales, zoofitos, peces, reptiles, pájaros, hasta que la cadena delos seres se amplía y perfecciona; de los líquenes a los helechos, de los prerodáctilos a nuestros murciélagos, de los ictiosauros a nuestros cocodrilos, del mono al hombre. El ciclo vital no se cierra. Y esto mismo sucede en el reino de las ideas, en el terreno de las convicciones, donde unas suceden a las otras, donde se siguen mutuamente obedeciendo a ese hilo de conservación de que habla Marx, y que es el ciclo vital de la especie humana.

El patriotismo es un prejuicio burgués.

El patriotismo es un prejuicio de la burguesía. Y los socialistas, que se han aprovechado de él para sostenerlo y afirmarlo, ensalzando el carácter nacional y privado del movimiento en contra de la actuación internacional y del criterio de Marx de que los proletarios no tenían patria, que lograban como reacción entre ellos, en lugar del deseo de hacerlos ciudadanos de una gran patria libre y, por consiguiente, del mundo, el de darles la patria que no tenían, orientación equivocada de la socialdemocracia, se entregan en manos de la burguesía, ya que hay algo peor que la traición material en un conflicto o en una huelga cualquiera, y es el inducir a los trabajadores a incurrir en un prejuicio, porque el movimiento fracasado por una traición no ocurre más que una vez y para un grupo de hombres, en tanto que el prejuicio imbuido produce sus efectos favorables a la burguesía, siempre que hay ocasión de manifestarse. No en balde dice Bakounine al hablar del patriotismo que:

«El Estado ha sido siempre patrimonio de una clase privilegiada cualquiera: clase sacerdotal, clase nobiliaria, clase burguesa, clase burocrática al fin, puesto que, estando agoladas todas las demás clases, el Estado cae o se eleva; pero es menester absolutamente para la salvación del Estado que haya una clase privilegiada, cualquiera a quien interese su existencia. Y el interés solidario de esta clase privilegiada es, precisamente, lo que se llama PATRIOTISMO.»

Hay que evitar los nuevos yugos.

Los hombres han incurrido hasta aquí en el defecto más lamentable; roto un yugo, al siguiente día, si no al instante, lo han sustituido por otro, al que acogían con el alborozo de una prometida liberación. El socialismo ha pasado y pasa por la explotación del burgués, por la del proletario aburguesado, y para que esto termine, para que después de la lucha no se les vuelva a uncir al mismo yugo, cuando los trabajadores tengan que obtener por la fuerza la conquista de sus derechos, es preciso que sepan lo que quieren, con objeto de que no se dejen engañar; que sepan no deben confiar a nadie el cuidado de guiarles, que sepan por sí destruir aquello que está destinado a desaparecer. Coincidimos con Juan Grave, cuando, al hablar de la sociedad del porvenir, dice:

«Puesto que las revoluciones se hacen a fuerza de ideas, queremos allanar completamente el terreno sobre el que debemos combatir y desobstruir nuestro camino de todos los obstáculos y prejuicios que interrumpen nuestra marcha. Solo cuando el individuo posea una convicción sólidamente razonada, podrá prescindir de guía.»

En torno a esto, nos interesa recordar a todos, en especial al pueblo trabajador, como prueba de que nuestras afirmaciones no son parciales, sino inspiradas en la común experiencia de la historia, la anécdota que en la biografía de López de Ayala por Oteyza se narra sobre la entrada de Alfonso XII en Madrid. Entre la multitud que vitoreaba al soberano de Sagunto — la misma que había destronado a Isabel II —, figuraba un hombre de mediana edad, que daba muestras de gran entusiasmo:

— Mucho gritas — le dijo Alfonso XII, entre asombrado y complacido.

— Esto no es nada — dijo el ciudadano, en comparación con lo que he gritado cuando echamos a la madre de Vuestra Majestad.

La revolución empieza en la conciencia.

Cuando Marx decía que la revolución comenzaba en las conciencias, no percibíamos aun claramente, al releer esta frase, todo el sentido esotérico que encierra, hemos adquirido el hábito, por la educación recibida, de respetar las opiniones que se emiten, de no rechazarlas sistemáticamente, sino de aceptar de todas y cada una de ellas aquello que puede fácilmente adaptarse a la por nosotros defendida, porque no hay idea que sea buena en sí, de un modo absoluto. La bondad de las doctrinas es relativa, y solo una síntesis puede acercarse todo lo que es dable en la Humanidad a la bondad absoluta. Por ello creemos muy digno de aceptar el consejo de Tolstoi cuando, en sus «Nuevas orientaciones», escritas desde Yasnaia Poliana, en septiembre de 1902, decía:

«Ningún cambio en las condiciones exteriores podrá por sí solo mejorar la situación de los hombres. He aquí por qué el cuarto y principal consejo que os doy, trabajadores, es que, en lugar de condenar a los otros

hombres, vuestros opresores, miréis en vosotros mismos y cambiéis vuestra vida interior.»

¿Será necesaria la religión?

La tendencia espiritualista del socialismo, que inició De Man, habla de la necesidad de organización de este en forma de una nueva religión, con reacciones y reflejos de índole espiritual que le hagan convertirse en el sustituto para las clases obreras de la religión perdida. Claro es que a ello podremos contestar con las frases de Goethe: «Quien tiene el arte y ama la ciencia, no necesita la religión. Quien no tiene el arte ni la ciencia, que tenga la religión.» La religión es la propiedad de los incultos; la ciencia, de los cultos y capaces. Lo que Goethe hablaba es una gran realidad; pero la injusticia de la sociedad capitalista está, no en privar al proletario de la religión, lo que, por ende, obligaría al socialismo a devolverle la reparación de una nueva religión el día del triunfo, sino en la privación del arte y la ciencia de que ha hecho víctimas a los trabajadores. En el mundo comunista, lo que hoy es propiedad de unos cuantos (la cultura, los sentimientos estéticos), será propiedad de todos: se destruirá el monopolio de la cultura, que es, de todos los monopolios capitalistas, el más vejatorio e insultante, porque priva al obrero, no solo de su bienestar intelectual, sino de la posibilidad de redimirse de su esclavitud por una superación intelectual. No debemos pensar en sustituir la religión, porque ésta lanza, en todo instante, un grito que es negativo y anulador por la apatía a que conduce en las conciencias humanas. No en balde dice Malato, y coincidimos con él plenamente:

«El cristianismo ha lanzado ya su grito asolador. ¡Resignación! Grito fúnebre que repercutirá en la noche de la Edad Media y humillará a los desheredados hasta que otra voz, la de la conciencia humana, les grite: ¡Revolución! Traicionando la esperanza de las masas oprimidas, se alía con los Césares, perseguidores de la víspera, humillándose ante los bárbaros, los humilladores del mañana.»

La vuelta al marxismo, he aquí el grito revolucionario de la nueva era. En la primera línea del frente, el neo-marxismo sindicalista, amplio y comprensivo, de reciente iniciación, y que da a la doctrina de Marx la

flexibilidad que requería su adaptación a las modernas técnicas revolucionarias, hallando en el Sindicato el arma de sustitución del Estado.

En la segunda línea del frente, el comunismo, apelativo común del frente único; doctrina vieja, anterior a Marx, aunque rejuvenecida por este, que permitirá el triunfo en aquellos países en donde la acción revolucionaria permanente haya dado el éxito a la causa del proletariado sin que los Sindicatos y las Cooperativas estén creados o en vías de funcionamiento que les permita recoger las instituciones capitalistas vencidas.

El Neo-Marxismo

El neo-marxismo sindicalista.

Hay un gran mérito, que aun los teorizantes burgueses reconocen a los sindicalistas teóricos, y es el de arrojar más luz que ninguna otra doctrina socialista sobre los males o perjuicios de nuestra cultura. El antiguo marxismo tiene sus pupilas fatigadas para poder discernir; el sindicalismo o neo-marxismo percibe problemas hondos y latentes, como el de las flaquezas de la democracia, los peligros de la demagogia, los fracasos de la burocracia que rige nuestra vida y el menosprecio de la dignidad humana que supone nuestro sistema de trabajo. Pero el neo-marxismo reconoce algo que escapó a la percepción del marxismo, encastillado en el dogma de la solución única o reemplazo de la forma de producción capitalista por la socialista, y es que, aun en este caso, ninguno de estos males podría suprimirse aunque se entregasen por largo tiempo a la comunidad los medios de producción. Los Sindicatos, convertidos en los instrumentos de esa comunidad, como gerentes o administradores de los intereses de la misma en sustitución del Estado patrono, que sustituiría a las Empresas privadas, he aquí el arma de que habla el neo-marxismo sindicalista, ofreciendo nuevas y magníficas posibilidades.

El neo-marxismo es espiritualista.

Sabido es que el revisionismo del marxismo pretende orientar a este por el cauce del espiritualismo. Pues bien; el neo-marxismo sindicalista es el primero en identificarse con esta corriente espiritualista, aceptándola y adaptándose a ella. No en balde dice Sombart que es, en verdad, uno de los rasgos más simpáticos de los sindicalistas el dirigirse siempre a levantar el ánimo de la Humanidad, y también acusan su fino instinto psicológico al presentir la quiebra que la Humanidad experimenta cuando desaparecen dos de los móviles directos de ella: Dios y Patria.

De lo contrario, el neo-marxismo incurriría en los vicios materialistas del socialismo, que no se ha preocupado de elevar el nivel cultural de sus masas, abandonando a éstas a su buena intención que, si en

algunos casos se superaba a sí misma y daba ejemplos de verdadera abnegación, va individual, ya colectiva, en otros, y como en los casos de conflictos internacionales o aun industriales, solo sabía aplicar aquel proverbio: «¿Quién tiene que trabajar? Tú y yo. ¿Quién debe comer? Yo y tú.»

El imperativo categórico del neo-marxismo.

La máxima que Kant hubo de exponer en La «Grundlegung auf Metaphysik der Sitten», publicada en 1870, págs. 20, 44 y 53, aunque fue escrita en 1865 y que ha despertado buen número de admiraciones, a pesar de su falta de sentido práctico, adquiere ahora como imperativo categórico un valor insospechado para la nueva orientación del socialismo neo-marxista que no puede limitarse a servir los intereses de un grupo de hombres, de los «leaders» que lo imponían a su vez a la colectividad, sino a reflejar el sentido de este, impuesto esta vez a los dirigentes, que habrán de pensar como Kant para dirigir su conducta futura: «Sigue en tus acciones aquella máxima que deseas ver extendida a ley general.»

El sindicalismo, ¿aventaja en soluciones al socialismo?

Los sindicalistas, que aseguran la preponderancia o hegemonía de los Sindicatos en la función económica directiva de la sociedad, tienen evidentemente más razón que los socialistas, que limitan el poder directivo del régimen económico al Estado mediante la entrega a este por la nacionalización de las industrias o empresas de que se trate, al proponer que sean los propios Sindicatos los que se encarguen de la administración de las fábricas, industrias, campos, etcétera, con una competencia que no podría reunir el Estado, que al necesitar de la presencia de técnicos, directores, etc., volvería a formar una burocracia que inutilizaría los anhelos redentores de las masas trabajadoras.

El mito del Estado tiene un influjo tan grande y poderoso que, aun convencidos de su fracaso, se cree en sus posibilidades con idéntica fe. No

en balde dice Herbert Spencer en su obra «Demasiadas leyes», que:

«Cada día tiene lugar un fracaso del Estado, y cada día renace la ilusión de que basta un acto del Parlamento y un estado mayor de empleados para obtener un resultado que se ansia.»

Pierre Besnard, el «leader» del sindicalismo, opina, con evidente acierto a nuestro juicio, que:

«Los Sindicatos deben formar sus cuadros, procediendo con tiempo a la racionalización de sus movimientos; poseyendo, desde el período prerrevolucionario sobre el plan defensivo e investigativo, los rodajes de ser capaces al día siguiente de la revolución de tomar en sus manos la organización de la producción.»

Un Comité de taller, que sustituya al director especializado; un Consejo de fábrica, que cumpla igual función supletoria respecto del Consejo de Administración patronal; el Sindicato obrero de industria, sustituyendo al Sindicato patronal; las Uniones locales y regionales o aun nacionales del patrón (Cámaras de Comercio, Industria, Agricultura, etc.), sustituidas por las Confederaciones o Uniones obreras locales, regionales, nacionales e internacionales; en suma, todo un nuevo cuadro de organización en que los Sindicatos no se limiten únicamente a cumplir una misión de resistencia frente a la clase patronal, sino de preparación económica previa para dirigir y orientar la nave de la producción.

La ventaja de la relación internacional directa haría que, sin temor al «dumping» producido por el exceso de producción de algunas naciones para quitar mercados a otras, impidiendo de este modo la ventaja ajena aun a costa de la desventaja propia, fuera la Federación Internacional de Trabajadores la que declarara cuál era el ritmo que debería llevar la producción en el régimen económico nuevo, en que no cabría pensar en una elevación aduanera de tarifas como germen de una guerra intestina futura.

Haría falta la creación de un Consejo Económico nacional, formado por representantes de todas las Federaciones de industria, para reglamentar dentro de la misma nación la producción de cada fuente de riqueza y el ritmo que deberá alcanzar. Pierre Besnard propone que este Consejo Económico, en calidad de técnico, reúna en sí la misión de cambio y distribución, estudiando la capacidad de producción industrial de un país; el

estado general de sus recursos; la necesidad de importaciones y exportaciones, obteniendo de este modo los datos requeridos que le permitan indicar a las regiones la cifra de la producción que deberán alcanzar.

El Consejo tendrá a su cargo la producción y el comercio internacional, y será dependiente de la Confederación de Sindicatos.

Idéntica relación tendrá el Consejo de fábrica, formado por dos secciones, la técnica y la social, con el fin de distribuir el trabajo, asegurar su producción, proveer de materias primas, almacenar y transportar los productos, de acuerdo con las instrucciones de los organismos superiores, en tanto la parte social se ocupará de organizar el trabajo en las mejores condiciones de su higiene, duración, ventajas o inconvenientes de un tipo nuevo de maquinaria, progresos de la técnica, *etc*.

En suma, será menester racionalizar, pero en una racionalización proletaria que aumente la posibilidades mecánicas del rendimiento, pero disminuyendo el esfuerzo del hombre para provecho del productor y consumidor.

Los Consejos decidirán ahora sobre el establecimiento de fábricas, cuidando de que se establezcan junto a las sitios de producción de materias primas para evitar los transportes inútiles; los Sindicatos de industria coordinarán los esfuerzos de las fábricas de la localidad, aprovisionándolas de materias primas y poniendo a disposición de la Unión local de todos los diferentes Sindicatos de industria la producción para que sea repartida o cambiada; los puertos se especializarán según el tráfico para facilitar la labor de los propios Sindicatos, convertidos ahora en elementos distribuidores.

En resumen; la organización tipo y clave del nuevo régimen, que permitirá a los obreros recoger en sus manos, sin intervenciones extrañas, toda la producción nacional, son, en concepto de Pierre Besnard;

«Organismos completos de la producción, cuya esfera de actividad determinará la extensión de la Conmune como organismo político, y tendrán por misión, de acuerdo con las oficinas locales de distribución, dirigir toda la producción de la localidad y hacerla ejecutar según el programa establecido por el Consejo Económico de Trabajo y siguiendo las

instrucciones dadas por los diversos organismos o rodajes locales y regionales.»

Exponer todo el simple pero detenido rodaje de la nueva organización desde el punto de vista sindicalista, no es materia de este libro.

Baste saber que, coordinada de este modo la actividad de los Sindicatos, constituyendo las Federaciones regionales, organismos económicos completos que sobre el tipo de las Uniones locales alcanzaran una zona más amplia hasta depender todo del Consejo Económico de Trabajo:

«por un federalismo económico simple; por una utilización lógica de los rodajes, por una ligazón constante y una coordinación completa de todos los elementos existentes en estado orgánico desde ahora, la producción y la vida económica de la revolución pueden asegurarse normalmente.»

Hace falta, sí, una preparación enérgica de las colectividades obreras para que los Sindicatos sean el arma con que se cuente para realizar la transformación anhelada.

En este sentido, la práctica misma enseñará que no es tan útil la explosión constante de un estado de protesta como la preparación sorda y callada para el día en que ese estado de protesta acabe por el ímpetu revolucionario.

La solución de los anarco-sindicalistas es la patrocinada hoy por el sector que lleva el nombre de comunista libertario. El comunismo libertario es, y en esto pretendemos hacer hincapié, no un régimen anárquico, sino un tránsito hacia la anarquía; no la ausencia absoluta de toda autoridad y de toda coacción, sino upa ruta que, permitiendo a los hombres acabar con el sentimiento y el afán de venganza a que ha conducido la injusta organización social de la actualidad, faculte a los hombres para el régimen anárquico, sin otro respeto ni otra ley que la meramente individual.

Después de todo, y bien mirado, ti comunismo libertario no se aleja tanto del socialismo como han pretendido hacernos creer algunos de sus detractores. La autoridad que el régimen libertario reconoce, será ejercida por la colectividad, que plebiscitariamente resolverá en todo caso, en mayoría. La fórmula de acción del comunismo libertario se aproxima aún, a

pesar de cuanto han afirmado en contrario, a la propia fórmula del comunismo autoritario. Se dice que, heredera de la fórmula anárquica de la exageración del individualismo, respeto aun si cabe excesivo a la voluntad individual y a su libertad, no podría coaccionar esta voluntad en beneficio del interés de la colectividad.

Y, sin embargo, el nuevo régimen comunista libertario no elige, en efecto, diputados, a los que, una vez elegidos, se les deja en libertad total para obrar como más gusten o se les pone en el dilema de elegir entre saber si son representantes de los electores o de la ideología de un partido, sino que elige personas para dar cumplimiento a los acuerdos de la colectividad; esto es, exclusivamente para mandatarios, y respondiendo en cada momento ante la colectividad de su conducta.

El comunismo libertario reconoce el orden: es un partidismo político, aunque «sin políticos», porque los que ejerzan cargos públicos serán, como las Juntas directivas de las Organizaciones y Sindicatos, meros ejecutores administrativos de los acuerdos plebiscitarios de la mayoría.

Todas las actividades económicas continuarán como hasta aquí, sin otra diferencia que una sustitución de regímenes directivos; tales como las de los Consejos de Administración patronal por los Consejos de fábrica o empresa.

La clase patronal será dignificada en su carácter de proletaria, teniendo, como todos, la obligación de trabajar en su capacidad y consumir según sus necesidades.

Como dice Higinio Voja Ruiz, en sus admirables ensayos publicados en «Estudios» sobre las posibilidades del comunismo libertario; «Hay una notable diferencia entre el comunismo estatal y el libertario. Esta: que el primero conlleva el asalto al Poder por una clase hasta entonces oprimida y explotada, que tiende a reorganizar la sociedad de arriba abajo y en beneficio de esa clase, en tanto que el segundo tiende a organizaría de abajo arriba, respetando la libertad individual y procurando el bienestar de todos los hombres, fundidos en una sola clase, en una gran familia bien avenida.»

En resumen, dice con claro espíritu y acertada visión el joven e inteligente ingeniero Alfonso Martínez Rizo, cuya pequeña y al propio

tiempo grande obra «El comunismo libertario visto por un ingeniero español», hemos leído con mucho gusto:

«Como se ve, los comunistas libertarios no queremos, como los comunistas autoritarios, la dictadura del proletariado, que solamente es un juego de palabras. Como nosotros haremos que todos sean proletarios y no habrá más autoridad que la de la colectividad, estableceremos realmente la dictadura del proletariado, aunque la palabra dictadura sea verdaderamente impropia.»

A mí, sin embargo, me asalta un recelo, que, siguiendo la actitud de franqueza que inspira este libro, no vacilo en exponer aquí:

Es seguro que las masas obreras sindicalistas y sus familias apoyen al nuevo régimen. Será casi seguro que los obreros de buena fe sindicados en la Unión General de Trabajadores, si ésta existe para entonces, a pesar de la oposición de algunos de sus dirigentes, contribuyeran a sostener al régimen. Los partidos comunistas, amigos de la dictadura y de la imposición, harían que solo se pudiera contar con ellos en un momento extremo de difícil trance para el régimen instaurado.

Pero es que, por ventura, nueve o diez millones, contando los niños y mujeres o miembros de todas estas familias, ¿podrían decidir de la suerte de España entregada al nuevo régimen, y no serían, por el contrario, los burgueses, los pequeños propietarios, los plutócratas, los patronos, los accionistas, los que, en buen régimen de mayoría, impusieran sus arbitrarios deseos?

¿No creen los comunistas libertarios, por muy grande que sea el respeto que profesemos a las libertades individuales, que a la reacción hay que vencerla con la fuerza y con la opresión para evitar que dificulte nuestro avance, y que ello nos será perdonado en gracia al principio de que «el mal de uno no importa frente al mal de muchos»?

El hecho que afirman como garantía de que es invariable la afluencia de adeptos a las causas que triunfan, y que al día siguiente de proclamado el comunismo libertario, igual que sucedió con la República, el noventa por ciento de los españoles se proclamarían sindicalistas, puede ser una relativa seguridad.

¿Pero es que es fácil introducir el espíritu sindicalista a todos los hombres y damas del crucifijo, el Corazón de Jesús y la bolsa donde guardan avarientamente sus tesoros?

Si decimos esto, es porque no olvidamos la realidad de las frases de Laski en su «Ensayo sobre Carlos Marx», pág. 36:

«La revolución provoca una contrarrevolución, y todo el proletariado victorioso debe ponerse en guardia por todos los medios contra la reacción. La revolución, en suma, demanda de la clase revolucionaria que ésta la asegure y estabilice por todos los métodos a su alcance.»

He aquí por lo que hace falta que el triunfo del proletariado venga por los medios revolucionarios, ya que la revolución justifica el empleo de las actitudes de fuerza para dominar la reacción. En esto difiere Marx de otros pensadores, pues mientras ellos son partidarios del método pacífico, Marx y los marxistas insisten en el método revolucionario. Aun el propio Laski, que si está disconforme con el marxismo es precisamente por esta exaltación de la violencia, señala en su «Karl Marx. An es ay», pág. 45:

«Aun la idea de Marx de una revolución catastrófica tiene mucho de verdad en sí misma, porque hay un punto en el desenvolvimiento de un sistema social en que los hombres se niegan a aceptar por más tiempo una carga que encuentran excesivamente pesada, y en este momento es cuando surge en ellos imponente y avasalladora la tendencia a destruir.»

Para el hombre generoso que es desprendido; para el burgués que, comprendiendo la injusticia de esta situación, no milita en el sindicalismo por diferencia de educación y de medio; para el joven lleno de entusiasmo y de arrojo, que acepta todo lo nuevo con un gesto optimista y esperanzado, el triunfo de un régimen que los desposea de sus riquezas puede ser solo un episodio al que no tardarán en amoldarse. ¿Pero lo será así para la generación anterior, para sus padres, para sus tíos, incluso para sus propios hermanos, ya uncidos al carro de la rutina por el pesado lastre del hogar?

Hablar de otros inconvenientes de implantación moral del comunismo libertario, inconvenientes en los que no creemos, no nos parece justo, porque no son, ni más ni menos, que los que pueden impedir el triunfo del socialismo o del comunismo dictatorial. La moralidad de su desarrollo depende, desde luego, de la moralidad de quienes lo dirijan. Pero

tenemos una confianza ciega y absoluta en la pureza y dignidad de las masas obreras, aun abandonadas a sí mismas. Y recordamos, sobre todo, el tan calumniado movimiento de la cuenca del Alto Llobregat, movimiento al que se tuvo interés en evitar que llegara a ser conocido y divulgado, y donde mientras imperó no causó ni un muerto y, lo que es mayor prueba, no saqueó, pese a la necesidad reinante, ni una sola de las cajas de los Ayuntamientos entregados a su custodia, ni una sola de las casas de los regalones burgueses que tanto y tan hondamente les habían combatido. El movimiento de la cuenta Llobregat fue un hecho aislado, y, sin embargo, fue de por sí una garantía de orden, de respeto a las personas, de buen gobierno y de generosidad.

El Poder pudo estar en su derecho cortándolo, como estará en un mañana ese mismo movimiento triunfante, de evitar a toda costa una restauración burguesa. Pero aparte de esta ley biológica de los Estados, que impulsa a los unos a atacar y a los Gobiernos a defenderse, reconozcamos la nobleza del ataque y la generosidad de su gran temida actuación.

Hablar del régimen de distribución económica que imperaría en el comunismo libertario, no es tarea de este libro, y remitimos a los autores interesados en ello, y en particular si son proletarios, al interesante cuaderno del ingeniero español. Baste saber que las soluciones que propugna el comunismo libertario de reducción de horas de jornada y empleo de todos los parados forzosos en la actualidad, es la única solución viable al problema, solución que, sin embargo, ofrecerá algunas dificultades para ser aceptadas por los comunistas autoritarios, obligados a hacer del Estado un patrono intransigente, mantenedor de una espesa burocracia que dificultaría los anhelos de las masas trabajadoras y consumiría los capitales necesarios para la producción.

Si esto es o no cierto, lo sabrán los propios comunistas. Nosotros nos limitamos, a fuer de imparciales, a exponer las soluciones de un comunismo libertario que cuenta en alguna parte de su programa con todas nuestras simpatías. Creemos que la Humanidad está preparada para realizar una transformación social de esta índole, porque todos los hechos revolucionarios y los estados de inquietud que los preceden, tal como el que estamos viviendo, responden a un estado de conciencia en evolución.

No en balde dice Ciccotti, en «El ocaso de la esclavitud», que:

«Las transformaciones sociales parecen obra consciente y directa de los hombres y en realidad son solamente un efecto mediato y en parte inconsciente, debiéndose buscar sus orígenes y causas más o menos visibles, en el grado de desarrollo conseguido por los hombres, en la apropiación y utilización de medios con los cuales satisface sus exigencias más inmediatas. De modo que la Historia hace que todo esté sujeto, por necesidad intrínseca, a un continuo cambio, y toda forma social desarrolla y alimenta ella misma el germen de la nueva forma que la sustituirá, llevando, por consiguiente, dentro el principio de su disolución.»

El sindicalismo es una doctrina constructiva.

Muchas veces se ha hecho el reproche a los sindicalistas de que su anhelo destructor les impide la preparación previa de la masa, y en nombre de esta capacitación, se han cantado las excelencias del socialismo. Incapaces los socialistas de probar, más que con muy escasas excepciones, su interés por esta capacitación de las masas obreras, se limitan a afirmar que, en su programa, por imposiciones de doctrina, su anhelo es eminentemente constructivo, en oposición al sindicalista o destructivo, Pues bien, Pelloutier, el «leader» del sindicalismo francés, en 1910 invitaba a todas las personas, anarquistas o no anarquistas, que quisiesen afiliarse al «partido», a proseguir más metódica y obstinadamente que nunca la obra de educación moral, administrativa y técnica, necesaria para hacer viable una sociedad de hombres libres, ya que hay que probar experimentalmente que le es posible una gobernación de sí misma por sí misma y también armarla e instruirla en la necesidad de la revolución contra las sugestiones enervantes del capitalismo. Por ello los sindicalistas hacen de sus Sindicatos no solo el arma de combate, sino el instrumento del porvenir y la organización de periferia a centro de sus Consejas directivos o Comités centrales de la misma, sin la menor transformación que habrán de adoptar el día del triunfo del sistema que propugnan, haciendo con ello una labor más positiva que la de los Sindicatos socialistas, que son simplemente armas de resistencia, aunque casi siempre adulterada, y que para resolver los problemas económicos de la crisis de la sociedad capitalista han de nombrar de su seno Comités o Ponencias que los estudien y que dificultarían la organización

técnica corporativa que habrá de apoderarse de las riendas de la sociedad en un mañana.

El imperativo común de la solidaridad.

Hemos sido, en todo instante, los primeros en recordar la necesidad del cumplimiento del imperativo de la solidaridad o de la unión, y más como necesidad biológica que como hecho social. Lo hacíamos recordando aquellas acertadas frases de Cimbali en «El derecho del más fuerte», pág. 16.3, edición española, donde dice:

«Por próvida disposición de las cosas, la sociedad humana está constituida de tal modo, que los unos tienen necesidad imprescindible de los otros. Para vivir hemos de cambiar nuestros servicios con frecuencia, aunque sea de mala gana, y esto es una prueba más de que el consorcio civilizado es superior a cualquier arbitrio. Pero este cambio de servicios, tan imprescindible como perenne, no está fuera de la ley; antes bien, se halla sometido, como todas las cosas del mundo, a una ley de cuya inflexibilidad nadie puede dudar; aludimos a la ley de reciprocidad, que es la ley moral por excelencia, la ley de la moral social.»

En toda nuestra obra, inspirada precisamente en un sentimiento de síntesis o de concordia, hacemos resallar el carácter imperativo del sentimiento moral de solidaridad. Porque hemos pensado que hay algo que se impone a todas las luchas y discordias posibles e imaginables: es el afán de unión, la necesidad biológica, no simplemente moral ni social de la unión. Sin ella, el ser más adelantado de la tierra sería aún uno de esos grumos que flotan en las aguas y que apenas si se perciben con la ayuda del microscopio. Ni aun existirían las primeras sociedades de células; porque, ¿no son ya éstas un acto de asociación para la lucha? El imperativo de unión es algo biológico en las colectividades humanas, y por ello lo imponemos por encima de todas las luchas, divisiones y partidismos, antes que una reacción de la propia voluntad colectiva. Creemos, con Kropotkine (véase «La moral anarquista», pág. 25, etc.), que:

«Si nos imaginamos ese sentimiento de solidaridad obrando al través de los millones de edades que se han sucedido desde los primeros seres animados que han aparecido sobre el globo; si nos imaginamos cómo

ese sentimiento llegaba a ser costumbre y se transmitía por herencia desde el Organismo microscópico más sencillo hasta sus descendientes, los insectos, los reptiles, los mamíferos y el hombre, y comprenderemos el origen del sentimiento de unión, que es una «necesidad para el animal como el alimento o el órgano destinado a digerirlo.»

Autonomía y solidaridad.

Son muchos los pros y las contras, tanto del sistema autoritario como del libertario; pero hay un hecho irrebatible, y es el de que la autonomía de la libre voluntad es de donde nace la verdadera solidaridad. J.J. Lanesaan, al estudiar en su obra biológica «El transformismo» las leyes de la humana naturaleza, dice a este respecto:

«Yo no insistiré sobre la autonomía real de la que gozan evidentemente cada una de las células de todo organismo pluricelular; ni Laeckel ni nadie ha negado, en efecto, esta autonomía; pero es importante poner de relieve la naturaleza de los límites entre los cuales se ejerce. Así veremos que esa es mucho más considerable de lo que generalmente se cree, y que si bien es verdad que todas las células dependen unas de otras, no lo es menos también que ninguna manda a las demás, y que los organismos pluricelulares, aun los mejor educados, no son, en manera alguna, comparables a una Monarquía ni a ningún otro Gobierno autoritario y centralizado. Autonomía y solidaridad: estas dos palabras resumen las condiciones de existencia de las células de todo organismo pluricelular; autonomía, solidaridad; tal sería la base de una sociedad que hubiese sido construida sobre el modelo de los seres animados.»

Y no olvidemos que, si queremos dotar una sociedad de vida, hemos de copiar en todo a la Naturaleza, que, después de muchos ensayos infructuosos, ha llegado a crear seres u organismos que sobreviven a las dificultades que en ella misma aparecen. Frente a los obstáculos de la vida social, la configuración de las obras de la Naturaleza nos proporcionará el medio seguro de triunfar.

La única clase social.

Cuando el comunismo libertario habla de la creación de una única clase de proletarios, mejor dicho, de ciudadanos, no del dominio de la clase de proletariado sobre las restantes (comunismo autoritario), y se habla de esto como una utopía irrealizable, hemos recordado muchas veces que la causa de la desigualdad es aquella de que Rousseau hablaba al decir que es la realización en la sociedad de una triple atracción: «Capital, trabajo, ingenio», y que por ello el dogma fundamental del socialismo igualitario, que preconizaba Proudhon, y que es, por ende, el comunismo libertario de nuestros días, es aquel que define en su «Psicología de las revoluciones»:

«Hay que resolver la fórmula aristocrática de CANTAL, TRABAJO E INGENIO en esta más sencilla de TRABAJO; en hacer, por consecuencia, que todos sean en el mismo tiempo, con el mismo título y en el mismo grado, capitalista, obrero, y sabio o artista.»

El precedente directo del comunismo libertario.

La sociedad comunista libertaria, de que nos habla Pierre Besnard, y cuya organización define y comenta, tiene un precedente en aquel entusiasta ideólogo que fue Gustavo Hervé, al estudiar lo que habría de ser la Humanidad futura. En el libro de igual título, de sabrosísimos diálogos entre un aldeano y un socialista, se pinta lo que habrá de ser el régimen socialista del mañana, que no se aleja, en modo alguno, del régimen comunista libertario que definen Besnard y Pelloutier. Recuerdo que Cordero escribió en «El Socialista» un artículo preguntándose qué era el comunismo libertario. Las frases de Hervé le dan adecuada respuesta. El comunismo libertario es la organización socialista del mañana, en la que coincidirán por igual socialistas utopistas que marxistas, al ofrecerla como objetivo directo de actuación.

Dice así:

«En un régimen colectivista no habrá Gobierno propiamente dicho. La sociedad será como una vasta asociación cooperativa, teniendo al frente un Consejo administrativo nacional para los asuntos nacionales — que también entonces podrá darse el nombre de naciones a las grandes agrupaciones humanas —, Consejos de administración comunal para los

asuntos locales, Consejos de administración particular para cada taller, explotación agrícola, almacén público, *etc.* En cada taller, en cada explotación agrícola, en cada almacén público, los trabajadores serán asociados en Sindicatos, que nombrarán el Consejo de administración, fijarán por sí mismos el reglamento de taller, de igual suerte que lo hacen hoy los obreros de una Cooperativa de producción. En cada Consejo de administración comunal, todas las Corporaciones o todos los Sindicatos estarán representados. El Consejo de administración se ocupará de la luz, del agua, de las vías lóales de la comunicación, del servicio local de transportes, de las casas con habitación, que serán todas de propiedad comunal, y que los Municipios cuidarán de mantener confortables y en condiciones higiénicas. A la cabeza de la agrupación nacional, el Consejo de administración será como una especie de Parlamento del Trabajo, donde todos los oficios enviarán sus delegados.»

Sin apasionamiento de ningún género, este precedente del comunismo libertario, al que apenas han necesitado retocar sus continuadores en la actualidad, con los medios que hoy puede proporcionar la creciente capacitación de los Sindicatos, ofrece, sin duda, ventajas superiores a dejar subsistente todo el organismo burocrático del Estado, causante de todas las lamentables desviaciones políticas y económicas de la actualidad, y que impregnarla de ellas al nuevo régimen, pese a la voluntad más decidida en contrario.

La negación del Estado.

Es cierto que la negación del Estado es un precepto anarquista, aunque no es menos cierto que el marxismo mismo, por boca de su fundador, niega al Estado, con frases aún más violentas y conceptos, si cabe, más enérgicos. No es extraño que podamos afirmar aquí que Marx no hubiera vacilado en suscribir con su firma la tesis anarquista que Stirner reproduce en «El Único», pág. 116, diciendo:

«El proletariado no tiene nada que perder, y, por tanto, no le hace falta la protección del Estado. Antes al contrario, solo puede sacar ventajas si el Estado revoca la protección a sus predilectos. Por esto el no habiente debe considerar al Estado como una potencia protectora de las clases

acomodadas, a quienes concede privilegios para arruinarle a él. El Estado es un estado burgués, es el «status» de la burguesía. No protege al hombre en razón de su trabajo, sino de su devoción o lealtad, o sea según goce y ejerza sus derechos conferidos por el Estado. Todo lo poseído por los individuos pertenece al Estado; los obreros van a caer siempre en manos de los capitalistas. Acabemos con el Estado, que es el arma más temible de explotación con que cuenta la burguesía.»

Rusia, sindicalista.

Son muchos los que, en nombre de los principios comunistas y de La fidelidad a su doctrina, enuncian el precepto de que el comunismo es opuesto al sindicalismo. Por el contrario, Rusia es sindicalista en esencia, como lo prueba Acevedo en sus «Impresiones de un viaje a Rusia», al decir, por ejemplo, que en aquel imperio soviético los seguros sociales los administra un Comité especial con la colaboración de los Sindicatos, los cuales, al revés de lo que erróneamente han propalado muchos, desempeñan en aquel país funciones importantes, entre otras, la organización de la producción.

Ello comprueba que si Rusia hubiera podido contar entre los campesinos con los mismos Sindicatos y Cooperativas o «Kartels», que tenía ya o que pudo formar con relativa rapidez entre los obreros de la industria o de la ciudad, su triunfo en la cuestión agraria, la más debatida, hubiera sido más fácil y rápido, y no hubiera tropezado con tantas dificultades. Anotemos, pues, un hecho. Rusia soviética, bolchevique, es también, y ante todo, sindicalista, porque el Sindicato es, y por ello no podremos renunciar a él en ningún instante, no solo un arma de combate contra la burguesía, sino el instrumento o la herramienta de la construcción del nuevo régimen social.

La acción cooperativa previa en contra de la propiedad privada.

Frente a los socialistas, que han negado lo que Marx tenía el máximo interés en defender, la abolición de la propiedad privada del suelo

como una base intransferible de su programa; frente a los que afirman, como Kautsky, que el hacerlo y no respetar esta propiedad privada va en contra de los intereses de los campesinos mismos y del propio proletariado triunfante, queremos recordarles que, impuesto el sistema detractor mecánico, como lo estará de un modo general y absoluto dentro de unos años, el día de la estabilización y triunfo de la sociedad comunista, y teniendo que encargarse el Municipio de hacer por sí la labranza de la región, excluyendo de ella al campesino, ya que los campesinos, careciendo de yunta o de arados propios, tendrían que recurrir, como lo hacen hoy, al vecino que les presta un arado de vapor, o al Ayuntamiento, o al Estado, que suministrara medios individuales (gasto terrible e inútil), cada vuelta en el reducido espacio de terreno de la pequeña propiedad significaría para el tractor una pérdida de tiempo y de fuerza, los simples linderos serían una pérdida de tierra y la semilla que sobre ellos cayese, inutilizada. Y solo entonces se producirá lo que ya anunció Hofer antes de la guerra, en 30 de enero de 1914, dirigiéndose a la Cámara prusiana de los diputados:

«Cuando entren en actividad los tractores, verán pronto los campesinos que sus tierras y las lindes que las separan se han quedado demasiado pequeñas, tropezarán en todos los rincones y por este camino se conseguirá que se fusionen sus fincas.»

Próximo el triunfo del ideario comunista, e incapacitados en el Breve intervalo de educar intensivamente para su misión a los trabajadores, arrancándoles los prejuicios burgueses que llevan en su conciencia, en particular este de la propiedad privada, la solución no está en retirar concepto tan substancial como el de su abolición del programa de combate para atraer hipócritamente las masas, sino en llegar a la convicción de éstas antes, ya que no por la imposición directa y dictatorial de un decreto que realice la expropiación y la colectivización, evitando los perjuicios del reparto con la atención vigilante del Estado y demostrando palpablemente a los obreros (ejemplo ruso) las ventajas de las explotaciones colectivas («artels» por ejemplo) a las que ha hecho triunfar el comunismo por propia voluntad en el campo ruso. Ello proporcionarla aún un nuevo argumento, que nos interesa destacar. El comunismo autoritario podrá imponer los hechos por decreto, pero tendrá que luchar para ello con innúmeras dificultades y estará a punto de ser vencido, si coincide esta lucha contra una contra-reacción burguesa poderosa. El comunismo libertario deja a los

campesinos, como a los obreros en general, en libertad de caminar por libre reacción de su conciencia y de su voluntad. La coordinación de los dos regímenes no serla muy difícil de lograr, si los encargados de realizarla estuvieran inspirados de la máxima buena fe y por el común deseo de buscar la fórmula que mejor y más eficazmente defendiera los intereses de la clase trabajadora.

La ayuda social no necesita de la presión de la autoridad.

En contra de los principios libertarios, se ha dicho que el hombre no suele prestar la ayuda a la colectividad, y, por ende, a sus compañeros, más que obligado por la consiguiente presión de una imposición legislativa. Pues bien, esto se ha derivado de un confusionismo, ya que, mientras unos han creído que el hombre era un ser perfecto, capaz de todos los sacrificios, otros lo han pintado como un animal feroz, al que es preciso dominar con el terror. Y el hombre no es esto. Juan Grave tiene razón al decir:

«El hombre es un animal perfectible, que tiene defectos, pero también cualidades; organizad un estado social que le permita el uso de estas cualidades, modere sus defectos o haga que su ejecución acarree su profundo castigo. Procurad, sobre todo, que este estado social no tolere instituciones donde estos defectos puedan encontrar armas para oprimir a los demás, y veréis a los hombres cómo sabrán ayudarse mutuamente sin fuerza coercitiva.»

En suma; no es el malo el hombre, son malas las instituciones, que lo hacen comportarse como tigre, como bestia salvaje ante el hambre y la desesperación a que se ve arrojado. Cambiemos esto, y la ayuda social se impondrá.

La lucha contra las organizaciones socialistas es condición preliminar del neo-marxismo.

La lucha no se dirige, en modo alguno, contra la masa, sino contra los dirigentes de ella, no para destruir las organizaciones socialistas, sino para hacer ver a los proletarios que en ellas militan dónde está el verdadero

camino y sustituir los organismos ya caducados por otros jóvenes y llenos de excepcional vigor. Y no es extraño que Lenin anuncie: «La lucha contra el centro socialista es la condición preliminar y necesaria para una lucha victoriosa contra el imperialismo.» Porque más peligroso que el imperialismo fascista, del cual los obreros desconfían por espíritu de conservación, es el socialismo oportunista que, unas veces de buena fe y otras conociendo las habilidades que emplea, atrae a los obreros con promesas engañosas de redención y emancipación social, organiza sus masas y las encauza en el sentido de la disciplina borreguil, y, una vez dominadas y sojuzgadas a su antojo, las lanza, como el rebaño a que en otro lugar hacemos referencia, una tras otra, las 149 cabezas a lo más hondo del precipicio mortífero. Los comunistas de la 111 Internacional, que es internacional política y no sindical, representan hoy el porvenir de actuación inmediata del proletariado, porque Lenin definía con acierto el carácter de la nueva organización diciendo:

«Si la Primera Internacional preveyó el progreso futuro y trazó la vía de este progreso, y la II Internacional encauzó los esfuerzos de millones de proletarios y organizó a éstos, la III Internacional es el movimiento de la intervención abierta de las masas, de la acción, en suma.»

La Primera Internacional murió con la guerra de 1870, ruando el primer conflicto internacional dio un golpe al edificio marxista del mundo, mostrando que detrás del programa revolucionario socialista las masas no tenían aún el empuje y el vigor requerido y que Marx había anunciado como amenaza indudable para los Gobiernos burgueses.

La II Internacional, o Internacional de Ámsterdam, murió virtualmente en 1914, cuando se comprobó que, próxima otra gran guerra, los obreros que militaban en ella apoyaban a los partidarios de clase eminentemente nacionalistas y se transformaban en órganos del Estado burgués.

La Internacional Socialista obrera, resentida ya del golpe de entonces, y a la que se han asestado heridas todas ellas mortales de necesidad con el creciente intervencionismo gubernamental de los partidos socialistas que siguió a la Gran Guerra, ha muerto en 1932 con la actuación del partido socialista español (único que quedaba en el concierto

internacional con limpia historia revolucionaria) y con su retirada y traición a los intereses de la paz.

Cerrado queda el nicho, ocupados ya los tres cuerpos de la sepultura. En la lápida conmemorativa que lo recuerde a las generaciones venideras, pongamos un piadoso R. I. P. Pero como el imperativo de la Humanidad es el de no detenerse jamás, el rendir culto diario y constante a la vida, que es lucha y es actividad, arrumbémosles entre los escombros de nuestros recuerdos y continuemos avanzando. Destruidos los organismos que un día inspiraron la máxima confianza a los proletarios de buena fe, el camino de la III y IV Internacional está expedito para las masas de trabajadores, que se hallan hoy sin guía ni dirección, perdidas en la inmensa planicie del mundo asolada por la plaga destructora del imperialismo.

En suma; el ideal del Partido Socialista Obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes.»

PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

Fuera de este objeto y de lo que con él tenga relación directa, la Unión no defienda principios económicos determinados; no pertenece a ningún partido político, no profesa ninguna religión y no reconoce distinciones de raza o nacionalidad. Sus miembros son libres personalmente de defender y propagar las opiniones que juzguen inris acertadas, independientemente de la organización.»

PROGRAMA DE LA UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DE ESPAÑA

El alhiguí de las soluciones reformistas

Aclaración.

He procurado eludir cuanto pudiera parecer, no ya ataque, sino simple censura personal. Creo que lo que importa es hacer valer las ideas que se sustentan y defenderlas o atacar las del adversario.

Sin embargo, hago esta aclaración, porque desearía ser correspondida en todo caso en la misma forma. Y, lamentablemente, tengo la dolorosa experiencia de la táctica de algunos socialistas, que, en las Juntas o Asambleas, en el periódico o con la palabra, limitan su ataque al juicio personal que les merezcan los actos de la vida privada del individuo.

Y lo exijo, precisamente porque no tengo nada de qué avergonzarme. Puedo responder de un modo categórico y rotundo a los que preguntan de qué vivo: Ni tengo ningún puesto oficial; ni ningún «enchufe»; ni ningún «cargo retribuido»; ni vivo a costa de fondos de origen inconfesable. Vivo del fruto del trabajo de mis abuelos y de mi trabajo personal, el libro, artículos y conferencias.

No estoy en las covachuelas de ningún Ministerio, y, sobre todo, NO ESTOY DESPECHADA por no haber obtenido un cargo político o administrativo.

Mi edad — diez y siete años — me ofrece siquiera esa garantía frente a las malintencionadas sospechas de los que atribuyan a envidia lo que es solo noble y generosa actitud.

Mi título de abogado me capacita para defenderme imparcial y hábilmente de todos los ataques y a mantener la discusión y aun la polémica en el severo terreno doctrinal, y no estoy dispuesta a tolerar que se siga la táctica tradicional de discusiones, de estimar lo dicho en el libro como una calumnia o injuria personal, ya que a nadie y a todos aludimos.

Mi conocimiento de casi cuatro años de las intimidades de la Casa del Pueblo madrileña; del movimiento sindical español, que he conocido en mis viajes de propaganda, y de los hombres puestos al frente de ese

movimiento, así como de los resultados de la táctica observada, me permiten hoy deducir consecuencias de interés.

Mi gran simpatía por el régimen ruso, no me priva, como verá el lector, de juzgar las ventajas parciales de un comunismo libertario en frente del régimen autoritario o dictatorial.

Me muevo, por mi posición social, en un medio burgués, y en relación preferente, con los sectores republicanos. Y, precisamente por eso, porque tengo en ello buenos y queridos amigos a quienes apreciamos de veras, no es mi postura de ala derecha o reformista dentro del socialismo. Precisamente por conocer la reacción del burgués — monárquico o republicano — frente a las reivindicaciones sociales, sé que hay intereses de clase tan opuestos, que jamás habrá entre «líos más que una línea de concordia circunstancial.

El hecho de tener buenos amigos en los campos tachados de extremistas; la cualidad de haber asistido a sus conferencias, amparada en el escudo de la tolerancia — que obliga a callar ante la opinión ajena siempre y cuando se mantiene de buena fe —, me ha permitido conocer, aunque no tratar íntimamente, a los hombres más destacados de unos y otros grupos proletarios.

Este libro es fruto de una honda meditación; después de largos estudios doctrinales y de sagaces observaciones prácticas.

He oído y leído la historia del movimiento sindical español. Y en todos los historiadores — por escrito o de palabra — he hallado la parcialidad de un prejuicio: el de juzgar una táctica previa como la única aceptable, que les obligaba a ver los hechos desde un prisma completamente adverso.

Tengo la ventaja de la imparcialidad. Defiendo al obrero sin investigar su procedencia ni su filiación. No creo que el intervencionismo sea la única táctica útil, ni que la Huelga o la acción directa lo sean en su caso. Pero no creo que, en beneficio de una táctica cualquiera, hay que eliminar a las restantes. Ningún obrero, en la situación en que se halla de explotación y sumisión, puede renunciar a ninguna de las armas que se le ofrezcan y empeñarse en batirse con su adversario con aquella que, debido al uso constante, es el enemigo ya el más hábil en conocer.

No hay nada que pueda predeterminarse en la historia. Y cuando, al iniciar su vida sindical la Unión General de Trabajadores, nada decía sobre táctica única, y se limita a aconsejar cautela, diciendo que una huelga mal planteada sería un fracaso más duro para la clase trabajadora que una cesión a tiempo, se limitaba a aconsejar estrategia militar, que puede hacer tan útil una retirada Honrosa como una victoria decisiva.

Me atengo, pues, al programa previo de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, y creo que hemos de retornar a él para empezar nuestra obra, aprovechando las enseñanzas del pasado, pero para no volver a incurrir en idénticas desviaciones, obra únicamente de los hombres que han dirigido y orientado el movimiento y que, como tales, son falibles en todo instante.

No aspiro a que me sigan en mi actitud, ni a despertar un cisma entre los trabajadores. Ya indico, en otro lugar, que mi misión es de concordia y no de lucha. Aspiro solo a provocar una inquietud, a hacer lo que no han hecho hasta aquí casi todos los directivos de nuestras organizaciones: educar, educar en marxista, poner al alcance de las mentes proletarias los textos y las doctrinas del patriarca del socialismo militante; acercar y no alejar los campos de lucha del proletariado frente a la burguesía.

Sé que cuando se publicó recientemente el último libro de Morón («La ruta del socialismo en España») — que por cierto ha dejado ya, y de ello le felicito, porque ha ganado él y hemos ganado sus lectores en pulcritud, aquel tono injuriante y de cuestión personal que empleaba en sus campañas en el último período de la Dictadura, cuando la aparición del semanario «¡Rebelión!» — se le anunció en «El Socialista» que sería de desear una controversia y que se le contestara pronto y adecuadamente.

Yo no sé lo que Morón pueda pensar sobre su posible contrincante. Pero sé cómo pienso yo. Y sé que se tiene derecho a exigir, en el adversario, paridad de facultades.

Mi libro no es simplemente un libro de criterio personal, que puede ser fácilmente rebatible y aun justificable, ya que criterios habrá siempre tantos y tan dispares como hombres «pensantes» existan; y decimos pensantes, porque es muy diferente la situación del hombre que piensa de la

del hombre que vegeta. Mis estudios en torno al marxismo son muchos y bien realizados. No es esto orgullo, ni apariencia pretenciosa. Mi marxismo no es improvisado, sino muy meditado, y mi socialismo se ha troquelado precisamente en esa convicción y ese estudio.

El proletario es socialista por sentimiento, por explotación y su natural reacción. El intelectual es socialista por convencimiento, por la cultura y su consecuencia biológica. Y este es el proceso que se ha operado en mi conciencia.

Aquel que le molesten los párrafos del libro, que los juzgue errores o equivocaciones doctrinales, deberá, para contestarme, tener por lo menos idéntica preparación e idéntica buena fe.

Decía Morón, en el libro ya citado, que, sin duda por el carácter genuinamente obrerista del Partido Socialista español y su férreo sentido de la disciplina, no ha habido en él mentalidades de profesiones liberales que pudieran opinar en las grandes crisis ideológicas que ha sufrido la Internacional Socialista.

Hoy no puede hacerse ese reproche. Pero hay otro más grave. Los intelectuales que militan en el Partido Socialista no tienen la preparación marxista y de ciencias políticas y económicas que sería de desear.

Morón se vanagloria de que su libro, publicado en tiempos de la Dictadura con el título «El Partido Socialista ante la realidad política», fue quien por vez primera, en el cuerpo rígido del socialismo español, rompió la tradición de las discretas inhibiciones críticas. Su libro fue un alerta, un grito de advertencia en los oídos peligrosamente abstraídos de la masa socialista. Fue lanzado en nombre de las razones políticas del instante, razones siempre atendibles y poderosas, como este nuevo libro que Morón lanzó recientemente a la estampa.

Pero el primer libro que rompe la tradición de las inhibiciones doctrinales y que, en nombre del más puro respeto al programa inicial del socialismo, predica la vuelta al marxismo, desenterrando a este del olvido deliberado en que lo han sumido sus interpretadores — socialdemócratas o social-fascistas —, es el mío.

Y me queda, por lo menos, la grande, la inmensa satisfacción de haberlo escrito con toda sinceridad, diciendo lo que he pensado y sentido en mis cuatro años de socialista militante. Muchas serán las desazones que me causará su publicación.

A Morón se le cayó encima, con la publicación de su primer libro, lo que él llama un chaparrón abrumador. Lo que sobre mí caiga va a ser algo parecido al diluvio universal, catástrofe geológica que modificó en tanto la conformación de nuestra madre Tierra. Pero ninguno de los disgustos, de las inquietudes, de las desazones, podrá amargar ni acibarar del todo la satisfacción que produce el haber tenido el valor, la independencia económica y espiritual necesaria y el desprendimiento de ambiciones que supone el poder decir LA VERDAD.

¿Revolución o reformismo?

He aquí el dilema que principalmente ha escindido el campo del marxismo militante. Los socialistas, un tiempo partidarios de la revolución, se inclinan hoy, sin perjuicio de seguir llamándose — a nuestro modo de ver injustamente — marxistas, al campo del reformismo, de la concordia, del intervencionismo, en los puestos oficiales y en los organismos de control político o administrativo.

Los comunistas y socialistas de izquierda permanecemos unidos al viejo tronco marxista en nuestra ideología revolucionaria.

Sin embargo, la pérdida del empuje revolucionario, de que adolecen los partidos socialistas, se debe a idéntica trayectoria a la seguida por el partido español. En los tiempos en que Pablo Iglesias inició su propaganda, en sus artículos en «El Socialista», discursos, conferencias, informes ante la Comisión de Reformas Sociales, etc., se hablaba de «partido socialista obrero revolucionario». Posteriormente a la huelga de 1917, cuando la reacción se produjo en las masas obreras, el partido abandonó el último de sus apellidos, y ya se habló de él como partido socialista obrero. En la actualidad, instaurada la República, nutrido de vieja savia burguesa, ha sufrido una nueva mutilación, y ya se hace referencia a él únicamente como partido socialista. ¿Una nueva mutilación equivaldría a su destrucción? ¿Le esperará ésta al Partido Socialista español, como a los del resto del mundo?

No lo creemos. Posiblemente cambiarán su nombre y, por ende, su significado. Se denominará «Partido Socialdemócrata», fiel defensor del Poder republicano burgués. Se nutrirá de savia burguesa y de proletarios aburguesados. Será, en suma, la ridícula parodia de aquel viejo partido socialista obrero revolucionario, el de las luchas vibrantes y enérgicas, el de los encendidos apóstrofes rebeldes; el partido de clase a cuya inhumación asistieron quienes presenciaron la toma de posesión del primer cargo intervencionista, por pequeño que fuera, en el seno del Estado burgués.

El marxismo es eminentemente revolucionario. Precisamente porque sabe y cree que las revoluciones no se basan sobre ilusiones, ni se producen porque lo deseen unos cuantos agitadores, sino porque son fundadas en condiciones materiales objetivas, de conflicto entre las fuerzas de producción y las relaciones de esta producción.

Marx reconoce, en «La miseria de la Filosofía», que, para que la clase oprimida se emancipe, es necesario que no coexistan las fuerzas productoras de hoy con las injustas relaciones sociales, porque la organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia y unión de todos los productores contenidos aún en el seno de la vieja sociedad. En el instante en que estas fuerzas productoras sobrepasen los límites de la sociedad, la revolución surge. Marx lo reconoce así en el ensayo «La revolución de 1856 y el proletariado», ensayo incluido, con otros de Engels, en la obra «Carlos Marx como hombre, pensador y revolucionario», y que no es más que el discurso que pronunció el 14 de abril de 1856 en la comida dada por los Cartistas para celebrar el catorce aniversario de la fundación de su órgano central: «The People's Paper»:

«El antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra ¿poca es un hecho palpable, inevitable, y sin posibilidad de ser controvertido.»

Pero nuestra pregunta es la siguiente: Al hablar de revolución, ¿piensan Marx y Engels en una revolución violenta, incluyendo una indispensable revolución política, o se limitan a defender una revolución por los métodos legales y pacíficos del sufragio universal, legislación, etc.?

Afirmemos, para someterlo a prueba en este mismo capítulo, que Marx y Engels son partidarios de la revolución violenta, y en modo alguno

de las soluciones pacíficas, y que los defensores de esta tesis son los revisionistas. Lamentable resulta ver que los partidos socialistas, que se alzaron en masa frente al revisionismo de Bernstein, al lanzar este su obra «Socialismo evolucionista», sean hoy quienes defienden la táctica que antaño combatieron.

En realidad, la lucha de clases es una guerra civil, se recurre a la revolución como la última batalla, que ha de ser decisiva. Así, en el «Manifiesto Comunista» dice:

«Los comunistas se niegan a ocultar sus puntos de vista. Declaran abiertamente que sus fines solo pueden lograrse por la destrucción violenta de todas las Condiciones sociales existentes. Dejemos que las clases directoras teman una revolución comunista. Los proletarios no tienen que perder más que sus cadenas. Por el contrario, tienen que ganar un mundo.»

Y lanza su maldición contra los socialistas y comunistas utópicos que le precedieron, a base de que rechazan toda acción revolucionaria, buscando la consecución de sus propósitos por los medios pacíficos, buscando por la fuerza del ejemplo abrir el camino para el nuevo evangelio social.

En sus artículos publicados en el «Neue Rheinische Zeitung», en los años de 1848-49, Marx defiende toda clase de tendencias revolucionarias contra el orden burgués. Por ejemplo, en el titulado «Los días de junio», escrito el 28 de junio de 1848, afirma que:

«Los choques que surgen espontáneamente de las condiciones de la sociedad burguesa deben agotarse hasta la última gota, pero no pueden conjurarse para evitar su aparición por ningún medio pacífico.»

En otro artículo sobre la caída de Viena, escrito también el 6 de noviembre de 1848, declara:

«Todas las escaramuzas que han tenido lugar en estas fechas desde junio a octubre deberán convencer al pueblo de que hay un solo medio de acortar, simplificar y concentrar las torturadoras agonías dé la sociedad, y este medio único es el TERRORISMO REVOLUCIONARIO.»

En su discurso-apelación a la Liga o Federación de los Comunistas, de marzo de 1850, él dice:

«Las soluciones democráticas no pueden satisfacer nunca al proletariado. Mientras la pequeña burguesía democrática desearía que la revolución terminara tan pronto conquistara algunas de sus peticiones, es nuestro deber el convertir la revolución en permanente, obligándola a continuar hasta que todas las clases poseedoras sean despojadas del Poder; la máquina gubernamental en manos del proletariado, y la organización de las clases proletarias tan avanzada que hubiera hecho desaparecer toda competencia o rivalidad entre los productores; todo ello, hasta que las más importantes fuerzas de producción se concentren en las manos de los proletarios. No tratamos, pues, de REFORMAR LA PROPIEDAD PRIVADA, SINO DE ABOLIRLA; no de acallar el antagonismo de clases, sino de abolirías; no de mejorar la sociedad existente, sino de establecer otra nueva.»

Marx es, por consiguiente, partidario de la revolución permanente hasta conseguir una victoria completa. Esta idea la repite lo mismo en su «Luchas sociales en Francia», presentando el argumento de las ventajas del método revolucionario en todos sus trabajos. En su «Dieciocho Brumario», afirma que la próxima revolución francesa será la destrucción de la maquinaria del Estado. Podía, sin embargo, creerse que esta tesis, tan inquieta y rebelde, fue únicamente defendida por el Marx joven y fogoso. Sin embargo, cuando publicó el primer volumen de «Das Kapital», Marx era ya maduro en edad y en estudios. Y en esta misma obra, afirma que los expropiadores han de ser expropiados cuando suene la hora del fin de la propiedad privada, y más adelante declara que «la fuerza, la violencia, es la comadrona de toda vieja sociedad embarazada de una nueva que pugna por salir a la vida». En su carta a Kugelmann, el 12 de abril de 1871, y en el referido escrito, conjuntamente con Engels en 1872, a la nueva edición alemana del «Manifiesto Comunista», Marx afirma la necesidad ineludible de la destrucción de la maquinaria del Estado. En su discurso ante el Congreso de la Primera Internacional, celebrado en La Haya en 1872, declara que «los trabajadores habrán de recurrir a la violencia si desean que su hegemonía sea estable y duradera». Aún en su «Crítica al Programa del Gotha», ya en 1875, Marx presenta de nuevo sus argumentos a favor del método revolucionario y juzga que las medidas pacíficas, tales como el

Sufragio universal, la legislación directa, etc., son simplemente «un mero eco del partido de la clase media».

Nuevamente, hablando esta vez de la posición de los socialdemócratas de Zurich en 1879, Marx ataca duramente los compromisos contraídos en un sentido reformista y, por ende, desmoralizador, por los socialdemócratas.

Esto nos vale para seguir la trayectoria ideológica de Marx, que prueba que el Marx maduro y aun anciano sigue tan conforme con la postura revolucionaria romo el Marx joven y rebelde.

Engels no es menos revolucionario que Marx. En sus «Principios de Comunismo», respondiendo a los partidarios de los métodos pacíficos, afirma:

«Es de desear que la abolición de la propiedad privada se realice de un modo pacífico, y los comunistas serían los últimos en oponerse a este método. Los comunistas saben, por experiencia, que todas las conspiraciones son no solo útiles, sino aun perjudiciales. Saben también que las revoluciones no se hacen intencionadamente, sino que son en todo caso las consecuencias necesarias de las circunstancias, independientemente de la voluntad y dirección de los partidos individuales y aun de las clases sociales. Pero al propio tiempo, los comunistas ven que el desenvolvimiento del proletariado en todos los países civilizados es evitado por los adversarios de los comunistas, que trabajan con todas sus fuerzas para hacer una revolución violenta. Cuando el proletariado acepte la lucha en el terreno de la revolución violenta, los comunistas defenderán la causa del proletariado, con sus obras tanto como con sus palabras.»

La tesis de Engels es, pues, la siguiente. Sería de desear la aplicación de un método pacífico, pero la revolución es inevitable, porque es natural consecuencia de las circunstancias sociales. Engels permanece toda su vida firme con esta concepción revolucionaria. En su «Über das Autoritalsprinzip», de 1783, Engels define la revolución como «un acto en que parte de la población fuerza su voluntad sobre la otra parte por medio de rifles, bayonetas, cañones y todos los medios autoritarios a su alcance». Esta misma tesis la mantiene en el «Anti Duhring», en su introducción a la «Guerra Civil en Francia» de Marx y en su «Critica al Programa de Erfurt»,

de 1891, en que critica ya la adopción por los socialdemócratas alemanes del método pacífico y legal del «oportunismo».

Fue, pues, Engels quien se adelantó a las críticas que habían de hacerle los comunistas y socialistas de izquierda a los socialdemócratas alemanes, primeros que se iniciaron en la táctica oportunista.

Sin embargo, ha habido elementos, como Bernstein, que han pretendido negar estos hechos. Y así cita el prefacio de Marx y Engels al «Manifiesto Comunista» en 1872, donde mantienen que «la clase trabajadora no puede, de un modo automático, apoderarse de la maquinaria del Estado y dirigirla para cumplir sus propósitos».

En la propia introducción de Engels de 1895 a la obra de Marx, «Lucha de clases en Francia», afirma Bernstein que este renuncia al método revolucionario y aprueba el método legal.

La primera prueba que Bernstein alega es cierta, pero no debe tomarse como una idea antirrevolucionaria, sino de desenvolvimiento gradual en contraste con la posesión repentina del Poder. Prueba de ello, es que Simkhovitch y Spargo, siguiendo a Bernstein y discípulos suyos, da la misma interpretación nuestra a la cita hecha por Bernstein de la obra de Marx.

Pero por lo que hace a la cita de Engels, tal como la publicó el «Vorwaerts», comprobaba, ciertamente, que Engels favorecía el método pacífico. Sin embargo, lo cierto es que esta cita es completamente falsa. No se trata de la introducción verdaderamente original de Engels, sino de una pieza de ella completamente trastrocada. El propio Kautsky ha contado el por qué en un artículo publicado en «Neue Zeit», donde Kautsky cita una carta del propio Engels, de fecha de 1 de abril de 1895, donde dice: «Me he asombrado de ver hoy en el «Vurwaerts» un extracto, reimpreso sin mi conocimiento previo, y además falseado de tal modo, que me hacen aparecer como un admirador de la paz y de la legalidad a cualquier precio.» Posteriormente, Riazanov ha descubierto recientemente el manuscrito original de Engels de esta Introducción, y afirmando que Bernstein fue el autor de esta falsedad. A. Trachtenburg ha hecho ver a su vez este descubrimiento, en una sección de su artículo «El Instituto Marx Engels», titulado también: «Un socialista alemán falsifica a Engels».

Poseemos una copia de esta referencia exacta, pero no juzgamos necesario incluirla aquí, por juzgar bastante lo indicado previamente.

He aquí, pues, la tesitura revolucionaría, en la que estaba conforme el propio Pablo Iglesias cuando decía:

«La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Solo ante la fuerza se someterá, y solo obligada por ella restituirá a los despojados lo que a éstos pertenece por todos conceptos.»

Aprendan los socialdemócratas. En la duda entre reformismo y revolución, Marx, Engels y sus discípulos más cercanos, incluso Pablo Iglesias, se pronuncian decididamente por el fermento revolucionario.

El reformismo de Marx.

Sí. Marx el revolucionario, Marx el rebelde, también es reformista, también es partidario de la evolución. Pero no canten victoria los reformistas de hoy; no crean haber obtenido un triunfo. Veamos si el reformismo de Marx no es, al lado del oportunismo suyo, más que un audaz revolucionarismo.

Marx reconoce que en la lucha por la emancipación del proletariado este deberá actuar de modo muy distinto, teniendo en cuenta el estado de desarrollo político de su propio país. Así lo afirma en la parte quinta del «Manifiesto Comunista». Pero le vale para deducir la consecuencia que más le extrañaría a un socialista de nuestros días, y es la siguiente:

En su crítica del «Programa del Gotha», página 49, dice:

«La República democrática es la forma final de la organización del Estado en la sociedad capitalista, y precisamente en ella es donde la lucha de clases ha de llevarse a su fin.»

El propio Engels, en su «Origen de la familia, de la propiedad y del Estado», pág. 216, dice que:

«La última batalla decisiva entre el proletariado y la burguesía únicamente puede tener lugar bajo esta forma estatal de República democrática.»

Esto comprueba que Marx y Engels tienen muy poco aprecio por la doctrina de la República democrática, por lo que la cita de Engels no significa, en modo alguno, ninguna opinión favorable a la República democrática como punto de apoyo para la táctica revolucionaria. Por consiguiente, es un error de Kautsky el juzgar la misma cita de Engels como una opinión en favor de la República democrática.

Pero este error de Kautsky ha conducido a idéntico error a muchos teorizantes marxistas, en particular a Mautner, quien mantiene la original teoría de que Marx considera la República democrática como la forma más adecuada de la dictadura del proletariado, señalándolo en su obra, pág. 213:

«como la quinta diferencia que distingue a Marx-Engels de Lenin».

Sin duda, Mautner ignora toda la trayectoria ideológica de Marx y Engels sobre la República democrática, salvo la cita ya hecha de Engels, y aun ésta, equivocada en su interpretación, y abandona los capítulos enteros, en que tanto Marx como Engels hacen referencia a la *Commune* de París como la idea de Marx.

Es evidente que Marx no espera que el socialismo se realice por medidas legales, en lugar de por la acción revolucionaria. Solo los pequeños burgueses pueden exigir estas medidas, soñando con ellas en la introducción pacífica del socialismo. «Pero esto — dice Marx en «La lucha de clases en Francia» — es un socialismo doctrinario, opuesto al socialismo revolucionario.»

La táctica marxista renuncia todas las concepciones abstractas y medidas suavizadoras. Cultura, moralidad, civilización y demás frases altisonantes son sin valor en el programa marxista. La cultura no existe, si no es como cultura de clases; la moralidad no tiene valor, si no es una moralidad de clase; la civilización es dañosa, puesto que se funda en la explotación de una clase por otra. La libertad no es más que la libertad de la burguesía. La igualdad es un mito; la libertad continúa siendo, como dice Lenin, exactamente igual a los tiempos de Grecia, esto es, libertad para los dueños de esclavos. Marx renuncia a todas las tácticas auxiliares: a la

filantropía, por fantasiosa; a la ayuda del Estado, por vergonzosa, y a cuantas otras soluciones se ofrezcan, con las frases siguientes del Manifiesto inaugural:

«Ninguna perfección de la maquinaria, ni aplicación de la ciencia a la industria, ni ventajas de los medios de comunicación, ni nuevas colonias, ni emigración, ni apertura de nuevos mercados, ni libertad en el comercio, pueden acabar con la dolorosa explotación de las masas trabajadoras.»

La táctica marxista es, según los fundadores del socialismo científico, la táctica de la revolución. Es, ante todo, hondamente dinámica y no estática. Ha sido Lenin quien ha desenvuelto y extendido la táctica marxista más que ninguno de los discípulos del patriarca. Para resumen de esta táctica véase «Leninismo» por José Stalin, que señala la abolición de tocios los prejuicios burgueses para crear un nuevo mundo sobre netamente reconocidas concepciones de clase.

República burguesa, no.

Al oponernos a la República burguesa y democrática, no lo hacemos solo por imperativo de conciencia, sino porque aspiramos a hacer ver a los proletarios que los partidos genuinamente de clase son opuestos por doctrina al triunfo de esta República o a su estabilización, y si únicamente desean su existencia, es porque es más fácil de ser destruida. Así dice Engels:

«La última batalla, la decisiva entre el proletariado y la burguesía, puede únicamente tener lugar bajo esta forma de gobierno (la República democrática).»

Es, pues, el mismo pensamiento que Lenin hubo de exponer al decir en su obra «El Estado y la revolución», pág. 74, edición inglesa:

«Esta República, en donde aún continúa la dominación del capital y la opresión de las masas como resultado de la lucha de clases, conduce, inevitablemente, a la extensión, intensificación y desenvolvimiento de una lucha que tan pronto como llega la ocasión para satisfacer los intereses de las masas oprimidas se realiza inevitable y únicamente en la forma de dictadura del proletariado o conducción de masas por el proletariado.»

Y así Marx afirma, en su «Alocución a la Liga de los Comunistas», 1850:

«Puede llegarse a una compenetración circunstancial. Pero no olvidemos que la democracia burguesa lleva en sí misma el germen de su disolución, y que su sustitución por la dirección del proletariado será muy facilitada. En resumen; no debemos, de aquí en adelante, dirigir nuestra protesta contra los reaccionarios vencidos, sino contra nuestros aliados, porque ellos intentarán disfrutar de la victoria para satisfacer sus propios fines.»

En resumen, la tesis marxista es la siguiente: El proletariado debe ayudar al triunfo de la democracia, a acabar con cualquier enemigo reaccionario. Una vez triunfante sobre este, acabará con la democracia que ha fundado; en suma, ayudará al triunfo de la República para destruirla.

He aquí una tesis que podrá parecer egoísta, que lo será sin duda, pero que es la única genuinamente marxista frente a la social-reformista, que pretende hacer de la República, la española como la de otra nación cualquiera, la forma ideal de gobierno, sin dejar por ello de proclamarse socialistas o herederos de Marx. O defensores de la República, o enemigos de ella. El dilema de Marx está bien claro. Y en él aparece a su vez claramente expresa la ruta o trayectoria que debe seguir el socialismo.

Pero bien diferente ha sido la iniciada por el socialismo español, que ha adulterado y mixtificado su programa hasta el punto de poder decir en el famoso Manifiesto Socialista dirigido en contra del posible Gobierno Lerroux:

«Las fuerzas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores se levantarían como un solo hombre, y, conscientes de sus deberes y responsabilidades, ellas, que tan respetuosas son con la legalidad y con el régimen democrático debidamente establecido, no repararían en odios, por violentos que ellos fuesen, para oponerse a la violencia y a la osadía de las fuerzas desencadenada de la reacción provocadora.»

La organización socialista, sirviendo de defensa a la República burguesa; he aquí la tesis del Manifiesto y aun la línea directriz del movimiento socialista español que, según frase de uno de sus dirigentes, el señor Carrillo, «estamos haciendo el mayor sacrificio por la República».

Pero hay hechos que no pueden escapar a la comprensión de nadie. La defensa de la República hecha por los proletarios de todos los matices, que no es defensa de esta forma de gobierno, sino ataque a la reacción, que pretendía imponerse de nuevo, se ha confundido con adhesión al Gobierno. Y, sin embargo, se ha podido observar, y de aquí los dos gestos que nos interesa resaltar, la actitud de verdadero sacrificio del sindicalismo, que, perseguido por natural reacción de la burguesía, por el verdadero enemigo, después del movimiento de la cuenca del Llobregat, movimiento ejemplar por la generosidad de su empeño y lo recto de su cumplimiento sin la menor extralimitación, sin derramamiento de sangre siquiera, han sido los primeros en lanzarse a la calle a luchar contra la reacción, y sus armas han sido las primeras que se han puesto en Sevilla en contra de la militarada de Sanjurjo, y en manos de quienes hacía aun horas acababan de regresar de la deportación a que habían sido condenados. Este hecho, que no ha podido desvirtuarse, pese a los intentos de informaciones tendenciosas que pretendían adjudicar a la U. G. T. sevillana — pobre, inexistente U. G. T. — el papel de «leader» en el concierto contra-reaccionario, y que el propio Antonio de la Villa ha reconocido en «La Libertad», así como en las demás informaciones incluso de la Prensa burguesa, es el que revela un verdadero sacrificio, no por la causa de la burguesía, sino por su causa revolucionaria, que les hace luchar sin tregua por el triunfo de ese ideal al que aludía ya como un imposible el propio Carrillo en el «meeting» ya indicado, diciendo que:

«querer una República socialista mañana, era ser ilusos y que no tenían ansias del Poder».

Marx niega el Estado.

¿No parece este enunciado un poco paradójico? ¿Cómo Marx, partidario de la dictadura, que es, en definitiva, la exaltación máxima del Estado, cómo Marx, en sus últimos tiempos defensor del gobierno democrático, que es por eso mismo la forma más indestructible normalmente de todo Estado, puede negar el Estado?

Pues sí, aunque parezca extraño. Marx es tan enemigo del Estado y el poder político como el más extremista de los sindicalistas. El Estado, ya

lo enuncia Marx en su «Guerra civil en Francia», es, simplemente, «UN PARÁSITO QUE IMPIDE EL LIBRE MOVIMIENTO DE LA SOCIEDAD».

Lenin mismo, al criticar el Karl Marx hombre, pensador y revolucionario, reconoce como una tesis genuinamente marxista, la de que, buscando el marxismo la abolición de la propiedad privada y de las clases sociales como única solución al problema de la lucha de clases, esta institución parasitaria que es el Estado está condenada forzosamente a desaparecer. Y así dice: «El socialismo, que termina con las clases, terminará con el Estado.»

Llegamos, pues, a la tesis cumbre del marxismo: la idea de «una sociedad comunista libre, sin gobierno». ¿Se aleja, por ventura, esta tesis de la que hoy mantienen, contra la oposición socialista y aun comunista, los anarco-sindicalistas o comunistas libertarios?

Marx declara así, en su «Miseria de la Filosofía»:

«La clase trabajadora sustituirá, en el curso de su desarrollo, una asociación que excluye las clases y su antagonismo y no habrá necesidad del PODER POLÍTICO, puesto que este poder político, hablando con claridad, no es más que la forma oficial, el del antagonismo en la sociedad injusta actual.»

La misma idea se encuentra en el propio «Manifiesto Comunista», cuando afirma:

«Cuando, con el curso de su desarrollo, hayan desaparecido las distinciones de clases y toda la producción se haya concentrado en las manos de una vasta asociación de la nación en su totalidad, el Poder público perderá su carácter político. El Poder político, así llamado, es meramente el poder organizado de una clase para oprimir a las otras. Si, por medio de una revolución, el proletariado se hace la clase directora, y por serlo barre las viejas condiciones de la producción, al hacer desaparecer estas condiciones, habrá borrado las necesarias para la existencia de los antagonismos de clases y de clases en general, y al hacerlo habrá abolido su propia supremacía como clase, por lo que no necesitará del Estado para abolir a las otras.»

Esta es, y no otra, la tesis del comunismo libertario, cuando afirma que, convertidos todos los ciudadanos en proletarios, no habría necesidad de una imposición dictatorial, puesto que no había más que una única clase: la de trabajadores.

En su crítica del libro de Emile de Girardin, «Le Socialisme et l'Import», Marx habla concretamente de la abolición del Estado. Publicó esta crítica en «Aus dem literarischen Nachlass», vol. III. pág. 442, y dice:

«La abolición del Estado es únicamente lógica con los comunistas como el resultado inevitable de la abolición de las clases; pues únicamente entonces no habrá necesidad de un poder organizado de una clase para someter a la otra.»

Y no es solo Marx. Engels, su compañero y continuador, tal vez más inteligente, en sus juicios, que el propio Marx, completa la idea. Las Reglas de la Liga Comunista del 8 de diciembre de 1847, redactadas por él, incluyen como su propósito: «La abolición del Estado basado sobre los antagonismos de clase.» En su «Zur Wohungsfragen», en 1887, señala que la abolición del Estado va unida a la abolición de las clases. En su «Über das Autoritatsprinzip»

Cómo debe ser un comunista

Hay unas frases que, por lo ciaras, por lo sucintas, por lo concretas, debieran ser impresas y divulgadas constantemente con el catecismo inicial del militante, por todos los que aspiren a llamarse genuinamente comunista. Son las de NADEJKA KRUSPSKAJA, la esposa de Lenin.

Primero, Un comunista es un ser social, con instintos sociales» fuertemente desarrollados, que desea que todo el mundo viva bien y sea feliz. Podrá pertenecer a cualquier clase social, pero es apto para ser un miembro de la clase proletaria, porque tiene abnegación para renunciar a sus necesidades en beneficio de las necesidades comunes.

Secundo. Un comunista debe saber todo lo que sucede en el mundo. Debe conocer el mecanismo del régimen actual. La historia del crecimiento de la sociedad humana, la historia del desenvolvimiento económico, del crecimiento de la propiedad, de la división de clases, del desarrollo de las formas estatales. Debe saber responder con claridad a quienes le pregunten cuál ha sido el desarrollo» hasta nuestros días, de la sociedad humana. El comunismo debe ser para él, no solo un régimen deseable, sino aquel al que marcha indefectiblemente la humanidad, en donde la felicidad de unos no se funda en la esclavitud de otros y donde no habrá otra imposición que la de los instintos sociales desarrollados, Y el comunista, por el hecho de serlo, adquiere el compromiso de limpiar de obstáculos el camino, como se limpia de maleza el bosque para abrir paso a la comitiva con el fin de apresurar la llegada del régimen que anhela.

Tercero. Un comunista debe saber cómo ha de organizar y crear el nuevo estado; supongamos que es un médico. Debe saber su profesión a conciencia, Pero necesitará conocer la historia de la medicina en Rusia y en otros países, la aportación del comunismo al problema de la medicina, que no es otra sino el saber cómo organizar amplias masas de población para crear de entre las filas proletarias una potente organización sanitaria. Debe saber, no solo lo que es el comunismo, sino cuál es el papel que le toca desempeñar en el régimen comunista paro que el concierto de todos sea perfecto.

Cuarto. La vida personal del comunista debe estar sometida y guiada por los intereses del comunismo. No importa cuánto lamente el abandonar las comodidades y los afectos del hogar; ha de abandonarlo todo y ocupar su puesto en el peligro y en la línea que se le indique. No importa cuán difícil sea la tarea que se le encomiende; ha de tener voluntad para resolverla. Debe luchar contra todo y contra todos. Ha de tener abnegación, competencia y voluntad. El verdadero comunista debe dedicarse en cuerpo y alma a los intereses de las masas trabajadoras y nada de lo que a ellas ataña puede dejarle indiferente.

«Neue Zeit» 1913-1914), escrito contra los propios anarquistas de Proudhon o antiautoritarios, y publicado inicialmente en 1874 en una revista socialista diana llamada «La Plebe», declaraba que:

«Todos los socialistas están conformes en afirmar que el listado, y junto con él toda clase de autoridad política, desaparecerán como resultado de la futura revolución socialista.»

Y, en su Carta a Bebel, incluida en el segundo volumen, pág. 332, Berlín, 1922, de la obra del propio Babel, «Aus meinen Leben», Engels mantiene su afirmación de que el Estado cesará de existir cuando jeda propiamente hablarse de libertad.

Y, en su conocida obra «Socialismo utópico y socialismo científico», concreta:

«Cuando, por último, el Estado se haga el verdadero representante de la totalidad de la sociedad, será completamente innecesaria su existencia. Tan pronto como no haya una clase social a la que someter; tan pronto como la regla de clases y la lucha individual por la existencia, fundadas en la anarquía actual de la producción, con todas sus colisiones y excesos resultantes desaparezcan, nada más habrá que reprimir ni evitar, y como el Estado es únicamente una fuerza social represiva, será completamente innecesario.»

En el «Origen de la Familia, del Estado y de la Propiedad», Engels aún añade:

«Estamos aproximándonos a un estado de evolución en la producción, en que la existencia de las clases sociales no solo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un lastre positivo para la producción. De aquí que estas clases deben desaparecer como han desaparecido. EL ESTADO DEBERÁ CAER IRREVOCABLEMENTE CON ELLAS. La sociedad que ha de reorganizar la producción, lo habrá de hacer sobre la base de una asociación libre e igual de todos los productores; transferirá la maquinaria del Estado a que antes pertenecía, a un museo de antigüedades, al lado de la rueda de hilar y del hacha paleolítica.»

En suma, esta idea se repite aun en las últimas obras de Engels, por ejemplo, en su introducción a la obra de Marx, «La guerra civil en Francia». Y aún llega Engels a afirmar, en su Introducción de 1894 a su «Internacionales aus dem Volkstaat», que:

La supresión de todo el Estado y, por consiguiente, de los prejuicios democráticos, para el triunfo de la verdadera libertad del individuo, es el punto final que distingue a los marxistas de otros socialistas.»

De todo esto se deduce que es manifiesto que Marx y Engels incluyen la idea de la abolición del Estado como una parte de su teoría del Estado, hecho que, al llegar al conocimiento de Lenin en su obra «El Estado y la Revolución», le hace afirmar:

«Nosotros no estamos por ello en tan absoluto desacuerdo con los anarquistas en la cuestión de la abolición del Estado como propósito final de nuestra actitud.»

Creemos perjudicial la escisión entre los proletarios. Siempre hemos lamentado que, perseguidos de idéntico modo por los Gobiernos burgueses, se obstinarán los comunistas y los comunistas libertarios en mantenerse en una oposición rotunda y sistemática; los resultados son destructores. Decíamos al empezar este libro que iban a hacer labor de síntesis y señalar los puntos de coincidencia entre las doctrinas proletarias. Recuerden los comunistas las frases de Lenin. Y acérquense poco a poco, con el espíritu abierto y comprensivo, hacia los otros comunistas que, partidarios de una libertad tan extremada, no quieren prescindir de ella ni en el apelativo de «libertarios» con que se califican.

El mito del Estado.

El Estado se ha convertido en fetiche de las organizaciones y partidos burgueses. Los que un tiempo fueron enemigos de la influencia directa de la colectividad y decididos partidarios de la iniciativa privada, los descendientes de los más típicos señores feudales, creen hoy en el Estado. Obligados a ceder en sus prerrogativas, han preferido hacerlo en un organismo amorfo y acéfalo al que le pueden sustituir la cabeza cuantas veces gusten y siempre a su voluntad. Dos de los más importantes sectores

de las masas proletarias, en rigor uno de ellos, el socialista y comunista, han hecho del Estado su divinidad directora. Y ahora, parémonos a examinar qué es el Estado.

Las definiciones de los políticos y economistas burgueses no nos interesan. Son tantas, que aún recordamos que, al estudiar Derecho político en la Universidad madrileña, nos abrumaban con sus detalles prolijos y casi siempre con sus inexactitudes. Lo cierto es que la propiedad privada, al nacer, dio origen al Estado como su guardián defensor, El Estado no es, pues, un poder forzado sobre la sociedad desde el exterior ni la «realización de una idea ética», como Hegel afirma. Es, si acaso, un producto de la sociedad en cierto grado de su evolución. Así, pues, hay un hecho innegable: el Estado surge con los antagonismos de clases. Por esta razón, mientras éstos subsistan será indispensable la presencia del Estado. De acuerdo con Marx, dice Lenin, en «El Estado y la Revolución»:

«El Estado es el órgano de la dominación de clases; el instrumento de la opresión de una clase por otra.»

Hoy se trata del representante de la clase burguesa. Pero no se crea que hace mucho tiempo que ostenta esta representación. Hasta el establecimiento del régimen representativo actual, la burguesía no ha obtenido su especial preponderancia, limitándose a servir a la Monarquía absoluta en tanto no tenía fuerzas para luchar con ella y derribarla. El Estado, para Engels, no ofrece características bien marcadas. Pero el marxismo rechaza el Estado, porque cree, con Engels, que:

«si el Estado antiguo era el Estado de los dueños de esclavos para dominar y conservar la esclavitud, el Estado feudal era el órgano de la nobleza para la opresión de los siervos y labradores dependientes; el Estado moderno y representativo es el arma de los capitalistas, explotadores del salariado.»

Sin embargo, es una realidad que el Estado anula sus propios actos. Herbert Spencer presenta un ejemplo gráfico. Cójase un periódico del día; el artículo de fondo se irá, probablemente, en relatar las corrupciones, el descuido o el desorden de cualquier administración del Estado. Dese un vistazo a la columna siguiente; después de aquella requisitoria vehementísima contra la Policía, que casi termina por hacernos desconfiar

de la intervención de la autoridad, se ve que, a propósito de un gravísimo naufragio, se ruega insistentemente al Gobierno que instituya inspectores que velen por que los navíos tengan siempre lanchas prontas para auxiliarlos. Así, pues, cada día tiene lugar un fracaso del Estado o sus instituciones, y cada día renace la ilusión de que basta un acto del Estado o del Parlamento para obtener un resultado que se ansia.

Si el Estado tiende a ahogar, como hasta ahora, lo ha hecho de un modo automático, toda la generosa iniciativa individual, se anulará el poder creador de la Humanidad. Comparemos nosotros, frente a naciones de tan reducida extensión como las europeas, sin embargo, sometidas al poder directivo de un Estado de férrea disciplina, de un fuerte Gobierno tutelar, la actuación de los Estados Unidos, pueblo de inmensa extensión, de inmensa población, entregado casi únicamente a la iniciativa individual; pueblo compuesto de hombres hijos de sus obras o descendientes de estos seres hijos de sus obras a que hacemos referencia. La lentitud de Europa contrasta frente a la actividad americana. Y aun en Europa, ¡cuánto mayor sería esta lentitud y pereza de movimientos sin la iniciativa de los ingleses! En Holanda, cuando el agua escaseó en Ámsterdam, precisó la intervención de una Compañía inglesa, al igual que en Berlín. París y Viena, con otras ciudades, debieron a las Compañías inglesas el estar dotadas de gas. El Ródano, el Loira, el Danubio, son los ríos en los que la navegación a vapor fue establecida por los ingleses. Y si nos limitamos a los caminos de hierro, de Italia como de España, de Francia como de Suecia o Dinamarca, enterémonos de cuántos han sido sostenidos en gran parte por capitales ingleses, cuántos montados por Empresas inglesas y dirigidos por ingenieros ingleses. La raza inglesa, habituada a depender de sí misma y a prescindir del Estado, ha realizado el milagro de una obra de gran difusión, de imponente actividad por todo el mundo. El hábito de ayudarse a sí mismo, la costumbre de una independencia de actuación, aparte la férrea disciplina de un Estado, harán de los pueblos entes sociales que no necesiten recurrir al patriotismo (Alemania por ejemplo) para salvarse, porque sean lo bastante seguros en mar o tierra para saber que no habrán de ser conquistados, y lo bastante, internacional e independientes por espíritu, para sentirse en su patria dondequiera que se hallen. El mito del Estado es una forma sutil del fetichismo que posiblemente se destruirá con el tiempo, ya que el Estado es una creación de la Naturaleza y de la inteligencia

humana independiente, aunque haya aparecido unida de la idea de autoridad. Hubo un tiempo en que los gobernantes eran los dioses; posteriormente lo fueron los hijos de los dioses enviados a la tierra; más tarde, los sabios; luego, los valientes generales conductores de los ejércitos; luego, los sacerdotes directores de muchedumbres, y, por último, como una degradación de estas diversas etapas, los políticos. Pero si bien es indudable esta degradación, lo cierto es que el mito del Estado constituye hoy una superstición arraigada, y nosotros creemos con Spencer que:

«todas las supersticiones tardan en morir, y mucho nos tememos que la fe en la omnipotencia de gobierno no sea su excepción».

Hombres, ¿antes o después de la revolución?

He aquí el punto de táctica decisivo, de donde arrancan como líneas divergentes socialismo y comunismo. Dice el socialismo: «Forjemos los hombres para que la revolución sea más lenta en declararse, pero más rápida en contar con elementos adecuados para el triunfo.» El postulado parece, en principio, extraordinariamente aceptable. Diríamos que es la voz del sentido común, que rara vez se deja sentir entre nosotros. ¿Qué dicen los comunistas? Veamos. Se preguntan: ¿Es que, con el actual régimen de explotación burgués, con sus bárbaras jornadas de trabajo, con su carencia de escuelas genuinamente clasistas, de Ateneos, de centros de instrucción y de recreo, de medios para poder proporcionar esta preparación cultural, cerradas las Universidades, los proletarios podremos forjar los hombres que necesitamos? No. Tomemos el Poder por la fuerza, forjemos los hombres con todos los medios a nuestro alcance, y entonces devolveremos la libertad al pueblo y cesaremos de gobernar en dictadura.

Después de todo, dirá el profano que lea el libro con absoluta buena fe, las razones por estos últimos alegadas no son tan agrias ni extrañas, ni absurdas; hasta diríamos que son convincentes. Pero no cortemos la polémica. El socialista no se conforma, y dice: Conquistaremos una rebaja en la jornada. Haremos Universidades obreras, escuelas de verano para preparar a los militantes en las cuestiones económicas. ¡Ah!, se dirá el pacífico lector. También esto es cierto. Decididamente este es el camino de

la sensatez. Pero veamos, dice ahora la autora, interviniendo en la contienda. Está forjada con esfuerzos innúmeros una Universidad obrera, no la escuela obrera madrileña. A ella acuden 100 o 200 muchachos y adultos. En los Sindicatos, los obreros se cuentan por millones. Pero ello no importa. Aquellos jóvenes aprenden, en efecto, a descifrar la clase de los problemas económicos. Mejor o peor, no es ello del caso. Los jóvenes hacen un verdadero sacrificio para ir allí en las horas de clase, o, lo que es más frecuente, cada Sindicato los pensiona para que puedan dedicar todo el día o buena parte de él a los estudios. Aquellos muchachos terminan estos estudios. ¿Qué hacer? Son militantes capacitados para tomar el Poder en sus manos, si es que esta capacitación depende — que no es cierto — del mayor número de conocimientos teóricos adquiridos. Pero, ¿dónde está el Poder? En manos de la burguesía, como antaño. ¿Qué harán? No es grato volver al trabajo a encallecer las manos, hechas ya a hojear ávidamente los libros, a sufrir una larga y monótona jornada de trabajo. Los obreros se han sacrificado para darles esos estudios; pero como no se han cuidado de hacerles destino, el que suelen tener estos jóvenes es el de entrar en las mismas organizaciones a continuar viviendo de ellas. Son los cargos directivos retribuidos de las mismas, son los representantes de la clase trabajadora; suelen hallar cada uno su ocupación en sus respectivos Sindicatos. La burocracia sindical se ha enriquecido con nuevos elementos, que serán un obstáculo más a la lucha revolucionaria. Y, con toda su buena fe, aun sin sospechar que puedan obrar por malicia. Frente a un rudo obrero que plantea una reclamación, un secretario que cita textos de Marx o de Kautsky con facilidad y limpieza, impone y siempre se lleva la razón. La reclamación quedará sin efecto. Pero aún queda otro aspecto. Los demás obreros quieren también esa instrucción, esa capacitación que les predican. Pero la jornada es larga. Después de una tenaz campaña, en un ajuste mezquino de minutos, se rebaja media hora. A pesar de ello, el obrero sigue en una situación que le impide ir con asiduidad a conferencias o reuniones. A las nueve, a las diez, a las once de la noche, el cerebro está fatigado y ansiando reposo. No hay que pensar en la solución proyectada. Pero el obrero gusta de oír y de ver. Pero no se le ofrecen películas instructivas; no se le deja oír el interesante programa que radia diariamente la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en todo el mundo, no tiene salones a propósito para ello. Pero me diréis: ¿es que los dirigentes se mantienen tan alejados de la masa? No. También llegan épocas, momentos, en que la

aproximación se realiza. Los «leaders» acuden a los Sindicatos y se realizan «meetings» monstruos. Va a efectuarse la suprema concesión de que la maravillosa palabra del tribuno parlamentario más destacado del partido político de clase — generalmente socialista o socialdemócrata, que tiene más relación con los Sindicatos — se oiga en los Centros obreros. Kilo, si el «leader» parlamentario no pone como condición para hablar que la agrupación que desea oírle pague para ello el alquiler del más amplio teatro de la capital y cuando ello se hubo conseguido, el de la plaza de toros (histórico). El «leader» llevará unos cuantos latiguillos, un gran desprecio por la masa que va a escucharle y una absoluta indiferencia, como no sea por la proximidad de la elección que se avecina. Y esta escena de las capitales se repetirá hasta en los pueblos más pequeños, con los caciques y caciquillos de las organizaciones obreras, deseosos de hacerse su carrera política. Unos cuantos «lugares comunes», golpes de pecho, alocuciones a la democracia, defensa de la personal honradez, ataques a los contrarios, particularmente a los otros partidos obreros en lucha, fuertes puñetazos sobre la mesa, tres o cuatro azucarillos, unas gotas de sudor si es verano y una pequeña congestión si es invierno, y el «leader» parlamentario y los «leaderillos» anejos repetirán, desde el centro a la periferia, desde la capital hasta la última localidad, la bien aprendida lección que habrá de darles el triunfo, no por esperado menos celebrado con plácemes y felicitaciones.

Consecuencia inmediata. Los «leaders» y «leaderillos» han perdido el hilo de comunicación con la masa trabajadora. Será inútil hablarles de revolución. La palabra habrá perdido para ellos su significado de acción inmediata. La revolución no llega. Los jóvenes, que habrán forjado los Sindicatos a costa de mil esfuerzos en la Universidad Obrera dispuesta, llegarán a viejos, morirán antes o después, pero en todo instante sin haber visto la revolución para la que se habían preparado. Una generación tras otra se consumirá en este estúpido esfuerzo. Y ahí tienes, lector de buena fe, explicado el por qué la sensatísima frase de crear los hombres antes que la revolución se ha convertido en un sofisma, porque se crean los hombres, sí, pero con una antelación tal a la revolución, que son inútiles sus esfuerzos. Y no olvides tampoco que la función hace al órgano, y ello podría ser un buen argumento para quienes sostienen que los hombres deben forjarse y de hecho se forjan y aparecen corno ha sucedido con la actual República y como sucederá con todas las Repúblicas y revoluciones que vengan —, no

antes, sino después de la revolución. Hay una ley inmanente de vida en todos los pueblos, que impide la muerte a una sociedad nueva y que crea sus conductores.

Los que creían que a la muerte de Lenin el imperio soviético se hundiría, se han visto defraudados por la aparición de Stalin y de Trotsky. Podrá ser equívoca o no el segundo — yo no intento discutirlo —, pero ni sus enemigos dudan de su privilegiada inteligencia. III mismo Lenin, al redactar su Testamento político el 5 de diciembre de 1922, que se publicó a comienzos de 1923, un año antes de morir, al señalar las desavenencias de Trotski con Stalin, se mostraba partidario del primero; no dudaba de que ambos prohombres se disputarían el mando futuro, y además preveía que, avivándose la lucha, Stalin triunfaría de Trotski, y para evitar esto, que Lenin juzgaba como un perjuicio, aconsejaba que se hiciera entrar en razón a Stalin y que, caso de permanecer irreductible, el Comité Central le destituyera de su cargo de secretario general del partido comunista.

Stalin morirá, no importa cuándo. Aun en el momento que se creyera el más catastrófico, el de más peligro para Rusia, de las entrañas mismas del pueblo surgiría el mesías ignorado, que no permitiría la pérdida de un régimen, de una raza, y a ella sacrificaría, y con él sus seguidores, cuanto hay de grande, de generoso, de abnegado, en el espíritu abierto de las multitudes redimidas del pecado original de su ignorancia.

La lucha de clases no es de procedencia marxista, sino burguesa.

Muchas veces se ha escrito que la lucha de clases es un postulado que Marx enunció y descubrió, dando con él el más sólido cimiento de su sistema económico. Por el contrario, esto conduce a errores y dudas, que tenemos interés en deshacer. Marx habla así:

«En lo que me concierne, no me cabe el mérito de haber descubierto la lucha de clases en todos los periodos de la historia y en la sociedad actual. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían descrito el desenvolvimiento histórico de esa lucha de clases, y los economistas burgueses habían hecho la anatomía económica de las clases mismas. Lo que yo he aportado de nuevo, consiste en haber demostrado lo siguiente: 1º

Que la existencia de las clases se halla relacionada únicamente con pugnas históricas determinadas y propias del desarrollo de la producción (Historische Entwiclungskmape der kampfe der Produktion). 2º Que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado. 3º Que dicha dictadura representa y significa una transición hacia la supresión de todas las clases y hacia una sociedad en la que existió una sola clase.»

El único resultado categórico y concluyente que cabe aplicar o atribuir al marxismo, no es la aplicación de la lucha de clases, sino de los resultados de esa lucha de clases, como forjador inmediato de la dictadura del proletariado y, por ende, de su supremacía política. Los socialistas posibilistas — no nos referimos a los sindicalistas, porque éstos repugnan por principio de convicción toda dictadura —, que hablan de los peligros de los Gobiernos dictatoriales y las ventajas de la democracia, no hacen con ello más que negar el derecho que tiene el proletariado para realizar su revolución; desertar a las filas de la burguesía y defender el reformismo burgués, precisamente cuando dice Lenin: «la burguesía fracasa en el mundo entero, y la guerra social ha creado un estado revolucionario en todo el globo».

La revolución permanente.

Muchas veces se ha censurado al comunismo o al sindicalismo por pretender mantener a las masas en un estado de revolución permanente, y se les ha reprochado que lo hagan después de haberse instaurado un régimen democrático. A ello hay que decir que no cumplen más que con los postulados marxistas, que afirmaban que precisamente entonces, en un régimen democrático, es cuando había que hacer una presión más fuerte para llegar más pronto a la consecución de sus ideales. Es Laski el que, al comentar el marxismo, dice en su libro, «Karl Marx. An essay»:

«El proletariado debe buscar el momento propicio partí hacer la revolución, pero hasta que este momento llegue, debe hacer todo lo que esté en sus manos para inquietar el régimen existente.»

La revolución proletaria seguirá a la revolución burguesa, pero no con un lapso de tiempo. El mismo Marx, al hablar en el «Manifiesto

Comunista», página 58 de la edición inglesa, de la situación alemana, señala que:

«inmediatamente después de la caída de las clases reaccionarias, la lucha contra las clases democráticas de la burguesía deberá comenzar inmediatamente, de tal suerte que la revolución burguesa no sea sino el preludio de la revolución proletaria».

Lenin se atuvo, pues, al espíritu marxista cuando, en 1917, hizo que los bolcheviques fraguaran la revolución proletaria de noviembre como inmediata continuación a la revolución burguesa de marzo del mismo año. Y si la tesis de Rosa Luxemburgo y Liebknecht hubiera sido adoptada en Alemania, otra hubiera sido la trayectoria del ex gran Imperio en la actualidad.

Y es Marx el primero en censurar a los socialdemócratas diciendo así, en el «Dieciocho Brumario», de Luis Bonaparte, pág. 52, edición inglesa:

«El carácter peculiar de la socialdemocracia es el siguiente: que las instituciones republicanas y democráticas son estudiadas como los medios, no de destruir los dos extremos — capitalismo y esclavitud o salariado —, sino para debilitar su antagonismo, transformándolos en un todo armonioso. Esto, que no significa sino la transformación de la sociedad en líneas democráticas, es una transformación que solo puede interesar a los pequeños burgueses.»

No olvide la socialdemocracia alemana ni los partidos socialistas que han seguido la equivocada trayectoria. Sobre ellos pesa la maldición de Marx, que renegaba de su táctica en beneficio de la suya tradicional de la violencia y la revolución permanente.

Política y apoliticismo.

He aquí dos términos incomprendidos y casi siempre mal interpretados.

Las organizaciones obreras, ¿deben ser políticas o apolíticas?

¿Deben estar intervenidas o no por organismos políticos?

¿Debe recomendarse al obrero la lucha política circunstancial del instante?

La realidad, que enunció Marx y que continuaron sus discípulos, de que las organizaciones obreras deben ser apolíticas y de fines exclusivamente sindicales (véase al terminar este capítulo los acuerdos de la Internacional de Ámsterdam), me parecen de una realidad innegable.

La Unión General de Trabajadores, que censura el apoliticismo de la C. N. T., que después de todo no es un partido político, es a su vez apolítica desde sus Estatutos y por acuerdos de sus Congresos:

«Artículo 2º Fuera de este objeto (solidaridad, relaciones armónicas, creación de Federaciones y nuevas Entidades, etc.) y de lo que con él tenga relación directa, la Unión no defiende principios económicos determinados, no pertenece a ningún partido político, no profesa ninguna religión y no reconoce distinciones de raza o nacionalidad. Sus miembros son libres personalmente de defender y propagar las opiniones que consideren más acertadas, independientemente de la organización.» (Artículo aprobado en el tercer Congreso.)

No creemos que sea misión nuestra la de entrar a estudiar el espíritu que informó la redacción de este artículo, y por esta razón rechazamos de plano la justificación que de él hace Largo Caballero en su obra, «Presente y futuro de La Unión General de Trabajadores en España», cuando afirma que:

«La introducción del artículo que antecede, más respondía a una política de atracción y de proselitismo que al convencimiento de que el proletariado organizado como tal organismo deba abstenerse de hacer francamente la política que la defensa de sus intereses colectivos aconseje.»

Si se puso como cebo para que los obreros se sindicasen aun a sabiendas de que la táctica posterior habla de ser otra, nos parece impropio de la seriedad y buena fe que deben presidir la constitución de una organización de cualquier tipo, máxime tratándose de una organización de resistencia y de tipo nacional. Nos parece más propio creer en la buena fe de los redactores de este articulo y estimar que respondía a un estado de

opinión colectiva que impulsaba a las masas obreras por el que yo estimo recto camino de prescindir en sus reivindicaciones sindicales de sus reivindicaciones políticas.

En el primer manifiesto, dirigido en Barcelona, el 5 de noviembre de 1889, a las Sociedades no adheridas, se decía, y juzgamos interesante reproducirlo, a pesar de su extensión, para que no quede lugar a duelas sobre la abstención en la política aceptada como principio fundamental de la U. G. T., lo siguiente:

«Abstención en la política. Este ha sido el pensamiento predominante que ha dado vida a la Unión General de Trabajadores de España, y para llevar a cabo esta organización, las Sociedades que la han creado han huido, como podéis ver en sus Estatutos, de toda prescripción o procedimiento que pudiera ser un obstáculo al ingreso de otros organismos societarios que vinieran a engrosar sus filas y a dar más vigor a las campañas que en lo por venir ha de emprender para mejorar la miserable situación de la clase trabajadora. Todo lo ha subordinado al mantenimiento de un ideal que es común a todas las Asociaciones obreras de resistencia: el de la defensa o mejora de las condiciones de trabajo.»

Ahora bien, yo creo un error, y un error lamentable, el que este criterio se modificara y que la U. G. T. esté intervenida por elementos socialistas y dirigida y orientada por éstos. El que en las Jumas eminentemente sindicales se sitúen en lucha, no las candidaturas de obreros más o menos competentes e inteligentes para la dirección de sus compañeros de oficio, sino la candidatura oficial o socialista Trente a la candidatura comunista o simplemente independiente, me parece un formidable error de táctica a que lleva el afán socialista de intervenir las organizaciones obreras. Y esta situación, que me parece mal en España, no es única de aquí. La Internacional Socialista tiene idéntica o parecida influencia sobre la II Internacional o Internacional de Ámsterdam.

Las organizaciones obreras deben ser eminentemente APOLÍTICAS.

por egoísmo;

por necesidad;

Por espíritu de clase.

Hay que eliminar de ellas el factor político, germen de divisiones, odios y discordias. Será el medio de que los directivos de la sociedad, elegidos entre los más capaces, independientemente de su filiación política, puedan llegar por sus relaciones de compañerismo a ese conocimiento y comprensión que son la base de la buena armonía y tolerancia futura.

Aconsejar a los obreros la intervención en la lucha política podrá ser discutible. Yo creo que conviene luchar con la burguesía con las mismas armas que ella, y que luchar con el voto y su papeleta puede ser una táctica acertada. Ahora bien; el único sector que predica un verdadero apoliticismo es el anarquista, porque niega el Estado, y actuar en política es reconocer la existencia de este. Individualista exacerbado, encastilla a cada individuo en su propia personalidad y prescindiendo de los intereses de la colectividad. Yo no he llegado a comprender aún el porqué de las ventajas de esta teoría anarquista para la redención del proletariado. Acaso lleguen a convencerme de ello. Pero si no lo comprendo, no es por mala fe ni por prejuicio, Es que me parece que el escepticismo, el nihilismo, la negación absoluta a que ello conduce — aunque muchas veces pueda estar justificada ante los indignos pasteleos de la vida política habitual —, no conducen a la redención del trabajador. Podré estar equivocada en este modo de pensar. Reconozco la generosidad, el idealismo que mueve a los luchadores anarquistas, enamorados de su ideal, y entre quienes yo tengo buenos amigos y admirados Maestros. Pero la táctica negativa me ha parecido siempre perjudicial.

Los sindicalistas no aconsejan el prescindir de la táctica política, y son tan apolíticos en su organización sindical como lo es por sus Estatutos y programa y debiera continuar siéndolo, la Unión General de Trabajadores. Dejan en libertad al obrero para que intervenga en las actividades políticas cómo y cuándo quiera. ¿Qué dentro de la Confederación, por efecto de su procedencia, hay un fuerte núcleo anarquista que no aprecia la política? Esto ha conducido al error de creer que los sindicalistas eran «un partido político-apolítico». Paradoja que hubiera merecido la paternidad del señor Unamuno, si no se tratara de un error de perspectiva. Los sindicalistas no son otra cosa que un Sindicato de defensa corporativa o resistencia, en modo alguno un partido político, y como tal Sindicato mantienen el

principio de su apoliticismo, base, a mi modo de ver, indispensable para la buena realización de su vida sindical.

Hace falta aclarar estos conceptos para que no se censure el apoliticismo de la C. N. T., cuando la U. G. T. es por sus Estatutos y debiera ser del mismo modo apolítica. Hace falta no confundir el sindicalismo con un partido político. Y aquí una razón en pro de mi tesis. Esta confusión de las organizaciones de defensa proletaria, organizaciones de clase con los partidos políticos ha llevado a la formación de las dos importantes centrales sindicales, lanzadas por sus dirigentes a su mutua destrucción. Hace falta deslindar, si es preciso con mano dura y enérgica, la acción sindical de la política, y fundir en una las dos centrales sindicales, en el pacto de unión común de su apoliticismo, y renunciando al intervencionismo sindical — en modo alguno para los que crean en ello al intervencionismo político — Y después podrá darse el caso de que un socialista sea a la vez sindicalista, porque este término, tan censurado y tan mal interpretado de SINDICALISMO, no quiere decir, en definitiva, más que lo propio que la U. G. T. significa: «Unión de los proletarios de un oficio, profesión o gremio, prescindiendo de toda actividad política para la defensa de sus intereses comunes.»

Acción directa o intervencionismo.

Hablar de acción directa, ¡qué herejía en boca de un socialista! ¡El nombre solo perjudica, daña, hiere los labios, es un nombre mefítico, es reprobable, es impropio de la clase trabajadora!

No, no seamos tan fanáticos ni tan impresionables. No nos dejemos llevar tanto y tan a fondo de las palabras exaltadas de nuestros dirigentes. ¿Qué quiere decir acción directa?

Desentrañémoslo, que será el medio mejor, el único que lleve la tranquilidad a nuestro espíritu, Es lo siguiente. El obrero pacta con un patrono la prestación de su trabajo a cambio de un jornal determinado. El obrero debe estar sindicado. El patrono posiblemente lo estará también (Cámara de Labradores, de la Industria, del Comercio), y aunque esté aislado, es lo bastante fuerte para triunfar y dominar. El obrero está en una Sociedad de resistencia, y esta Sociedad de resistencia tiene una Junta

directiva. Cuando el obrero no está conforme con la retribución, hay un despido, un acto injusto, recurre a su Sociedad, y ésta actúa en defensa del individuo en virtud del principio de solidaridad: «Todos para uno.» Hace falta una actuación ante los Tribunales. La Directiva de la Sociedad defiende y arguye. El abogado de la Sociedad argumenta y define. Hace falta una huelga. La Junta lo propone, la Sociedad lo acuerda; si es preciso se recurre a otras Juntas y otras Sociedades, se recurre al «boycot», el obrero lucha y vence o es vencido. ¿Pero por qué tiene que luchar? Porque reconoce que está en un régimen de injusticia. ¿Habrá desaparecido ese régimen porque obtenga una victoria en una huelga? No. Pero el obrero no habrá reconocido la legitimidad de su situación. ¿Habrá desaparecido ese régimen porque, previo un acuerdo de Comité paritario o Jurado mixto, se fije unas bases de trabajo que acepten de común acuerdo patronos y obreros? No, pero el obrero habrá reconocido la legalidad de su situación, y ello será el grillete que le impida mejorarla, planteando un conflicto, una huelga o una reclamación posterior. Si lo plantea, habrá traicionado a su palabra de conformidad. Las bases de trabajo garantizan al patrono su seguridad por un periodo ilimitado de tiempo. Y el principio que el obrero no puede olvidar es que, por muchas que sean las mejoras que consiga, su situación no será ni justa ni legítima. Estará en un estado de protesta constante, de rebelión permanente. Y este estado se mantiene cuando el obrero acepta un jornal sin perjuicio de luchar, por los medios que se le ponen a su alcance, por mejorarlo o reducir su jornada. No se mantiene cuando el obrero, con una intervención estatal, reconoce que la situación en que entra a prestar su trabajo al patrono es legal y está justamente pagada con el jornal estipulado.

No podemos nunca reconocer la legalidad de un régimen económico sindical como el presente. De ahí la justificación de la acción directa, que no es el terrorismo. Cada obrero, en su Sindicato; cada obrero y cada Sindicato, en relación con el patrono, sin mediación de otros organismos de intervención estatal. ¡Que para lograr un triunfo hace falta recurrir a la violencia!

Ocasiones ha habido en que la Unión General de Trabajadores ha recurrido a la violencia frente a un patrono enemigo o frente a un esquirol traidor. Y no una, sino muchas. La Unión General de Trabajadores, que califica de pistoleros a los anarco-sindicalistas, no ha vacilado, cuando ha

llegado el momento, en utilizar estos mismos medios. Y ello no es reprobable. Las circunstancias son muy diversas, y aun los enemigos de la violencia pueden verse forzados a aplicarla, en defensa propia, máxime cuando se trata de defender a la colectividad, que está por encima de los intereses individuales.

Ventajas de la acción directa e Inconvenientes de la acción política.

Enunciar simplemente el hecho de la posibilidad de una acción directa como algo razonable, legítimo y aun marxista, parece ya temible atentado a los sentimientos más hondamente enraizados del socialismo, al que la ignorancia del proletariado ha creído defensor de la acción política y enemigo, por su ausencia, de la acción directa.

Pues bien; oigamos a Albert Richard, miembro del Partido Socialista obrero francés, Unión Federativa del Centro, en su famoso «Manual del Socialista», que debería adquirir todo obrero, que hallaría en él una amplia justificación de nuestra tesis enemiga de las ludias sociales entre los sectores proletarios.

Albert Richard dice así:

«El estudio por el pueblo y la acción por el pueblo, he aquí lo que caracteriza en la práctica el socialismo revolucionario y lo que le distingue de todos los demás partidos, que hasta ahora han confiado su intervención posible a los escogidos, el cuidado de conquistar el poder y de completar las reformas, sin fijarse en que todo Gobierno, cualquiera que sea, no puede ser más que la expresión de los intereses sociales dominantes. Bajo su inspiración, el pueblo se ha embriagado de palabras y ha perdido de vista la realidad. Con las seductoras expresiones: «Libertad, república, democracia, unión republicana, se le ha hecho aceptar un ideal donde sus aspiraciones se confunden con las de la burguesía, sin darse cuenta que aceptaba al mismo tiempo la continuación del régimen de explotación de los pobres por los ricos, cuyo fin tanto había esperado. LA POLÍTICA HA SIDO Y ES EL ARTE DE GOBERNAR Y DIRIGIR LOS PUEBLOS, LOS CUALES PERMANECEN INERTES Y SOMETIDOS BAJO SUS NUEVOS AMOS

COMO BAJO LOS ANTIGUOS, LO MISMO EN LAS REPÚBLICAS QUE EN LAS MONARQUÍAS.»

¿No firmaría este párrafo el anarquista o el sindicalista más entusiasta? Pues bien, está escrito por un socialista. No creamos en la oposición de doctrinas, que la práctica nos demuestra son coincidentes. Y no lo olviden los proletarios españoles, en particular. Son muchos y muy bellos los espejismos de la burguesía, pero no son más que eso: espejismos. El proletariado representa una cultura nueva, una moral nueva y, por ende, una política nueva. Introducirse en los instrumentos burgueses de política con el propósito de depurarlos, puede dar como resultado un apoyo circunstancial a la causa revolucionaria; véanse las minorías comunistas de todos los Parlamentos; pero éstas se quedan aisladas en los momentos de defender los intereses de la clase trabajadora.

El socialismo marxista es más apolítico que político.

Aunque ello parezca una contradicción, no es más que una prueba latente de cómo el socialismo marxista, el que en un principio siguió la trayectoria que Marx hubo de señalarle, y que en la actualidad quisiera proclamarse su discípulo, es amigo, sí, de la «conquista electoral»), pero no porque crea que habrá de utilizar con éxito las instituciones parlamentarias administrativas, judiciales, que componen los regímenes triunfantes, ya estén organizados en forma de Monarquía o de República. Son estas instituciones, como dice Richard, las que hacen ver la proximidad de su desaparición, cuando el proletariado tenga una plena conciencia de sus derechos y de la misión que le incumbe. Es, pues, apolítico en cuanto no le interesa la política burguesa sino como un medio de mantener en constante acción revolucionaria e ideológica a las masas, pero no pensando que van a obtenerse reformas de la situación a que ello conduzca, y es político, en cuanto cree que, destruido el régimen actual, imperante el proletariado, estas instituciones serán las primeras en ser sustituidas, porque sus vicios, sus defectos, las han hecho incapaces de subsistir; esto es, en suma, la menor cantidad de política que cabe. Esta misma tesis fue mantenida en Francia por Julio Guesde y en España por Pablo Iglesias, cuya obra, «Propaganda socialista», recomendamos a todos los proletarios amantes de

verdad de la emancipación de su clase, para que vean más claro el contraste con la realidad que les ofrecen los socialistas actuales.

La tesis de Richard comprueba que los que hablan de la conquista electoral como el arma definitiva del proletariado y de las reformas que del Parlamento pueden deducirse son víctimas de esa fiebre mítica que cree que lo único interesante es dictar leyes u órdenes, como si no fueran éstas inútiles cuando no hay previo un estado de opinión que las justifique, y como .si una revolución, o aun una simple transformación, se verificara, por mucho que sea el esfuerzo legislativo, sin tener en cuenta esa cosa tan compleja, tan sutil, tan proteica, que es la voluntad popular.

El participacionismo gubernamental.

Allá por los años en que toda Europa esperaba la acogida que habían de tener las condiciones impuestas por Moscú, que era tanto como someter al plebiscito del socialismo internacional la opinión que le merecía el régimen de los Soviets, la III Internacional lo logró en Bélgica, donde se incubó el participacionismo gubernamental, aparte de 800 abstenciones, los votos favorables de 2.000 colectivistas y los votos adversos de 6.000.

El participacionismo había sido hasta entonces excepcionalmente practicado, pero necesitaba una corroboración oficial; Vandervelde había sido ministro de la Corona durante la Gran Guerra, y en la Asamblea del Partido Socialista belga, Vandervelde, cuya casuística en las declaraciones sobre el internacionalismo se había comprobado en los años de la guerra, creyente sin duda en los ..paraísos» democráticos del capitalismo occidental y en la política de cooperación, presentó a sus correligionarios la ventaja del gobierno, ya que, abandonados los socialistas a sus propias fuerzas y dejando a los Gobiernos en libertad, no se acercaría nunca al triunfo del socialismo, que únicamente se lograría «cooperando con aquéllos, preocupándose mucho de los ritmos de su funcionamiento, haciéndolos, en fin, cosa suya». No es extraño que el Congreso votara la intervención legislativa y la donación de ministros a los Poderes públicos cuantas veces sea solicitado el concurso del Partido Socialista al resolverse las crisis ministeriales y sin otra condición que la de que los Gobiernos que se

formen se comprometan a no poner Insuperables dificultades a las iniciativas que constituyen el programa mínimo de los Consejos colectivistas.

Ello justificaba aún, si no hubiera otra excusa .anterior, la posición de la central de Moscú al pretender crear la III Internacional o reconstructora, que exigía como primer condición la independencia del partido respecto del Gobierno, y así se dio el caso de que BÉLGICA e INGLATERRA rechazaran las condiciones del bolchevismo, la primera en la forma que ya hemos visto; el Labour Party, por 2.940.000 votos contra 225.000, y únicamente España que, a pesar de que Pablo Iglesias con sus amigos quedaron en el campo socialista, había recibido del maestro una educación hondamente revolucionaria, el 25 de junio de 1920 votaron, por 8.269 votos contra 5.016 y 1.615 abstenciones, la conformidad con las 21 condiciones de la Internacional de Moscú, y hasta forjó hombres rectos de conciencia integérrima, como Anguiano, que, compañero del Comité de huelga en 1917, Comité que hoy ocupa puestos relevantes con la República, permanece olvidado y pobre por haber sacrificado su vida a la más íntima convicción.

Sin embargo, el error de los socialistas continuó en pie. Y las frases con que Anseele defendió su tesis favorable a la participación en el Congreso Socialista ya celebrado en Ámsterdam, fueron de nuevo citadas y comentadas favorablemente en cuantas ocasiones se ofrecieron:

«Vosotros opináis que la participación directa o indirecta en el gobierno solo debemos esperarla como el premio de la lucha de clases y del término de nuestra jornada. Esta participación, según vosotros, solo puede conducir a quebrantar la lucha de clases y a alejar de nuestras filas a las masas obreras. Está bien; pero temo que así ocurra en aquellos países donde el proletariado tiene una organización vigorosa. Si un día, en Bélgica, a consecuencia de un acuerdo del partido, llegáramos a tener un bloc o un ministerio socialista, no dejaremos por ello de estar en íntimo contacto con el partido obrero, ni sufrirá nuestra conciencia menoscabo alguno. Si mañana nos viniesen a ofrecer una cartera, la aceptaríamos diciendo: «¡Muchas gracias! ¿Cuándo se nos va a dar la segunda?»

Esto, que cuesta un verdadero esfuerzo de imaginación el creer que fue pronunciado por un socialista y discutiéndose un problema de honda

trascendencia, el de la táctica política que habría de adoptar el partido, lo confirma el danés Knudsen:

«No se puede colaborar en un Gobierno para conquistar el Poder sin que se acepte esa colaboración porque se ha adquirido poder suficiente para ello.»

Este error de apreciación, que Anseele y sus compañeros juzgan, por el contrario, un acierto, no lo creían por entonces aplicable a España, porque a esta nación, como a Rusia, Bulgaria, Polonia y el Japón, las incluían en aquellas a cuyo partido socialista no representaba ningún sacrificio rehusar su parte de responsabilidad en el gobierno, porque habían de pasar todavía muchos años antes de que vayan a ofrecérsela.

No sospechaban los mismos escisionistas del año 21, que acusaban ya al socialismo español de contemporizador, que el Partido Socialista español, de tan limpia historia revolucionaria, de espíritu de tan genuina lucha de clases, que hasta tuvo una mayoría aplastante que aceptó las condiciones impuestas por la III Internacional, habría de llegar al mismo participacionismo conservador y gubernamental.

Pero a estos que afirman la posibilidad del apoyo o la solidaridad a un régimen burgués, de una solidaridad de clases frente a la lucha u oposición tradicional, hemos de recordarles las frases de un hombre al que en todo caso se ha tachado de reformista: a Jaurés:

«Sabemos que las bellas palabras de libertad y de humanidad han cubierto con frecuencia, desde hace un siglo, un régimen de explotación y de opresión.

La Revolución francesa ha proclamado los derechos del hombre, pero las clases poseedoras únicamente han comprendido bajo esta palabra los derechos de la burguesía y del capital.»

Socialismo y poder político.

Es este un tema que preferiríamos no llevar al libro. Hemos discutido tanto sobre él, que nos parece estar repitiendo lo que todos saben. Desde hace dos años, que por afirmar que el Socialismo es incompatible

con el Poder burgués, se nos ha tachado de rebeldes, se nos ha hecho la vida imposible. Por decirlo y mantenerlo noblemente, en tanto los que nos atacaban lo hacían calladamente y emboscados en la sombra. Únicamente nos servía de consuelo y aun saludábamos con alborozo ese calificativo de «rebelde», porque creemos, con Nietzsche, que:

«de todo cuanto se escribe solo vale lo que se escribe con sangre propia, porque la sangre es espíritu y porque el que escribe máximas con sangre no aspira a ser leído, sino a ser interpretado por el corazón».

Únicamente por esto prefiero decirlo así, para que quede escrito y decirlo de una manera resumida, clara y sintética. El poder político no conviene a la clase trabajadora más que cuando está en condiciones de monopolizarlo; jamás cuando ha de compartirlo (conllevarlo que diría José Ortega y Gasset); no le conviene, aparte de razones de peso ideológicas, por egoísmo.

No nos cansaremos de repetir lo que sigue: una reforma cualquiera, conquistada desde la oposición, es un espolazo que se pone al deseo de los trabajadores y les anima a continuar en la lucha, por muy pequeña que haya sido. Se ha caído, sin volver la cara ante el enemigo, avasallados por la fuerza del número. Una reforma, por grande que sea, otorgada desde el. Poder, como forzosamente no ha de contentar los anhelos de la clase trabajadora, obliga a ésta a reaccionar, creyendo que aquello es lo máximo que puede conseguirse. Las masas socialistas no deben ir al Poder, si no quieren quedarse en cuadro, restringir el núcleo de proletarios conscientes que les sigan y orientar a éstos hacia los campos del comunismo o del anarco-sindicalismo, que entonces será inútil vallarles. El reformismo de la legislación social es algo equivalente al cuento de las cabras, que ton donosamente narra Sancho Panza a Don Quijote. Por mucho que se aumenten, se aumentarán los problemas, y las complicaciones inútilmente, y la tarea redentora no se habrá conseguido. Se crearán transgresores de la ley a favor de la miseria reinante entre los trabajadores, pero no se habrá mejorado la situación de éstos. Vale la pena recordar el caso de Inglaterra, país donde hay una ordenadísima legislación social, donde temporalmente se promulga una nueva ley en este sentido, y donde siguen siendo un problema los obreros sin trabajo y donde, en el West End, se albergan un enorme tanto por ciento de hambrientos. Reformar equivale, además, a

tomar materiales de derribo para hacer una casa de nueva construcción. Y como los materiales están gastados, el edificio es débil y de destrucción fácil. No puede, ni debe contentarse con materiales de derribo, otorgados por el propio régimen capitalista para construir; la reforma se opone a la revolución, porque comenta a las masas con la apariencia de lo que no existe durante un período de meses o de años, meses o años que se pierden para la verdadera gran etapa revolucionaria.

El socialismo no debe tener nunca por misión la de favorecer estas reformas, alargando con ellas la vida del capitalismo, según la frase histórica de Marx, que reproducimos al comenzar este libro. He ahí una tarea inútil y perjudicial. Las trincheras revolucionarias no pueden abandonarse para entregarse al enemigo. Esta es una táctica perjudicial, que puede facilitar una aparente victoria, pero victoria tan falsa y tan inútil como la que obtenían en los campos griegos aquellos generales que, merced a esta entrega, conquistaban un triunfo, si bien los soldados, entregados a las mieles de la victoria y animados por los que habían sido hasta hacía unas horas sus enemigos, se emborrachaban aquella noche, y a la mañana siguiente eran fácilmente sojuzgados y aun deshechos por los ayer vencidos y humillados.

No queremos que la sociedad capitalista aburguese a nuestra masa proletaria, imposibilitándola con ello de proseguir su finalidad, eminentemente revolucionaria. Y como la masa misma se da cuenta de ello, es ella quien, después de dudas o de vacilaciones, de discusiones y luchas intestinas, opta a su vez por la no colaboración. Si se hiciera un plebiscito entre las fuerzas socialistas, los que, salvo las excepciones de los habituados a la adulación, al servilismo, se pronunciarían en idéntico sentido. El socialismo sufre hoy, merced a esta colaboración, en España como en otros países, una transformación radical, que lo perjudica y destruye. Es como el león que, dormido por el domador, apareció al día siguiente en el circo a realizar sus trabajos habituales, con la melena cuidadosamente peinada y aun ondulada por detrás de las orejas, con las uñas cuidadosamente limadas y aun arrancados los puntiagudos colmillos. Apenas internó rugir, amenazar, desgarrar una carcajada general y unánime acogió sus rebeldías, y el buen león hubo de resignarse a ser atado como manso corderillo y arrastrado por la pista, entre las burlas de sus compañeros, más afortunados por conservar

aún bajo la fusta opresora del látigo del domador (sinónimo en nuestra fábula del capitalismo) el arma temible de sus garras y colmillos.

El socialismo no puede morir así. Podrá morir mañana, por un proceso de superación ideológica de las colectividades, que juzgan ya poco el programa por él sustentado. Pero morir antes de cumplir su misión, y morir entre el ridículo del fracaso, que no es siquiera el fracaso honroso del revolucionario derrotado, no es muerte digna.

Lo decimos claramente, y en el libro, como lo hemos dicho con la misma claridad con la palabra y la pluma, en discursos, conversaciones y artículos. No más colaboración en el Poder. Ni aquí ni en ninguna otra nación. El socialismo tiene aún que cumplir una misión histórica. Le quedan pocos años de existencia. Es una doctrina envejecida, y las nuevas resultantes suyas amenazan con destruirle. Pero no debe morir aún. Y, sobre todo, no debe morir asesinado por la espalda por sus propios dirigentes. Hay que salvar al socialismo de mixtificaciones temibles. Los socialistas que se queden en el partido deben intentar un último esfuerzo; alejarlo del Poder, que atrae como la luz a la mariposa, y darle las inyecciones que precisa de independencia y rebeldía.

De lo contrario, se justificaría lo que dice Malato, en la «Revolution chretienne et revolution sociale», cuando afirma:

«El socialismo gubernamental, a pesar de la evolución de las ideas y de las costumbres, y a pesar de las maravillas de la ciencia y de la técnica modernas, reduciría a las masas a la pasividad de las ruedas de una gran máquina movida por varios obreros, y esto equivaldría a la anquilosis de la iniciativa y de la actividad humana, en medio de las tinieblas de una nueva Edad Media.»

Cuando, en 1870, en el Congreso de Marsella, se constituyeron en partido de clase con tendencias al comunismo, cuyos primeros esfuerzos dieron origen a varias organizaciones obreras socialistas, con movimiento análogo y paralelo en otros países de Europa, no hacían más que concretar un hecho, el enunciado por Richard de que, por encima de la diversidad de miras y opiniones que domina entre los socialistas, según sea la diversidad de medios y temperamentos, ha de tener una fuerza propia independiente de las agrupaciones políticas; todos quieren que el proletariado tenga un

pensamiento fijo, una voluntad determinada, un fin concreto, de cuya senda no pueden separarle los demás partidos.

Y esta convicción es precisamente la que nos lleva a afirmar la necesidad ineludible de la independencia del socialismo como tal partido de todas las actuaciones de la burguesía y su orientación genuinamente clasista que le permita la adopción de medidas extremas siempre que ellas sean necesarias para la realización de progresos en beneficio de la colectividad y de la causa común.

Intervencionismo y lucha de clases.

Hay dos conceptos que la práctica ha demostrado, a mi juicio, que son incompatibles: el intervencionismo y la lucha de clases. Y no porque ideológicamente y en principio lo fueran. Porque lucha no quiere decir estado de revolución permanente, sino empleo de las armas más útiles para conquistar el fin perseguido. Muchas veces la valentía y el Itero ataque del león puede ser superado por la sutil astucia de la vulpeja. El intervencionismo es una forma de astucia, es un medio de penetración, un ardid tanto para conquistar mejoras para los que esperan como para conocer la maquinaria interna de lo que vamos a conquistar. En esto fundó Marx la doctrina socialista en la última etapa de su vida. Pero sucede con el intervencionismo, que los intervencionistas han solido, salvo honrosísimas excepciones, olvidarse de que la justificación del intervencionismo estaba en preparar la revolución futura, y unos, con buena fe, han creído bastante la paulatina conquista de mejoras que superaran la situación del proletario, en tanto otros, con mala fe manifiesta, se olvidaban, en las comodidades del interior, de entregar la fortaleza a los desesperados de fuera. Para los pueblos que necesiten la política, para los partidos que la ejerzan y las colectividades que la cultiven, el intervencionismo es un medio de conquistar voluntades, de reformar leyes, de orientar en un sentido de transigencia Constituciones y Códigos. Para quienes aprueben la política, yo apruebo también el intervencionismo. Lucha política sin representación municipal o parlamentaria, es lucha inútil. Limitarse a predicar la revolución sin crear, con la actividad individual, en nombre de la masa, un estado de opinión favorable a aquélla, es, para los que se creen en la eficacia de la lucha política, un fracaso. Pero en las cuestiones sindicales,

cuando se trate del movimiento de unión del proletariado, movimiento que Marx repetidamente expuso como genuinamente apolítico y que debiera continuar así porque es el único medio de salvaguardar la conciencia individual del cúmulo de pasiones y torbellinos de la política, recurrir al intervencionismo, ha anulado el principio de la lucha de clases.

Desde el momento en que se reconoce la existencia de la clase capitalista y la justicia de la situación en que se halla colocado el obrero, que tiene derecho a pactar con el patrono por medio de los organismos intervencionistas una mejora cualquiera en su situación, se ha anulado el principio básico de la lucha de clases, de la disconformidad perpetua de la clase oprimida y explotada con sus explotadores. Avenirse al acuerdo de un organismo intervencionista cualquiera me parece — podré estar equivocada — dar legalidad a una situación, que no lo es dar estado jurídico a unas relaciones de patrono a obrero, que, en buena lógica revolucionaria, no cabe.

Para luchar contra la clase patronal cabe únicamente y como fórmula suprema, aconsejar la unión. Los proletarios están en abrumadora mayoría, y si a todos ellos hubiera llegado el imperativo de la unión, sería, en todo caso, más fácil la victoria. No olvidemos lo que Juan Grave decía con acierto, en su libro «Educación burguesa y educación libertaria», página 44:

«Los trabajadores no saben entenderse entre sí, que es lo que hace su debilidad. Pero los burgueses, por dicha, sí están unidos para explotar al trabajador, no lo están mucho para la defensa de su sistema.»

Puede aconsejarse al proletario el remedio o la terapéutica de la lucha política, para vencer a la burguesía con los mismos medios que ella emplea en la redacción de leyes, códigos o constituciones. Pero, ante todo, el «frente único», la «unidad sindical», debe ser la aspiración de todos cuantos deseen de verdad redimir al proletariado. Frente único de acción eminentemente democrática. En las Asambleas, ante un conflicto cualquiera, todos expondrían su opinión sobre el modo de resolverlo. Pero no una táctica predeterminada. Hay casos en que una huelga de brazos caídos es por si sola tan eficaz para destruir a un patrono como la bomba o la browning. Hay otros casos — y los mismos socialistas lo saben — en que, organismos de la U. G. T. de los que hoy se afirman enemigos de la

violencia y de la acción directa, han empleado una y otra contra patronos y esquiroles. Predeterminar en todo caso una táctica, me parece absurdo. Unión de todas las tendencias, absoluto alejamiento de la vida política, no intervención por ningún concepto de ningún partido político u organización ideológica en los movimientos sindicales, táctica varia, distinta en cada caso y en cada circunstancia; que si a la acción directa, por haber conquistado sus defensores el apoyo de la mayoría, seguía el fracaso, tened por seguro que se recurriría a medios más pacíficos y se escarmentaría con el resultado. Pero, sobre todo, a mi modo de ver, intervencionismo en la lucha política, pero no intervencionismo en la lucha sindical. Esa es una lucha de opresores con oprimidos, y, en buena táctica de combate, estos últimos, en estado de rebeldía perpetua, no pueden reconocer la legalidad de la situación en que se hallan. Alejemos la actuación sindical de toda influencia directiva de los organismos o partidos políticos. Los socialistas que creen en Marx, por fidelidad a su doctrina. Los sindicalistas, por fidelidad con sus propios principios, mantenidos a costa de luchas y discusiones constantes. Los proletarios independientes, por egoísmo, por espíritu de clase, que no debe despenar más que al conjuro de UNIÓN, la grande, la inmensa palabra mágica que ha conmovido y conmueve al mundo.

El movimiento intervencionista es antimarxista.

Comprendemos, bajo la clásica denominación de intervencionismo, al movimiento que tiende a resolver los conflictos sindicales por obra y gracia de la intervención de los Sindicatos en los organismos burocráticos del Estado. Tales los ejemplos españoles de Comités paritarios, Jurados mixtos, *etc.* Pues bien; este intervencionismo es antimarxista; no solo no figura, en modo alguno, en el programa de Marx; no solo es una manifestación jesuítica, sino que, en lugar de ser producto de un sector de la clase proletaria, equivocado o no, es producto de los Gobiernos y sus elementos directivos que, dotados de excepcional inteligencia y gran perspicacia, viendo la influencia del poderlo sindical, intentaron satisfacer al proletariado, sin dejar de garantizar y fortificar a la clase capitalista. Y para ello nada como apoderarse con habilidades hipócritas del propio proletariado, como atraerle hacia la trampa, ya dispuesta con el cebo de la

reivindicación conquistada pacíficamente. De que no saliera ya de la trampa y quedara de por vida esclavizado al capitalismo triunfante, ya se encargaría el Poder ejecutivo. Y, en efecto, así debieron pensar los Gobiernos ingleses cuando concibieron la idea de crear toda una organización de inteligencia entre el capital y el trabajo. Era una serie de Comités, los «joint standing industrial council», donde los patronos y empleados habrían de coincidir para resolver amigablemente todas las cuestiones que les fuesen comunes. El sistema comprendía un «National Council», formado por los «local Councils» «región y ciudad» y, en fin, los «Works Commitees», equivalentes a nuestros Comités paritarios para las fábricas, talleres o gremios. Esta organización fue imaginada por una Comisión, y expuesta, en marzo de 1917, Por una Relación conocida bajo el nombre de «Relación Whitley».

El Gobierno acogió favorablemente la idea, porque había sido él el inductor, y los Congresos de las Trade Unions, en 1917 y 1918, la refrendaron, con lo que el espíritu de compromiso y la política de inteligencia prevalecían. Aquel sistema fortificaba la clase patronal, aseguraba el régimen de propiedad capitalista y no daba más que aparentes satisfacciones al mundo obrero.

Todo era alegría y satisfacción. Se creía haber alejado para siempre el temido fantasma de la lucha de clases. Pero el compromiso había sido contraído sin contar con las masas proletarias, precisamente por obra y gracia de ese burocratismo dirigente de las organizaciones obreras que, salvo contadísimas excepciones, acuerda siempre todo lo contrario de lo que anhela la colectividad. Y, a partir de la firma del armisticio, el 11 de noviembre de 1918, cuando los obreros no podían estar contenidos por la hábil maniobra del socialismo reformista, de no entorpecer la obra nacional con sus huelgas en tanto estuviera una guerra pendiente, iniciaron una tenaz campaña en este sentido. La iniciaron los soldados, desde Folkestone, el 3 de enero de 1919, en una docena de miles, viéndose forzado a ceder el Gobierno, y las famosas «Trades Unions de Soldados», ocultas, pero no por ello menos extendidas; los «Consejos de soldados», de organización idéntica a la alemana y a la rusa, la continuaron los de Douvres, Shortlands, Sydenham, Aldershot, Chatham, Bristol y otros lugares donde había campamentos, y, animados por el éxito, se lanzaron los obreros, en particular los constructores de buques, por la trayectoria de un sindicalismo

que, sin llevar este nombre, probablemente ignorado por las propias masas, organiza a los obreros y mantiene su movimiento independientemente del «trade union», por la libre voluntad del obrero, que elige su «shop stewards», sus delegados de talleres, que forman sus Consejos locales, sus Consejos de distrito y en la cima el «joint Commitee», formado por los diversos Consejos de delegados de talleres o Sindicatos. Asistimos, pues, a la práctica de la teoría de acción directa, en la que los obreros no se muestran ya de acuerdo con el ortodoxo «tradeunionismo». Este ejemplo inglés, aun coartado en parte por el propio influjo burocrático del gran pulpo, cuyos avances se intentaba cortar, nos hace llegar a esta conclusión, aplicable a España como a cuantos países hayan adoptado esta táctica.

El triunfo aparente del intervencionismo (Comités paritarios, Jurados mixtos) es el punto de partida fatal e inevitable de un organizado y vertebrado movimiento sindicalista. Aunque las propias masas se opusieran, aunque no hubiera hombres capaces de llevarlo a efecto, la ley económica se impone. La masa aprovecha el intervencionismo creciente para tomar en sus manos las riendas de su propia dirección.

Lucha de clases, no concordia.

La contradicción entre estos dos conceptos es evidente. Los que sentimos el socialismo, somos partidarios de la lucha de clases, no de la inteligencia y la concordia de éstas, y no por espíritu de fanatismo, ni impulsados por prejuicios, sino porque sabemos que para la clase trabajadora no tiene la menor trascendencia económica el que acabe una dinastía, el que haya una o dos Cámaras, el que se imponga o no el sufragio universal, el que se mejore el régimen administrativo o judicial.

El proletario será cada día más soberano políticamente, pero no dejará de ser económicamente tan explotado como en la actualidad. Pero no es ésta la verdadera misión del proletario. Cambio de personas o de regímenes, en tanto las revoluciones realizadas sean simples revoluciones políticas, no tendrán la menor trascendencia. El proletario tiene el derecho, mejor aún, la obligación, de agruparse en un partido político diferente de los otros por cuanto sea un partido de clase, para perseguir, en contra de todos, absolutamente de todos los partidos burgueses, su ideal de entrar en

posesión del suelo y demás capitales y medios de producción monopolizados por la burguesía. Estamos de acuerdo con las dos consecuencias que expone Julio Guesde, ese buen revolucionario que inclinó a la izquierda las huestes socialistas francesas, cuando, en su libro sobre «La ley de los salarios», afirma:

«Esterilidad desde el punto de vista obrero de las reformas o modificaciones introducidas en el organismo gubernamental.

Inutilidad, siempre para el obrero, de las reformas en los presupuestos, de la reducción o modificación del reparto del impuesto, de la supresión de la renta del Estado, etc.»

Y es tan evidente este antagonismo social, no inventado por los socialistas ni por los que no tienen esas ideas, sino que es consecuencia natural y precisa de la forma de producción burguesa, que, si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases se presenta y ofrece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase a clase. Coincidimos con las frases de Pablo Iglesias, cuando, comentando el programa socialista, afirma que:

«En efecto, desde que ese antagonismo fue descubierto, los proletarios, desechando las falsas ideas que acerca de las relaciones sociales tenían, han comprendido que para mejorar su estado y lograr su emancipación, el primer paso que deben dar es organizarse como clase, separándose radicalmente de los partidos burgueses.»

Lástima grande que este espíritu haya sido tan mal interpretado, y que las ideas de Guesde y Pablo Iglesias hayan derivado, en Francia como en España, hacia los cauces de colaboración y abandono de los principios revolucionarios. No nos limitamos a censurar el régimen adoptado entre nosotros. También Francia tiene gran parte de culpa en esta desviación de la clase obrera de sus verdaderos fines, cuando, en febrero de 1931, con anterioridad a la jornada internacional de lucha contra el paro, con motivo de una campaña en pro del seguro de paro del Estado para todos los obreros y obreras, dirigida por el partido comunista y los Sindicatos Rojos, la Confederación General de Trabajadores, equivalente a nuestra Unión General, publicó un llamamiento, editado en «Volunte», del 26 de febrero de 1931, que contenía las siguientes consignas:

«¡Abajo las manifestaciones revolucionarias organizadas por Moscú!

¡Abajo los enterradores del proletariado ruso!

¡Viva la unión de los obreros franceses para la paz interior y la vuelta general al trabajo!

¡Viva la inteligencia entre las clases sociales!»

En nombre de los principios que, no por ser marxistas, sino por proceder y estar justificados en las luchas históricas, se han convenido en bases inmutables de la economía socialista, afirmamos que las frases incluidas en la portada interior de este libro, y en las que hemos procurado eludir las firmas de comunistas o sindicalistas para mayor prueba en pro, deben hacer meditar a los proletarios todos para que lleguen a la convicción de la necesidad creciente de la lucha de clases como oposición a la falsa tendencia de concordia y colaboración, que castran los ímpetus revolucionarios del proletariado.

El alhigui de la legislación social.

Los partidos socialistas suelen atraer o retener a las masas con el alhigui de las llamadas leves sociales, de las que se habla como las conquistas paulatinas de la clase trabajadora que mejoran y elevan su situación, y cuya consecución se juzga aparentemente como grandes victorias. Pues bien, las leyes sociales no son más que LAS ARMAS QUE SE LE DAN A LA BURGUESÍA PARA ASEGURAR POR Más TIEMPO SU DOMINIO SOBRE LA CLASE TRABAJADORA. Podrán valer además — y de censurar este aspecto ya se encargan otros sectores obreros no socialistas — de medio de que algunos destacados «camaradas» hallen en su aplicación medios de vida cómodos y sin esfuerzo. Pero, prescindiendo de este aspecto crematístico de la cuestión, lo cierto es que las leyes sociales se hacen siempre en beneficio directo de la burguesía. Las mismas declaraciones de los propios socialistas, cuando la burguesía se opone a alguna de ellas señalando su extrañeza ante esta oposición, lo justificaría, si no hubiera un hecho irrebatible en buena lógica, al que ya hacemos referencia en otro lugar de este libro, al advertir que el obrero,

explotado y perseguido, no puede reconocer la legalidad de su situación frente al patrono, como lo hace al aceptar esta legislación social de colaboración sin reconocer la legalidad de su situación y Sin atarse de pies y manos para todo intento de rebeldía futura. Cuando los socialistas dicen que las leyes sociales son las conquistas evolucionistas, que no les apartan de su meta final, hondamente revolucionaria, hemos de decirles que, aunque de buena fe lo creyeran, se verían alejados de este fin revolucionario sin remedio, por cuanto las leyes sociales son otras tantas cadenas de eslabones cada vez más pesados, que pesan sobre los trabajadores, impidiéndoles todo movimiento, aun permitiéndoles aparentemente gozar de toda libertad.

En el mundo, la legislación social evoluciona hacia este creciente participacionismo de las clases patronales con las proletarias, en una verdadera colaboración de clases, que sustituye al principio de lucha tradicional e histórico; tal la Carla de Trabajo promulgada en Italia, y las leyes creadoras de Comités paritarios, Comisiones interindustriales, Jurados mixtos y demás Corporaciones de nuestra nación. El sistema participacionista sustituye al sistema de oposición horizontal de antaño por el de concordia vertical, en que la clase capitalista conserva su hegemonía, aunque exigiendo para ello el centro, la fiscalización, etcétera, de la clase trabajadora que, reconociendo la legalidad de la explotación capitalista, queda de hecho imposibilitada para protestar contra ella.

No olvidamos, al escribir este capítulo, aquellas frases de Napoleón Colajanni, en «Un imperatore socialista)), publicadas en el «Imparziale» de Mesina, al decir:

«En Alemania, en Europa, donde quiera que hay trabajadores que sufren y tienen conciencia de sus derechos y deberes, el hecho ha levantado un grito de sorpresa y de alegría y también de pesar entre los conservadores más necios e impertinentes, que no ven que el paso del emperador Guillermo es de verdadero conservador, puesto que ha advertido y reconocido a tiempo que con la «fuerza» no se vencen las ideas, y que las revoluciones» solamente se evitan con las reformas amplias y bien entendidas impuestas por la índole de los tiempos. El edificio social tan solo se conserva de un modo: renovándolo continua y moderadamente.»

La legislación social es la tregua que pide la burguesía.

Pero no es esto solo. La burguesía, debilitada en la lucha, entrega un aparente beneficio al enemigo para obtener una tregua con que reponerse, aunque este beneficio sea una hábil y artera artimaña para apoderarse de él a traición. La burguesía está debilitada, y reconoce su fracaso para fraguar mejor su éxito. Así, monseñor Pottier reconoce que:

«la parte que corresponde a los trabajadores en los beneficios es salario no pagado, y dársela no es un acto de liberalidad, sino de justicia estricta».

Dirá el lector sencillo: ¿Habremos llegado ya a la solución pacífica de la cuestión social? ¿Habrán sido inútiles todas las luchas hasta aquí mantenidas, toda la sangre derramada, cuando tan fácilmente y por la convicción podríamos haber llegado a persuadir a la ingenua y bien intencionada burguesía?

Nunca. Aun en el caso de que se llegara a los máximos acuerdos, a la máxima transigencia, el dilema, la oposición entre capital y trabajo, quedaría siempre en pie. Nosotros no olvidamos que esta lucha entre patrono y obrero, y participación social del trabajo, no desaparecerá hasta el día en que desaparezca a su vez el capitalista o patrono, y en que la retribución por concepto capital y concepto trabajo coincidan en una misma persona.

Gide, en sus «Principios de economía política», dice así, con indudable acierto:

«He aquí a Robinsón, que aporta la lancha y las redes, y a Vendredi, que no aporta más que sus brazos y su habilidad. Concluida la pesca, Vendredi se presenta con diez canastas de pescado. ¿Cuánto le toca a Robinsón, capital? ¿Cuánto a Vendredi, trabajo? Nosotros consideramos insoluble este problema, tan insoluble como el que propone irónicamente Stuart

Mili: «Dadas dos hojas de un par de tijeras empleadas en cortar una tela, ¿cuál de las dos tiene derecho a una parte mayor?»

La indignidad del contrato de trabajo.

El primer punto en lomo al cual se hace una decidida campaña es el del contrato de trabajo. Ahora bien; sin apasionamiento de ningún género hemos de reconocer la indignidad del contrato de trabajo, en que se trata de un simple contrato de arrendamiento o alquiler de servicios, por el que el hombre se convierte en objeto de un tráfico considerado así como un simple instrumento de la producción, como un gasto ineludible de ella. Tanto es así, que los mismos burgueses reaccionarios, sociólogos cristianos en su mayoría, se han rebelado contra ello, proponiendo su sustitución por un contrato de sociedad entre las dos partes contratantes (trabajo y capital), y así vemos a J.M. Llovera, en su obra «Sociología cristiana» (siempre nos encontraremos con que los socialistas han seguido punto por punto en este aspecto participacionista o intervencionista los mandamientos de la sociología cristiana), al hablar del contrato de trabajo, pone en primer lugar la enumeración de las ventajas con que ordinariamente se defiende que este sea contrato de sociedad, justificándolo porque:

«deja a salvo la dignidad del obrero, despojándole del carácter odioso de servidumbre e inferioridad con respecto al patrono».

Y Garriguet, al estudiar el Contrato de Trabajo, dice que:

«los lazos que se forman entre patronos y obreros por la existencia de un contrato de sociedad, se conciban perfectamente con todo lo que exige la justicia, hasta el punto de que este contrato puede considerarse, si bien se mira, como el más natural y aceptable».

El contrato de trabajo esclaviza al obrero a la burguesía contratante.

Pero veamos por qué la legislación social perjudica en vez de favorecer al obrero. El contrato de trabajado garantiza al trabajador su estabilidad — claro es que mientras una crisis no «obligue», aunque sea verdad o aparente, al patrono a despedir al personal, cerrar la industria o transformarla — ; por el contrario, da al obrero, a cambio de ese derecho ficticio, buen número de obligaciones o deberes correlativos; de ellos, el principal, el de que si bien se respeta la libertad del obrero — que poco

cuesta pronunciar unas palabras bien sonantes —, no puede avenirse la burguesía contratante a que, caprichosamente y sin sustitución, se abandone el trabajo. Y lo mismo en este contrato, si es individual, que en el contrato colectivo de trabajo, se exige por la Empresa garantías para el caso en que el trabajo, al encontrarse con que no puede recibir de ella beneficios, intente la deserción hacia otra más lucrativa.

Esta deserción, ya individual o colectiva, no puede ser admitida, y la rescisión del contrato por parte de la clase obrera, salvo conformidad de la burguesía contratante, solo se logrará después del cumplimiento de determinadas obligaciones.

La traición que implica el control obrero en las industrias.

Y llega un último aspecto y de gran interés: el del control obrero en las industrias. El propio ministro de Trabajo ha repetido diversas veces en la Prensa, que ignoraba el por qué la burguesía se oponía a él, cuando la ley del control iba a beneficiarles, ya que, convenciéndose los obreros de la mala situación económica de las Empresas, o de la imposibilidad de obtener grandes beneficios, serían más parcos en las declaraciones de huelgas o planteamiento de conflictos. Las frases en sí, deberían haber puesto en guardia al proletariado, no ya contra la opinión particular y la actitud del ministro de Trabajo, sino por ser una consecuencia de este sistema participacionista, que tan graves peligros, aunque emboscados, entraña para la ingenua clase trabajadora. El control obrero elimina, desde luego, aquel aspecto que podría ser para los sociólogos de guardarropía de matiz más extremista, como sería, caso de conceder al trabajo un sentido de inspección y no de resolución. Así, por ejemplo, observa don Severino Aznar:

«Resérvese el capital toda la dirección; pero someterse después a la fiscalización de los trabajadores,, es eximirlos de responsabilidad y convertirlos de auxiliares en jueces. Ese control, y más si lo han de ejercer, no los obreros de la Empresa, sino los Sindicatos o Sociedades de resistencia, sobre ser inútil y muy poca cosa para el obrero, lejos de ser una herramienta de paz, podría serlo de recelos, de hostilidades y de tiranías societarias.»

Por el contrario, el control que se otorga en todo caso es el de ceder una parte de la dirección e iniciar una inteligencia y colaboración a base de exigir la obligación de resolver y decidir de las actuaciones de la Empresa. Pero eso sí; al trabajo no le puede corresponder, en modo alguno, puestos determinados ni en las Directivas ni en las Gerencias.

El obrero controlaría la actuación de la Empresa o de la Compartía, influyendo en su desenvolvimiento y actuando como parte de ella, siquiera su influencia estuviera en la misma proporción en el mejor de los casos que la parte capital, y sometidas ambas al Consejo de Administración, que no creo serían los obreros tan ilusos en creer que se pondría de su parte.

El control obrero implica la renuncia a la huelga.

Pero es que el control, como todas estas leyes que profundizan y hacen más honda la trama participacionista, incluye a su vez la renuncia al más caro de los ideales y al amia única y verdadera con que cuenta el obrero en las luchas sociales: a la huelga, con todas las actividades anejas. Se ha dado, con la promulgación de estas leyes, EL PRIMER PASO PARA LA ABOLICIÓN DEL DERECHO COLECTIVO DE HUELGA. Al dejar de considerar como elementos antagónicos el capital y el trabajo; al admitir la posibilidad de una coordinación de esfuerzos o facultades; al dejar de juzgarlos como rivales, viéndolos confundidos en los mismos intereses, el derecho de huelga desaparece, ya que, caso de intentar sobrevivir, toma ya figura de delito. Después del «derecho de huelga» aparece el llamado «delito de huelga». Y es que se nos dice: sujetos ahora el capital y el trabajo para la defensa de sus mutuos derechos, tienen que quedar sujetos, a su vez, a análogos deberes; con lo que, a cambio del control que, aun en el caso de ser verídico, permite al obrero saber la verdad de la situación de la industria o empresa y nada más — ya que lo de la influencia en su desarrollo es inútil cuando solo representa una tercera parte, habiendo dos terceras partes adversas (capital y gerencia administrativa) —, se le crean una serie de obligaciones y deberes de conservar y no atacar los intereses de aquellas industrias o empresas que por el hecho del control ha aceptado colectivamente, como antes por el contrato de trabajo individualmente, reconociendo la legalidad de la explotación de que son víctimas.

Nos hallamos, pues, ante una hábil artimaña del capitalismo, que ha hallado sus cómplices en las organizaciones socialistas. Porque el control obrero en la industria, elimina la huelga colectiva. No en balde Barja de Quiroga, en su interesante libro, «La crisis del capitalismo», pág. 110, al ensalzar el control obrero y su aplicación, porque ello representará una tregua y traerá la paz al atribulado campo del capitalismo, lo comenta diciendo:

«La huelga colectiva, equivaliendo el trabajo a la acción, equivale a la retirada efectiva extemporánea de un cierto capital, con grave quebranto de los accionistas numerarios. La huelga colectiva, en nuestra hipótesis, es una grave vulneración de los respetos debidos dentro del participacionismo al capital socio por el consocio trabajo; es una ruptura del pacto de la sociedad, con perjuicio grave que, naturalmente, tiene que ser sancionado por la ley.»

El control obrero implica la desaparición del sindicato como Sociedad de resistencia.

Pero no se extrañen los obreros de buena fe, ni los socialistas de mejor intención. Ello es natural. Porque, ¿cómo creer que el capitalismo iba a entregarse en manos de los trabajadores, permitiéndoles su fiscalización en lo que se ha estimado como más caro y secreto, en la vida interna de sus pérdidas o ganancias, para permitirles que, después de efectuar el control tuviesen la facultad de ir a la huelga con el máximo conocimiento de causa, obligándole a la aceptación de las más humillantes condiciones? ¿Cómo creer que el capitalismo iba a revelar su secreto sin encerrar al que había hecho copartícipe de ese secreto en la prisión aparentemente abierta de sus compromisos de honor, que le impiden contar lo que sus ojos han visto y sus oídos han escuchado? Ahora bien; aún falta un tercero y último aspecto. El participacionismo no se conforma únicamente con la destrucción de la libertad individual, con la abolición del derecho de huelga: exige, como «tercera base de garantía», la PESA PARICIÓN DEL SINDICATO COMO SOCIEDAD DE RESISTENCIA. Y ello se justifica diciendo que no cabe injerencia extraña de ninguna clase, y que si los obreros de una Sociedad participacionista tuvieran su libertad influida por la coacción del Sindicato o Asociación de resistencia, la gestión de la Empresa quedaría, en la parte

correspondiente al capital-trabajo, bajo la dirección o control de los Sindicatos, que, con intereses casi siempre opuestos a los de la Empresa, o genuinamente capitalistas, podrían conducir a la empresa o industria a situaciones muy difíciles.

Peligros do la legislación social.

He aquí, pues, los peligros de la creciente legislación social participacionista:

1. DESTRUCCIÓN DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL en la busca de trabajo, selección del mismo, despido, etcétera, por la creación de un contrato de trabajo que es un simple contrato de alquiler.

2. ABOLICIÓN DEL DERECHO COLECTIVO DE HUELGA.

3. DESAPARICIÓN DEI. SINDICATO COMO SOCIEDAD DE RESISTENCIA.

Conocidos estos tres peligros que amenazan a la clase trabajadora con el triunfo de la legislación social, y que equivalen al abandono de sus dos armas más útiles (huelga y sociedad de resistencia) y a la pérdida de la libertad individual de la libre disposición de las energías personales, no extrañará que demos un alerta a los proletarios de buena fe en contra de las mal llamadas leyes sociales, que, aunque muy ligeramente analizadas, y desde luego en obra de conjunto no se hace, como puede comprobarse con estos simples hechos, más que en favor de la burguesía y para arrancar las uñas a las garras de otro modo temibles del proletariado consciente.

Proa al frente único

¿Socialismo? ¿Comunismo?

A vetes los hechos en apariencia más nimios dan la clave de las más grandes revoluciones u oposiciones jurídicas, económicas y sociales, y justifican toda una actitud. Esta simple confusión de términos en que incurrió Marx, ha dado lugar, o a lo menos ha excusado, el lamentable confusionismo entre una y otra doctrina, que ha hecho que se juzgaran ambas como diferentes y que se lanzaran unas contra otras los más furibundos anatemas. El antagonismo entre la idea individualista y la doctrina socialista es muy antiguo, pero recientemente ha llegado a una fórmula práctica. Los fundadores del socialismo moderno (Meslier, Morelly, Mably, Babeuf, Buonarotti, en Francia; Tomás Spencer, Godwin Hall, Thompson, en Inglaterra) no conocen la palabra socialismo, y se llaman a sí mismos demócratas, republicanos y filántropos. Saint Simón y Fourier no hablan tampoco de socialismo y se llaman a sí mismos demócratas, señalando únicamente una oposición tradicional entre individualismo y el nuevo régimen social. Según la afirmación de Holyoak en su «Historyof Cooperation», vol. 1, págs. 193-219, 1875, los partidarios de Owen adoptaron por primera vez, en 1836, en el Congreso de Mánchester, la palabra socialista como designación del partido, y durante mucho tiempo, en Francia e Inglaterra, solía aplicarse la palabra socialista solamente a ellos. En el órgano más importante del partido de Owen, el «New Moral World», se encuentra ya, desde el año 1836, la palabra socialista repetida con bastante frecuencia; pero en el número de 18 de marzo de 1837, vemos aún discutida la cuestión acerca del nombre que deben adoptar los partidarios de Owen, empleándose la palabra socialista, pero sin que tal resolución se publicase en las Actas del Congreso de Mánchester. Más tarde, la palabra socialista fue difundida universalmente por las conocidas obras de Reybaud publicadas en 1840, y Lorenzo Stein en 1842, designando una concepción de la sociedad opuesta al individualismo.

Nos hallamos, pues, claramente descifrando el origen del término socialismo. No así el de comunismo que, iniciado en la antigüedad, fue recogido por Marx y Engels para dar nombre a su doctrina y distinguirlo del

socialismo partidario de las doctrinas utópicas. Continuadores, pues, del socialismo utópico son los anarquistas, que con justicia se llaman socialistas, y los socialistas reformistas, seguidores de hombres como Saint Simón, por ejemplo; pero los marxistas no pueden llevar otro nombre que el de comunistas.

De dónde proceden y dónde entroncan con Marx los comunistas.

El origen del movimiento comunista está en la primera concepción de Marx sobre la marcha de la evolución social. No se expresa categóricamente en ninguna de sus obras, sino que aparece dispersa en todas ellas, desde el «Manifiesto Comunista» de 1847 al «Capital» o al «Anti-Dühring».

Se lanzó en la etapa juvenil de Carlos Marx, y, sin embargo, hay en ella un cumulo tan asombroso de ideas, que maravilla su perspicaz sabiduría. Tanto, que hubo de decirse que toda la esencia de la sociedad moderna está contenida en el «Manifiesto Comunista», y ello es cierto, ya que, precisamente aquí, donde las ideas están expuestas de un modo menos lógico y razonado, agrupadas unas sobre otras, resalta más precisamente por esa falta de armonía externa la belleza de los materiales de la construcción, y es, a su vez, donde menos errores se ofrecen, habiendo, por el contrario, verdades nuevas, inesperadas e inauditas.

El propio «Das Kapital», obra a la que se estima producción gigantesca y única, cuando en realidad es una simple elaboración a base de detenidos informes de la situación económica del proletariado en algunas naciones, y producto del espíritu teutón, habituado a acumular datos e informaciones hasta la prolijidad, no supera ni casi iguala, en algunos instantes, a esta obra genial de juventud que Marx y Engels ofrecieron al mundo.

Marx es rotundo en estas sus primeras afirmaciones. El movimiento del proletariado ha de apoderarse de las nuevas fuerzas productivas de la sociedad. Y para hacerlo habrá de anular la constitución actual, y sustituir la propiedad y la producción privadas por el comunismo.

Las frases de las que los comunistas hacen su bandera y justificación son por demás categóricas y expresivas. Véanse:

«Los comunistas se diferencian de los demás partidos proletarios en que, por una parte, dentro de las distintas luchas nacionales del proletariado, representan los intereses comunes a todo el proletariado, independientes del espíritu de nacionalidad, los cuales tratan de imponer, y, por otra parte, en que, dentro de los distintos grados de evolución por que atraviesa la lucha entre la burguesía y el proletariado, representan siempre los intereses de todo el movimiento proletario.»

«Las máximas teóricas de los comunistas no se fundan, de ningún modo, en ideas y principios encontrados o descubiertos por este o aquel reformador del mundo, sino que son solamente expresiones generales de las condiciones efectivas de una actual lucha de clases, de un movimiento histórico que se desarrolla a nuestra vista.»

Los comunistas, que legitiman su procedencia directa del tronco de Marx, tienen a su favor esta doctrina, no destruida ni anulada, ni negada, por muchas y muy grandes que fueran las posteriores evoluciones.

Ahora bien. Veamos si tienen razón y si realmente fue dedicada para los comunistas esta iniciativa de Marx y si, por consiguiente, son ellos sus legítimos herederos.

La prehistoria del marxismo en las luchas sociales es interesante resumirla. Las primeras agitaciones revolucionarias de Alemania, en el período que va desde 1832 a 1834, son eminentemente radicales, pero burguesas. Ludwig Boerne refiere que fundaron una primera Sociedad, y algunos dependientes de comercio y unos cuantos artesanos, con una cuota de cinco céntimos mensuales, empleada en adquirir libros útiles, y contando con la fraternal adhesión de algunos estudiantes y periodistas, hasta el numero de 500.

Su republicanismo social no se apartaba, sin embargo, de la doctrina de Lammenais y estaba, por consiguiente, muy lejos de lo que Marx iba a significar. En el período de 1834, una durísima ley de Asociaciones impidió la continuidad pública de esta Asociación, que se transformó en secreta, cambiando su nombre por el de «Federación de los Desterrados», con una disciplina más severa, con grupos que se llamaban «tiendas» (lentes, zelte)

o chozas (hutten). El Comité ejecutivo era el hogar («Arren punkt»). Posiblemente había una ceremonia de iniciación, similar a la de la francmasonería, amenazando a los recibidos con la deshonra y la muerte en caso de traición, por lo que se estima que se trató de una logia irregular.

El fin de la Sociedad lo expone G. Adler diciendo que se proponía «la emancipación y la regeneración de Alemania y la implantación de los principios contenidos en la declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano, fin que solo podía realizarse por la instauración y el mantenimiento de la igualdad social y política, de la libertad, de la virtud cívica y de la unidad nacional, primero en los territorios de costumbre e idioma alemanes, y en los demás pueblos del mundo, después».

No se trata, por ahora, más que de una continuación de la lucha por el triunfo de los demócratas puros. Pero no tardó en aparecer una discordia, pues en el seno de esta Asociación había un núcleo de mayoría, formado por los comunistas o babouvistas y los cabetistas o partidarios de Entienne Cabet, el comunista francés, natural de Dijon, nacido en 1788 y muerto en 1856, y autor de la famosa utopía titulada «Viaje a Icaria».

Eran los babouvistas los más numerosos, llamándose así a los discípulos de Babeuf, el célebre revolucionario, anterior a Cabet, natural de San Quintín, nacido en 1760 y que, contando escasamente treinta y siete años, en 1797 fue ejecutado por pretender establecer el comunismo y conspirar contra el directorio.

La semilla de la discordia estaba, pues, lanzada. Y cada grupo encontró su caudillo. Los demócratas a Jacobo Vendey, un estudiante de Heidelberg, educado en la tradición del republicanismo jacobino, discípulo de Ludwig Boerne y de Lammenais.

Sus máximas sociales no eran, en modo alguno, partidarias de la negación de la propiedad, pues, aun afirmando que la única propiedad legítima era la adquirida por el trabajo, cada uno tiene el derecho de conservar su propiedad, sin la cual la propiedad sería inútil.

Únicamente la Sociedad debería intervenir para señalar los límites en que debía mantenerse la propiedad del individuo. Concepto es este que no se diferencia en nada del de Robespierre, en que se inspiró, a su vez, la Sociedad de los Derechos del Hombre, y que era el siguiente:

«Propiedad es el derecho que tiene todo ciudadano de gozar y disponer a su arbitrio de la porción de bienes garantizada por la ley.»

Venedey, sin embargo, evolucionó al conjuro de aquellos zapateros y sastres, oficios que daban mayoría en la Sociedad a la que pertenecía, y que le hicieron superar en mucho los principios de la Liga de los Derechos del Hombre, aunque sin tener aún una clara noción del antagonismo de clases.

El «leader» de las reivindicaciones proletarias, Teodoro Schuster, fue discípulo de Saint Sitnon y Sismondi, pero, ante todo, del proletariado francés. Schuster tenía una noción de la lucha de clases y del determinismo histórico, muy cercana a la que Marx había de ofrecer. El que se inició como republicano, empezó a vincular en la Monarquía, no ya un régimen político, sino todo un privilegio económico, y así escribe en el «Geoechtete» de 1854:

«Si se pretende que la luz ilumine al pueblo, es preciso que la revolución próxima no se limite a cambiar de rey, sino que derroque la Monarquía; bien entendido que la Monarquía no consiste en escudos blasonados ni en coronas reales: la Monarquía es el privilegio. Y el mayor de todos los privilegios es la riqueza.»

Y es entonces cuando Schuster, en esta evolución de su conciencia y en plan de buscar una solución o reforma práctica al problema diario, propone un proyecto completamente «lassalliano», proyecto que tal vez hubo de olvidar un tanto Marx en sus consejos revolucionarios a las masas, demasiado ocupad» con la lucha estratégica que habría de emprenderse, y con la conquista del Poder, y un poco olvidadizo de la creación de armas para esa lucha y de instrumentos con que recoger y encauzar el día del triunfo la propia producción capitalista.

Schuster propone para recoger las fuerzas inmensas y hoy destructoras de los hombres que engendra el maquinismo, el ponerlas al servicio de los que actualmente se ven aniquilados por su competencia por la asociación de los obreros en Cooperativas de producción, fundadas en concomitancia con el Estado».

Schester supone que en estos casos la emulación de los obreros para que los productos fueran de una cualidad inmejorable, y los demás factores

que intervienen harían que en breve:

«La república cooperativa, resplandeciente en el pleno ideal de su prosperidad, iluminaría los desiertos locales de las industrias muertas.»

Estamos, pues, en un paso hacia el comunismo, pero un comunismo con soluciones prácticas y eficaces. Y un comunismo que empieza por ser va revolucionario. Sin duda que el Estado se negará a aceptar esta solución pacífica de la cuestión social y que es, por todos conceptos, inútil esperar, como Fourier, el millonario filántropo, que el Estado realice espontáneamente el sacrificio necesario para la emancipación de los proletarios, y es entonces cuando Schuster, aun en la duda, aun en la cuerda floja de las cavilaciones entre sus prejuicios de burgués y republicano y sus anhelos de liberación de los oprimidos, propone si dirigirse, en principio, a los ricos por conducto de su representación gubernamental para que elijan, con conocimiento de causa, entre la paz que se les ofrece, o la guerra, inevitable si rehusaran aquélla:

«Si rechazáis las proposiciones conciliadoras; si, como en el pasado, contestáis con actos de grosera brutalidad a las modestas pretensiones del pueblo, tanto peor; pero no para el pueblo, cuya causa no puede perecer, sino para vosotros, los ricos. Vosotros mismos habréis querido en ese caso vuestra destrucción, y seguramente se realizará; no queréis la «reforma social», pues someteos a la «revolución social»

Lástima grande, no que Schuster llegara a este enunciado, que le honra porque es un triunfo sobre sus arraigados prejuicios de una educación burguesa, completamente adversa a las reformas que propugnaba, sino que mucho después que él, convencidos ya por los repetidos fracasos de la historia, de la inutilidad de ofrecer concordia a la clase poderosa, o de presentar el dilema de paz o guerra a los capitalistas, que se han negado en todo caso y como no fueran obligados por la fuerza a las soluciones de armonía, hayan actuado con la misma indecisión los partidos socialistas, inclinados a obtener por la reforma social lo que solo de la revolución social ha de esperarse; perdiendo tiempo, masa y energías, debilitando el fermento revolucionario y retrasando el triunfo que aspiraba conseguirse.

En suma, la Federación de los Desterrados acepta íntegramente la tesis comunista y se llama así. Claramente expresos están sus cinco

fundamentales conceptos:

1º El de la lucha de clases.

2º Una noción de la concentración de los capitales.

3º Una teoría de la proletarización progresiva, muy afín a la del «Manifiesto Comunista».

4º Una teoría de la revolución, que no deberá ser solamente política, sino social.

5º La creación de talleres nacionales cooperativos, pues aunque Marx no les conceda en modo alguno el valor de una panacea, se incluyen en el programa marxista como un medio eficaz de transición.»

La escisión temida se produjo. Los que seguían a Sehuster se separaron de la vieja Federación de los Desterrados, en 1836, y en 1840 constituyeron la Federación de los Justos, centralizada en París, y cuyo contingente numérico aumentó rápidamente.

La nueva agrupación, compuesta de obreros, tuvo ya una organización democrática y electiva. En la Asociación ejercieron influencia por igual elementos intelectuales que proletarios, aun dentro de su carácter secreto; pero entonces se inició ya con un carácter francamente comunista. Cada grupo de diez individuos formaba un municipio («*Commune*»); cada diez municipios constituían una región («país») Gau. La Asamblea central o «Halle» se componía del Comité ejecutivo, formado por los delegados de las regiones. El fin de esta Sociedad era ya claramente el de juzgar insuficiente una revolución política, siendo necesario destruir toda clase de privilegios. La Sociedad otorga deberes y derechos correlativos, que son:

«El derecho a la vida.

La existencia asegurada a condición del trabajo.

El derecho a la instrucción.

El derecho electoral y de referéndum.»

Y, por vez primera, en Sociedades habituadas a un excepcional respeto de la democracia, hay ya una alusión a la dictadura del proletariado,

diciendo:

«Pero estando corrompida la sociedad, se impone un saneamiento, otorgando al pueblo, durante algún tiempo, un poder revolucionario.»

He aquí, pues, como vemos, que de este programa babouvista conservó el «Manifiesto Comunista» de Marx y Engels: 1º La obligación universal del trabajo. 2º La instrucción universal obligatoria, y 3º La dictadura del proletariado.

Es entonces cuando aparece el último resto de los primitivos socialistas utopistas en la persona de Weitling. Su doctrina es muy distinta de la marxista, ya que es el último brote de la rama sentimental primitiva. Sin embargo, la supresión de la propiedad territorial y de la herencia, el plan social de cultivo y mejora de las tierras, la creación de ejércitos industriales y la teoría combinada de la educación y de la producción material, son ideas que transmitió al programa de la Federación de los Justos, donde las encuentra Marx, que las mantiene en el suyo, a título de medidas transitorias.

Marx no admite, sin embargo, la revolución como fórmula de aparición inmediata., a pesar de ello, la revolución sobrevino en los días 12 y 13 mayo de 1839, aunque fuera seguida de un fracaso, que hiciera perecer a la Federación de los Justos y a sus hombres más destacados, no sin que Weitling se refugiara en Suiza, para fortalecer los restos de la destruida Federación. Su sede se trasladó a Inglaterra, donde por primera vez Schapper, Enrique Bauer, Molí y el sastre Eccarius, denominaron ya grupo comunista de educación obrera, al que, en 1840, fundaron en Londres, donde conocieron a Engels en 1843. Desde entonces, este grupo fue objeto de las graves críticas de Carlos Marx y Engels, que habían rechazado ir, proposición de entrar en la Federación, y que únicamente se avinieron a cambio de redactar ellos el programa de la nueva organización, más concreto que aquel conglomerado de filosofía alemana y babouvismo.

Su cultura económica considerable les facilitaba la labor, y es entonces cuando Marx, que mantiene Sus relaciones con los grupos de Londres, inspirados por Engels, y los de Paris, que dirigía Ewerbeck, por medio de circulares litografiadas, lanzan la clave que habría de distinguir «para siempre» su doctrina de la anteriormente llamada a su vez comunista

y redentora del proletariado. En el manifiesto publicado en 11 de mayo de 1846 contra Hermann Kriege, el joven periodista wesfaliano que redactaba en New York la «Volkstribune», Marx y Engels se lanzaron en contra de la concordia posible de las clases sociales; de la fraternidad humana a que habían recurrido en sus inflamadas arengas sus predecesores en la conducción idealista de las masas, y poniendo fin a Tos románticos ensueños y utopías fraternales, lanzaron el concepto de ANTAGONISMO ENTRE LA BURGUESÍA Y EL PROLETARIADO.

La depuración del partido, la crítica sangrienta de los ineptos teorizantes, la negación del comunismo filosófico, la eliminación de todo sentimentalismo y, como principio y fin único de su programa, la lucha de clases como tangente realidad económica del mundo, agruparon a su lado a los supervivientes de la Federación de los Justos, y en la primavera de 1847, cuando Moll fue a París y a Bruselas, donde residían Engels y Marx, para proponerles de nuevo entrada en la vieja Federación, no encontraron motivo para rechazar su invitación, ya que Molí llevaba consigo la adhesión de los grupos ingleses al marxismo; y ellos, con el grupo bruselés de trabajadores alemanes, se adhirieron a la Federación y acudieron al primer Congreso, que se reunió en Londres en el verano de 1847, donde se adoptó clara y concretamente para la organización el calificativo de comunista, nombre con el que entró ya ésta en la historia de los movimientos.

Fue este Congreso quien encargó a Marx y Engels la redacción de un proyecto de manifiesto que concretase su doctrina, documento que quedó terminado en noviembre siguiente y en el que Marx y Engels condensaron todo lo que creyeron interesante conservar de los principios teóricos y prácticos, mantenidos por las agrupaciones anteriores.

La Federación se opuso a los restos de terminología masónica y de conspiración, y aun forzada a mantenerse secreta por las condiciones de algunas leyes de Asociaciones, tuvo siempre un carácter de seriedad y una enérgica disciplina de combate que le acreditaron en la historia del movimiento.

Al grito de la Federación de los Justos: «¡Todos los hombres son hermanos!», sustituyó el nuevo grito de guerra: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» La obra de Marx fue dirigida para los comunistas

teorizantes, que ya empezaban a admitir la dictadura del proletariado, tesis que él confirma.

Los que hoy sean parí ida ríos de la dictadura y de la lucha de clases, llámense socialistas o comunistas» tienen derecho a proclamarse herederos primogénitos .de Marx. No se trata, por consiguiente, del nombre. Y si los socialistas han vendido su primogenitura como Jacob a Esaú por el plato de lentejas de un intervencionismo falaz, resígnense a la pérdida de sus derechos de mayorazgo y no reclamen por supuestas suplantaciones.

Definición de la anarquía.

¡Qué horror! Así exclamarán los socialistas que lean estas páginas y que se hallen con el intento de la autora de conciliar algo que les parece opuesta, inadmisible y absurdo: el socialismo con la anarquía. El anarquismo es atacado por todas partes, se le reprocha rodo, desde la comisión de crímenes o asesinatos, la locura de sus partidarios, a la traición a los intereses obreros; todo. Pero el anarquismo, la anarquía, no son los anarquistas, y con ello no incluimos a todos, ya que se da la circunstancia de que hemos hallado los idealistas más apasionados, los amigos más fieles y generosos en militantes anarquistas. Por el contrario, la anarquía, para conocerla, hay que acatar la definición que de ella dan sus teorizantes. No se puede juzgar a un reo sin haberlo oído. Y aunque es esta costumbre de los socialistas, que rechazan cuanto ataca a sus dogmas, aceptando como tales las opiniones de sus hombres más destacados, como un intento de infalibilidad superior por lo grotesco al del romano pontífice, definamos la anarquía y oigamos a Proudhon, en la obra «¿Qu'est ce que la propicié?», página 212 y siguientes, Lacroix, 1873, París:

«Soy anarquista, aunque muy amigo del orden; soy anarquista en toda la extensión de la palabra.»

A buen seguro que estas frases arrancarán un gesto de asombro. Parece una paradoja. Anarquista y amigo del orden. Y es que nos hemos acostumbrado a juzgar la anarquía como el caos, como sinónimo del desorden, al través de las adulteraciones que dentro de su concepción inicial nos han llegado, y que no han de extrañarnos, pues sabido es que, iniciado un rumor o contado un suceso, a las tres o cuatro personas que lo narran a

su vez se han destruido tantos detalles, eliminado otros, cambiado nombres, trastrocado personas, etc., de tal modo que el primer propalador de la noticia no lograría, pese a sus esfuerzos, reconocerla. Pues bien; Proudhon, en la obra citada, página 216, añade:

«Anarquía, ausencia de dueño, de soberano, tal es la forma de gobierno a que nos acercarnos más y más rada día, y que la inveterada costumbre de tomar al hombre como regla y su voluntad como ley, nos hace considerar como el colmo del desorden y la expresión del caos.»

Diez años después, en su carta a Darimon, publicada el 14 de febrero de 1850, Proudhon enlaza sus ideas con la cita anterior, diciendo:

«Nuestra idea de la anarquía ha sido lanzada; el neo-gobierno conoce, como antes, la no propiedad. Es preciso, pues, que ahora maniobremos de un modo análogo. Después de haber negado la propiedad y la usura, nos hemos atrincherado de modo semejante; después de haber negado el Estado, debemos hacer comprender que se trata de realizar un movimiento progresivo de simplificación «usque ad nihilum».»

El gobierno del hombre por el hombre nunca es legítimo, siempre es ilegal y absurdo; prueba de ello, que para gobernar antiguamente se daba a los monarcas carácter de enviados de tos dioses y aun de dioses mismos; más tarde, el de Monarquías de derecho divino, y la degeneración que supone los regímenes democráticos de que hombres nacidos del pueblo y criados en el pueblo rijan y gobiernen a todos los demás ciudadanos, marca la última etapa del gobierno y el tránsito hacia el fin o la negación del gobierno del hombre por el hombre; pero este solo cesará cuando se acabe el régimen de propiedad. Las dudas de Proudhon habrían de hallar la solución que buscaba en el campo comunista libertario.

Anarquismo y socialismo no son opuestos, sino convergentes.

Hamón, a quien ya hemos hecho referencia, en su interesante libro, «Socialisme et anarchisme», ha sido quien se ha lomado un gran interés en hacer ver que el socialismo y anarquismo no son hechos opuestos, que no deben alejarse uno de otro como irreconciliables, y que no debe llegar la

disciplina de partido a ofuscarnos hasta el punto de estimar la anarquía como una doctrina burguesa por ser la exageración del individualismo. El anarquismo utópico tiene su origen en los socialistas pre-marxistas, de quienes tanto aprendió Marx, y aún hemos de aprender nosotros, a pesar del tiempo transcurrido. Aunque Marx intentó desviar la corriente hacia el socialismo científico, la ley de continuidad histórica de las ideas y de las doctrinas dio como resultado el que los utopistas de antaño se continuara en los que llevaron el nombre de anarquistas, y cuyo exponente hallan más di recta me rife en Proudhon, Kropotkine, Reclús, Merlino, Malatesta, Malato, Grave, Malla, etc., que, como los primitivos utopistas, hablan de socialismo y de anarquismo como sinónimos y se preparan para el triunfo de una sociedad socialista. Tanto es así, que la anarquía, en su fondo, no es más que una escuela socialista de carácter avanzado.

Barba lo, el condenado por los Consejos de guerra de Sicilia en 1894, al defenderse ante sus jueces militares, reivindicó a la anarquía como una escuela socialista que combatía bajo una bandera bien poco diferente de la suya. Bernard Shaw demuestra con su misma argumentación que el anarquismo no es más que una fracción del socialismo. El holandés Neuwenhuis, en su interesante obra, «Le socialisme en danger» (págs. 31, 33, 38), cuando era uno de los «leaders» del socialismo, declaró que la negación de la propiedad privada debía mirarse como el punto de partida común para los colectivistas (socialistas, comunistas, cooperativistas) y para los anarquistas. Y claro es que, existiendo un punto de contacto, las líneas de que se trata no son paralelas ni opuestas, sino convergentes. En el proceso de los anarquistas de Lieja que tuvo lugar en 1892, un elocuente defensor, el abogado Royer, afirmó que los ácratas sostienen la misma idea revolucionaria fundamental que los socialistas. No creo que demostrar teóricamente que habiendo antinomia entre la no existencia del Gobierno y la socialización de los medios de producción se siga que el espíritu humano sea incapaz de formar racionalmente una concepción semejante.

Hasta que esta incapacidad no se demuestre (lo cual es imposible), tenemos que admitir lógicamente que puede existir un género de doctrina que preconiza un estado con los medios de producción socializados. La concepción del anarquismo, comunismo, colectivismo, son, desde el punto de vista material y económico, socialistas, y desde el punto de vista moral y político, anarquistas. El anarquismo no niega la organización del trabajo,

como se ha pretendido, ya que, siguiendo las frases del libertario Ranc, lo que se tiende es a una «organización del trabajo, no por una fuerza extraña, sino constituyéndose en sí y por sí misma»; el anarquismo no niega la asociación; lo que respeta es la libertad y niega el borregato que impele a todos a obrar de idéntico modo, siguiendo los mismos preceptos; pero es el primero en hablar de federaciones libres, productores espontáneamente asociados, grupos autónomos de cooperación. Es más, el hecho tan divulgado de que la anarquía rechaza todas las leyes mientras el socialismo las necesita, no es cierto; el anarquismo comunista reclama las leyes imperiosamente, porque quiere que sean observadas de modo voluntario, sin coacción física, sin obligación coercitiva, sin violencia alguna que obligue a nadie a someterse a ellas como a órdenes imperiosas. Seguimos citando a Ranc, que afirma que:

«La anarquía es el contrato sustituyendo a la soberanía civil y el arbitraje al Poder judicial».

La última palabra en este asunto dudoso entre anarquismo y socialismo, la ha dado Robertucci, con la fórmula siguiente:

«La, anarquía es el complemento del socialismo. Ambas doctrinas no representan por concepto alguno una antítesis, sino que se completan de una manera armónica y se resuelven en una síntesis perfecta. Anarquía equivale a verdad, a libertad, y socialismo a verdadera igualdad. La primera se refiere a la cuestión política, y la segunda, a la cuestión económica.»

Entronque de sindicalismo, socialismo y anarquismo.

Establecida ya la sinonimia de socialismo y anarquismo, en cuanto responden a idéntica causa y en cuanto con buena fe se esfuman las posibles diferencias de matiz, quédanos el punto de solución más difícil. La identificación del socialismo con el sindicalismo, Es cierto que allí en 1907 hubo en París una O inferencia donde se expusieran los más diversos criterios sobre cuestión tan vital y de tan gran interés.

Lagardelle destacó en ella su criterio, fundado en un apotegma esencial. Si la lucha de clases es el contenido teórico del socialismo, se

puede decir que lodo el socialismo está contenido en el sindicalismo, va que fuera de este no hay lucha de clases, porque ésta dignifica una ruptura total entre el proletariado y la burguesía por sendos mundos que tienen una noción distinta de la vida.

Pero el socialismo parlamenta rio o de partido político ha vivido de la ilusión, ilusión engañosa, por cuanto no es real, de que los partidos son la expresión política du las clases, cuando Son, por el contrario, de los defensores de una idea determinada por mezcla de elementos que provienen de todas las categorías sociales, en tanto los Sindicatos son la expresión genuina e inconfundible de las masas obreras unidas para cumplir sus anhelos de verdadera emancipación. Prueba de este argumento, dos hechos:

1º Los partidos socialistas no son partidos de clase, y sus dirigentes mismos no desean que sean partidos de clase. 2º El sindicalismo es genuinamente anti-intelectualista, porque es propiamente clasista o de obreros, y llega en su apreciación del espíritu de clase, a negar la existencia del técnico, Y así, dice Sorel en su capítulo «Sindicalismo e intelectuales». Los intelectuales tienen intereses profesionales y no intereses generales de clase, y esos intereses profesionales serán lastimados en gran medida por la revolución proletaria. Una división más estricta de funciones permitiría, como en Inglaterra, concentrar un pequeño número de técnicos, muy sabios y muy experimentados, el trabajo que hacen mal ingenieros demasiado numerosos. Por otra parte, y Sorel se dirige directamente a los intelectuales, los que están descontentos, mal pagados o sin ocupación, han concebido la idea genial de imponer el término impropio de «proletariado intelectual», con lo que imaginan introducirse con maña en los rangos del proletariado industrial. Y Sorel se refiere con dureza a su actuación de profesionales de la política, al decir que los intelectuales quieren persuadir los obreros de que su interés es encumbrarlos al Poder y aceptar la jerarquía de las capacidades, que pone a los trabajadores bajo la dirección de los hombres políticos. Esclavitud ésta contra la que protesta el espíritu genuinamente proletario, ge monamente sindicalista que nosotros defendemos en este libro, al decir: «Marx, como todos, quiso hacer una revolución de arriba abajo, por el despotismo ilustrado y su práctica, todo por el pueblo y nada por el pueblo.» Es preciso que el pueblo haga por si, que no tolere que otros le guíen, sino que se guíe a sí mismo. Lo propio que confirma Sorel al decir

que los intelectuales asimilan los sentimientos que corresponden a la lucha de clases a lo que uno de ellos llama el odio creador.

Por el contrario, Kaulsky indica que el socialismo no puede dejar de admitir en su seno a los intelectuales, con lo cual señala la que podrá juzgarse como una valla de oposición irreductible.

Esto demuestra que el entronque del sindicalismo con el socialismo no puede realizarse con el socialismo parlamentario o de partido político a que estamos habituados, pero ello no niega que no pueda llevarse a efecto con el socialismo marxista, prescindiendo de este matiz que se le ha dado posteriormente, ya que esta intromisión intelectual en los partidos socialistas, la creación de esa burocracia en el seno de las organizaciones sindicales, que crean una burguesía y una aristocracia dentro de nuestro proletariado militante, el hecho de forjar lo que Sorel define con acierto como la «dictadura representativa del proletariado», ha sido ya acogido con gestos de rebeldía por fas masas proletarias. En la parte de Sus «Saggi», que había sido sometida a Engels, escribe Labriola estas excelentes palabras:

«El comunismo crítico no fabrica las revoluciones. No es un colegio en el que se forme el Estado Mayor de la revolución proletaria, sino solamente la conciencia de esta revolución y, ame lodo, la conciencia de sus dificultades. La masa de los proletarios no atiende ya a la palabra de orden de algunos jefes, ni regula sus movimientos por las prescripciones de capitanes que sobre las ruinas de un Gobierno podrían levantar otro. Sabe o comienza a comprender no resultará nunca de las revueltas de una masa conducida por unos cuantos.»

El sindicalismo toma a la clase obrera en aquellos puntos en donde propiamente se ofrecen en condiciones de luchar en los Sindícalos y constituye con ellos y prescindiendo de toda atracción, exactamente igual que preconizaba Marx en su primer período, razón por la cual decíamos que los sindicalistas son hijos directos y legítimos de Marx — los Sindicatos, Federaciones, Bolsas de Trabajo, *etc.* —, destruyendo con ello la obra de difusión de clases, de coordinación y concordancia, que persigue la pseudo-democracia burguesa.

Pero no es extraño que el sindicalismo se haya «parado irreductiblemente del socialismo parlamentario o reformista, que no quiere

decir — tenemos interés en resaltarlo — el verdadero socialismo. En Francia, en Italia, por ejemplo, cuando en la máxima realización del régimen democrático, la clase obrera vio incorporarse al Estado a los hombres que preconizaban la revolución, y que el gobierno democrático apenas modificaba las relaciones de clases, se ha retirado escéptico a sus Sindicatos, y se ha orientado en estos nuevos aspectos de lucha genuinamente sindicalista. Y es que, por un proceso inevitable, como dice mi buen amigo Hernández Catá:

«Si no siempre las revoluciones devoran sus hijos, conforme proclamó el girondino, siempre los gastan. Así se ve a menudo que, revolucionarios que convivieron, por razón de la propia con tienda, con los poderes a quienes querían exterminar, concluyeron por habituarse a ellos, por parecerse a ellos, del mismo modo que la parte convexa y la cóncava de un troquel son al par opuestas y semejantes, Pero no es menos cierto que, al triunfar sus revoluciones, el involuntario mimetismo de su anterior lucha, unido a la fatiga, los pone a merced de otros hombres más jóvenes, más nuevos, que con relativa facilidad les arrebatan el dominio.»

Y es que hay una realidad indudable. No se puede predicar la revolución y gobernar sin haberla, hecho.

El socialismo ha perdido su espíritu inicial. Arturo Labriola, marxista competente, combate el aspecto político adoptado por el socialismo. Porque en el momento en que, perdido el interés por las cuestiones económicas de los proletarios como productores, nos interesábamos por las cuestiones políticas de los proletarios como ciudadanos, el socialismo se ha convertido en una «democracia social», ese fenómeno del que, hablando Labriola, lo comentaba diciendo que «había solido excitar la dulce hilaridad de aquel prosaico economista que se llamaba Carlos Marx».

La unión del socialismo y el sindicalismo está precisamente, no en lo que recomendamos para la formación de un frente único sindical y aun político, en la, concordia, sino, por el contrario, en la absorción por las fuerzas sindicales en el germino sentido del término col contenido socialista. El sindicalismo, y con ello nos referimos al neo-marxismo, a esta superación aparentemente trivial, pero importantísima del marxismo, crece y se desarrolla en Esparta, como en el mundo, porque es el estadio superior

que sustituye al socialismo en el grado de superación tic valores de esta escala inmutable de sobreactuación. No en balde define Civera el sindicalismo con esta afirmación poética, y, a pesar de su tono, veraz:

«El sindicalismo es como un rejuvenecimiento del pensamiento socialista y como un claro despertar después de Su sueño dogmático.»

No es extraño, pues, que el ácrata español Mella, en su opúsculo sobre «La anarquía en la ciencia y en la evolución»:

«El principio anárquico triunfa hoy definitivamente en el campo socialista.»

Y, a su vez, el libertario portugués Maia, en su folleto «Da propiedade», no vacila en escribir:

«La doctrina de la Internacional se resume en las dos afirmaciones más importantes del socialismo moderno: anarquía y colectivismo.»

El francés Faure, en su obra «Le doleur universelle», considera su doctrina anárquica como socialista. Acerca de ello, el belga Grave publicó un libro titulado «Les temps nouveaux», donde prueba que:

«Los anarquistas son los verdaderos socialistas, por ser los legítimos y directos herederos del socialismo antiguo.»

Esto es por lo que González Blanco dice con acierto que como la mano pertenece al brazo, el anarquismo pertenece al socialismo.

El entronque de comunismo, anarquismo y sindicalismo.

Hamón ha reunido, en su interesante obra «Psychologie: du Socialiste anarchiste», los interesantes extractos de 170 autores, con sus biografías, todos ellos socialistas militantes. Entre ellos se encuentran hombres que profesan doctrinas muy diversas, pero en todos ellos, como observa Lebon en su «Psychologie du socialisme», II, III, 2, los sectarios de los variados aspectos del socialismo (y al hacerlo comprende desde el simple colectivismo al anarquismo más negativo) hacen alarde del mismo odio contra la sociedad, el capital, la burguesía, y proponen medios

análogos para suprimirlos. Las diferencias desaparecen absolutamente. Los más pacíficos quieren, sencillamente despojar de sus riquezas a los que las poseen, y los más belicosos se obstinan en que esta expoliación vaya seguida de un exterminio de los vencidos. Pero la anarquía, a pesar de lo negativa y caótica que se la juzga, ha hecho acercar bruscamente a los revolucionarios partidarios del llamado socialismo de Estado a una concepción comunista federal que ha destruido el individualismo.

Vamos a ver cómo el proceso de concordia lo va a operar, no un criterio socialista, ni comunista, ni anarquista, sino un criterio individualista y burgués sin duda alguna, el de Herbert Spencer, que, en sus ti Principles of Sociology», pág. 571, vol. II, donde halla la comunidad de intereses de las opuestas doctrinas diciendo:

«Más o menos completamente, la doctrina de los colectivistas, socialistas, comunistas, anarquistas, ignora la distinción entre la ética de la vida familiar y la ética de la vida exterior a la familia. En unas formas, por completo, y en otras, en cierta medida, extiende el régimen familiar a la comunidad en absoluto.

Vernos cómo un factor negativo, que el elemento burgués de Spencer es el primero en sacar a luz en la reacción ríe la masa, el de la ausencia de distinción entre la ética familiar y social, ha venido a revelar el proceso común, la extensión del régimen familiar a la sociedad, la conversión de la sociedad en una gran familia, punto de coincidencia de ataque de los elementos de clase, aun de los que aparecen más dispares.

Posibilidad de combinar las tácticas.

La posibilidad de combinar las tácticas es tal vez el punto que más imposible se juzga, ya que, no en balde, se ha dicho repelidas veces que, difiriendo los partidos, va que no en programa, en táctica, combinar éstas es labor que supera a la inteligencia del hombre. No es, sin embargo, tan inaccesible. Los consejos que, en 1860, daba Proudhon a Chaudey para la redacción del «Courrier de Dimanche», nos ofrecen un ejemplo de ello, Proudhon anarquista, no hubiera vacilado en adoptar las condiciones 1.ª y 8.ª de adhesión a la III Internacional, propuestas el 26 de julio de 1920 al partido socialista francés por la oficina de Moscú, y que tanto hicieron

retroceder a buen número de elementos, en particular de los socialistas, que tenían menos motivo que ningún otro para renunciar a una acción conjunta con los comunistas y desde luego estaban más próximos a ellos que los anarquistas. Proudhon dice así:

«Desconfiad de la pequeña oposición, no discutáis con el despotismo y no dejéis hacerle creer que tomáis en serio su legalidad y que venceréis ateniéndoos a ella. Os rebajaríais, y el mejor día, sin daros cuenta, os encontraríais en peligro y humillado. Bajo un poder despótico, nada más fácil que hablar de cosas sobre las cuales está prohibida toda censura, y frente a ellas, el único recurso es el silencio. Se realizan actos de opinión y aun dv oposición, se lisonjea uno de mantenerse independiente, se apela a mil supuestos secretos y a mil pequeñas rúbricas, se toman precauciones oratorias, se hacen concesiones insinceras, y el rebrillado es que, después de haber hablado precaria y desacertadamente acerca de todo, se hace ganar la causa al adversario. Quien quiera atacar a la política burguesa con armas iguales, no acabará en cien años, y de aquí a entonces, como dice el fabulista, habrá muerto todo el mundo, y la sociedad se hallará en decadencia. Lo que se necesita para triunfar, es la guerra enérgica, es la Prensa clandestina, es la reprobación manifiesta, es la conspiración constante.»

Y destaquemos un último punió. Quien quiera atacar a la política burguesa con armas iguales, no acabará en cíen años. Los que hablan de las ventajas del intervencionismo político por el privilegio de esta igualdad de medios en la lucha, pueden meditar en estas frases de Proudhon. Tal vez esté en lo cierto. A lo menos, el arma igual no da el mismo rendimiento en manos de quien lo ha utilizado siglos para ejercer su despotismo que en las de quien ha sufrido los influjos de ese despotismo y tiene débil la mano e inseguro el pulso para poder obran Yo no me muestro contraria al intervencionismo político; creo que la acción debe combinarse con la actuación revolucionaria, intensiva, la Prensa legal y reconocida con la Prensa ilegal, la intervención política con la conspiración, El proletario tiene que conquistar mucho, no puede limitarse a emplear un arma única. Debe utilizar todas las que tenga a su alcance, Y únicamente entonces tendrá algunas posibilidades de triunfar de sus enemigos. No olvidemos que éstos son poderosos y la lucha es difícil: el proletariado es numeroso, pero débil, y ningún medio, aunque ello sea también apotegma jesuítico, puede

ni debe renunciarse, siempre que no vaya en contra de la moral individual y colectiva y de la disciplina revolucionaria que impide la adopción de compromisos injustificables para conseguir el fin de emancipación social propuesta.

Socialismo, comunismo y sindicalismo en el Estado Ruso.

Rusia, a la que se ha definido como un Estado no socialista, sino entregado a las garras del capitalismo de Estado, monstruo acéfalo que en modo alguno representa los principios programáticos del verdadero comunismo, es, a pesar de todo, un Estado genuinamente socialista, con arreglo a la definición del propio Antón Menger, uno de los socialistas más reformistas, que comprueba, sin embargo, que la solución rusa es la que genuinamente responde a la ideología socialista. Se trata del Estado al que Menger define (véase el «Estado socialista», pag. 47) como:

«la verdadera organización socialista, en el sentido más restringido de la palabra».

En los medios de consumo se distribuyen desigualmente, según la posición del individuo en el Estado, la producción y el trabajo que ejecuta. Solo desaparecerán por la limitación de la propiedad privada, únicamente a los objetos de consumo, las desigualdades determinadas por la posesión de la guerra del capital y del derecho de herencia a ellos unidos; desigualdades que, en la actual organización, superan a todas las demás. Las aspiraciones de los hombres a mejorar sus condiciones económicas, que hoy se consideran como el impulso más poderoso del progreso económico, continúan también en dicha organización social ejerciendo su acción y hasta la organización jerárquica de la sociedad, a la que está acostumbrada desde hace millares de años, podrá subsistir cambiando de forma.

¿No es cierto que el Estado ruso responde, en un todo, a la concepción del Estado socialista, que Menger definía como tal? He aquí, pues, cómo se opera el milagro de hacer compatible el socialismo con el sindicalismo en un mismo régimen unido bajo la denominación común de comunista, cómo la labor armónica que pretendemos emprender con este libro se lleva a la práctica de un modo automático en la primera revolución

que se ha realizado no solo con carácter genuinamente proletario, sino con muestras de verdadera eficacia.

¿Es posible la formación de un frente único?

Hay que distinguir entre trente único de tipo sindicalista y frente único de tipo político, De desear sería que los organismos políticos que defiendan a la clase trabajadora se fundieran en uno solo, tic forma armónica, enfrente de los intereses burgueses Pero como ésta es labor más lenta y que además podría ser perjudicial, porque contribuiría a anular el derecho a pensar y elegir de los propios trabajadores, nosotros creemos que cabría un frente único de relaciones de cordialidad entre los proletarios de partidos políticos talos como el socialista (bien entendido o marxista) y comunista, y aun la obligación que repetidas veces se ha impuesto en las campañas electorales de no hacer contra a las candidaturas presentadas por uno u otro partido, presentándosele, por el contrario, el apoyo requerido en cada caso. Hablamos, pues, de frente único, sin mengua de la independencia personal y colectiva.

Ahora bien; en cuanto a frente único sindical, creo que la situación es más grave y la necesidad de una solución armónica más urgente. Deslindando por completo el terreno de los partidos políticos de la lucha sindical, alejando a la Unión General de Trabajadores de la influencia socialista, como a la Confederación Nacional del Trabajo de la influencia anarquista, los puntos de contacto serían tantos y tan múltiples, que facilitarían en grado sumo la labor. La misma Internacional de Ámsterdam o II Internacional, en la Conferencia de Budapest, en 1911, acordó:

«Para realizar su finalidad, el sindicalismo debe agruparse en el terreno económico de la lucha de ciases, sea cualquiera la tendencia que le divida, trabajar con el mayor esfuerzo para desechar toda cuestión personal, anteponiendo a esto la unidad obrera en todos los países,»

Al acordar la reconstrucción de la Internacional Sindical, en 2 de agosto de 1919, la declaración de principios de ella contenía el párrafo siguiente:

«La Internacional Sindical declara que el trabajo no debe ser mercancía, pues es la función más noble de las sociedades modernas; en consecuencia, los productores deben perseguir la destrucción del salario, de la explotación del hombre por el hombre, consecuencia de una concepción desaparecida ya en virtud de la evolución humana, y a poner en poder de los productores la dirección y gestión de las fuerzas de la producción.»

Creemos que con estos puntos, de táctica el primero y de teoría el segundo, estará conforme lo mismo el más reformista afiliado a la U. G. T. que el más inquieto revolucionario de la C. N. T. Siendo así, ¿qué causas pueden dificultar la unión? Cuando ésta se intentó, en 1919 y 1920, el Comité de la Confederación juzgaba incompatible para la unión el acuerdo adoptado por la U. G. T, de seguir perteneciendo a la Internacional de Ámsterdam, en tanto ellos hablan ingresado en la de Moscú, «con lo cual, afirmaban, es casi inútil intentar toda aproximación».

Esto, sin embargo, no es ni puede ser obstáculo.

No basta con declarar, como lo hizo la U. G. T. en su contestación, que este particular siempre habría de ser resuelto en definitiva por un Congreso nacional de las fuerzas fusionadas. Hacer depender del número y por escasa diferencia seguramente el triunfo de una u otra central sindical internacional, me parecería injusto, por el desamparo en que dejaba a la minoría, tan importante y digna de defenderse en sus intereses como la mayoría triunfante, ya se tratara de la Unión General, ya de la Confederación. El ERROR de la III Internacional está en depender exclusivamente de la orientación comunista. Esto no es, en modo alguno, lo que debe hacerse Internacional Socialista, bien está; Internacional Comunista, bien, en tanto no se llegue a un acuerdo por transigencia mutua. Pero Internacional Sindical de Ámsterdam e Internacional Sindical de Berlín, no. Este es un error que purgará el pobre proletariado mundial.

Los sindicalistas disconformes a su vez con la orientación de Moscú, han iniciado una IV Internacional. ¿No pudría ser una base para la formación de una única gran central sindical internacional, que fuera la continuación tic la primitiva Internacional, que inmortalizó el nombre de Marx? Crear una tercera central en discordia es un error aún mayor. Si es difícil unir dos centrales, ¿cuántas mayores dificultades no habrá cuando se trate de unir tres o más organismos similares? Renuncien los socialistas,

comunistas y anarquistas a su influencia intervencionista sobre las organizaciones sindicales. No se fije una práctica previa y predeterminada, que haga retroceder a los amigos de la acción directa o a los partidarios de las soluciones pacíficas. Déjese esto, sí, a los acuerdos de la mayoría y a las experiencias que se saquen de cada caso. Se prescinda, en todo cara, del intervencionismo sindical, en virtud de ese principio inmutable de la lucha de clases. Déjese en libertad a los afiliados de sindicarse o no en los movimientos políticos y partidismos existentes, pero que no se vaya a la central sindical a imponer una láctica socialista, una táctica comunista o una táctica anarquista, ya que no se traía de llevar representantes al Parlamento o de conquista de los medios económicos de producción y de cambio.

Creemos que la posibilidad del frente único sindical será rara vez mayor en un plano de transigencia. Y recordamos, por ejemplo, que los acuerdos del XIV Congreso de la Unión General de Trabajadores, de 1920, podrían muy bien ser hoy las bases de esta unión. El Congreso acordó lo siguiente:

«El Congreso acuerda lo siguiente:

1º El XIV Congreso de la Unión General de Trabajadores, por las razones anteriormente expuestas, declara esencial la fusión en una solo de todos los organismos obreros que, reconociendo la lucha de clases, se hallen dispuestos a emplear cuantos procedimientos aconsejen las circunstancias para la más fácil y pronta consecución de sus aspiraciones.

2º Teniendo en cuenta que los faustos sucesos ocurridos en el mundo, y principalmente en Europa, han contribuido eficazmente ti dar un pensamiento más claro y también más uniforme al proletariado español de su problema, como clase explotada, el XIV Congreso de la Unión General declara que no deben existir divergencias en lo que al contenido ideológico de la organización obrera se refiere, como evidentemente lo prueba la declaración de principios que en este Congreso se Ha acordado.

3º En lo que a táctica y procedimientos se refiere, el XIV Congreso de la Unión General de Trabajadores declara que la primera debe tener la flexibilidad necesaria para que sea aceptada sin menoscabo por todas las organizaciones obreras. Los procedimientos de lucha no deben ser objeto de reparo por el Congreso, por cuanto la Unión General de Trabajadores

aceptó siempre y acepta ahora los que contribuyen a lograr el triunfo de los trabajadores.»

Volver a hablar de si fue la Confederación la que Se negó at pacto, de sí la Unión lo traicionó, de si hubo engaño, de si hubo mala fe, nos parece inútil y perjudicial. Creemos, sin embargo, que no hubo, a lo menos, exceso de mala fe.

Porque, en el pacto circunstancial de relaciones de concordia que siguió a este Congreso, aun sin responder a los deseos expresados categóricamente por la masa trabajadora, se avinieron los tres afiliados nombrados por la Confederación a tomar parte de una Comisión directora con tres elementos de la Unión General y tres del Partido Socialista, esto es, aun sabiendo que en problemas de táctica iba a haber mayoría a favor de la táctica de la U. G. T. y que el Partido Socialista, como partido político, no tenía obligación do intervenir, en buena lógica, por muy armónicas que fueran sus relaciones con una u otra central sindical, en los asuntos puramente corporativos de las Sociedades de resistencia.

El acuerdo hubiera sido mucho más fácil, si se hubiera prescindido por completo de esta influencia de la política, que ha llegado a un confusionismo entre la U. G. T. y el Partido Socialista, que han sido y deben ser dos cosas completamente distintas, aunque sus relaciones mutuas sean de la máxima cordialidad. Cuando, en 3 de septiembre de 1920, estando Besteiro en Barcelona, se le hizo la manifestación por los sindicalistas de que los compañeros que están al frente de la Unión General para facilitar la fusión dejasen los cargos políticos, Besteiro contestó que:

«no teniendo personalmente apego a los cargos, creía que eran necesarias representaciones políticas, como socialistas que son, aun admitiendo la conveniencia de la división del trabajo de modo que no estén acumulados los cargos políticos y los directivos de la organización en la misma persona».

La solución hubiera sido inmediata, si el Partido Socialista, como tal fían ido alejado de su influencia en la U. G. T. mantuviera las representaciones políticas por fidelidad a su programa, en tanto los directivos de la U. G. T. fuesen obreros que llevasen la responsabilidad única de la dirección de este organismo, prescindiendo de su filiación

política para dedicar su tiempo y actividades única y exclusivamente — aun siendo socialista — a los intereses de defensa corporativa de la clase trabajadora. Si todos hubiéramos aprendido a deslindar esta influencia política de la actuación sindical; si hubiéramos respetado los acuerdos iniciales y programa de nuestra Unión General de Trabajadores de APOLITICISMO; si los socialistas no hubieran tenido interés en controlar con su nombre, con su capacidad personal, las organizaciones obreras; si el acuerda manifiesto de 5 de noviembre de 1880 a que en otro lugar hacemos referencia, no se hubiera violado a partir de la Conjunción Republicano Socialista, en que aconsejó a fas secciones que votasen la candidatura del Partido Socialista en las elecciones de diputados a Cortes, nos hallaríamos despojados del pesado lastre de esta historia sindical unida a un movimiento político — por muy bueno y eficaz que fuera este movimiento — y las divisiones perniciosas de la clase trabajadora, que sirven y favorecen de un mudo tan directo los anhelos de la burguesía, habrían desaparecido.

Ahora bien; un último concepto Se nos dirá — ya se ha dicho, y por ello lo recogemos — que los sindicalistas llenen abiertas las puertas de la Unión General para entrar en ellas. Se ha dicho (lo acordaron en el Congreso de 1919) que lo que corresponde a la Confederación es la absorción de los elementos de la Unión General de Trabajadores (acuerdo de 13 de diciembre del arto indicado).

Abandonar esto así, es tanto como no llegar nunca a la fusión deseada. Ni absorción do unos ni de otros.

«No hay tal problema, y se llegará al frente único mediante la capacitación de la clase trabajadora.»

Así dice Manuel Cordero, en un acto de afirmación sindical celebrado recientemente en la Casa del pueblo madrileña. Coincidimos por esta vez con el criterio de Cordero. El frente único no es ya un problema. La masa está ya lo bastante capacitada para comprender la urgencia inaplazable de la unidad sindical. Pero, desgraciadamente para Cordero, lo hará prescindiendo de sus actuales dirigentes. He ahí, señor Cordero, los peligros inherentes a la capacitación. Regístrelo, sin embargo, como un fausto memorable. Es la primera vez que las masas han obedecido ciegamente sus palabras. Peligro con el que sin duda no contaba quien está habituado a ver que hacen exactamente lo contrario de lo que aconseja.

Frente único de armonía sindical, en plan de transigencia de las dos centrales sindicales, con las propias bases expuestas por la Unión General a que ya hacemos referencia. Solución idéntica en el aspecto internacional. He ahí el medio indirecto de que, en buena armonía, conociéndose mejor y más a fondo, sin turbias interpretaciones ni ambiciones partidistas, prescindiendo de toda influencia socialista, comunista o anarquista, insensiblemente la Unión General y la Confederación perdieran su personalidad hasta convenirse en una agrupación única, que no llevaría el nombre de ninguna de ellas para que rio se interpretara como triunfo de una u otra tendencia, sino otro formado de ambos y que muy bien pudiera ser el de CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES DE ESPAÑA.

Fórmula útil.

Allá por el año de 1899, los socialistas empezaron a darse cuenta, por primera vez, de los peligros de la división proletaria y de la necesidad de una organización conjunta En todos los países empezaron a realizar actos de concordia y unión. En Francia, desde el mes de noviembre de 1898, bajo la iniciativa del Partido Obrero Francés, el Partido Socialista Obrero Revolucionario, la Federación de Trabajadores Socialistas de Francia y, poco después, la Confederación de Socialistas Independientes, se sumaron a la campana. Más de 1.500 Sindicatos obreros y Cooperativas se representaron en el Congreso de diciembre de 1899. Todos comprendieron que las antiguas divisiones debían desaparecer, ya que no eran más que la consecuencia subjetiva de la diversidad de temperamentos, de los medios y de Tas circunstancias, y no como se les había dicho y se nos ha hecho creer a su vez a nosotros, el resultado de principios opuestos. Al nombrarse el Comité general del Partido adamado por todos, se dijo en el acto de constitución:

«Él partido socialista está fundado sobre la base de los principios inscritos en la fórmula de convocatoria del Congreso.»

Esta fórmula, perfectamente utilizable hoy, a pesar de los años transcurridos, es la siguiente, que brindamos a los proletarios de buena fe;

«Inteligencia y acción internacionales de los trabajadores; organización política y económica del proletariado como partido de clase,

sin otra intervención activa que la conquista completa del Poder y la socialización de los medios de producción y de cambio; es decir, la transformación de la sociedad capitalista en una Sociedad colectivista y comunista.»

Esta fórmula podrá ser bien orientada en el campo do acción, donde vendrán a reunirse y concordarse, libre, disciplinada y solidarizadamente ante el común adversario todas las fuerzas, sacrificios y esperanzas del proletariado.

El dilema está entre tres internacionales.

La actuación internacional del proletariado está resumida en tres centrales sindicales.

La Primera internacional es de tinte que participa a la vez de contenido marxista y bakuniano La rivalidad entre Bakunin y Marx fue la causa primordial de su disolución. Va en el Congreso de La Haya se decidió su traslado a New York, y desde entonces declinó rápidamente, Vino un período de calma, basta 1902, en que los secretarios de algunas centrales socialistas decidieron reunirse en Stuttgart. Allí se resolvió que la colaboración era necesaria, y se creó una Oficina Internacional, punto de partida de la Federación Internacional de los Sindicatos.

En Dublín, en el año 1903, la C. G. T. fue quien trató de imponer sus doctrinas a otras organizaciones reunidas en el mismo Congreso. En 1905 trata de hacer que se adopten resoluciones preconizando el antimilitarismo y la huelga general (que también fueron rechazadas). Es entonces cuando expone la Confederación la doctrina de que en vez de una simple Oficina Internacional, se formara una amplísima Confederación General del Trabajo internacional

Llegan después dos Conferencias, una que se celebra en Londres en 1911, y otra, en Leeds, en 1916; pero es necesario que la guerra termine para que llegue una nueva reunión en Berna, a la que llaman Conferencia Internacional de los Sindícalos, que debía realizarse algunos meses más tarde, en Ámsterdam, es así cuando surge y se constituye, bien tarde, por

cierto, la II Internacional, cuya procedencia directa de la primera es difícil de probar, en cuanto, hija póstuma de aquélla, sufrió tantas transformaciones antes de llegar a su nacimiento.

La II Internacional ejerce un influjo decisivo en la constitución del Bureau International du Travail y de la Société des Nations, organismos genuinamente conservadores, hasta el punto de que, mientras esta última es el órgano de enlace de los intereses internacionales de la burguesía de los distintos países, el B I T. sigue una marcha paralela y abandona casi en absoluto la perspectiva revolucionaria. Se ha constituido, pues, la que ha de llevar el nombre de II Internacional, Internacional de Ámsterdam o Federación Sindical Internacional. A raíz de la proclamación de la República Soviética, el Gobierno soviético denunció, por su con se realismo, a la II Internacional, calificándola de amarilla. La III Internacional Comunista constituyó en 1920 la Internacional Sindical Roja (I. S. R.). A partir de 1917, se había formado un Comité de Defensa Sindicalista, compuesto de minoritarios, hostiles en su actitud hacia la Confederación General del Trabajo, la formación de la C. G. T. U, escisionista, que se adhirió al partido comunista y prestó su adhesión a I. S. R, (filial de la Internacional Comunista), no había satisfecho los deseos de este Comité, punió este en donde tiene su origen la IV Internacional.

De actitud más audaz que la C G T. francesa, fundida en la Internacional de Ámsterdam, pero deseando una autonomía sindical, que la C. G. T U. no admitía por su sumisión a la actuación comunista, si hallaron posibilidades de organización de una nueva Internacional en la Conferencia Internacional preliminar que se celebró en Berlín en julio del año 1922, Muchos delegados, en especial de América del Sur, asistieron a esta Conferencia, donde se intentaran buscar puntos de contacto con la Internacional Sindical Roja y, de no entenderse, crear una nueva Internacional. Asistieron delegados de la C. G. T. U, pero no lograron llegar a un acuerdo, y lo mismo Andreiev, secretario de la Roja, que Tomsky, que asistían en nombre de aquélla, hubieron de retirarse. Y entonces se constituyó la IV Internacional, que recuerda a la primera en sus prácticas, en su programa y hasta en su denominación, tomando, como aquélla, el nombre de Asociación Internacional de los Trabajadores (A. I. T. en anagrama).

Esta Internacional o sindicalista, como se le ha llamado, como si ello equivaliera a un término despectivo, cuando sindicalismo no quiere decir otra cosa que acción económica de los Sindicatos en defensa de sus intereses, prescindiendo de toda actuación política, es sin duda, la representación del movimiento sindical puro.

En el preámbulo de sus Estatutos se indica:

«La doble tarea del sindicalismo es la siguiente:

por una parte, persigue la lucha revolucionaria por el mejoramiento económico social e intelectual de la clase obrera en los cuadros de la sociedad actual. Su objetivo final es el de elevar las masas a la gestión independiente de la producción y de la distribución, así como la toma en posesión de todas las ramificaciones de la vida social.»

La nueva Asociación, que es, a nuestro modo de ver, aun siendo la menos nutrida de fuerzas, hasta ahora, la más próxima al verdadero espíritu del sindicalismo independiente de la acción política, se organiza a base de un sistema federal, de abajo arriba, en el sentido que preconizamos en el nuevo marxismo por la unión libre de todas las fuerzas sobre la base de las ideas y de los intereses comunes.

La Asociación Internacional de los Trabajadores expresa una magnífica verdad de la lucha de los trabajadores llevada a efecto por los mismos trabajadores prescindiendo de la actuación política, ya que tanto error comete la Internacional de Ámsterdam permitiendo su impregnación de espíritu socialista, como la Sindical Roja, cuyo espíritu es mixtificado por la actuación del bolchevismo. Defensores del socialismo, defensores del comunismo, deben comprender que, en la práctica sindical, lo que interesa no son tas ideas políticas del trabajador, ni menos el que éstos sean la masa sobre los cuales se cree la opinión a los partidos políticos de clase, siempre más reducidos de número, sino la actuación económica y en defensa de sus intereses de los indicados Sindicatos.

Las organizaciones que componen la A. I. T., dice Civera en su interesante libro «Sindicalismo»:

«son las fuerzas sindicales de todos los países que nunca han pactado con los políticos, que han luchado siempre contra la unión sagrada,

que en los años trágicos de la Gran Guerra permanecieron fieles a sus principios antimilitaristas y a su programa de acción directa y anti-estatista. No es enemiga de la creación de una sola Internacional, pero de ninguna manera podrá pactar con la de Ámsterdam, mientras ésta se alíe a los partidos socialistas, mantenga su representación en la Sociedad de Naciones, ni con la Internacional Sindical Roja o de Moscú, partidaria del Gobierno ruso y de la dictadura del proletariado».

Podremos estar convencidos de la necesidad de implantar la dictadura del proletariado; pero los obreros que lo estén, tienen la obligación, no ya oí derecho, de actuar en el partido de clase que defiende este programa y en procurar transformar en consonancia el régimen político y económico del Estado en el que viven y aún, si les es posible, por la acción internacional de los Estados todos del mundo. Pero tengamos en cuenta que, día a día, la lucha con la clase patronal se continúa y prosigue independientemente de esta lucha política, y las condiciones de trabajo y la jornada y el salario son problemas diarios que es preciso resolver y para los cuales el imperativo de la unión se impone, prescindiendo de la ideología política. Podrán discrepar los obreros en los medios de organizar el futuro régimen económico de emancipación social. En lo que no pueden discrepar, es en el momento en que se sienten explotados y han de unirse para rechazar la explotación o aflojar un punto la cadena que los oprime. En ese instante, el comunista, que aspira a la dictadura; el socialista, que cree en la democracia parlamentaria, o el ácrata, que cree en la negación de la autoridad, han de estar unidos en contra de la clase burguesa, que pretende aprovecharse de su desorientación para hacer más férreo el yugo que les impone. Podrá haber en la actuación política un frente de concordia que haga el compromiso de no perjudicar, y oponerse por todos conceptos a las candidaturas de frente burgués, aun dentro de las discrepancias individuales y colectivas que permitan a los trabajadores elegir a los que, en su opinión, deben representar el triunfo de sus ideas, pero en modo alguno presentándose a la lucha disgregados frente a los burgueses, unidos por instinto de conservación. Pero, en los problemas sindicales, debe haber la más completa indiferencia de las actividades de los partidos políticos. Al igual que en Asociaciones como la masonería, la principal obligación y cumplimiento de sus fines es el esoterismo, que nada fluya del exterior al interior, aunque el papel del masón sea exotérico porque refluya del interior

al mundo externo, las Asociaciones sindicales deben preservarse del contacto político, «La Voz del Pueblo» decía en el año 1922:

«La unidad revivirá, pues las fuerzas de trabajo no pueden disolverse definitivamente, y no tienen más remedio que reunirse cuando hayan podido eliminar las escorias de origen político que existen todavía en nuestro seno.»

La IV Internacional, y hacemos constar aquí que no militamos en ningún Sindicato de la Confederación Nacional del Trabajo y que no tenemos por los sindicalistas perseguidos mayor simpatía que la que experimentamos ante los comunistas en idéntica situación de persecución, puede ser, puesto que nos opone a la formación de un único núcleo la base de aproximación, el imán poderoso que atraiga a las fuerzas sindicales organizadas con otros matices influencia política a una labor genuinamente sindicalista, permitiendo a cada obrero el ejercicio de su voto, de su pensamiento, de su abstención, como mejor guste sin tener que consultar para ello a sus Sindicatos, limitados hasta ahora a ser en ellos la masa que a seriedad y número a partidos que por sí solos no cuentan nunca con fuerza bastante para ejercer su hegemonía. El interés de una minoría, de uno solo, es en estos casos tan respetable, que merece ser tenido en cuenta, y no hay derecho a hablar en nombre de 10.000 cuando hay 9.999 que Pueden estar en contra de la adopción de una medida en este injusto régimen de mayorías que deja sin defensa ni garantía el derecho o la opinión de la minoría.

El sindicalismo no es la panacea que todo la cura; pero por lo mismo que no es rígido, sino flexible; que no impone bárbaramente la ley, muchas veces injusta, de la mayoría, sino las de las miñonas sistemáticas y conscientes, es, no un punto de marcha, Sino un punto de partida. Siempre, en todo instante ofrecerá posibilidades de mayor desenvolvimiento, ya que no es doctrina que se encierre y encastille en la frialdad de unos dogmas, sino que, por el contrario, admite ulterior desarrollo y aportaciones, ya individuales, ya colectivas. Y es que esta natural superación, que va desde primitivas luchas de clases de los esclavos, pasando por el socialismo hasta el sindicalismo, no es más que una revelación de ese hilo continuador de la Historia, que es lo que Marx definía como la «eterna protesta de los proletarios contra las condiciones de su explotación».

La II internacional no es heredera de la primera Internacional marxista

Esto, que podía parecer parcialidad, es comprobable en la práctica. Hay dos razones: de orden externo una, de orden interno la otra, que justifican este aserio. La Internacional de Ámsterdam no es en modo alguno, la heredera del espíritu marxista que inspiró la Primera Internacional. A la Asociación Internacional obrera, fundada sobre las bases del famoso Mensaje inaugural y los Estatutos redactados por Carlos Marx, y a la que se ha dado el nombre de la Internacional, no tenía otra misión que reunir bajo una misma bandera a todas las variedades del movimiento proletario, a los franceses proudhonistas y partidarios de las Cooperativas; a los ingleses afectos a los gremios; a los italianos mazzinianos; a los alemanes partidarios del movimiento de Lassalle, y esto que parecería hoy una utopía, cuando afirmamos que se puede llegar a una Internacional que fusione todos los movimientos del proletariado, lo mismo los de tipo cooperativo que los defensores de la acción directa, lo logró aquella Primera Internacional, a cuyos principios preconizamos ahora el regreso, describiendo de mano maestra la miseria a que el capitalismo había lanzado a la población obrera; reconociendo los triunfos de las Trade Unions, sin dejar de ensalzar por ello las ventajas y los frutos del movimiento cooperativo libre que preconizaban Proudhon y Buchez, pero teniendo una palabra amable para las Cooperativas de producción subvencionadas por el Estado (Lassalle y Blanc). En suma, la conclusión y los propósitos que inspiraron la Primera Internacional y que nos interesa destacar para contestar a los que nos dijeran que un frente único sindical internacional sería una utopía, no era otro que el de la «conciencia de todos los trabajadores de su solidaridad internacional».

Diferencias externas entre la Primera y la Segunda Internacional.

La Primera Internacional quería imponer a los obreros de distintos países la idea de la solidaridad internacional. Empezaba desde la periferia hasta el centro, creaba los grandes núcleos internacionales. Ello era lo único que lograba que el trabajador se sintiera antes que nada militante de la Asociación Internacional de Trabajadores, y en segundo lugar afiliado a la sección nacional. Ahora, en cambio, los movimientos nacionales tienen un

contenido y desarrollo armónico y organizado, y dios lanzan la idea de la Unión Internacional. La alerta de Carlos Marx: «¡proletarios de todos los países, uníos!», se ha transformado por los socialistas en un doble grito. En primer término, el de la unión nacional: «¡Proletarios de cada país, uníos!», y en segundo lugar, y de modo circunstancial, el de: «¡Proletarios que os habéis unido en cada país, uníos todos en una acción común!».

Esto no explica el por qué la Internacional de Ámsterdam ha sido incapaz de infiltrar el sentimiento internacionalista en el proletariado. Cuando la tesis del último revisionismo espiritualista que inició Henri de Man habla del fracaso del internacionalismo, nuestro deber es contestar que el internacionalismo proletario no se ha hundido por ello, pero que han sido los «leaders» socialistas los que lo han eludido, trastrocando el orden indicado por Marx y fomentando en los núcleos obreros el impulso de la sindicación nacional, que es, por otra parte, la única reproductiva por la cotización en los Sindicatos de cada país. El Sindicato no es tan solo un arma de resistencia. Ya especificamos en otro lugar de este libro, al hablar de las ventajas del sindicalismo, que este ha logrado hacer del Sindicato lo que debe ser: no solo un arma Jo combate, sino una herramienta de construcción de la sociedad futura. Y el Sindicato ha de cumplir, ante todo, su misión educadora de las colectividades obreras para la gran obra que las espera. Inútil será hablar de sentimiento internacional a un proletario educado por los dirigentes de su Sindicato en la agrupación nacional, y que no sabe de la Internacional a que pertenece más que, si acaso, el nombre de algunos de sus directivos, que radican en un lejano país, y la obligación de dar una cuota extraordinaria para subvenir a los gastos de viaje de los dirigentes de su propio Sindicato para visitar aquel país aquellos camaradas que ninguna reacción sentimental evocan en su conciencia.

Diferencias internas entre la primera y la II Internacional.

La diferencia de la organización inferna de la Primera y II Internacional es notoria. La antigua Asociación era independiente, y de ella eran miembros los distintos obreros de cada país que al ser en número suficiente constituían un organismo. Ahora el movimiento es nacional, cada trabajador solo se afilia a la sección nacional, ésta constituye una federación

internacional, que se forma por las representaciones enviadas por cada nación, sin que ello pueda, ni con mucho, sustituir a la primitiva Asociación Internacional. Dentro de uno o dos años se celebrará un Congreso Internacional de Obreros de la Tierra. ¿Qué reacción provocará esta idea en la mente de un pobre campesino abrumado por el hambre y la miseria de todos los días de uno de esos pueblos olvidados de España, que se ha unido al Sindicato a darle un poco de esa su misma miseria, la idea de un país cuyo nombre no conoce, cuyos delegados no logrará pronunciar, pese a sus esfuerzos, y que al intentarle explicar las finalidades de los Congresos preguntará ingenuamente: «Y ¿eso con qué se come»? La misma Internacional se ha dado cuenta de las dificultades que tenía para infiltrar el internacionalismo en sus militantes y para realizar la aproximación de los pueblos, y ha intentado suplir la primitiva organización interna de la Internacional marxista por organismos que estrechen estos lazos o relaciones. Así, desde el Congreso de París de 1900, se ha creado una Oficina Socialista Internacional, que reside en Bruselas: el Bureau Interernational du Travail, de Ginebra y la Comisión interparlamentaria, creada desde 1901. Los resultados no pueden ser, sin embargo, más desanimadores. Los delegados que forman parte de esas Comisiones, que acuden a esos Congresos o a las Oficinas o Secretariados indicados, son esa aristocracia de la clase obrera a la que hacemos referencia al tratar del gran pulpo burocrático de las Casas del Pueblo; los que han acudido a estas reuniones, si retinen además el terrible privilegio de poder emborronar unas cuartillas, publicarán unos artículos llenos de nombres raros y cifras desconocidas en la Prensa socialista, organizarán una Revista para difusión del movimiento internacional, que no se distribuirá gratuitamente a los Sindicatos interesados, sino que se cobrará como el más selecto de los magazines, o escribirán un libro, que pondrán a precios de inverosímil carestía, reservando con ello Su adquisición a sus compañeros de aristocracia obrera, a los burgueses intelectual izados o a cualquier pobre incauto que ansía salir del anónimo en que se les sume obligatoriamente y poder adquirir la competencia que le permita acudir a su vez en representación de su Sindicato, empeño inútil, toda vez que el monopolio de las representaciones es algo preestablecido en las organizaciones obreras.

Proa al frente único internacional.

Se ha dicho que el frente único es la maniobra comunista. Yo no creo en ello, el frente único es un deseo de cuantos aspiren a que el movimiento proletario tonga la debida eficacia que garantice su éxito No en balde creía Sorel en que algún día habría una perfecta concordancia entre sindicalistas reflexivos y socialistas revolucionarios ya que ambos persiguen el mismo fin, aunque nos cumple hacer la aclaración do que si bien es cierto que Sorel emplea la frase «Sindicalistas reflexivos» no era porque pretendiera hablar de una diferencia creada en el seno de los nuevos sindicalistas ni de una escisión de conservadores y violentos, sino porque él que predicaba La violencia y la justificaba en la historia era el primero en reconocer que emplearla sin reflexión es lo único que enseñan en el mundo y en La historia Los locos o malvados, que carecen de inteligencia o de moralidad. He aquí, pues, cómo Sorel, profeta de la violencia, coincidiría plenamente con Pablo iglesias fundador de nuestro socialismo y de nuestra Unión General de Trabajadores, cuando afirmaba que en todo caso era preciso recurrir a la acción revolucionaria (violencia), pero que había que saber emplearla cuando aquélla no puede ir a perjudicar nuestros propios intereses para servir indirectamente a los de la clase burguesa a la que internamos combatir.

El marxismo en sus desviaciones de acción sindical, se ha ocupado demasiado de la actuación política, y en todos los países, especialmente en Francia, con su Guesde han sido los que, al exigir la sumisión completa del movimiento sindical al objetivo político, han entorpecido por largos años la formación de un movimiento sindical unido y autónomo Así dio pasó al sindicalismo revolucionario. Son muchos los que han afirmado que la nueva táctica iba a caer en el más completo fracaso, y que este habría de ser inminente. España, en particular Castilla, que empezó a sentir la influencia directa del sindicalismo, bien recientemente ha expuesto idéntico punto de vista por parte de los «leaders» de la central sindical adversa o U. G. T. Sin embargo, cuando en 1895, en el Congreso de Limoces, se organizó la Confederación General del Trabajo, punto de partida de nuestra Confederación Nacional del Trabajo de todo el movimiento sindicalista, los colectivistas franceses no dieron importancia a la nueva secta, y no vieron, como decía Pelloutier en su «Histoire des Bourses du Traváil», pág. III.

«que los Sindicatos, unos por instinto, otros con claridad y todos mediante una aplicación más amplia del principio de la lucha de clases y

ejercitud de su tendencia socialista a eliminar progresivamente todas las instituciones actuales, concibieron por primera vez la necesidad de modal izar ellos mismos los servicios de todo orden que hoy ha menester el hombre, reducido a no vivir más que si encuentra un trabajo, que cada día resulta más precario y más despreciado.

Los sindicalistas han actuado, a pesar del reproche que se les ha hecho, con un instinto constructivo que nos interesa destacar, por cuanto ello pudiera servir de base para la posibilidad de una acción conjunta en Iré indas las colectividades obreras, a pesar de que juzgue muy opuesta la ideología socialista de la anarquista o sindicalista. Después de haber hecho una gran propaganda periodística, de haber creado Bolsas de Trabajo, de haber editado libros y organizado cursos públicos, de haber reunido Congresos, atrayéndose, en suma, por todos estos medios la masa de mineros, campesinos, empleados, obreros, los sindicalistas dieron en Francia una muestra inesperada de su potencia combativa y de su capacidad para precisar los objetivos políticos y para comprender las aspiraciones y las condiciones de la lucha revolucionaria del proletariado, Apartándose de la abstracción de Lafargue y de Guesde, ellos se atuvieron a la dirección de Proudhon y Kropotkine. Demolamos si queremos edificar, y Se dio el caso de que en el Congreso de Marsella de 1908, donde más que en ningún otro afirmaron Su principio básico de su preferencia por la huelga, siempre que lo juzgasen necesario, revelándose los inquietantes progresos del antinacionalismo, se puso a! descubierto todas la maniobras de los militaristas de modo tal, fine en la misma época en que los marxistas alemanes rechazaban a los anarquistas y combatían con indignación toda tentativa de apostolado antinacional, o antimilitar (según hemos visto en la primera traición del socialismo a la causa de la paz, y según lo proclama Lebon en «Les phenomenes physiques et sociaux», pag. 265 y siguientes, donde se recuerda que por aquella época uno de los jefes del marxismo alemán, Augusto Bebel, hacía notar que las propagandas antipatrióticas de los socialistas latinos eran peligrosas para la paz, porque desmilitarizaban a Francia, llenaban de audaces el partido de los junkers prusianos y aumentaban las posibilidades de un conflicto), los sindicalistas franceses proclamaban que Patria, Ejército y Estado son simples sinónimos de burguesía, lo mismo que capital, y que ellos no querían más guerra que la guerra social, con sus exposiciones terribles, pero también con sus

embriagueces sabrosas. El sindicalismo, ajeno a toda actuación política de otros partidos en su influencia más o menos directa sobre la conciencia do las masas, que cada día va en aumento, señala hoy tina posibilidad de eje central en torno al cual forjar un programa mínimo que faculte la formación del deseado frente único internacional.

Las traiciones del socialismo

El socialismo es, aunque no lo parezca, internacionalista.

Aunque los socialistas hayan traicionado en dos ocasiones la causa de la paz, y se hayan dejado imbuir, pese a todas las precauciones adoptadas, por los prejuicios del nacionalismo, aunque se pretende hoy admitir por un posible neo-revisionismo como natural este cambio hacia una corriente nacionalista en el seno de los organismos socialistas, lo cierto es que el internacionalismo está fuertemente arraigado entre los proletarios, y que es menester únicamente desarrollarlo, sacar a la luz las dormidas raíces, en la forma de la mutua comprensión, por el acercamiento del lenguaje para que la idea largo tiempo soñada se lleve a cabo.

Saint Simón y A. Thierri (su discípulo), al hablar, en el volumen primero de las obras completas, publicado en 1868, págs. 153-248, del patriotismo o egoísmo nacional, proponía ya, en 1813, un Parlamento europeo compuesto, a semejanza del inglés, de una Cámara de los Comunes y oirá de los Lores para resolver los conflictos entre las naciones. Tales pensamientos fueron desarrollados por sus discípulos. En el Manifiesto que Bazard y Enfantin publicaron después de la revolución de julio, se afirma que el objetivo de la Escuela de Saint Simón era que todos los pueblos unidos, o mejor dicho, la Humanidad ensera, formase un pueblo solo que, a la comunidad de Estadas actuales, en lucha siempre unos con otros, sustituyese la Federación de todo el género humano, haciendo desaparecer la guerra entre los hombres y sustituyendo el patriotismo, que no es más que el egoísmo racional, por el amor a la Humanidad.

Por lo que hace a Fourier y su escuela, toda la tierra debería, en su concepto, ser cubierta por FALANSTEIROS o comunidades socialistas, presididas cada una por un unarca o barón, regidas cada cuatro por un duarca o vizconde, cada doce por un triarca o conde, hasta llegar al omniarca, que desde Constantinopla debería organizar y gobernar los «falansterios» extendidos por el mundo entero. (Véase Traité de

l'Asociations domestique et agricole», vol. I, páginas 282 y siguientes, 1882.)

Owen, que parte a su vez de idéntico principio, quiere llegar a la formación de una república mundial por medio de federaciones, siempre más vastas, de comunidades socialistas. (Véase «The revolution is the mind and practice of the humarace», pags. 119-120, 1849,)

Pierre Leroux, en su obra «De l'Humanité», segunda edición, vol. I, pág. 139 y siguientes, 1840, hace do la unidad del género humano el eje de su sistema socialista.

Siguiendo esta tradición, Marx y Engels asumen desde el principio una posición netamente internacional, Jo que provoca la separación de este grupo de elementos, como Schmeitzer que, en sus artículos sobre Bismark, publicados en el «Socialdemokrate» de 1864, se coloca en un punto de vista nacionalista. De entonces acá queda consagrado el internacionalismo de la tendencia socialista, como hecho plenamente reconocido, sin otra excepción que la de un pequeño grupo de socialistas alemanes que, acaudillados por el pastor evangélico Nauman, querían fundir en una acción conjunta la doctrina socialista y la tendencia patriótica militarista del Estado; pero este partido se disolvió en 1890. No cabía esperar entonces que fueran los propios partidos socialistas quienes apunaran del reconocido sentimiento internacionalista de su programa para rendir culto en el altar del nacionalismo, ya directa, ya indirectamente.

Hay que recordar lo innecesario.
La internacional Socialista es pacifista y antimilitarista por su programa.

Los hemos indicado, y tenemos interés en hacerlo resaltar. La Internacional Socialista es pacifista por su programa y ha ratificado este acuerdo inicial, así como el del antimilitarismo, por los acuerdos de sus Congresos, de un modo esplendoroso y unánime. Tenemos el hábito de haber presenciado, en las Asambleas de Juventudes o agrupaciones socialistas españolas, la actuación de unos cuantos camaradas que no tienen otra misión que la de recordar, a los que ansían una discusión libre, aunque apasionada, los acuerdos opuestos de cualquier Congreso desde 1848 a la

actualidad (en una ocasión se citó un Congreso de fecha anterior al socialismo en España, pero se dedujo inmediatamente el error; se trataba de tina confusión de un siglo), recordándolos con exactitud minuciosa y aplicándolos prácticamente en las famosas cuestiones de «no ha lugar a deliberar». Siempre que escuchábamos la intervención de algún joven o viejo que planteaba cuestiones desusadas en las discusiones habituales de las agrupaciones, temíamos, y casi siempre con justicia, la aparición del temido acuerdo previo de un Congreso que parecía haber previsto ya todo lo que había de suceder en el porvenir y evitaba automáticamente toda discusión, ya que la masa de una agrupación no es lo bastante para volver en contra de un acuerdo de Congreso. Por ello nos hemos convertido por un momento en los buscadores de acuerdos do Congresos, siquiera sea esta vez con la sana intención de comprobar cómo fa Internacional ratificó en todos ellos su contenido pacifista. Veamos los acuerdos del Congreso de París en 1880, Bruselas en 1891, Zúrich en 1893, Londres en 1898, París en 1900, Ámsterdam de 1904, Stuttgart de 1907, Copenhague de 1910 y el extraordinario de 1912 o de Basilea, convocado a causa de las tensiones políticas en Europa, repitiendo con mayor fuerza la protesta del proletariado internacional contra la guerra, lo cual no impidió fa primera traición de la Internacional, que convocaba los citados Congresos dos años más tarde.

El último Congreso aprobó, y a ello queremos referirnos por no hacer pesada la enumeración de tesis, coincidentes casi en las palabras, que:

«Ante la amenaza de una guerra, Las clases obreras y sus representantes parlamentarios tienen el deber, en los distintos países adheridos a la Internacional, de hacer todo lo posible, secundados en esto por la acción coordinadora del Secretariado internacional, para impedir la ruptura de las hostilidades, acudiendo al empleo de aquellos medios que más eficaces les parezcan para tal objeto y que han de variar, naturalmente, según el grado de acritud de la lucha de clases y de la situación política del país.»

Los socialistas evolucionan al nacionalismo de la burguesía.

Muchas veces hemos oído a los socialistas, en particular a los españoles, hablar de que su socialismo va en contra de todos los intereses nacionalistas. Sin embargo, no podemos por menos de pensar dónde se quedó la palabra internacionalismo, tan caída en desuso que, o buen seguro, que a mayoría de los «leaders» de la Internacional habrían de recurrir en la actualidad a un diccionario de términos anticuados o raros para hallar su significado.

Los socialistas han evolucionado de un modo vergonzante hacia el nacionalismo chauvinista de los burgueses. No hace más que unos años, al incubarse la primera traición socialista a la causa de la paz, Eduardo David escribía tímidamente:

«Solo quien entiende que las comunidades nacionales son formas va caducas, que han perdido el derecho a la vida, puede ver con indiferencia el fracaso del sentimiento de la cohesión nacional. Que la socialdemocracia, rio obstante el alcance de ciudadanía universal que sus fines revisten, no acepta tal criterio, lo demuestran ya sus enérgicas protestas contra todos los atropellos ríe que los pueblos pequeños son víctimas por parte de los grandes. Dondequiera que las naciones oprimidas luchan por el restablecimiento de su independencia política, sea en Polonia, Finlandia, Armenia, África del Sur, Filipinas, allí han estado y están a su favor las simpatías de la socialdemocracia. Hasta este punto llega nuestro interés por la conservación de las individualidades humanas: hasta este punto consideramos necesaria la vida individual de los pueblos para el desarrollo completo de la cultura humana.»

Y ya más valientemente Engelbert Pernerstorfert en los «Socialistischen Monatsheft» (cuadernos mensuales socialistas), añade:

«La nacionalidad, en su más alta forma, es un bien ideal. El socialismo y el pensamiento nacional no solo no se hallan en pugna, sino que van forzosamente de acuerdo. Toda tentativa encaminada a debilitar el pensamiento nacional significaría, de tener éxito, una merma en la riqueza de la Humanidad. El socialismo quiere organizar la Humanidad, no asimilarla, Pero las células y el organismo aislado no son los individuos aislados, sino las naciones. Y en toda ocasión en que se trate de la vida y de los intereses verdadera y puramente nacionales, Los socialdemócratas alemanes se encontrarán en las primeras filas, Así nosotros, romo buenos

socialistas, somos Tos mejores alemanes, Por lo demás, nuestros jefes han declarado siempre en el Parlamento alemán que nosotros deseamos estar con nuestro pueblo.»

Así no es extraño que Sombart comente estos hechos diciendo que empezamos por otear las huellas del antinacionalismo de la socialdemocracia y hemos dado con tina nacionalismo marcadísimo como elemento integrante del credo socialista.

Y ya bien recientemente, en el libro que con el sugestivo título de «Nacionalismo y socialismo» acaba de publicar Henri de Man, habla este de una conciliación entre las dos tendencias, que se presta, si no a ser aceptada íntegramente, a lo menos a ser recogida como base para una meditación futura. Las frases de Man, en el capítulo titulado «Federalismo y separatismo», son las siguientes

«Las reivindicaciones del nacionalismo libertador se hallan contenidas dentro de las reivindicaciones libertadoras del socialismo; un movimiento nacional no socialista es en el caso más favorable, un Semi-socialismo mutilado, y, por tanto, estéril, y, en el peor caso, un chauvinismo antisocialista. Solamente el socialismo puede realizar las justas aspiraciones de la libertad nacional, porque solo el socialismo conduce a la lucha contra las profundas causas sociales de la humillación lingüística y He la opresión del pueblo. La absorción de esas reivindicaciones por el socialismo es el único medio para evitar que la lucha por la autonomía de las nacionalidades no nos conduzca a una Europa más destrozada aún por los antagonismos nacionales, más embrutecida aún por el fanatismo nacionalista. Tan solo el socialismo puede libertad al pueblo de Flandes del nacionalismo belga afrancesado, de modo que lo haga libre al mismo tiempo de todo nacionalismo, Lucha por la nacionalidad «contra» el nacionalismo, y al hacer libres todas las nacionalidades, hará superfluos todos los nacionalismos»

Curiosa tesis para ser discutida por un socialista que debo tener una única preocupación económica y de timas que Marx eludió por juzgarlos superfluos e innecesarios para el planteamiento de su teoría de la lucha de clases en el seno de las colectividades humanas

La incubación de la primera traición de la Internacional.

El país que desencadenó la guerra, con su anhelo o predominio imperialista, fue Alemania. El partido socialista que inició la traición de sus compañeros en la filiación de la Internacional Social isla fue el socialdemocracia alemán. Y lo inició por boca de sus jefes, por la voz de Augusto Bebel, en la sesión del Parlamento de 7 de marzo de 1904:

«¡Señores míos; ninguna guerra victoriosa podréis emprender en el porvenir sin contar con nosotros! («¡Cierto! ¡Es mucha verdad!») Sí queréis triunfar, habrá de ser con nosotros, no contra nosotros; sin nuestra ayuda no podéis hacer nada. («¡Exacto! ¡Es mucha verdad!», en los bancos de los Socialdemócratas) Digo todavía más, y es que nosotros tendríamos un grandísimo interés en que, si hubiésemos de vernos lanzados a una guerra — -supongo que la política alemana va conducida con tal cuidado que no tendrá que provocar vina guerra —, pero si esa guerra estallase y fuese una guerra de invasión, una guerra en la cual se tratase de la existencia de Alemania, entonces: — os doy mi palabra — todos nosotros, desde el primero al último, jóvenes y viejos, nos echaríamos el fusil a la espalda y correríamos a defender nuestro suelo alemán, no por amor a vosotros, sino por amor a nosotros mismos, y aun a pesar vuestro.» («¡Muy bien, muy bien!», entre los socialdemócratas.)

insistiendo en estas manifestaciones, para completarlas y afirmarlas, decía Bebel, en la sesión del 10 de diciembre del mismo año:

«¿Es que pedimos en broma el armamento general del pueblo, la milicia general? ¡No; sino porque entendemos que, frente al peligro extranjero, es necesario que todo hombre cupay, de tomar las armas, desde el puntero hasta el último, pueda luchar por la libertad y la independencia de su patria; por eso lo pedimos! Habéis sentido accesos de hilaridad, al oírme decir esta primavera que yo mismo, a pesar de mis años, estaría dispuesto si coger un fusil para defender la independencia de la patria. Habéis tomado a risa mis palabras. Pues hablaba con toda seriedad; ni yo ni mis amigos consentiríamos que el extranjero ocupase el más pequeño trozo de tierra, porque sabemos bien que, en vi instante en que Alemania sufriese esa desmembración, toda la vida mental y social del país quedaría en suspenso mientras subsistiese esa panícula de dominio extranjero, que todas

las aspiraciones populares se concentrarían en torno de un solo objeto: tenderían únicamente a expulsar al extranjero del país. Y esto provocaría también una evolución que desde nuestro punto de vista, tendríamos que lamentar y combatir con todas nuestras fuerzas.» («¡Muy bien!», en los escaños de los Socialdemócratas.)

Aún con la excusa, de la que se ha pretendido hacer uso más tarde, afirmando que el socialismo alemán respondía al sentir de las masas, no hubo socialdemócratas que se decidieran a tener la valentía de Pi y Margal, cuando, en contra de la opinión nacional, incluso de la de su propio partido, con solo diez afines a él, mantuvo la necesidad de la independencia de Cuba, arrostrando la impopularidad, pero cumpliendo con el deber inexcusable de decir la verdad y de mantener la fidelidad a un programa que la experiencia teórico-económica y práctica de largos años había comprobado que, pese a todos los espejismos de las engañosas apariencias, era el único eficaz.

Y así se dio el caso, que registra Werner Sombart en su obra «El movimiento social», pág. 310 de la edición española, que en los distintos países europeos la excepción de Rusia) las ideas se habían transformado de tal forma, que desaparecieron los antagonismos dentro de la democracia social, hasta el punto de que, en todos los Parlamentos, los socialistas concedían los créditos de guerra, contra el voto de minorías reducidísimas de comunistas. No llevaron a cabo ninguna de sus medidas contra la guerra, medidas aprobadas en numerosos Congresos internacionales. Traicionaron a la Internacional y se colocaron decididos al lado de su Gobierno; es decir, marcharon unánime y jumo a los hijos de la «dase dominante» contra sus compañeros los proletarios de los pueblos enemigos.

La acción contra la guerra implica una acción contra el capitalismo.

Cuando la campaña en contra de la guerra se ha iniciado y desarrollado recientemente, han sido los mismos socialistas, no solo en España, sino en otras naciones, los que han reprochado al comunismo el confundir la lucha contra el capitalismo, y lo han excusado diciendo que no es misión nuestra la de confundir estos temas, en este instante en que solo interesa una campaña pro paz. A los que esto dicen, y no solo españoles, sino afiliados y en contacto directo con la Internacional, queremos

recordarles el acuerdo del VII Congreso de Stuttgart en 1907, en que, a presar de la adaptación jesuítica en contra de los «herveístas», que querían un tono más duro y una táctica más acerba contra el militarismo, huelga militar, deserción, revolución, etc., acordó lo siguiente:

«El Congreso confirma la resolución de los anteriores Congresos Internacionales contra el militarismo y el imperialismo, y declara, una vez más, que la lucha contra el militarismo debe ser la misma cosa que la lucha de clases socialista. Las guerras entre los Estados capitalistas suelen ser resultado de la competencia en el mercado mundial, pues cada nación procura, no solo asegurar la posesión de los mercados adquiridos, sino, además, conquistar otros extraños. Las guerras, por último, se derivan también de la esencia del capitalismo, y no cesarán hasta que quede derrocado el régimen industrial capitalista. El Congreso considera, por tanto, deber de las clases obreras, y especialmente de sus representantes en los Parlamentos, el que, reconociendo el carácter de clases de la sociedad, burguesa y de los artificios que mantienen las diferencias nacionales, combatan con todas sus fuerzas los armamentos terrestres y marítimos y nieguen su concurso para ellos, procurando, además, que la juventud proletaria se eduque en el espíritu de la confraternidad universal y del socialismo y adquiera consciencia plena del sentimiento do clase.

Ante la amenaza de una guerra, las clases obreras y sus representantes parlamentarios tienen el deber, en los distintos países adheridos a la Internacional, do hacer todo lo posible, secundados en esto por la arción coordinadora del Secretariado internacional, para impedir la ruptura de hostilidades, acudiendo al empleo de aquellos medios que más eficaces les parezcan para tal objeto, y que han de variar, naturalmente, según el grado de acritud de la lucha de clases y de la situación política del país. Caso de estallar la guerra, no obstante estos esfuerzos para conjurarla, deberán las clases obreras trabajar para su pronto desenlace, procurando con todas sus fuerzas aprovechar la crisis industrial y política engendrada por la guerra para agitar las masas y acelerar así el término del predominio de la clase capitalista.»

Hemos hecho un puco mis larga esta cita, porque queríamos recoger con la debida amplitud el interesante acuerdo del Congreso de Stuttgart, que tuvo lugar precisamente siete años antes de la primera Gran Guerra, para

ver la contradicción manifiesta que existe en He este acuerdo y lo hecho más tarde por los socializas, pues mientras la necesidad de oponerse a los armamentos quedaba en pie, los votos socialistas de los diputados de sus respectivas minorías se sumaban a los votos burgueses, con la sola excepción de los comunistas, para cooperar a los gastos del armamento; mientras la guerra se acercaba imponente y avasalladora, la acción coordinadora del Secretariado internacional, a que hace alusión el acuerdo, se limitaba a apoyar a los partidos socialistas, convertidos en instrumento del nacionalismo burgués; y únicamente el partido comunista supo aprovechar la crisis industrial y política engendrada por la guerra para derribar el régimen capitalista en Rusia e intentó hacerlo inútilmente (véase la muerte de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht) en Alemania.

La coincidencia entre las palabras y los hechos es, pues, admirable. No es extraño, pues, que hoy pretendan afirmar, en contra de lo acordado en anteriores Congresos, que es fácil desglosar una campaña contra la guerra de una campaña contra el capitalismo, que es su causa inmediata, y que acusen a los comunistas de confundir dos causas diversas. El partido socialista, en un Congreso Internacional, y este acuerdo ha sido ratificado casi en los mismos términos en años posteriores, reconoció esto mismo que hoy censura a la fracción comunista internacional.

Bien es verdad que revela el desprecio tradicional que tiene por las declaraciones públicas; el escasísimo esfuerzo que cuesta la redacción do unas notas o aun de una voluminosa ponencia, cuando se tiene la garantía de obrar de modo completamente opuesto a lo (pie se ha dicho.

Las guerras son producto de la burguesía.

Cuando se había de que los comunistas luchan contra ti rapa misino en lugar de hacer una campaña contra la paz, y se les censura por ello, nos olvidamos de la realidad de aquellas frases de Alberto Richard reconociendo que lo que no logran los intereses de la Monarquía y de la aristocracia lo obtienen las clases burguesas en la oposición;

«Las clases dominantes de cada nación son rivales, como eran rivales en otros tiempos la Monarquía y la nobleza. Las ambiciones de los monarcas y de los aristócratas no bastan para encender la guerra; pero los

intereses burgueses en conflicto agitan más profundamente las naciones rivales. Bajo la dirección de la burguesía que las domina, luchan para alcanzar mayor poder económico y social, como en tiempos asados lucharon por obtener el mayor poder político»

No reprochemos a los comunistas su táctica. La Lucha podrá dirigirse contra la guerra para evitar los efectos, Pero para ello, en buena doctrina terapéutica, hay que atacar las causas, que es el único medio seguro de evitar la administración de un paliativo que calme dolor, aunque no cure en modo alguno el daño.

Patriotismo solidario y universal.

No pudimos arrancar ideas tradicionales que se convierten en prejuicios, sin que ello sea obra de una educación más lenta y continuada en varias generaciones. Pero podemos transformarlas y orientarías en un recto sentido. Según ha hecho observar Julio Delaffose, preferir la Humanidad a la Patria, es tener una comprensión más filosófica y amplia de la solidaridad. Hay que atacar al hombre por el aspecto sentimental y de la virtud, presentándole la magnificencia de la nueva doctrina que se le predica, superior aún a la que ha defendido. Tal como ha dicho Mably, hay una virtud superior a la de la Patria, y esta virtud es el amor a la Humanidad.

Profesemos esta virtud y, como Schiller, obremos como ciudadanos del mundo; cambiemos nuestra Patria por el género humano, pues, como escribió Renán, antes de ser alemán o francés se es hombre.

La traición del socialismo a la causa de la paz

Es este un punto que ha llevado el asombro la inquietud a buen número de teóricos y aun simplemente de proletarios militantes.

¿Por qué razón, existiendo un movimiento sindical y marxista tan fuerte y enraizado en toda Europa, por qué estando alistado en él las masas proletarias, de cuyos votos, por su número y fuerza dependía el triunfo de la causa pacifista, la guerra se produjo?

¿Es que hubo un engaito, una presión de los Gobiernos por encima de la voluntad popular? ¿Es que hubo una traición de la Internacional Socialista y Sindical a sus más caros ideales?

Este último supuesto es, lamentablemente para nosotros, los que hemos de recoger la historia de los movimientos de ayer, el que más se acerca a la realidad.

La tendencia nacionalista y, por consiguiente, defensora de los prejuicios de la Patria, la inició el revisionismo de Bernstein. Este (véase su «Socialismo evolucionista», edición inglesa, págs. 169-189) declara que el internacionalismo no debería ser tenido en cuenta cuando están en discusión importantes intereses nacionales, y así justifica la actitud frente a Kiaochow Bay, en China, desde el punto de vista del «comercio alemán con China» y la Policía colonial alemana a su vez desde su criterio de la carga del hombre blanco, afirmando que «la Civilización más elevada puede reclamar un derecho más alto. No va la conquista, sino el cultivo de la tierra, del título legal e histórico para su uso».

Así resulta que el revisionismo de Berrnstein no es ya nacionalista, sino, a su vez, imperialista.

Pero lo extraño no es esto. El máximo adversario del revisionismo, Karl Kautsky, definitivamente abandona el principio del internacionalismo y llega a la conclusión de que el movimiento socialista internacional no podrá mantener su internacionalismo en tiempos en que se halle ante un conflicto internacional.

Philip Scheidmann, el «leader» de los socialdemócratas alemanes, declaró en 1914: «Nosotros, socialdemócratas, no hemos dejado de ser alemanes por haber ingresado en la Internacional Socialista.

Y así se dio el caso de que, traicionando el ideal de la paz y del internacionalismo, que costó la muerte a Jaurés, los socialistas belgas, incluyendo a Vandervelde; los ingleses, con H.M. Hyndam, uno de los más destacados marxistas ingleses; los franceses incluyendo a Jules Guesde, el que Walling define como uno de los «primeros marxistas de fa primera línea del frente», y el grupo socialista ruso, incluyendo a Kerensky y Plechanoff, apoyaron la guerra.

En Alemania, casi todos los socialdemócratas votaron por la guerra. Kautsky encontró la justificación de esta guerra en «prevenirse contra le invasión», y Bernstein, más franco, en la «necesidad militar».

Por último, los tradicionales enemigos, marxistas que se decían ortodoxos y revisionistas, se dieron las manos para formar «un grupo de apoyo, sin otro fin que el de soportar al mantenimiento del Gobierno en su totalidad, aun discrepando en algunos puntos no esenciales».

Aunque este grupo, que más tarde se convirtió en el partido socialdemócrata independiente, no aprobó los impuestos siguientes para la guerra y aun votó en contra en el cuarto plebiscito, su oposición no fue directamente a la guerra, sino, utilizando la expresión de Kautsky, «para obtener del Gobierno las garantías precisas sobre los méritos con que había de conducirse la guerra inevitable».

Y así, no solo Vandervelde y Guesde aceptaron puestos en tos gabinetes He sus respectivos Gobiernos, sino que asimismo los «independientes» alemanes, tales como Richard Barth, Wihelm Dittmann y Hugo Haase, se unieron al Gobierno de coalición en 1918, después de la abdicación del kaiser.

Únicamente los verdaderos marxistas se opusieron a la consecución de esta lamentable traición, que incapacita hoy a la Internacional Socialista para dirigir de buena fe ninguna campaña contra la guerra. Solamente Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, en Alemania, se opusieron tanto a la guerra, que fueron recluidos en prisión durante ella.

Y el Martin esto He Zimmerwald de 1915, que expresaba el punto de vista de los socialistas marxistas, no admitía otra guerra que una revolucionaria, pero en contra de los Gobiernos de sus respectivos países.

La Gran Guerra fue el crisol depurador que permitió observar quiénes eran los que se mantenían fieles a los principios internacionales del marxismo y quiénes los abandonaban.

¿Tenemos, por ventura, culpa nosotros, historiadores imparciales, de que únicamente los genuinamente marxistas, los comunistas, se mantuvieran firmes a su ideal, en tanto este era abandonado por los socialistas primero erigidos en sus defensores? ¿Es que por algún

determinismo histórico ineludible e inevitable, los socialistas han de cometer en la historia los más grandes errores tácticos, que les alejan cada vez más de la fuente común, del tronco vivificante del marxismo?

Busquémosle la explicación que más nos plazca. Pero observemos que, de estas pruebas de la historia, pruebas como las tradicionales del juicio de Dios de la Edad Media, en el tamiz cada vez más tupido de la pureza ideológica, son muy pocos los hombres y las organizaciones socialistas que se sal van del descrédito de haber traicionado en uno u otro instante lo que defendían en discursos y artículos como sus inviolables ideales.

La segunda tradición del socialismo a la causa de la paz.

La guerra se aproxima. Avanza como murciélago de alas negras, con imponente batir de alas sobre las naciones, que aún no han recobrado de los estertores de la pasada catástrofe. Los intelectuales inician un movimiento pro paz y contra guerra. Unen sus voces Alberto Einstein, Heinrich Mann, Bertrand Russell, Havelock Ellis, profesor Langevin, el pintor Paul Signar, Maximo Gorki, Frans Masereel. Theodore Dreiser, John Dos Passos, Upton Sinclair, la viuda de Sun-Yat-Sen y Valle Inclán.

Lanzan un llamamiento, del que sale la iniciativa de un Congreso mundial contra la guerra. Se invita ahora va a colectividades, y claro es que en primer término y muy especial mente, a las colectividades obreras. Se invita a la II Internacional o Internacional Sindical efe Ámsterdam y la Internacional Obrera Socialista. Se invita a la Internacional Comunista. Todos concurren. Por fin se va a lograr una obra pacificadora, y unidos ante este común ideal, sin discrepancia, distintos partidos, o de gentes que, aun sin partido, aman la causa de la paz. Pero no contaba Romain Rolland con la habilidad de los camaradas socialistas, de la inteligencia de Adler entre ellos. Y al tercer llamamiento de Romain Rolland, que fue recibido per Vandervelde a fines de junio, contesta Federico Adler, secretario de la Internacional obrera Socialista, con fecha 6 de julio, y la carta, que fue reproducida por «El Socialista» con fecha jueves 14 de julio del actual año. Recomendamos a los interesados que busquen en la colección de «El

Socialista» el ejemplar a que hacemos referencia, en la seguridad de que se satisfarán con ello, por ser una prueba manifiesta y gráfica de esa traición jesuítica y disimulada de la Internacional Socialista. La carta es cómo Adler, con buen número de habilidades, hasta con el típico sofisma socialista (algo tan genuino y tan suyo, ya que no en su invención en su aplicación, como las famosas cuestiones de «no ha lugar a deliberar», tan utilizadas en las Asambleas socialistas), que encubre la negativa con el pretexto de la falta de reglamentación. Imposible entonces hacer nada, ni reunir a los primeros amigos de encargados de forjar un reglamento al calor de sus nombres de Comité organizador, sin ¡a preexistencia de ese reglamento. ¿No nos hallaremos ante la duda de quién fue el primero, si el huevo o la gallina? Todo ello está incluido en la carta de Adler, hasta la frase clásica de las «maniobras», que debería imprimirse con letras áureas en el diccionario de términos útiles aunque incomprensibles de los viejos políticos, tomando este término en su sentido de genuina política caciquil. La carta con que Romain Rolland contestó a las aclaraciones solicitadas por Adler fue el máximo do transigencia. La publicó, no «El Socialista», sino «Luz», con fecha 24 de agosto de 1932, y acompañada de una carta de Gorkin, el secretario del Comité Español contra la Guerra. Pero anteriormente a su publicación, aunque después de haber sido recibida la carta de Rolland por la Internacional Socialista, la reacción fue tan enérgica, tan de estupor en los medios obreros, no los círculos intelectuales donde la idea había surgido ¡ se habló tanto y en tantos términos de la nueva traición del socialismo a la causa de la paz, que las dos Internacionales, unidas, se creyeran en la obligación de lanzar, el 28 de julio de 1932, un manifiesto, que fue publicado en el Socialista» del 20 del mismo mes, donde, con las más hábil y refinada hipocresía, se firma una adhesión de la Internacional Socialista y la de Ámsterdam a la causa de la paz.

Y viene, por último, la declaración oficial del Partido Socialista obrero español, idéntica a la que aparece en otros diarios o periódicos órganos de los diferentes partidos nacionales. Se justifica en ella, a lo menos así se intenta, la actitud de la Internacional. Se recuerda que tal vez al pronto acaso parezca la decisión de la Internacional un poco paralizadora y obstruccionista. Podríamos alegar que a confesión de parte, pero no; aun argumentan, afirmando que no puede, en justicia, ser calificada de ese modo. Y los hombres dirigentes de la Internacional Socialista se excusan

con lo que en cualquier circunstancia puede adoptarse por todo menos para motivo de excusa para una acción de la trascendencia internacional del Congreso Mundial contra la Guerra, con la responsabilidad de la Internacional Obrera Socialista de millones y millones de hombres sobre los cuales tienen control al través de los partidos nacionales y éstos al través de las organizaciones locales, los compañeros elegidos pura ¡o que se llama la Mesa, o lo que es lo mismo, el Comité ejecutivo. Cuando se va a estampar una firma, dicen, en nombre de millones de personas, es harto explicable que quienes han de hacerlo se rodeen de elementales garantías. Las agrupaciones no se les ha preguntado, sin embargo, su conformidad, por plebiscitos ni acuerdos con la campaña en contra de la guerra. Pero el acuerdo inicial de la internacional Socialista es luchar por la causa del pacifismo, por todos los medios que puedan tenerse a su alcance. Los obreros de todo el mundo se han manifestado, por todos los medios posibles, en contra de la guerra. La Internacional Socialista duda, sin embargo, de cumplir con un mandato expreso de su organización y de su programa. Y tan grande es la duda, que el Partido español, como todos los otros Partidos Socialistas, hacen la siguiente declaración oficial:

«El Partido Socialista obrero español, y considérense oficiales estas líneas, se dirige, por tanto, vista la comunicación que les ha llegado de la internacional a todas las Agrupaciones y afiliados, y les ruega, a tenor de lo solicitado por la entidad superior de nuestro movimiento, que se abstengan de adherirse, mientras no tengan de la misma procedencia la consigna contraria, a las Sociedades, Comités o Asambleas ya fundadas o que se funden en lo futuro con el designio de reclutar voluntades que hayan de estar representadas en el enunciado Congreso Internacional contra la Guerra. La Comisión ejecutiva verá con disgusto toda colaboración socialista, colectiva o individual, en el empeño a que nos hemos referido.»

Nos hallamos, pues, ante la segunda traición oficial segunda, porque no ha habido ocasiones de probarlo más veces — del socialismo a la causa de la paz. Las palabras podrán ser duras, pero no son más que expresión fotográfica de la realidad.

La decapitación del socialismo

Razón de ser del socialismo.

El socialismo, interpretado en el sentido al que hacemos referencia en la introducción y en oirás partes del libro, como un estado de conciencia ames que como un partido organizado, tiene tina poderosa razón de existir. Es aquella que Albert Richard enuncia al decir:

«El espectáculo do la excesiva desigualdad que existo en las sociedades humanas, de la rivalidad incesante entre los hombres de todas las razas y de todas las condiciones, de la perfidia, del odio, de la ferocidad que manifiestan quienes pretenden dominar a sus semejantes, ha preocupado siempre a los espíritus más justos y sabios que se han dedicado en el transcurso de los siglos a la investigación de las verdaderas condiciones del orden en la sociedad humana. Pero solamente en nuestra época ha sido cuando el desenvolvimiento intenso de hechos sociales, coincidiendo con el de la conciencia, es decir, de la facultad de razonar y de juzgar, ha abierto una nueva corriente de ideas en el proletariado, ha formado un nuevo campo de acción en la Humanidad, que se combinan por naturaleza y constituyen el socialismo revolucionario.

He aquí, pues, una justificación económica y, como tal, inmutable del socialismo como partido de acción revolucionaría que es, a la vez, estrato civilizador de las capas sociales de la Humanidad.

El templo socialista está abierto hasta a los curiosos.

Los partidos socialistas han incurrido en un formidable error de táctica. Creen que et éxito del partido está en adueñarse de grandes masas, en que ingresen en el partido el mayor número de militantes. Yo he encontrado a un socialista que me dijo: «El día en que los 22 millones de habitantes de España sean socialistas, será el triunfo del socialismo.» No pude por menos de reírme, ¡Qué mal estaría el Partido Socialista si el

proceso de superación de números que se ha operado lamentablemente en la actualidad, atrayendo a nuestro campo a personas que no tienen en modo alguno sentimientos He abnegación como el verdadero socialismo, se repitiera y agrandara atrayendo tantos hombres y mujeres a nuestras filas! Lenin decía:

«Cada obrero socialista tiene el deber de participar activamente en las organizaciones profesionales de su dase, pero no todos los miembros de esas organizaciones deben entrar en el partido, el cual ha de ser un organismo muy centralizado, cuyo acceso esté franco únicamente a los verdaderos socialistas. Los mencheviques rusos, romo Tos demás oportunistas, no quieren comprenderlo así, y prefieren hacer del socialismo un templo abierto a todos los que acudan, no solamente los devotos, sino los «amateurs» o los simples furiosos y aun los enemigos.»

El partido comunista es, en Rusia, la asociación organizada de personas que hacen del cambio de la sociedad, de la orientación hacia el socialismo, su trabajo perpetuo y definido. Para ello el poder del Estado, los Sindicatos, las Cooperativas, las Sociedades, no son más que herramientas o medios. Los hombres y mujeres que creen en estos propósitos, solicitan su entrada en el partido comunista. Pero la solicitud no es bastante; los servicios del aspirante son requeridos. El candidato tiene que pasar por un período de examen que dura de uno a tres años. Ha de determinar, en su solicitud, la ciase de trabajo para la que se cree capaz; va a las clases, que le disponen para su servicio; recibe una educación militar; escucha discusiones sobre las relaciones internacionales y los problemas internos de la Unión Soviética. Anna Luisa Strong encontró, en el Norte de Rusia, a Ripalle, organizador de las minas de «nica», en una región hasta entonces sin desenvolver. Organizaba a los campesinos en Sindicatos y Cooperativas. Y por todo el trabajo veraniego obtuvo la comida y unas medias suelas para sus botas, pues esto tuvo lugar tres años antes de que el dinero (itera empleado para las relaciones interiores de Rusta, y entre los miembros del partido que trabajan únicamente por la comida. Cuando le preguntó si era comunista, se limitó a contestar, sonriendo: «Candidato únicamente. Cuando trabaje así dos o tres años, podré entrar en el partido.» Pero si hay dificultad para el ingreso, hay las máximas facilidades para la expulsión. Los comunistas podrán ser borrachos, pero el hecho de serlo, el hecho de tener maneras incorrectas para con los otros obreros; en suma, cualquier

acto de su vida pública o privada que no se corresponda con el «standard» indicado para los comunistas, es una razón suficiente para ser expulsado del partido, a petición de quienes no sean incluso miembros del mismo. Los que permanecen en el partido, son juzgados útiles para los fines que aquél se propone. El cohecho, que en otro podría ser simplemente un hecho reprobable, es en un comunista ruso «traición a la revolución». Buen número de comunistas han sido fusilados por la CHEKA y aun por la G. P. U., en consideración a esta actuación inmoral en las oficinas del Estado. Los comunistas no pueden entrar en la industria privada, ni tener a su cargo a otros obreros, y han de trabajar en la industria del Gobierno o en las Cooperativas. El salario que pueden recibir no excede de una suma determinada. Desde las raciones primitivas de 25 dólares al mes, se llegó a 50 dólares, y ha llegado, en 1928, al límite máximo de 115 dólares. Amplio para poder vivir, pero no para permitir lujos ni actos superfluos. Ninguno de los afiliados al partido que ocupan cargos elevados, ni Stalin ni Trotsky, recibían más de esta cantidad. Trotsky, que tenía seis puestos diferentes del Gobierno, que respondían a los hilos de una trama de la que estaba encargado, no recibía por todos ellos más que una suma única. Se nos dirá entonces: ¿Por qué razón entrar en un partido que disciplina tan duramente, que solo exige sacrificios y que ofrece menos comodidades que a los simples obreros sin asociar, cediendo tan poco a la libertad y al confort individual? Recordamos la acertada respuesta que dio Sahatow cuando regresó de América a Moscú, donde fue jefe de Policía durante los tormentosos días de la revolución y luego director dé los ferrocarriles siberianos. Como hiciera ver que los técnicos o expertos, por no ser comunistas hubiera tenido que pagarles una gran suma de dinero, que equivalía a varias veces el máximum fijado por el Estado y le preguntara cuánto había obtenido él, contestó: «¿Yo...? El placer de haber unido mi nombre al de los ferrocarriles siberianos.» El placer de construir un imperio, una nueva sociedad, es estímulo bastante para el hombre propiamente ambicioso, en el amplio sentido del término, para militar en el partido comunista, que está hecho de abnegación y renunciamiento individual en beneficio de los intereses de la colectividad, pero que ha respetado la más noble de las competencias; la emulación en beneficio de los intereses comunes. El partido comunista ruso aprovecha el valor individual en cada caso, y orienta a sus componentes a cumplir las funciones que les resulten más gratas.

Hay gente que prefiere y tiene la ambición del poder y del gobierno: otros, la de la organización; otros gustan de ser venerados como dioses en las tribunas públicas; el partido comunista ruso acoge y aplica, en cada caso, a los elementos que recibe, y les da los medios de satisfacer esas ambiciones, siempre que ellas vayan a ser indirectamente los altos intereses de la colectividad. Ofrecemos este ejemplo de renunciación a los futuros militantes comunistas españoles, y no lo hacemos a los socialistas, porque este partido tiene ya una torcida directriz trazada y es inútil intentar volverlo al cauce de la rectitud.

El antagonismo de clases es tan indestructible como la energía eléctrica.

Son algunos los socialistas que, siguiendo la tendencia iniciada por Bernslein o revisionista, la de Fernando de los Ríos o humanista y aun la de los reformistas, que hablan de la posibilidad de una concordia, nos hablan de la lucha de clases como fenómeno que no existe, que es una simple ilusión de nuestra subconsciencia o que puede fácilmente anularse y readaptarse. Pero el antagonismo de clases es algo objetivo y real, independiente de nuestra voluntad. Es algo tan objetivo como el antagonismo entre La electricidad positiva y la negativa, que no depende de que las partículas eléctricas conozcan que son positivas o negativas. Se trata, pues, de la ciega obediencia a una ley natural que es cien veces más fuerte y poderosa que las leyes humanas, aun las más irrebatibles. La lucha de ciases no la descubrió Marx ni Engels, a no ser que se juzgara como descubrimiento a la expresión en palabras y aun en fórmulas que se acercaban bastante a las matemáticas de lo que repetidas veces había sido definido ya desde los tiempos clásicos de la antigüedad.

Y la lucha de clases no ha sido propiedad única de la clase proletaria, ni inventada con esta. Lo que sucede en la actualidad, es que antes las clases eran más y ahora se han quedado reducidas a dos: la capitalista y la proletaria, en tanto que antes, cuando la burguesía habría de luchar en contra de las ciases feudales o de la Monarquía absoluta, ella misma utilizaba su potencia económica para arrancarles tos privilegios. Y aun en pleno siglo XX, en 1905 en Rusia, y bien recientemente en China, hemos visto a ciertas fracciones de la burguesía utilizar la Huelga como

arma y plantear su oposición de clase frente a los aristócratas o capitalistas, que querían hacer valer sus privilegios sobre las otras castas sociales. En pueblos como la India, donde aún dominan las castas, no es extraño que la lucha de clases no esté circunscrita como en Europa, y como se ha creído erróneamente que era norma general a los proletarios contra los patronos, sino que se desarrolla entre cada una de las castas con su oponente inmediato. La lucha de clases implica únicamente la formación en nuestra inteligencia de una conciencia de clase, de esa que definía A. Thalheimer en su «Materialismo dialéctico», diciendo:

«¿Qué es la conciencia de clase? Es la conciencia: 1º De la comunidad de intereses de los miembros de una clase predeterminada, y 2º La conciencia del antagonismo de intereses de esta clase con tos de la clase adversa.»

El socialismo se adultera al convivir con la Monarquía.

Cuando hubo algunos utopistas que, como Saint Simon, hablaban de la posibilidad de una organización jerárquica, aun con el triunfo del régimen socialista, o que, como Fourier, hablaba de un omniarca y monarca supremo, los proletarios soban escandalizarse. Hagamos constar, para tranquilidad de sus conciencias, que ello sucedía hace más de un siglo, Pues bien, la tesis, que parecía reducida al socialismo utópico, ya que tanto Marx como Engels señalaron radicalmente la oposición a las instituciones tradicionales de la burguesía (monarquía, ejército, patria, propiedad, etc.), ha sido recogida por teorizantes como A. Menger, que fue catedrático de Derecho civil en la Universidad de Viena, y por partidos u organizaciones enteras, que la recogieron y adoptaron como propia, desvirtuando el contenido básico del marxismo en la posibilidad de un reformismo que permite la colaboración de los sectores socialistas con la instilación monárquica. Bien es verdad que Menger impone condiciones ¡pero qué condiciones son éstas! La de reducir los gastos de las Cortes; la reducción o aun disolución de las fuerzas militares de mar y tierra, cuando éstas, por haber crecido desproporcionadamente, se muestren en manos de los jefes como instrumentos impropios en los cuales no se tenga confianza, Y es entonces cuando Menger se define concreta mente, al exclamar;

«Y no se crea que el acuerdo con la Monarquía es imposible. Es verdad que los partidos monárquicos y los obreros, en Alemania o Italia (no en Inglaterra) se baten como enemigos. Pero ¿no ha habido igual lucha durante los primeros tres siglos de nuestra era entre paganos y cristianos? Lo cual no impidió que Constantino se convirtiese al cristianismo, haciéndolo adoptar como religión del Estado, ni que sus sucesores dieran después a los paganos un tratamiento tan inhumano como los paganos habían empleado contra los primeros cristianos.»

Las frases de Menger son concluyentes, aunque negativas. Las han continuado, en su espíritu, los partidos socialistas, nuevos melquiadistas, sin sospechar siquiera la existencia del reformismo español, al hablar de la accidentalidad de las formas de gobierno. Únicamente se puede hablar de esta accidentalidad para decir, con Guesde, que en tanto subsista la actual distribución económica y el reparto injusto de la sociedad, será inútil que cambie la Monarquía por República para el proletario, y si acaso, ésta ofrecerá campo de acción mayor para poder destruirla con facilidad, apenas las clases burguesas aparezcan debilitadas y gastadas por su participación en el Poder, del que hasta entonces habían estado alejadas; solo entonces cabe el hablar de accidentalidad; pero recordarla para excusar la colaboración no es en ningún militante socialista, y los que así lo han afirmado, colaborando directamente, con participación ministerial o indirectamente, con intervencionismo político o sindical, no pueden proclamarse herederos del marxismo.

¿Podemos identificar socialismo con reformismo?

La evolución marcadísima que día a día se advierte en la táctica socialista, adoptada casi de un modo unánime a pesar de las diversas corrientes en casi todos los países, nos lleva a afirmar, al ver la constante superación del socialismo por las masas proletarias: ¿el socialismo puede ser identificado con el reformismo? Tal como en La actualidad aparece organizado, y aun con este genuino nombre de socialismo, desviación del inicial de «comunismo» que le dio Marx, y del marxismo, a que se han vuelto sus continuadores, aunque enemigos del reformismo, Labriola, Fierre

Bernard, Sorel (de todos los campos) parece que la realidad del socialismo es la que expresaba Benoit Malón, el oportunista, diciendo:

«Hay medios que pueden emplearse para la realización práctica de nuestro ideal. Somos revolucionarios cuando las circunstancias lo exijan, y reformistas, siempre.»

Y Edward Berlh, antes de llegar a convertirse al sindicalismo, hacía como único canto revolucionario un canto al trabajo, del que habla como «el eje de su salud y armonía, alrededor del cual gravitará la vida, elevándose, en ritmo apacible y potente, hacia la belleza, y realizando la emancipación de las dos potencias más aptas a moralizar el hombre: el trabajo y el amor». Esto nos obliga a pensar que el socialismo en sí, convertido como lo está en órgano del reformismo, puede hoy identificarse con este plenamente, y que para ello es menester que se abandone insistentemente los teóricos socialistas de la última etapa, llamando a su seno a los intelectuales nosotros y otros diciendo que el partido socialista ha de ser un partido genuinamente nacional, que ha de albergar el mayor número de continuadores, sin importarnos su procedencia Creo que es urgente que los partidos socialistas se conviertan en el ala izquierda de los partidos burgueses, como un medio de aproximación al comunismo, sindicalismo, *etc.* admitiendo, sin embargo, principios económicos dc nacionalización, renunciando a las teorías marxistas, que son hoy obstáculos que íes impiden su marcha independiente y que suelen saltarse casi siempre ante la imposibilidad de adaptarse a los cauces tradicionales, pero renuncian al principio de la lucha de clases. La existencia de partidos radicales socialistas, que se desvían demasiado hacia el centro en la organización interna del Estado, convirtiéndose en fuertes núcleos gubernamentales, permite la entrada de los partidos socialistas a sustituir a éstos en su puesto de ala izquierda de los Gobiernos democráticos. El socialismo acercará, pues, a los problemas económicos a los burgueses de espíritu abierto y liberal, siquiera arrastre el lastre de los vividores políticos. Y más vale que se decida claramente a dar la cara en su verdadera y formal expresión, antes que tolerar en su seno esta discordia de la teoría con la práctica que le está conduciendo a la destrucción por proceso de consunción de energías en la labor inútil y sin ningún provecho. Es preferible que antes de morir, como los demás partidos que al desviarse, orientarse hacia la derecha, van perdiendo poco a poco su vitalidad, sus energías con cada

nuevo paso hacia el reformismo, hasta identificarse con los que Íes preceden y esfumarse, pueda cumplir su misión de ala izquierda de la pequeña burguesía. Hay un arte, que rara vez se aprende, pero que no por ello deja de ser de los más sustanciales: el de estar en el sitio adecuado y en el momento oportuno. Ha llegado el momento, y dejarlo pasar será condenar a muerte al socialismo, que puede aún rendir a la democracia un positivo servicio en estos últimos períodos que preceden a su fin, adaptando al cambio a masas compactas de burgueses que, aunque por espíritu de clase imborrable y de difícil destrucción, se opondrán a la revolución triunfante, estarán ya en el límite de la actuación comunista, y prestos a aproximarse con menos terror del inicial a las filas que se unen bajo la bandería común de la lucha de clases.

La traición de los socialistas oportunistas.

La traición de los socialistas oportunistas a la causa de la verdadera redención del proletariado si está consumando con los últimos consejos dados por casi todos los partidos socialistas, el español uno de ellos de abandonar, circunstancialmente al menos — no se atreven aún a aconsejar el abandono definitivo —, los postulados económicos y revolucionarios de su doctrina, para defender los regímenes burgueses instaurados en forma de repúblicas u organizaciones democráticas después de la Gran Guerra. Lenin hacía referencia a esta actitud de los oportunistas, diciendo que antes de la guerra mundial recomendaban moderación a los obreros, en nombre de una gradual transición hacia el socialismo; durante la guerra mundial predicaron la sumisión en nombre de la paz interna y la defensa del suelo patrio, y hoy, después de la guerra mundial, piden que el proletariado tenga la abnegación suficiente para que se sobreponga atas terribles consecuencias de la guerra misma, es» sin duda, porque si se accediese a tales pretensiones, continúa Lenin, el desenvolvimiento del capitalismo seguiría consumándose sobre los sepulcros de sucesivas generaciones, en forma todavía más concentrada y monstruosa» con la perspectiva de otra guerra mundial inevitable, No nos asustemos del empleo de términos, ni reprochemos a los partidarios de la dictadura del proletariado su posición antidemocrática. Porque ya lo dice Lenin:

«Al conquistar el poder, los proletarios no hacen sino establecer la completa imposibilidad de adoptar los métodos de la democracia burguesa y crear las condiciones y las formas de una democracia obrera de orden más elevado.»

Esto comprueba, una vez más, que los que creen que el socialismo puede triunfar manteniendo idéntico régimen democrático que en la actualidad con principios burgueses, engañan rotundamente a la clase trabajadora, que debe saber que cada régimen necesita un planteamiento diferente, y mantener las actuales instituciones es entregar al proletariado militante, a pesar de un gobierno o una mayoría parlamentaria socialista, en las manos alevosas de la burguesía.

El socialismo, tope.

Las coincidencias del Socialismo con el ala izquierda de la burguesía han dado resultados distintos de los que en principio se estimaban. Se Creía que el socialismo proletarizaría a la burguesía, puesto que era superior a ésta en números y contenido moral. Pero, por el contrario, ha sido ésta la que ha aburguesado al socialismo.

Al ponerse en contacto el ala izquierda y aun el ala centro de la burguesía con los núcleos socialistas, han debido exclamar, con un gesto de alivio: «No es tan fiero el león como lo pintan», y el bravo león de antaño, cuyos rugidos se temían, de cuyos zarpazos se huía por todos los medios, se ha transformado para ellos en un simple galo montés, de fácil reducción a la domesticidad.

De todas las funciones oprobiosas y traicioneras para los intereses que dice defender, que les ha impuesto la burguesía a los núcleos socialistas, la más indigna es la de servir de tope a los extremismos.

Desviada la masa proletaria hacia cauces revolucionarios e inquietos, la burguesía, que esperaba haber sucumbido al empuje de éstos, se halla dotada hoy con un arma nueva, la fuerza socialista, a ella incorporada, y a la que utiliza romo freno a las aspiraciones redentoras de las masas trabajadoras.

Y así, los núcleos de esa misma burguesía, inspirados por el anhelo egoísta de su propia salvaguardia, exclaman hoy en todas las naciones donde este proceso de concomitancia ha tenido lugar: «No podemos gobernar sin los socialistas… No podemos prescindir de los socialistas...»

Pero no ven hoy estos tan solicitados socialistas, antaño vejados y perseguidos por los mismos burgueses que hoy les adulan y miman, que su fuerza, equiparable a la de Sansón, está hoy en manos de esa burguesía, que, cual nueva Dalila, cortándoles el cabello de su ingénita y honda rebeldía los incapacita ya para la misión revolucionaria.

Esta imagen histórica puede aún hallar su correlación en oirá imagen de historia natural: la de la hembra de algunos insectos que, al propio tiempo que es fecundada por el macho, empieza a devorar a este hasta acabar con su vida. La burguesía necesita hoy, como necesitó ayer y como necesitará en lamo viva de unas masas proletarias que la permitan mantenerse unos años más en el pedestal de su hegemonía. Pero no sería beneficioso para ella extraer un poco de savia vivificante de ese injerto socialista, si dejaba en pie el árbol joven que pudiera sustituir al suyo, carcomido y enfermo. Debe apurar hasta la última gota de la savia joven, aunque para ello, y más bien deseándolo, sea preciso destruir el árbol que se la proporciona.

Y esta misión, egoísta y al propio tiempo destructora, es la que por espíritu de conservación cumple hoy la burguesía del mundo respecto de las organizaciones o partidos socialistas.

El socialismo, decapitado y superado.

¿Puede ser superado el socialismo? Me aquí la amenaza a que tienden hoy fas masas, siempre amigas, en un afán lisonjero y legítimo, de otear más allá.

El socialismo está perdiendo su honda misión eminentemente cerebral de conquistas a las masas proletarias para la lucha de clases. De ahí el sentido de nuestra frase «socialismo decapitado». El sentido de transigencia que inspira a los partidos socialistas de casi todo el mundo, sentido de concordia de clases antes que de lucha, ha dado a los regímenes

democráticos el apoyo de un factor valiosísimo, de un núcleo potente y bien organizado, de una masa consciente y disciplinada.

La incorporación del socialismo a la democracia burguesa es, evidentemente, una grande, una enorme ventaja para ésta, que tiene en él una reserva moral y material que le permita continuar su existencia, precisamente en el mismo instante en que sus reservas previas estaban ya exhaustas. Pero, como natural consecuencia, el socialismo se siente superado a sí mismo por la propia masa proletaria, que le abandona en busca de otro ideal que mantenga viva la llama de la lucha e inevitable oposición de clases, conceptos y regímenes.

listo no quiere decir que el socialismo se quede sin militantes activos. Por el contrario, es bastante posible que continúe con su fuerza numérica, y aunque ésta aumente, aunque no debe juzgarse como verdadero aumento el que se produce en los períodos de inflación engañosa que siguen a la subida al Poder.

Y no es extraño que ello suceda. Hay una gran masa, un fuerte núcleo de la burguesía que se cree liberado de buen número de prejuicios, que siente añílelos de comprensión hacia las aspiraciones de un régimen económico más justo, pero que no tolera que le hablen de dictaduras ni de oposición, ni siquiera en términos que acrediten la violencia tic expresión.

Y esa masa burguesa demasiado de izquierda para ser albergada en un partido democrático simple de escaso contenido económico, maso que ha leído al Marx de la última época o a Kautsky, masa que gusta de los estudios sociales, se encuentra con los partidos socialistas, decapitados, privados de su tuerza oposicionista, de su intenso valor expresivo y emocional de antaño, y los nutre y vivifica con su savia.

Esto, a la larga será una ventaja, En el eterno e inevitable fluir y refluir de las ideas, el socialismo será — de hecho, está siéndolo ya — superado por las masas proletarias, y se limita a su papel de preparador, de conductor de otras nuevas masas hasta llegar a ese proceso de superación.

Hace cincuenta años hablar de socialismo, no ya en España, en el mundo entero, equivalía a sinónimo de terrorismo y era símbolo máximo de fervor revolucionario.

Hoy, hablar de socialismo no es ya término que asuste ni a la propia burguesía. Es más; necesita la cooperación de esas masas socialistas pana no morir demasiado pronto.

Pero las masas socialistas van hoy más allá, y en su consecuencia buen número de socialistas militantes en los partidos políticos que llevan este nombre, simpatizan con Rusia, y admiran a Proudhon o a Kropotkine.

Estas masas burguesas que hoy empiezan a nutrir en sustitución de las proletarias, los partidos socialistas, en este curioso fenómeno de osmosis y exósmosis que se está produciendo en el mundo, serán preparadas por los organismos socialistas para su superación en un mañana próximo o remoto y con el transcurso de unos cuantos años — cada vez menos, porque los ciclos de la Humanidad y sus evoluciones son cada vez más rápidas — incorporarán a las falanges proletarias a estos oíros burgueses, ya proletarizados, ya inclinados a la izquierda por la presión de otras masas de tipo más conservador, que vuelvan a incorporarse a las organizaciones socialistas, sí es que para entonces aún conservan éstas este nombre.

El socialismo como partido organizado está destinado por la Historia a ser un a modo de tamiz que, filtrando elementos y capacidades, incorpore a la sociedad revolucionaria del mañana a cuantos simpatizando hoy con un anhelo de justicia distributiva temen aún por educación y prejuicio las frases de lucha de clases, revolución permanente o dictadura del proletariado.

¿Son los partidos socialistas las únicas fuerzas revolucionarias?

Hemos oído exclamar varias veces, y lo hemos leído en libros y en conferencias impresas, refiriéndose ya internacionalmente, ya a una nación determinada, que en los partidos socialistas es donde radica la única posibilidad revolucionaria.

Creemos que una de las últimas veces que se ha emitido tan rotunda afirmación ha sido en el libro de Gabriel Moron, «La ruta del socialismo en España», página 155, diciendo que:

«En España no hay tampoco más posibilidad revolucionaria que la que puede debe interpretar en lo práctico de su acción el Partido Socialista.»

Y nosotros disentimos radicalmente de esta opinión. Y afirmamos que la masa del Partido Socialista-prescindimos de sus hombres, demasiado alejados ya del ímpetu revolucionario — no está aún hoy en condiciones de ser la fuerza de choque, porque se ha adormecido en el lecho de los voluptuosos placeres del reformismo y está hoy sufriendo un lánguido y perezoso despertar.

Con esto no afirmamos que los partidos comunistas o los Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo sean esa única masa revolucionaria. Conocemos la realidad de las duras frases que figuran en el informe dirigido por la III Internacional al Partido Comunista Español, Sabemos que no es únicamente revolucionario ni propio del culto a los principios marxistas, que son principios de estrategia que exigen el máximo cuidado en la preparación de los movimientos destinados a inquietar el régimen burgués, cuando no a destruirlo, la algarada callejera, la protesta aislada, que siembra el desconcierto sin ventajas para los propios sembradores.

Por lo que a la C. N. T, atañe ésta no es un organismo político; se trata de Sindícalos organizados en función de resistencia, como los de la U. G. T, Y la Confederación sabe por particular experiencia lo que es el mantenimiento de una huelga y sus deplorables consecuencias. Podrá equivocarse en el instante más o menos oportuno de plantear una de estas huelgas; podrá tener errores que los mismos militantes de la Confederación reconocen, pero es indudable que su fuerza, por ser genuinamente obrera, nutrida por igual de jóvenes irreflexivos que de hombres maduros, de proletarios con sentido de su responsabilidad de ciase, es una fuerza de choque revolucionario muy de tener en cuenta para un movimiento cualquiera del mañana.

Las masas socialistas y do la U. G. T., que en la actualidad, rebelándose contra sus propios dirigentes, se niegan al indigno papel a que las ha reducido su gubernamental ismo tradicional, de servir de esquiroles en las huelgas planteadas por la C. N. T., y van a la huelga o al movimiento en unión de las fuerzas de la Confederación; los núcleos obreros que en Arnedo, como después en Bilbao, unidos ame el dolor común de la tragedia,

sin diferencia alguna, fundieron sus Comités para la labor común, organizaron mítines contando con el esfuerzo conjunto, y concurrieron a las manifestaciones con sus bellas banderas, rendidas en holocausto de dolor ante la muerte, son las que empiezan a darse cuenta de su papel revolucionario, por encima de los deseos más o menos de buena fe de sus líderes; son las vanguardias que, despertando hoy del marasmo de antaño, señalan la ruta, la trayectoria a las masas aún dormidas, aún aletargadas por viejos prejuicios.

Y es por esto por lo que decimos: Estas masas, que firman ya de por sí el pacto de unión con las otras fuerzas sindicales; estas masas que se dan cuenta del objetivo común que las inspira, sí SON, prescindiendo de su denominación de socialistas o sindicalistas, las que ofrecen la gran posibilidad revolucionaria de España.

La masa restante del Partido Socialista, masa que aún permanece aborregada en el aprisco, ocultando las cabezas en el cuerpo de Sus compañeros para no ver la clara e imponente realidad, no es, no puede ser, llámese socialista, comunista o anarquista, esperanza revolucionaria, ni de España ni de ninguna parte.

Los partidos socialistas, en España como en otros países, se han dormido en las delicias de la colaboración con los sectores burgueses, han ido perdiendo poco a poco su vitalidad hondamente revolucionaria. Hace falla una transfusión de sangre que tonifique el decaído espíritu de estos partidos, incorporándolos con este u otro nombre a la marcha rebelde de las vanguardias rojas.

Pero los partidos socialistas, hoy por hoy, no son crédito de confianza para los trabajadores en una revolución por falta de empuje y exceso de conservadurismo.

Hay una masa popular que siente anhelos, que tiene indómitas rebeldías, Y esa masa piensa actúa independientemente de los partidos organizados como tales, El día en que halla un fuerte oleaje de masas encrespadas, en que lo que hoy se dice «sottovoce» se tenga la energía y la seguridad de poderlo decir en alta voz y con la fuerza imprescindible; el día en que se produzca la «revolución de las masas» de que habla Ortega y Gasset (don José), se verá que el Partido Socialista como tal partido quedará

atrás y muy superado por el propio movimiento de las colectividades, porque a fuerza de abandonar en las garras de la burguesía jirones de su programa, e motor ideológico de los partidos socialistas es hoy va un motor viejo, de escasísima vitalidad y empuje, un motor de sonido bronco y destemplado que quiere remedar el acompasado tecleteo de un 60 HP.

No nos llagamos ilusiones. Los partidos socialistas no son hoy fuerzas revolucionarias; son momias conservadas con aparente frescura, obra y gratín de su programa marxista, y su única finalidad es la de conservar la herencia revolucionaria de antaño para poder transmitirla a la colectividad organizada el dio en que ésta ofrezca garantías de cumplir la misión que se le encomienda.

... Y el día en que eso llegue, y ese día se acerca, su vida, que por altos designios históricos, como en los cuentos de Hadas está pendiente de un hilo para poder cumplir la misión que se les ha encargado, se extinguirá y los partidos socialistas no solo dejarán de ser la esperanza revolucionaria de algunos ilusos de buena fe, sino que desaparecerán en el absorbente movimiento.

Para conocer el temple revolucionario de una colectividad o de un partido, habrá que exigirle su conformidad con aquellas frases de Vladimiro Lenin en su famoso y difundido folleto publicado en 1902 y titulado: «Sehto dielat...?» («¿Qué hacer...?»);

«Un socialista no debe temer el esfuerzo prolongado. Es preciso trabajar sin descanso, y estar siempre dispuesto a todo; desde la salvaguardia del honor, del prestigio y de la vida, en el momento de la opresión proletaria contra la burguesía, hasta la preparación, desencadenamiento y victoria de la insurrección armada del pueblo.»

Quienes retrocedan ante este credo de fervor revolucionario no podrán figurar en las primeras líneas del gran frente único proletario que prevemos no tan remoto como desearían algunos de los llamados «dirigentes» con impropiedad gramatical. TODO hay que darlo por la causa de la justicia. No se puede retroceder. Hay que tener el valor necesario pana decir como Lenin en un discurso pronunciado mucho antes de la guerra en Berna ante un gran número de prófugos rusos, (Véase «Los recuerdos de Lenin», por Nadejka Krupskai, la compañera de Lenin, pag, 106):

«Yo utilizaré todos los medios de que disponga para poner en el Poder al proletariado, así haya de pasar por montañas de cadáveres por océanos de sangre.»

Y hay que tener después valor bastante pana hacerlo y cumplirlo a la letra como lo cumplió Lenin en 1917.

El espíritu revolucionario de la colectividad ha de probar Su temple día a día, minuto a minuto en las cruentas luchas contra la burguesía triunfante.

El socialismo transige y capitula ante la burguesía.

No se crea que nuestras acusaciones van dirigidas contra el Partido Socialista Español de un modo único y exclusivo. Reconocemos que este es culpable, pero lo atribuimos más bien a un determinismo histórico que ha impulsado a obrar de modo idéntico a todos los partidos socialista» en este gran pleito internacional que se está debatiendo. Si solo actuáramos en contra del socialismo español, nuestra actitud no merecería un libro, bastaría con una campaña de Prensa de justificación do nuestra marcha y con el envío de nuestra baja al Partido Socialista; pero se trata de un descrédito internacional del socialismo y es preferible que nos adelantemos a reconocerlo y a sustituirlo por ideas nuevas antes de que se venga abajo, y tal vez nos aplaste entre los escombros.

El socialismo transige. Lo registran burgueses como Enrique Cimbali al hablar del «derecho del más fuerte» con la alegría de ver cómo el socialismo da señales de querer colocarse en el camino del derecho y de la ley.

Allá por el año 1890, esto es, mucho antes de la recién iniciada tendencia conservadora del socialismo internacional, el periódico «Il Martello», primero y último número que vio la luz el 2 de febrero del indicado año, y que fue impreso en Roma, publicó un artículo de Antonio Brunelli titulado «Le societa cooperative ed il socialismo», donde se hacían las siguientes afirmaciones.

«Entonces, cuando la vida nos sonreía con la frescura de su primavera, cuando empezamos a combatir, nos creyeron malhechores, por

lo menos vagabundos, nos procesaron, nos condenaron… Solo que entonces creímos posible destruirlo todo en un «fíat» y que la sustitución del viejo mundo por el nuevo podía obtenerse con un solo acto de energía o de voluntad.,. Desterrada ahora de nuestra mente toda idea violenta y material sin objetivos determinados, fuera del reflejo y del círculo de la razón, encaminados a la consecución de ideales sobre los que permanecemos firmes y sólidos, defendemos un nuevo trabajo como medio para lograrlos. Dado por consiguiente que debemos llegar a cierto punto prefijado y conocido; establecido hoy en la medida de lo posible para que fecunde el mañana en una latitud mayor y amplíe el espacio de las conquista sociales, abandonamos las viejas y pasadas sofista rías, aquella especie de dogmatismo que nos tenía siempre en guerra con el que no pensaba como nosotros y que nos tenía envueltos en una especie de oscuridad para combatir en el terreno práctico por las reivindicaciones inmediatas a que tenemos derecho. Sin preocupamos de que algunos ILUSOS nos llamen CONSERVADORES...»

El socialismo transige y capitula. Abandonémoslo en su puesto, Preferimos que nos juzguen ILUSOS y nos creemos con derecho a llamarles CONSERVADORES. El pleito internacional del posibilismo, del reformismo sigue en pie, y solo se resolverá el día en que las masas trabajadoras, dándose cuenta de la fuerza con que cuenta, de la poderosa palanca que representan, impongan una línea de conducta fuertemente clasista, no a estos dirigentes actuales, que no podrían adaptarse al cambio, sino a quienes representaran et sentir revolucionario e inquieto de la clase obrera.

El encenagamiento del socialismo.

Es indudable que el socialismo, surgido como doctrina de decrepitud, marcha en la actualidad hacia un rápido encenagamiento. Es cierto que ello entraña un peligro grave, tanto para la clase obrera como para la Humanidad en general. Dice Sombart que la dase obrera corre con ello el riesgo de que sus intereses específicos de clase no sean ya tenidos en el debido aprecio, pues el Partido Socialista no podría estar al mismo tiempo a buenas con Dios y con el mundo. Pera esta desviación del socialismo es lamentable no solo por estas causas, sino porque impide al

proletariado el cumplimiento de su misión histórica, que debe consistir en llevar al mundo un espíritu nuevo que le rejuvenezca y le haga apto para engendrar esencia proletaria. El socialismo político no es más que la ampliación de la civilización burguesa. Es incapaz de imprimir a la humanidad una modalidad nueva, siendo así que solo esta renovación es lo interesante en el contenido de socialismo, que debe representar, como repetidas veces se ha dicho, una nueva civilización. Para conjurar el peligro que amenaza actualmente al movimiento socialista no queda otra solución que sacarle de los brazos del socialismo político y volverlo a su primitiva condición de movimiento de clase, que representa intereses puramente proletarios y debe agitarse bajo formas puramente clasistas. Por ello, la nueva orientación neo-marxista o sindicalista coincide con las frases que respecto a este interesante tema .se adopta por Lagardelle al decir que:

«Frente al socialismo de los partidos, frágil y artificial, se levanta cada vez más fuerte el socialismo de las instituciones, y que Leone comenta diciendo que el rasgo más característico del íntimo espíritu filosófico del sindicalismo es la subordinación en que, según él, deben estar las ideologías aisladas respecto al hecho de la organización.»

El socialismo, Imitación de la burguesía.

Con mucha razón se burla Leone de la superstición parlamentaria, que concede a las leyes la virtud mágica de crear nuevas fuerzas sociales, y que, según dice Sorel, infunde ida virtud mágica del poder gubernamental». Y repiten, como Labriola, que:

«...Los partidos pueden elegir delegados, pero no pueden poner en marcha una sola máquina ni organizar una empresa. Y es que el desarrollo de las fuerzas productoras en el neo-marxismo sindicalista es, como dice, con el que edifica el porvenir sobre las fuerzas conómicas, psicológicas, éticas y políticas que deben desarrollarse en el proletariado.»

He aquí por qué Sorel confirma esta tesis diciendo: «La nueva escuela se ha separado inmediatamente del socialismo oficial al reconocer la necesidad de un perfeccionamiento de las costumbres.»

Esto es; no hacer del socialismo una imitación de la clase burguesa y de sus instituciones, sino, por el contrario, una civilización nueva que acabe con los prejuicios y perfeccione las costumbres.

Por ello, Eduardo Berth dijo;

«Para que el obrero sea verdaderamente libre es necesario que cese la distribución jerárquica del trabajo; es necesario que deje de pesar sobre los trabajadores la fuerza colectiva que pone en movimiento la fábrica y que el grupo obrero asuma todas las fuerzas intelectuales de la producción y desarrollo como grupo y, a te manera de un patrono, según expresión en Labriola, el plan completo del trabajo, dirección y ejecución. He aquí la solución del problema, fil socialismo no es más que una imitación de la burguesía.»

Es lamentable pensar que el socialismo, en el que tantas veces se había creído hallar la panacea universal que todo lo resolvía, no es más que una imitación de las instituciones burguesas, y no podría representar mis que una ambigua imitación de lo que la burguesía ha preestablecido a su vez.

El socialismo, hijo póstumo de Marx

El socialismo resulta por ello, como ya hemos indicado, no solo el último hijo de Marx, sino aun el hijo póstumo, que apenas si conserva de su progenitor algunas de sus características iniciales, y es de tal modo el hijo nacido en la decrepitud física y mental de Marx y mal alimentado con papillas oportunistas y posibilistas, que justifica las frases del conocido polígrafo francés Le Bon, en «Les phenomenes physiques et sociaux» (pág. 273):

«El socialismo viene a aumentar el dominio de las instituciones administrativas, apareciendo, por ende, como un principio de debilidad y de cansancio, que espera realizar por la intervención exterior del poder político lo que la acción personal no puede alcanzar. Es producto de naciones en declinación financiera, o de pueblos anémicos y envejecidos.»

El hecho de que los socialistas aparezcan como el más firme apoyo del capitalismo e intenten ocultar estas contradicciones a sus enemigos en el

predominio sobre las clases obreras, no es más que una revelación definitiva de lo que tandas y tan repetidas veces se ha expuesto, va que se limita a ser la expresión de un estado de decrepitud cuyos primeros sintonías se ofrecieron casi a raíz de Su nacimiento, cuando en lo que debía haber sido vigor revolucionario aparecieron las arrugas del conformismo.

Las reformas provocan la reacción adversa: la revolución.

Un detalle más para justificar este perfectamente natural apotegma. El caso chino. Lo que hizo Francia en 1780, Rusia en 1917 y la feudal Alemania en 1918 repitió China en la forma clásica. Max Weber, en su «Sociología de la religión» tomo I, página. 345 y preferimos referirnos a esta nación para no repetir hechos de todos conocidos, por la difusión que han tenido hasta aquí, desde 1898, en que se destapó la caja encantada de las reformas, se ensayaron toda clase de modificaciones discutidas en cada caso y en parte decretadas a rajatabla. Pero las reformas fueron llevadas al papel, pero no a la práctica. Kl resultado práctico que lograron lo expresa Von Pawlowitsch, en su libro: «Nueva época» (XXX, II, pág. 499), diciendo que las reformas facilitaron a los funcionarios el deseado pretexto pana apretar más y más los tornillos de la recaudación, es decir, para enriquecerse más vergonzosamente, En algunos distritos, como, por ejemplo, en Kin-Tscheon, las gabelos sobre la carne, el pan, el combustible y artículos semejantes se elevaron de tal modo, que la población se rebeló, presa de desesperación. Pawlowitsch cito el informe del funcionario Schen-Kia-nei, conocido por su excepcional probidad, y donde hace constar al Gobierno que en su distrito; en un año, se elevaron los impuestos al quíntuplo en comparación con los del año anterior.

Esto comprueba, una vez más, que las reformas que se emprenden con el propósito de hacer innecesaria la revolución, cumple el fin contrario a lo que se proponen sus iniciadores, y es el de dar nuevos medios para su más rápida ejecución revolucionaria

El príncipe Kropotkine ha hecho esta sagaz observación;

«Si Francia es la vanguardia de la revolución, si el pueblo francés es revolucionario por espíritu y por temperamento, es precisamente por haber

hecho tantas evoluciones condenadas por los doctrinarios y los cretinos.»

La sociología cristiana ha sacado un buen discípulo: el socialismo posibilista.

No extrañe lo que advertimos de la sociología cristiana, que ha hallado sus más fervientes discípulos en los socialistas posibilistas, porque son los católicos, lo mismo que los socialdemócratas o social-reformistas, los partidarios de las leyes sociales y su aplicación; porque El Debate ha recomendado recientemente sin descanso a sus amigos y fieles, el que se presentaran al concurso de las plazas de delegados de trabajo; porque en el Ministerio de Trabajo, las figuras más destacadas son los más destacados sociólogos cristianos, que forman, a su vez, el tribunal juzgador de estas oposiciones (señores Fosada, Gascón y Marín, Elorrieta, Zancada, etc.); porque los libros donde se tratan estas cuestiones y se habla con complacencia de esta actitud participacionista del socialismo, son precisamente los libros escritos por burgueses cristianos, que, naturalmente, no llegan a manos de la clase trabajadora, que no puede enterarse así de hechos tan palpables como los que en este capítulo se enuncian someramente y que tenemos por ello el máximo interés en revelar a la luz .pública, para que no continúe, al menos por ignorancia, el manifiesto engañoso de la legislación social.

La evolución es el germen de la revolución.

Sabido es que los socialistas predican que la evolución es el arma más útil y aun la mínima diferencia láctica que los distingue de otros partidos proletarios, el comunista en particular. Pues bien; no solo está comprobado, y hemos procurado demostrarlo en el transcurso de este libro, que Marx no admitió en modo alguno la evolución y habló siempre de la revolución, y aun con culto a la violencia, sino que la evolución en sí, no represento otra cosa que el germen de una nueva revolución, así como ésta os el balance de la evolución que la ha precedido. La evolución no es una solución pacífica y que no admita la posibilidad de la revolución; es la preparación de esta revolución; pero para lograrlo no puede entregarse a la acción de la burguesía y ser dominada por ésta, creando, a la par que los

instrumentos de ofensa o ataque suyo, las armas de contradefensa o contraataque con la legislación social, sistema participacioncita o colaboracionista que sitúa al proletariado bajo el dominio directo y la fiscalización de la burguesía, alejándolo así de la obra o misión revolucionaria, Todos somos evolucionistas, porque los que predican la revolución permanente, esa frase que tanto asusta y que es un simple enunciado marxista, predican, por ende, una evolución, ya que ésta no es, en modo alguno, otra cosa que el germen de una revolución, y ésta se reduce a ser la solución violenta de las contradicciones sociales fundamentales, de los antagonismos de clase, y es la fuerza motriz de la historia en las sociedades organizadas, como la actual, bajo el régimen de lucha de clases.

Los partidos socialistas no morirán.

No. Los partidos socialistas no morirán. Se limitarán a arrastrar su vida lánguida y soporífera, a acercarse cada vez más al centro y aun a la derecha, dentro de los sectores burgueses. Es más: la última mutilación que han sufrido en su espíritu revolucionario les servirá para alimentar sus medios de vida, sus ingresos a costa del ala posibilista de la burguesía. Mendigando ya en la actualidad sus favores, ésta se los otorga más amplios apenas se abandonen poco a poco por el socialismo las trincheras de la lucha de clases, la dictadura del proletariado, el derecho de huelga, *etc.* Y posiblemente le sucederá lo que al mendigo Debrecen, de Bucarest, que ya tenía amputada una pierna y fue atropellado recientemente por un tranvía, habiendo de cortarle la otra. Presentó la correspondiente demanda de indemnización, que el Tribunal le ha denegado con el siguiente considerando que se da como resumen del juicio que tuvo lugar en los últimos días del mes de agosto:

«Considerando que como ya antes del accidente era la mendicidad el único medio de vida del reclamante, el Tribunal estima que la pérdida de la segunda pierna contribuirá a aumentar sus ganancias, proporcionándole ingresos mayores y por tanto, no procede concederle la indemnización solicitada.»

El socialismo no debe ser compadecido.

No olvidemos nunca, y tenemos especial interés en recordar así a los socialistas que han perdido la buena fe en la discusión, que la mentira es el acto más reprobable y que implica mayor debilidad de nuestro organismo y que es cierto aquel vibrante apóstrofe de Kropotkine en «La moral anarquista»:

«Siembra la vida alrededor de ti; advierte que engañar, mentir ser astuto, es envilecerte, empequeñecerle, reconocerte débil desde luego; ser como la esclava del harén, que se cree inferior a su señor. Hazlo así si te place; pero entonces ten presente que la humanidad te considerará pequeño, mezquino, débil y te tratará en consecuencia. Si no sabes dar prueba de tu energía, te considerará como un ser que merece lástima, solo lástima. No te quejes de los humanos si tú mismo paralizas así tu actividad.»

Lo decimos con toda buena fe a los socialistas. No sigáis el camino emprendido del confusionismo, de la mentira, del engaño, aunque ello os parezca beneficioso para vuestra causa. La verdad es algo tan imponderable que aunque quieran enterrarla en lo hondo del pozo o de la sima clásica reaparece siempre Y además, la verdad es algo tan indestructible que aun ruando de momento parece que perjudica beneficia la larga si la idea lo merece y es defendida de buena fe. No sigan los socialistas el camino de la falsía, porque no les queremos tan mal que les deseemos este fin a que hace alusión Kropotkine con indudable acierto. Que sean combatidos con toda la fuerza que el caso y los momentos requieran, que se les censure, que se les injurie, todo menos que se les compadezca. En este el peldaño más bajo, el que puede descender un hombre y el ideal a quien sirve.

La pretendida solidaridad internacional da los trabajadores socialistas es un engaño.

La solidaridad internacional de los trabajadores es desgraciadamente palabras, pero no hechos, a pesar de lo muy divulgada que está y de lo claramente que expuso Marx la fraternidad de todos los proletarios de todos los países. Queremos recordar a este respecto que cuando China mantenía una de sus huelgas más temibles, en 1926, y el Socorro Obrero Internacional invitó a acudir en auxilio de los proletarios de Shangai, este

llamamiento solo encontró eco en las secciones aisladas de la Internacional de Ámsterdam o II Internacional. Así los Sindicatos ingleses, en pugna con el socialismo reformista, acudieron como un solo hombre, así como los noruegos, «el cartell» de Oslo, los ferroviarios de Bellinzona, a excepción del Sindicato Holandés, que saboteó la lucha; de la Unión Sindical de Trabajadores Alemanes, y de los Sindicatos franceses, los tres puntos donde el movimiento de la Internacional de Ámsterdam tiene su mayor empuje, Ámsterdam con su Internacional saboteó duramente la intervención en pro de China. A mediados de junio de 1925 fue cuando el Socorro Obrero internacional solicitó la labor común en favor de los huelguistas de China. El 22 del mismo mes tuvo lugar la sesión de la Internacional, pero se aplazó el acuerdo hasta el 28. El 29 sufrió un nuevo aplazamiento, a pesar de que periódicos de todas las tendencias hablaban de la situación angustiosa de tos huelguistas. Pero la Internacional contestó a la desesperada súplica diciendo que para satisfacer los compromisos burocráticos inevitables y poder dar cuenta detallada a sus secciones, necesitaba informarse antes de Cómo y hasta qué límites necesitaba China el socorro. A los Sindicatos chinos no se dirigió ninguna solicitud oficial en pro de esta información. Lo cierto es que hasta el 17 de agosto no se adoptó un acuerdo definitivo, y ello cuando ya la huelga se había resuelto, siquiera fuera con el parco pero generoso auxilio de las secciones nacionales de otros países. La tan decantada solidaridad internacional por parte de la Central sindical, que tenía la obligación de prestarla y en momentos de peligro, de lucha hondamente revolucionaría, quedase reducida a este sabotaje, en unos casos declarado, en otros encubierto con que la II Internacional revela su entrega a los intereses de la burguesía.

El proceso de la retirada de la burguesía se está cumpliendo en España.

Es indudable que el capitalismo ha pasado, poco después de la gran guerra, por una crisis profundísima, Algunas naciones lo han aprovechado para hacer una revolución proletaria (Rusia). Otras para desmembrarse en pequeños propósitos nacionalistas (todas las pequeñas naciones de Centroeuropa, Estados balcánicos, etc.) Otras han dejado pasar la ocasión de seguir la trayectoria rusa, y han sufrido la reacción más directa de la

burguesía, recobrada de su prístina debilidad. Y en todas las naciones, el proceso de retirada grandiosa de la burguesía se operaba. No podía faltar España, siquiera retrasada, como lo ha sido en su cambio político y como lo es en sil historia, Y por si alguna duda nos queda, veamos cómo define Varga el movimiento grandioso de la retirada de la burguesía diciendo: «la burguesía ha obedecido a la presión de las masas y aparentemente quiso entregarle el Poder al proletariado para combatirlo con él. Hizo los mayores sacrificios para poder mantener el sistema capitalista. En cierto número de países han renunciado temporalmente a la explotación para poder salvaguardar la condición misma de esta explotación, es decir, a su dominio de clase. Puso el Gobierno en las manos de los «leaders» reformistas. Realizó todas las reivindicaciones sociales del proletariado (jornada de ocho horas, seguros sociales, readmisión en las Empresas de los desmovilizados, control obrero sobre la producción, etc.). La burguesía hizo también las mayores concesiones posibles en cuestiones de salarios. Apaciguó la rebelión de las masas por la creación de «Comisiones de socialización», por los pretendidos preparativos para una reforma agraria, La burguesía tenía a toda costa que ganar tiempo, ora restablecer su aparato de violencia debilitado y dar a los reformistas posibilidad de dirigir por las vías legales la rebeldía de las masas trabajadoras».

¿No vemos en estas frases de Varga la situación verídica de España? La burguesía ha hecho una jugada magnífica. Retira sus fuerzas, pero para dejar entre ellas a los enemigos, emborracharles con el vino de la victoria aparente y una vez dormidos, coparles, asegurándoles bien en la presión a que se les destina e imponiéndose firmemente, aún más que antes, con el triunfo subsiguiente del fascismo, Pero nosotros somos fatalistas hasta un cierto punto Creemos que las mismas causas producen idénticos efectos, y cuando los «leaders» social-reformistas se ocupan sistemáticamente en todas las acciones de idéntico fin conservador de la burguesía, os natural que se produzcan los mismos hechos No así cuando la situación varía, el proletariado español tiene en sus manos el cambiar el fatalismo de la historia internacional, evitando con su empuje revolucionario bien administrado, y decimos bien administrado, porque hay veces en que puede provocarse lo mismo que se trata de evitar, el triunfo de otro modo

irrebatible del fascismo, que no es sino el estado de ánimo de natural reacción de la burguesía vencedora.

El gran pulpo burocrático de las Casas del Pueblo.

Nos referimos por igual a las Casas del Pueblo españolas que a las de otros países, donde sufren idéntica invasión tentacular del gran pulpo burocrático que hoy pulula en los organismos sindicales. No incurrimos en la vieja censura de los cargos retribuidos. Por el contrario, hemos afirmado que nosotros, enemigos tic la explotación, explotábamos a nuestra vez con los irrisorios sueldos que hasta hace muy poco tiempo se daban ni cargo retribuido y a su personal auxiliar por un trabajo que no era la jornada legal de ocho horas, sino de doce o catorce como mínimum.

Pero es que el contagio va haciéndose cada día mayor. En las Secretarías de unos y otros Sindicatos de unas y otras organizaciones, en los Comités Paritarios, en tas Comisiones interindustriales, en los Jurados mixtos, en el Instituto de Trabajo, en los puestos de vocales representantes en tan los y tantos organismos del Estado, en nombre de la fiscalización o del control, en nombre de cuantos pretextos caben en la fértil inteligencia de todos, en el seno de las organizaciones obreras crece y se desarrolla un gran pulpo burocrático que amenaza sofocar la rebeldía instintiva de la masa.

«Poder abandonar el trabajo», «destacarse hablando para poder conseguir un puesto de propagandista», «bullir entre los corros de aduladores a tal o cual personaje o personajillo para entrar en una Secretaría o con una vocalía representativa en cualquier de los campos ya indicados»; éstas y no otras son las frases que Se oyen en boca de nuestros más fieles asistentes a la Casa del Pueblo, haciendo equilibrios y arrojando zancadillas a sus más afortunados compañeros para sobre los hombros de la pobre masa paciente elevarse uno de tal y hacerse un hombre.

De entre estos mismos, unos pocos, una «élite» restringida, llega a gustar realmente las mieles del triunfo. Y éstos sí dejan de ser los pobres burócratas sin excesivo lucro para convertirse en eso categoría que a fuerza de superar a la propia burguesía hemos dado en llamar capitalista.

Creamos, pues, dentro de las organizaciones obreras, una burguesía y un capitalismo o aristocracia que, extendiéndose y ramificándose en sucesión directa o colateral unas veces, y hasta suegros y suegras, otras de mera amistad, compañerismo o influencia, recogen los cabos de los elementos do más posible influjo en las organizaciones, y aun como decíamos, si el caso vale la pena, de familias enteras, y forman una tupida red que impedirá a la masa obrera, sobre la que se han hecho tan maquiavélicas combinaciones, ni el menor movimiento de protesta.

Continuamos, pues, la trayectoria falsa del marxismo y de sus derivados; el afán de imponer de arriba abajo; de «no a la colectividad. Hace falta reaccionar. La masa puede y debe hacerlo, imponiendo su acción de abajo arriba. El ejemplo de Inglaterra a que aludimos anteriormente, en que las masas, prescindiendo del Sindicato oficial, nombraron sus delegados de taller y sus Consejos de fábrica (fórmula que es aprovechable para el comunismo tanto como para el sindicalismo), es de por sí lo suficientemente elocuente. Al hablar del neo-marxismo revolucionario de hoy concretamos las posibilidades de esta organización autónoma surgida del propio corazón de las masas obreras, y prescindiendo de la imponente burocracia directora, a la que habrán de abandonar tarde o temprano, y aunque ello nos pese, como momias curiosas que queden entro las paredes de fas Casas del Pueblo, ejemplo de una etapa del movimiento sindical en que los Sindicatos obreros aparecían regidos, orientados a su gusto por quienes desde muy corta edad olvidaron el modo de manejar los útiles de su oficio y nada recuerdan las penalidades ni de las injusticias de su vida proletaria.

El movimiento proletario no puede Ser un movimiento dirigido por una burocracia como cualquier gran Sociedad anónima.

Los movimientos operarlos en todos los países, y que hoy llenen una inicial repercusión en España con el estado de inquietud latente en las organizaciones obreras, no son más que un estado de espíritu nuevo, una nueva tendencia que cuajará en breve plazo. Es que, como dice Hamón:

«La confianza en el arreglo por la vio parlamentaria de los conflictos de clase deja de existir del mismo modo que cesa la confianza en los funcionarios, la burocracia de los Sindicatos,»

Las masas obreras pueden imponer su voluntad favorable o adversa a este estado de cosas superando sus propios Sindicatos y sus propias organizaciones, que no es, en modo alguno, quebrantando el principio de su unión y convirtiéndose en aguas de empuje inquebrantable que por la presión de su propio entusiasmo pasen por encima del gran pulpo burocrático que intentaba sojuzgarlas y lo sepulten en lo más hondo del cauce por que transcurran. Todos los redentores del proletariado han estimulado a este haciéndole ver que de él depende, si paraliza sus esfuerzos, la ruina y la desesperación de la propia dase burguesa, Y el proletariado, que ha hecho ceder a los más resueltos capitalistas, que ha provocado los más graves e insolubles conflictos, ¿va a detenerse ante el punto burocrático, aunque no sea más que por reacción de instinto de conservación? No, La masa obrera es de por sí lo bastante para superar este obstáculo. Y tiene sobre todo un medio utilísimo con el que no se acusará de recurrir a la violencia, con el que no creará ídolos ni mártires, y este medio es el de prescindir del pulpo burocrático y recobrar su prístina independencia. La «ahinsa», la no violencia que Gandhi predica la creación de Comités de Fábrica independientes, el prescindir tic las Directivas de los Sindicatos sin actuar en contra de ellas, el recobrar su plena libertad de acción, he ahí la aspiración. Devolveremos a la suciedad un grupo más numeroso de ¡o que se figuran los propios núcleos obreros, de jóvenes y hombres maduros que están en condiciones de rendir un positivo beneficio, el primero y el más indispensable, «colonizando» el pobre y abandonado agro español.

Alerta a los proletarios.
Los sofismas socialistas.

No nos referimos con esta somera indicación a lo que pudiéramos llamar los sofismas individuales, ya que frente a la propaganda individual por la palabra, está la que yo defino como contrapropaganda por el hecho de los dirigentes que actúan en su vida privada y pública, y muy rara vez como verdaderos socialistas. Nos referimos a los sofismas de los socialistas como tal partido o colectividad y como base en sus actuaciones y que adoptan como propaganda. Son estos los sofismas de los que habla Sorel con realidad ejemplar:

«Todas las fórmulas socialistas pierden su sentido real en labios de los supuestos representantes del proletariado. Subsiste el gran principio de la lucha de clases, pero subordinado a la solidaridad nacional. Es el internacionalismo artículo de fe (y en honor suyo aun los más moderados se muestran propicios a formular juramentos solemnes), pero también impune sagrados deberes el patriotismo. La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos (como se lee a diario), pero la emancipación verdadera consiste en elegir a un profesional de la política y ponerle en vías de agenciarse buena posición. Debe quitarse de en medio al Estado (y no es posible contradecir las afirmaciones de Engels a tal propósito), pero la desaparición se anunció para días distantes, y, mientras conviene servirse del listado para atiborrar de buenas tajadas a los políticos, y la mejor conducta para provocar la desaparición estatista consiste en reforzar provisionalmente la máquina gubernamental. Griboulle, que se arrojó al río por no mojarse en un aguacero, hubiera razonado de igual modo.»

El partido suele emplear aún muchos conceptos extraños. Cuando una discusión se plantea, el ataque a la vida privada del individuo; cuando llega a un momento difícil, la cuestión de no ha lugar a deliberar, que corla los más interesantes debutes en las asambleas políticas, como la guillotina parlamentaria puede hacerlo en el Congreso; claro que todo ello en plan de respetar la democracia o la voluntad de la mayoría; qué decir cuando, como sucedió recientemente en una Junta de una Agrupación, al discutirse un asunto de vital interés, por tratarse de la conducta de un afiliado que ostentaba cargos representativos de las organizaciones sindicales y políticas, se pone en la mesa persona muy afecta a él por lazos familiares inconfesables, se vuelta a todas los cargos retribuidos de las tres categorías que existen en los Sindicatos obreros, se hace un recuento de votos a simple vista, a pesar de las protestas de algunos que no habían sido incluidos, y convencidos todos de que una de las doctrinas sustentadas sacaba mayoría, como se había demostrado en el transcurso de todas las incidencias y en la misma votación, aparece mayoría en contra? Pero, aun sin recurrir a estos bajos procedimientos, los socialistas de cierta categoría intelectual no han dudado incluso en falsificar textos y adulterar opiniones, ir a otro lugar hacemos referencia a lo que le sucedió a Engels con uno de sus artículos, que fue completamente falsificado, y a sabiendas, por los socialdemócratas

alemanes, para presentarle como partidario de la acción pacífica y evolutiva. No nos extraña, a pesar de todo, que los socialistas hayan adoptado este medio. La obra que hemos realizado con este libro, de desenmascarar las doctrinas de Marx y buscar entre ellos los puntos de contacto y no los de discordia entre los diversos partidos políticos o de clase existentes entre el proletariado, es tal vez la más difícil de realizar espigando en las obras del propio Marx. El simple hecho, por nosotros enunciado al empezar este libro, de que tanto los comunistas, como los anarquistas, como los socialistas o los simples colectivistas, pueden reclamar su origen marxista, conduce de por sí a inquietudes y confusiones que han sido la base inconsciente de todas las dolorosas escisiones y luchas del movimiento proletario. Por algo cierto doctor socialista, alemán y burlón, hubo de decir que del estudio de las obras de Marx había deducido como consecuencia que no era sino el arte de conciliar las doctrinas contradictorias mediante un galimatías.

Nada de extraño tiene, pues que, cuando en un CONSEJO nacional hubieran de discutirse dos mociones, en las que la una defendía que las federaciones departamentales o locales entablasen la lucha electoral donde hubiese más probabilidades de triunfo, y la otra proponía que se presentasen candidatos en todos los distritos indistintamente, pudiera levantarse un miembro del Congreso a decir, sin la menor propuesta: «Reclamo atención, porque la tesis que voy a sostener quizá pudiera parecer, a primera vista, extraordinaria y paradójica; pero es que entrambas nociones no son incompatibles, si se les aplica el método natural y marxista de resolver lo contradictorio.»

Las polémicas de Jaurés con Omenceau demostraron las logomaquias o sofismas que suelen emplear los socialistas reformistas en sus discusiones. Y, sin duda obedeciendo al hábito de engañar a sus lectores o a quien les escucha, ha habido quien ha concluido por hacerles perder la noción de las discusiones leales. Em «L'Aurore» de 9 de septiembre de 1905, Clernenceau censura a Jaurés que embrolle el juicio de sus partidarios con sutilezas metafísicas pitra las que son incapaces de seguirle, y en el húmero del 26 de octubre del mismo año, Clemcnceau demuestra palpablemente que su contradictor posee el arte de adulterar los textos, y concluye con estas frases, que rio aplicamos directamente a Jaurés, hombre a quien, por otra parte, a pesar de sus grandes defectos, admiramos con

verdadera devoción, sino, en general, a todos los socialistas, por su táctica incorrecta e injusta:

«He creído provechoso poner de relieve ciertos procedimientos de polémica cuyo monopolio atribuimos, errónea y fácilmente, a la Compañía de Jesús.

¿Qué se hizo de la revolución permanente de Marx? ¿De la dictadura del proletariado qué se hicieron?

Parodiamos aquí los versos de Jorge Manrique, que, con sus famosas coplas elegiacas, llena por sí solo un largo período de la historia de España, que de otro modo se hubiera sumido en la oscuridad del olvido.; ¿Qué pe hizo, en efecto, de la tesis de la revolución permanente de Marx? ¿De la dictadura del proletariado, qué se hicieron los socialistas reunidos en París en el Congreso de 1900, cuando, ante el caso Millerand, adoptaron la resolución propuesta por Kautsky, esta resolución que Ferri definió en la discusión como la que «cerraba la puerta a otro caso Millerand, pero dejaba abierta la ventana»?

La resolución aprobada fue la siguiente:

«La conquista del Poder político por el proletariado no puede ser, en un Estado democrático moderno, la obra exclusiva de un golpe de mano, sino que ha de ser el fruto final de una larga y penosa labor de organización económica y política del proletariado, de su regeneración moral y física y de la conquista gradual de los puestos electorales en los Ayuntamientos y en los cuerpos legislativos.

Pero la conquista del Gobierno no puede realizarse por fragmentos allí donde el Poder se halla centralizado. La entrada de un solo socialista en un Ministerio hurgues no debe considerarse como el principio normal de la conquista del Poder político, sino únicamente como un imperativo excepcional y pasajero en una situación apremiante.

Decidir si en un caso determinado se tiene delante una situación de esa naturaleza, es cuestión de táctica, pero no de principios, Sobre este punto no tiene que resolver el Congreso, Pero este peligroso experimento

solo puede ser de utilidad cuando consiente en él todo el partido» cuando el ministro socialista es y sigue siendo en el Poder el mandatario de su partido.

Cuando el ministro socialista procede con independencia y de por sí, cuando deja de ser el mandatario del partido, su entrada en el Ministerio, lejos de ser entonces un medio de robustecer aquél, lo es de restarle fuerzas, lejos de ser un medio de acelerar la conquista del Poder político, lo es de aplazar su consecución.

El Congreso declara que todo socialista debe abandonar un Ministerio burgués, cuando el partido organizado te declara culpable de parcialidad en la lucha económica entre el capital y el trabajo.»

Pero aun esto da lugar a interesantes cuestiones anejas, Lo resolución filé aprobada por 29 votos nacionales contra nueve. Cada nación tiene dos votos, Pues bien, votaron en contra Bulgaria e Irlanda (cuatro votos). Y hubo cinco naciones que, siguiendo la táctica jesuítica — no en báldese ha identificado tantas veces al socialismo posibilita con el jesuitismo posibilista a su vez en esencia, ya que no niega nada y lo admite todo (Polonia, Rusia, Italia, Estados Unidos y Francia) —, emplearon su doble voto en votar a la vez en pro y en contra. La resolución de Kautsky implicaba un precedente, esos malhadados precedentes que habrían de ser la ruina de todos los organismos burocráticos y que lo han sido a su vez del socialismo, de que el resolver sobre asunto de esta naturaleza no es misión del Congreso, ya que se trataba de una cuestión de táctica y no de principios. Cuando se repite en todo instante, que los Congresos se reúnen para estudiar únicamente las cuestiones de táctica que quepa adoptar en cada instante, cuando se habla de que no vale hablar de modificar el programa por previo y preexistente a todas las discusiones posteriores, no es indudable que tenía razón Rosa Luxemburgo cuando, en este mismo Congreso, y al oponerse a esta resolución, decía: «¿Qué otra cosa podemos hacer sino trazar reglas para la táctica práctica del partido? Si abandonamos esa tarea, ¿a qué estos congresos, a qué entonces nuestra solidaridad internacional?»

Cuando asistíamos al Congreso extraordinario del partido Socialista obrero español, celebrado en junio el comente año de 1932, y asistíamos a la deliberación de un problema de táctica, el de la continuación o retirada de los ministros socialistas, temíamos — sin razón, pero no por

disconformidad, sino por ignorancia que surgiera algún camarada de los especializados en recopilar acuerdos de Congresos a citar este precedente de Kautsky en el Congreso Internacional de principios de siglo. No fue así, pero no lo hemos de agradecer al revolucionarismo de los socialistas españoles, sino a su ignorancia de fa existencia de un acuerdo semejante.

La Impudicia de los «leaders» socialistas y la estulticia colectiva.

Jamás hemos intentado, en este libro, llegar al insulto personal, ni aun siquiera a lo que pudiera estimarse como grosera alusión. Si lo hacemos en este caso y con estas palabras, es porque no nos referimos a rama radas en concreto, y si tenemos que personalizar es por la necesidad de dar valor a nuestra cita, si no al sentimiento dé despreocupación con que se tratan problemas de táctica por la más desenfrenada ambición que lo lamenta la imposibilidad de satisfacerse, son acogidas con entusiasmo y risas por la masa. Se trataba del caso Millerand, en París, que inició la cesión creciente en la presión de los partidos socialistas después de la fórmula de Kautsky, a la que aludimos en otro lugar de este libro, que permitía ya la actuación participacionista de los socialistas abandonando sus principios de lucha de clase. Se discutía el asunto en el Congreso Socialista de París de 1900, para decir Auer:

«Todo cuanto al proletariado francés mueve, excita y divide y nos ha obligado a escuchar discursos que han durado horas enteras, lo hemos oído ya hace años en Alemania, solo que en tonos menos apasionados, La cuestión He las alianzas con los partidos burgueses, del ingreso en las administraciones comunistas, etc., fueron hace veinte años objeto de preocupación para nosotros, y la experiencia ñus ha obligado, al fin, a hacer lo que los franceses tendrán que hacer también ahora, si no quieren perjudicar los intereses de la clase obrera. ¡Cierto que el caso de Millerand no se dio entre nosotros! ¡Tan lejos no hemos ido! (Aplausos y risas.) Esa cuestión es para nosotros una cuestión puramente doctoral. Aquellos de nuestros jefes a los cuales pudiera someterse esta cuestión, se hallan, por el momento, mucho más cerca de la cárcel celular que del Ministerio, (Grandes risas.) Durante las pasadas sesiones me he estado acordando de aquel jornalero del ¿¡tronad de Reuter, delante del cual se discutían las

excelencias de la mesa. Y aquel sencillo obrero de la baja Alemania pensaba entre sí: «La carne de ternera es un buen plato, pero no llega a nuestros dientes.» (Grandes carcajadas.) En esta situación nos hallamos nosotros.»

Tomar a broma, con la máxima despreocupación, y aun lamentando el no poder catar el plato de ternera de la participación gubernamental y ser acogidas tan extrañas manifestaciones con risas de los congracias allí reunidos, no es más que una prueba de lo que anteriormente indicábamos, de la impudicia tomando como tal la falta de rubor de los «leaders» socialistas en revelar sus verdaderos sentimientos, la estulticia colectiva, incapaz de comprender las bajas ambiciones que se ocultan en las fiases que acogían ton risas de alegre incomprensión.

El dilema ante el que no cabe vacilación.

Nosotros no hemos dudado jamás, ante el planteamiento del dilema entre la suciedad capitalista o actual y la sociedad comunista o futura, en decidirnos por esta última. Hemos recibido una educación similar desde nuestra infancia, y ello ha contribuido a haber arrancado, en gran parte, los prejuicios burgueses que podían haber arraigado en nuestra conciencia, y trabajaríamos con gusto, si nuestro trabajo pudiera ir en beneficio de la colectividad. Pero no todos resuelven de este modo y con este gusto el dilema aun en el caso de adaptarse a la sociedad comunista triunfante, como caso de fuerza mayor. Y para ellos les recordamos las frases de Stuart Mili en su «Economía política», donde dice:

«Si hubiera que elegir entre el comunismo con todas sus eventualidades y el Estado actual de la sociedad, con todos sus sufrimientos y todas sus injusticias; si la institución de la propiedad particular comportara necesariamente con ella esta consecuencia como lo vemos hoy — que el producto del trabajo fuese repartido en razón inversa del trabajo realizado, quedando la mayor parte para los que no trabajan, después prohibiendo aquello cuyo trabajo es nominal, y así en proporción según una escala descendente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo es más penoso y más ingrato, al punto de que en cambio de una tarea que agola las fuerzas el hombre no puede obtener con seguridad lo necesario para repararlas y para las primeras necesidades de la vida; si no hubiere otra

alternativa entre este estado de cosas y el comunismo, con todos los inconvenientes del comunismo, grandes o pequeños, no pudrían ser ningún gramo de polvo en la balanza.»

Deslinde de campos.

El confusionismo creado por la igualdad o semejanza de los términos o apelativos con que se distinguen unos y otros partidos es cada día mayor. Hace taba deslindar los campos antes que esta confusión arrastre a las masas al laberinto de la indecisión y, como lógica consecuencia, del escepticismo la indiferencia. Todas las luchas sociales que hemos venido manteniendo se derivan de ese confusionismo creado por Marx Con la doble denominación de comunista y socialista, denominación que tanta confusión ha suscitado. Queremos hacer, pues, un deslinde de los campos. Y afirmar. Por mucha que sea la rebusca que se haga en las obras de Marx y aun en las de Engels, no encontramos un solo texto en que no hable, como base de su programa, de la dictadura del proletariado (más o menos duradera) y de la lucha de clases como realidad económica inatacable. Podrá admitir la primera circunstancialmente en los últimos tiempos cuando, envejecido ya, perdido el empuje inquieto de la juventud, habla de la intervención democrática en el seno del Estado. Pero negarla, nunca. Los que acepten, por consiguiente, la DICTADURA DEL PROLETARIADO, los que sean partidarios de la SOCIALIZACIÓN DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y DE CAMBIO; los que crean que el ESTADO NO ES LA DIVINIDAD INATACABLE, ni que la racionalización es la única solución, cuando se limita a ser un simple tránsito en el seno del redimen burgués; los que, siguiendo a Marx, NIEGUEN LA ACCIÓN POLÍTICA DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS en función de resistencia contra la hegemonía capitalista; los que NIEGUEN EL ESTADO, porque este desaparecerá con las clases sociales, y no es nunca más que el medio de que se vale una dase para dominar a la contraria; los que crean, por consiguiente, en la entrega a los Sindicatos — armas constructivas del mañana —, que no otra cosa es la socialización, deben oponerse a los que, en nombre del respeto a la democracia y a la concordia, son partidarios del intervencionismo estatal, que consiente reformas paulatinas que impidan la libre acción revolucionaria de las ciases proletarias; los reformistas, que no

atacan la propiedad privada, que niegan la existencia de una lucha de clases, que reconocen la necesidad de una transacción para llegar a un estado de relativa armonía; los que defienden una fuerte acción legislativa del Estado en idéntico sentido social, legislación que puede coartar ya en buen número de casos toda inquietud revolucionaria.

Y he aquí cómo, de acuerdo con los principios primeros en los que Marx funda su doctrina, quedarnos, de un lado: los ANARQUISTAS, LOS SINDICALISTAS, LOS COMUNISTAS AUTORITARIOS, LOS COMUNISTAS LIBERTARIOS Y LOS SOCIALISTAS MARXISTAS; y, de otro lado, LOS SOCIALISTAS DE ESTADO, LOS SOCIALISTAS REFORMISTAS, LOS SOCIALDEMÓCRATAS, LOS SOCIALISTAS GUEDISTAS y cuantos aun con el nombre de socialistas obreros abandonaron los principios del marxismo, y, siguiendo la fábula neerlandesa, casaron al temible gigante devorador del mundo, del proletariado, no con la diosa Freya, símbolo de marxismo, sino con el astuto Thor, disfrazado de diosa, en la forma de un socialismo intervencionista o pseudo-socialismo.

Me aquí, pues, cómo en este deslinde de campos, apartada la cizaña de este falaz oportunismo, que había creado diferencias inexistentes entre los sectores proletarios, nos hallamos repasando serenamente lo escrito, con que ramas que se nos decían tan opuestas como la anarquista, la sindicalista, la comunista la socialista, tienen más de un punto de contacto y aun se acercan y aproximan cuando, en nombre de la defensa del proletario explotado, acuden a aportar soluciones, a presentar proyectos unidos ante el dolor común de la injusticia; la situación idéntica de violenta reacción y el no reconocimiento de régimen como el actual, fundado sobre la injusticia económica, que es la más dura de todas las injusticias.

He aquí, pues, la superación del marxismo. Marx, como hombre, y, por consiguiente, pasional, egoísta y no desprovisto de personalismos, es el responsable de la dolorosa escisión del proletariado, con su personal oposición a Bakunin. El marxismo de hoy, sin l‘leaders» teorizantes, volviendo a las abandonadas tiendas, y prescindiendo, no de la persona de Marx, a la que admiramos, sino de sus pequeños rencores, de reparar esa injusticia social que él cometió y soldar los dos eslabones de la gran cadena proletaria, que hicieron aparecer como doble y aun triple un movimiento

que tenía una única raíz. Si el marxismo de la generación del siglo XX, este marxismo amplio, generoso y comprensivo, realizara ese gran proyecto de acercamiento y fusión, los proyectos de Briand, de la Unión de los Estados de Europa, y aun las más atrevidas proposiciones de solidaridad internacional, serían de escasísima importancia frente a lo (pie representaría este frente único de las masas proletarias en sus ya numerosos puntos de contacto. La revolución retrasada día a día por esta indecisión y por esta división partidista de los trabajadores podría flamear su bandera única, que no en balde es también único el color rajo que distingue por igual al socialista, al comunista o al anarquista. Finalizamos el libro con un regusto de dulzor en los labios. Y con sin igual fe, con sincera emoción de marxista sin partido, nada más que eso, germina mente marxista, lanzamos, una vez más, a los proletarios de la II internacional, como los de la III, como los de la IV, a los que Se cobijan bajo idéntico pabellón grana, la consigna de Marx; «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

A guisa de epílogo

Yo acuso.

Acabo de corregir las últimas pruebas del libre. Vuelven a la imprenta con ligeras correcciones. Ya no me queda nada por hacer… y, sin embargo, sí queda algo: anotar, con el reflejo de quien tiene espíritu de periodista, la impresión que va a causar el libro entre los socialistas.

Uno de éstos, y de los más destacados, Besteiro, como habláramos de una campaña de la que yo acababa de regresar, realmente agotadora, por tierras de Vizcaya, a dos y tres «meetings» diarios al aire libre, y yo me mostrara dolorida de la desorientación reinante y de la inutilidad de la propaganda verbal ante la antipropaganda por el hecho de los dirigentes, me aconsejé que abandonara aquellas campañas, preguntándome a la vez, como justificación: ¿Pero es que no estudia? ¿No tiene que estudiar?» Aproveché el consejo. Me dedique a estudiar de ese estudio ha salido este libro.

Sé que va a proporcionar buen número de satisfacciones. A los jóvenes, y en particular a las mujeres, la de verse libre de un contrincante peligroso, en el favor de la masa, que hubo de bautizarme con el cariñoso apelativo de la «virgen roja» Y a la corte de aduladores que rodean hoy a los que se llaman nuestros prohombres políticos, por la ocasión magnífica de hacer merecimientos atacándome defendiendo la «pureza» — claro es que una pureza guardarropía de los «leaders» y «leaderillus» socialistas. Con honrosas pero contadísimas excepciones.

Dentro de las organizaciones socialistas se ha fraguado un nido de insectos, a modo de cucarachas amigas de la oscuridad, El faro de la verdad, al iluminar las tinieblas, provoca en todas ellas un movimiento de huida por instinto de conservación. Pero ni siquiera cabe entonces el descubrimiento sensacional, ni el yo acuso trágico rotundo de Emilio Zola, tantas veces parodiado más tarde en ocasiones de trascendencia política o nacional, Los descubrimientos son más de sainete que de drama. No es preciso tomarlo demasiado en serio. Pero no hay un verbo que sustituya con

precisión y pulcritud al de acusar, mantengamos el término, introduzcamos el reflector en las tinieblas y acusemos a los fugitivos;

A todos los que tienen ganas de subir y de destacarse, aunque ello sea, según la fábula, a fuerza de arrastrarse, y que no vacilan para ello en recurrir a todos los medios el de hablar a los organizadores de actos públicos y ofrecerse para cubre-faltas de oradores ausentes, es el mejor de ellos — (histórico);

A los comunistas fervientes de antaño, que habían hecho de la cárcel su pensión definitiva, se volvieron al socialismo y en la actualidad propagan las excelencias de la colaboración ministerial en general y del ministro de Trabajo en particular, y han obtenido, amén He las dietas de propaganda, cargo retribuido de los de primera dase (histórico):

A los que, decidiéndose a alzar la voz sincera de su conciencia en la reunión de un pleno de Directivas le Sindicatos, al día siguiente rectificaron sus posiciones, y al otro, al ir a dar cuenta de su gestión a la Federación que les había dado su mandato, hubieron de registrar el nombramiento de un puesto cualquiera, ya en el Ministerio de Trabajo, ya en el Instituto Nacional de Previsión (histórico);

A los anfibios socialistas que gustan de aparecer como intelectuales para acrecer su prestigio ante las nasas o para aspirar a la dirección de un periódico, y que se convierten de repente en obreros para poder entrar en un organismo asesor del ministro de Trabajo (histórico):

A los y las que, militando en la Unión Patriótica, y cansados de no poder destacar en ella, llegaron a las costas del Partido Socialista, náufragos inútiles, unos fueron recogidos en ellas por ignorancia y aun encumbrados y ensalzados, en tanto otros eran admitidos por derecho propio, por especial propuesta de una Agrupación, que acordó abrir oficialmente sus puertas a los ex militantes upetistas (histórico);

A las familias de padres, hermanos, tíos, sobrinos, primos, suegros y demás parientes que sin faltar uno en una tenacidad ejemplar, ocupan, hábilmente distribuidos, los cargos de Directivas de Sindicatos, Federaciones, Agrupaciones, representantes en tribunales industriales, Delegaciones provinciales de Trabajo Consejo de Trabajo, Consejo Supremo de Trabajo, Comisión Interina de Corporaciones, Instituto

Nacional de Previsión, Comisiones interindustriales, Jurados mixtos, Comités paritarios, Concejalías, Diputaciones provinciales, cargos parlamentarios, no solo en Madrid, sino en varias regiones de España (histórico);

A los que reunían en un solo hombre el cargo de vocal obrero del Instituto de Previsión, vocal presidente de la Caja de Ahorros, representante obrero en los jurados mixtos, presidente de un Sindicato, alcalde de una localidad, presidente de la Diputación provincial y diputado a Cortes, habiendo de vivir, para cumplir con puntualidad dichos cargos, en tres puntos diferentes de España, y que en la actualidad ha colocado, en cada uno de estos puestos, a sus familiares, reservándose la Diputación (histórico);

A las organizadoras de Sindicatos, atacadas sin duda por el color broncíneo de su piel, por el mal de Basedow, que, nuevas Penélopes del socialismo militante, tejen en el telar de la Unión General, forjando Sindicatos femeninos, aunque ron las naturales dificultades para destejer con la máxima tenacidad acto seguido, como sí su aspecto, por defectos de la Naturaleza de «medios seres», fuera ya estigma de lo incompleto de su labor, y que, reconocidas sus «excepcionales cualidades destructoras», y como se prescindiera de ellas en las actividades sindicales o políticas, mostraron públicamente su disgusto, y, conocedoras de todos los hechos de que se habla someramente en este epilogo, amenazaran con su revelación y aun cumplieran su amenaza en algún caso, habiendo sido recientísimamente recompensadas con puestos de asesores del Consejo Supremo de Trabajo, cargos retribuidos de segunda categoría, dietas de propaganda «oficial», un cuanto no lo es de las ideas, sino de los hombres que ¡as representan, aunque se pague esta propaganda con las cotizaciones de las organizaciones obreras (histórico);

A los que, haciendo gala de una integridad extremada, cobraban dietas dobles por parte de la Unión General, que los enviaba de propaganda, y do la Agrupación O Sindicato donde celebraban los actos correspondientes (histórico);

A los que, a la izquierda del partido un tiempo, comunistoides declarados por los mismos elementos de derecha du nuestras organizaciones, días después del movimiento de diciembre, y en las Juntas

de las agrupaciones, se declaraba defensores de una República conservadora, y pocos meses después eran elevados a puestos de confianza del Gobierno moderado que subió al poder (histórico);

A los que, enviados a hacer propaganda sindical a determinadas provincias, trabajaron MIS candidaturas para las elecciones (unos con éxito y otros sin él), provocando los vencedores la más enérgica protesta de los que habían intentado, sin lograrlo, en nombre de la moralidad política, que habían sido los primeros en transgredir, y de quien, habiendo suministrado los fondos de la central sindical, albergaba el propósito, destruido con aquella actitud, de obtener un acta en aquellas provincias por las que habían logrado salir los hábiles propagandistas (histórico);

A los que hacen compatible la vida privada más lamentable y discutible con cargos de representación sindical y política y con delegaciones de protección a los intereses de la mujer y del niño (histórico):

A las eternas cigarras que, atraídas por el campo sindicalista, pero militantes en el socialismo, pasaron su vida jugando a dos barajas, sin medrar en un campo ni en el contrario, ausentes unos años de España, regresan ahora maltrechas y silenciosas, ansiando ser hormigas en el campo de las vacas hinchadas que no gordas del socialismo en la actualidad (histórico);

A los que hacen compatible una ideología socialista con altos puestos magníficamente retribuidos durante el período monárquico, y que hoy ayudan a mantener en las covachuelas de los Ministerios a los más desaprensivos reaccionarios, tipos similares a los que comprobó la interpelación del buen republicano Ortega y Gasset (histórico);

A los que creen que las relaciones sexuales entre compañeros es algo lógico y razonable, y, como en cierta ocasión propusieran unas relaciones de esta naturaleza una señora que, aunque compañera, era de elevada posición social por su matrimonió y de gran nivel intelectual por sus merecimientos personales, y fuera rechazado con asombro, dijeron: «No. ¿Qué de particular tiene? No se ofenda usted. Entre compañeros. Claro es que yo todo el dinero que ganara sería para mi mujer pero mi amor, todo mi amor, sería para usted (histórico);

A los que en plan de hacer merecimientos en busca He puestos políticos, sindicales, administrativos, etcétera, en la República entonces en embrión, buscaban los procesos, metiéndose materialmente en los cuernos del toro, entregándose, aunque casi siempre inútilmente, a las «iras de los delegados de la autoridad», hasta poder exclamar, con gesto complacido: «Por fin han procesado a mi hijo», recibiendo, acto seguido, las más envidiosas en hora buenas (histórico);

A los que, con motivo de idénticos sucesos, y comentando las incidencias de un proceso que yo hube de sufrir, lo comentaron con tas siguientes consoladoras frases: «¡Ah! pues entonces yo no desespero de que me procesen. Porque el acto en que yo intervine no fue más que una semana ames que el tuyo» (histórico);

a los que, llegados a Madrid después de una campaña de propaganda por una provincia española (La de Alicante bien pudiera ser), dijeron haber hecho gala de su valentía y haberse adueñado del público, compuesto por miliares de sindicalistas, cuando en los pueblos donde habían intentado hablar se habían metido entre las sillas, agarrándose a las piernas del más valiente de sus compañeros y enfermando acto seguido (histórico);

A los que, militando en el campo sindicalista y, por ende, perseguidos y maltrechos, arribaron hábilmente atraídos al sector socialista, donde se les otorgaron inmediatamente los cargos de máxima confianza y responsabilidad (secretarías entre ellas) en el seno de las organizaciones (histórico);

A los que, elegidos como cargos retribuidos y directores de movimiento sindical de provincias o regiones, cambian de ideología como cambia la temperatura de las masas obreras, y son, aun dentro de la Unión General, ardientes comunistas, fervientes defensores de la acción directa o conservadores atacados de la fiebre del ministerialismo agudo (histórico);

A los que se destrozan con intrigas y aun calumnias para la conquista de los puestos de Comités paritarios y Jurados mixtos, ofrecidos a la voracidad de los representantes obreros en cantidad que, aunque grande, resulta de extrema parvedad, para los aspirantes a su desempeño (histórico);

A los que se marcharon del Partido Socialista cuanto la juvenil escisión, que afirmaban que «no se podía ser revolucionario y pertenecer al

Partido Socialista Obrero Español»; más tarde, en los salones del Ateneo, gritaban desesperados: «¿Qué es lo que me va a dar la República?», y en la actualidad militan de nuevo, y sin dificultad alguna ni rectificación de ninguna especie, en el Partido Socialista (histórico);

A los que, alzando la voz, plena de emoción, para lamentar los sucesos en tos que, a partir de la República fueron víctimas masas de proletarios, hablan hoy en los «meetings» de la excelente «labor pacificadora de nuestros ministros» (histórico);

A los que abandonaron el Partido en los momentos difíciles del mes de diciembre de 1930, por miedo a perder su carrera y la posición aneja, y, reingresados después del 14 de abril, prestándose, en los momentos de triunfo, a abandonar esa misma carrera, obstáculo ya ahora para llegar a un alto puesto político (histórico);

A los que, con pruebas de magnífico «idealismo», afirman que «primero es el estómago que las ideas» (histórico);

A los que colocan en los puestos de máxima confianza a los recomendados de los reaccionarios, en nombre de una pretendida imparcialidad, y por ser cargos para los que únicamente se exigía la confianza que por lo visto no podían inspirar los camaradas de su misma ideología (histórico);

A los que hacen compatibles las más extrañas y ubicuas profesiones de periodista, con faltas de ortografía, presidente de Federaciones obreras, presidente de un Sindícalo obrero, vicepresidente de una organización política, gerente de una entidad obrera, concejal con siete comisiones en el seno del Ayuntamiento, una de ellas de interés vital para la población madrileña; diputado con otras tantas comisiones, otra de ellas que también exige todo el tiempo disponible para cumplir los anhelos responsabilistas del pueblo; delegado del Gobierno en un cargo de excepcional interés, y hasta hace poco tiempo, diputado provincial, con ocho o nueve comisiones; todo ello, amén de representaciones internacionales, con las dietas consiguientes (histórico y comprobado);

A los que, ausentes de España, eran, en el país de su vecindad, militantes de la guardia roja o comunista, y en la actualidad tienen cargos

retribuidos en Sindicatos obreros y han sufrido, a su vez, los efectos de idéntico conservatismo socialista (histórico);

A los que, censurando al Partido Socialista y a sus hombres días antes de las elecciones del 14 de abril, intentaron, sin éxito, conseguir un acta en aquéllas, arribando para ello al Partido, con los años de Matusalén a cuestas y la más ferviente de las ambiciones (histórico).

A los que, nombrados para un puesto de confianza cerca de un ministro socialista, solicitaron, a toda prisa, el ingreso en la Agrupación del mismo nombre (histórico);

A los que, participando de sentimientos rebeldes, iniciaron en un periódico juvenil una campaña de depuración de valores socialistas, con el consiguiente disgusto de los dirigentes de las organizaciones, campaña que fue silenciada, en tanto sus propulsores ocupan hoy cargos retribuidos en Sindicatos y otras Agrupaciones (histórico);

A los que, por su inquietud y rebeldía, se marcharon del socialismo al campo comunista, volvieron pidiendo perdón en términos vejatorios, y en la actualidad han cooperado a los intereses «pacificadores» de las leyes sociales en uno de los Sindicatos mis atinados por la acción comunista (histórico);

A los que, dispuestos a acompañar a los juveniles escisionistas, con cartas y declaraciones expresas, horas más tarde sufrieron una crisis espiritual ante el anuncio de un acta que, aunque entonces no se llevó a la práctica (elecciones de Berenguer para diputados a Cortes), fue conseguida dentro de la República (histórico);

A los que se han quedado en el Partido y ya hacemos referencia anteriormente con la advertencia de histórico y comprobado, por la para ellos bendita casualidad de que se cortara tumultuariamente la sesión del Congreso de 1921, que decidió la escisión comunista, impidiéndoles hacer uso de La palabra para sumarse, según sus propósitos, a los escisionista (histórico).

A todos ellos este libro producirá la satisfacción:

A los están arriba, de decir, con gusto inteligente y omnicomprensivo: «era de esperar»; a los que aspiran a llegar arriba, el de hacer una nueva promesa de fe y adquirir méritos en su carrera política, adelantando puestos en ese gran hipódromo que es la Casa del Pueblo en la actualidad, Van a ser tantas, pues, las alegrías que este libro va a producir, que amortiguarán la gran onda de disgusto causada por los ataques que para justificar esas satisfacciones se me dirijan «a posteriori».

Despedida.

Hace aún unos meses, dando yo un cursillo de conferencias sobre «Religiones comparadas», en la Casa del Pueblo madrileña, y como comentase con cierta amargura el trato de desatención de que venía siendo objeto por parte de «El Socialista» por mi rebeldía frente a la que yo juzgaba y sigo juzgando láctica equivocada del partido, de la colaboración ministerial, hice promesa de que, por mu dios que fueran los actos con que se intentara molestarme, no abandona ría el Partido Socialista y me dedicarla, en lodo instante, a la defensa de tos intereses de los trabajadores, La promesa está en pie. No abandono el Partido, Es el Partido quien se aleja de mí. Estoy en el mismo puesto en que me hallaba cuando ingresé en él con mis catorce años Henos de entusiasmo juvenil. Ha sido el Partido Socialista el que se ha alejado cada vez más hacia la derecha, y ya ni el ala izquierda del Partido puede cobijarme en su seno; también ella se ha alejado de mí. El socialismo es marxismo. Pues bien; yo sigo siendo marxista. Pero no creo en un marxismo tradicional y envejecido, como todas las ideas que se marchitan y caducan, sino en tina constante renovación, en un ir más allá, que es la fórmula vital de los humanos, y creo, por ende, en un neo-marxismo conciliador y armónico de las voluntades.

Creo en los Estatutos del Partido Socialista y en el Reglamento de la Unión General de Trabajadores, pero he dejado de creer en sus hombres y en la láctica a que han conducido a estos organismos. Creo en el frente rojo, y predico la vuelta a los principios de la Internacional de Marx, que hoy ha recogido la IV Internacional, porque creo que es el único medio de llegar a un verdadero frente único internacional y apolítico de los trabajadores. Creo, pues, en todo lo que es básico del marxismo: LUCHA DE CLASES, UNIÓN DE LOS PROLETARIOS DE TODO EL MUNDO. No soy, pues,

la que me he alejado del socialismo, sino este es el que me deja sola, aislada con mi banderita roja, y, a pesar de todo, contenta, porque, antes de firmar este libro, después de escritas las últimas cuartillas, me he mirado a lo más hondo de mi conciencia, me he parado a reflexionar, y me he hallado satisfecha de mi actitud.

Los que no somos profesionales de la política y no necesitamos, por ende, del encasillamiento de un partido, porque tenemos actividades profesionales que ocupan y absorben nuestro tiempo; los que no somos profesionales del arribismo gubernamental, porque podemos vivir independientemente, podemos permitirnos el «lujo» de proporcionarnos la más grande satisfacción de nuestra vida: decir la verdad, lo mismo a los de arriba que a los de abajo, decirla sin acritud, con esa sencillez que tienen todas las pequeñas verdades que son parte del gran todo de la verdad única y objetiva, y que no necesitan de la grosería ni de la amenaza para imponerse. Y, al llegar a este punto, suspensa un momento ante la máquina, rodeada por el silencio de las grandes reflexiones, entro en lo más arduo de mi meditación. Al publicar este libro, siguiendo un imperativo de mi conciencia, ¿cuál había de ser mi actitud?

Al hablar de los contradictores del libro, de quien intentará responder a él, exigí en el prefacio que aquel que respondiera tuviera la misma competencia y documentación que yo en estos estudios y la misma buena fe. Estoy segura de no hallar ni uno ni otra reunidos en los militantes del Partido Socialista Español. Y es que creo perfectamente aplicable a mi caso la frase de Taine: «Me tengo en poco si me considero, pero en mucho si me comparo.»

Y si esto no lo creo individualmente en un contradictor, menos podré creer que las dos propiedades (competencia y buena fe) coincidan en todos los que hubieran de ser encargados de juzgarme, A todos, el libro que ahora ve la luz, enseñará mucho. Pero me molesta en lo más hondo — ello no es orgullo ni necia vanidad (ya Silben los obreros que siempre he sido sin esfuerzo humilde con los humildes, aunque también soberbia con los soberbios) — que se me pueda juzgar por quienes, unos de mala fe; otros arrastrados por indiferencia y otros sinceramente equivocados en su ignorancia se alejan más cada vez del tronco del marxismo.

Cuando se está convencido de una incorrección o de una inmoralidad, deber más sacrosanto del hombre — hemos dicho deber, no ya derecho — es el decirlo y el no ser cómplice de ello. Cumplo, pues, gustosa con el deber indicado. Digo la verdad, y no soy cómplice de la mentira.

Pero tengo que plantear una cuestión previa a los que intenten juzgarme, y es el decirles que lo que van a juzgar no es una obra personal — ved aquí cómo desaparece Jo que pudiera haber de ven ¡dad en mi labor — sino, en primer término, lo que ellos mismos acatan a su ingreso en las filas socialistas (programa del Partido Socialista, de la Unión General de Trabajadores, Manifiesto Comunista», «Das Kapital» de Marx, Estatutos de la Internacional), y, en segundo lugar, hechos que, por muy grande que sea su voluntad de negarlos, quedarán en pie, porque son hechos y no teorías y no hay fuerza humana que los destruya.

ENVÍO

Al Partido Socialista
A la Unión General de Trabajadoras

HILDEGART, afiliada número 73 de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de Madrid), con fecha de ingreso de 1º enero de 1929; afiliada núm. 1200 de la Agrupación Socialista Madrileña, con fecha de ingreso de 1° de mayo de 1930; con libreta núm. 1.617 de la Sociedad de y Oficios Vanos (U. G. T.), con fecha de ingreso de 1 de enero de 1929.

hallándose al corriente en el pago y sin débito de ningún cupón, fes envía con este libro su baja en las filas socialistas y de la Unión General de Trabajadores.

Sobre el editor

Solo nos queda darle, nuevamente, las gracias por haber llegado hasta aquí y esperamos que la presente obra le haya hecho sentir a nuestro amigo lector las delicias de una productiva lectura. Puede darnos, si lo desea, su valoración, la cual esperamos haya sido buena.

También recordarle que, si quiere, puede suscribirse para recibir nuestras novedades en: www.bibliotecaluna.com o si lo prefiere, puede escribirnos a **contacto@bibliotecaluna.com**

Sin nada más que añadir, le agradecemos la confianza depositada en nosotros y esperamos verle pronto en otra de nuestras obras.

Biblioteca Luna
www.bibliotecaluna.com

Table of Contents

Nota del editor
¿Se equivocó Marx…?
Dedicatoria
Introducción
Depuración del Marxismo
Los errores de Marx
Las adulteraciones del Marxismo
La descomposición del Marxismo
El Neo-Marxismo
¿Fracasa el Socialismo?
El alhiguí de las soluciones reformistas
Proa al frente único
Las traiciones del socialismo
La decapitación del socialismo
A guisa de epílogo
Sobre el editor